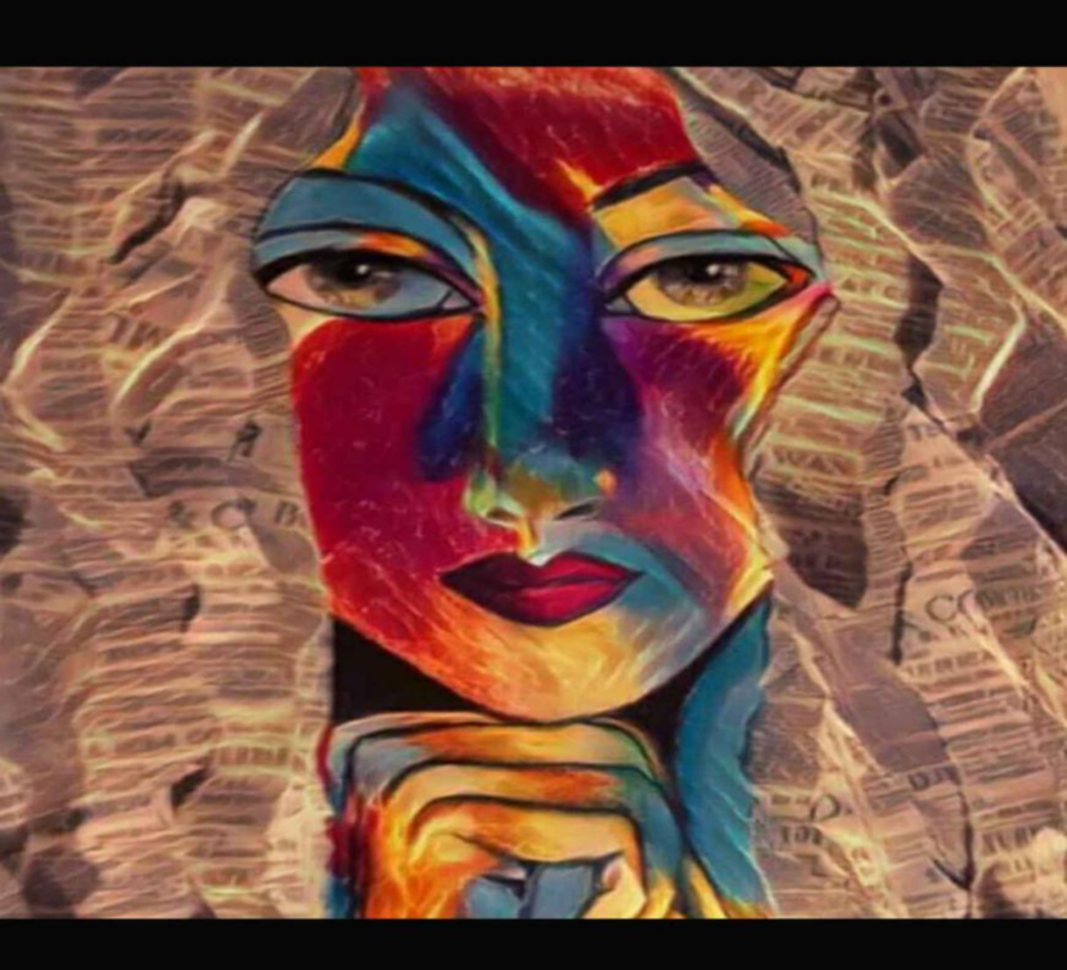
EL JUEGO DE LA ANJANA



Javier Addali Álvarez

“El Juego de la Anjana”

por Javier Addali Álvarez

PRÓLOGO
“Simone”

Verano de 1983

“El mecanismo por el que se producen las alucinaciones visuales en el Síndrome de Charles Bonnet (SCB) es desconocido. Hay que excluir del diagnóstico las alucinaciones complejas que pueden aparecer en el periodo de duelo tras la muerte de un ser querido, en los momentos de duermevela, en el estrés postraumático y en situaciones de estrés excepcional”.

-1-

La tarde en la playa había sido muy divertida.
Sus padres y su hermano pequeño revivían los mejores momentos del día y no habían dejado de hablar del tema desde que salieron en coche de Alicante. Se les veía felices.

En cambio, Miriam estaba absorta en sus pensamientos mientras miraba por la ventanilla y trataba de escuchar en vano la cara B del cassette de Mecano. Le encantaba escuchar la dulce y armoniosa voz de Ana y el potente acompañamiento de Nacho y José María. En ese momento estaba sonando en los dos únicos altavoces del flamante Seat 124 una de sus canciones favoritas: "Maquillaje". *No me mires, no me mires (no me no me) No me mires no me mires déjalo ya.*

Más allá de las notas musicales y de la desordenada conversación de un niño de cuatro años con sus padres, Miriam no dejaba de darle vueltas al tema de la mudanza. Desde que su madre les había convocado para informarles de que ese sería su último año (y de que después del verano tendrían que irse a vivir al norte), la niña era incapaz de pensar en nada con coherencia. Odiaba los cambios.

Mirando por la ventanilla, absorbía cada detalle de lo que sus ojos veían. Era conocedora de que no volvería a ver ese paisaje de playas, pequeñas huertas y diminutos pueblos de pescadores. Oteó una gaviota en el horizonte planeando sobre el mar en calma haciendo, a continuación, un picado en busca de su cena. Quitando el viaje que habían hecho el año pasado a Madrid para visitar a unos amigos de sus padres, Miriam no había salido nunca de allí. Y no le había gustado nada aquella experiencia.

Los enormes edificios eran colmenas llenas de abejas obreras, las entradas de Metro toperas humanas y la iluminación urbana de la "Perpetua Feria de la Aglomeración" le causaba un profundo desasosiego. Era como estar en la boca de un hormiguero y presentir cómo un niño travieso estaba a punto de dispararte con una pistola de agua por pura diversión.

- Los niños os acostumbráis rápidamente a los cambios, Miri - les había espetado su padre. Ella había roto a llorar amargamente después. Si su padre había sentido algo de empatía por ella en aquellos momentos, lo disimuló muy bien -. Pronto tendréis nuevos amigos, nuevo colegio y, además, en Santander no hace tanto calor como aquí. Ah, y encima también tiene playa, mujer.

A la temprana edad de ocho años, Miriam era una niña demasiado madura, así que era perfectamente consciente de lo que conllevaría dejar el entorno familiar del colegio, de su barrio, de su rincón secreto de la playa…y, sobre todo: de no volver a pisar más la biblioteca donde tantas y tantas horas había pasado leyendo desde "Moby Dick" hasta "Tom Sawyer" (pasando por casi todos los libros de Julio Verne).

Pero como decían los mayores: así estaban las cosas y tendría que buscarse otro templo donde adorar libros y nuevas amigas con las que jugar a la comba o fabricar maquillaje de purpurina. Esto último iba a ser lo más complicado, la verdad, porque ella era de las niñas que había tenido el mismo número de botes de purpurina que de amigas.

En realidad, tenía dos de estas últimas: una de ellas vivía a dos manzanas de su casa y la otra no era real.

-2-

Miriam no sabía si Simone se iría con ellos a Santander.

Llevaba dos semanas callada e ignoraba el motivo de su repentino silencio porque desde la noticia de la mudanza no había vuelto a saber absolutamente nada de su amiga imaginaria.
Normalmente, cuando Miri se tumbaba en la cama admirando el poster de Don Johnson (con su blanca americana y una camiseta de color), Simone solía dejarse ver durante unos minutos para soltar unas cuantas palabrotas y hacerla reír. A veces, cuando salía de la bañera y se miraba en el espejo empañado, al otro lado del vaho Miriam adivinaba la cara de su amiga sentada en un rincón del cuarto de baño esperando impaciente a que se secara el pelo para charlar…
…pero ni en un sitio ni en otro Simone se había dejado ver últimamente.

Ambas niñas tenían la misma edad pero el carácter de Simone se asemejaba más al de una chica de instituto de las que fumaban Ducados a escondidas o se besaban con chicos mayores a la puerta de un Salón de Recreativos. Miriam nunca la había visto realmente bien pero presentía que sus rasgos eran a la vez delicados y duros. Suponía que cuando creciera su amiga iba a ser una mujer muy atractiva a la que muchos hombres temerían (*"y deberían de tenerle miedo por su propio bien"*, se decía a sí misma). Debajo de la piel de esa cría irreal se escondía el indomable espíritu de una mujer muy dura.

Miriam se escandalizaba cuando la escuchaba hablar en ese lenguaje vulgar y obsceno pero en el fondo le caía bien: era mejor una Simone vulgar (y a veces zafia) que un montón de niñas de Tercero de EGB hablando mal de ella a escondidas en los recreos. Sí, Simone era para Miriam una mezcla de amiga, hermana mayor y confidente.
Por otra parte, a Carmen (su otra amiga) no habría sido capaz de contarle ni la mitad de las cosas que compartía a diario con Simone porque ella carecía de prejuicios, era leal…pero, ante todo, se guiaba por una estricta y escrupulosa convivencia de reciprocidad: ella le devolvía ni más ni menos lo mismo que lo que Miriam le aportaba. Simbiosis lo llamaban.

- Miri a la Tierra, Miri a la Tierra, ¿estás ahí? - la risa de su madre la sacó bruscamente del trance. Mirando el reloj Casio de su padre se dio cuenta de que llevaba casi una hora desconectada del mundo -. Vamos a parar en la próxima gasolinera a hacer pis. Si os portáis bien (y vuestro padre está de acuerdo, por supuesto) os compraremos un sobre de Peta Zetas a cada uno, ¿vale? E hija, por Dios, intenta hablar un poco más con nosotros, que siempre estás en tu mundo.

- No es nada, mamá. Me encuentro algo cansada del día. Hemos estado nadando mucho y me duele la cabeza un poco, ¿vale?

- Te conozco, ¿sigues hablando con Simone?

- Déjate de bobadas, Charo. La niña no es un bebé. A los ocho años no se habla con amigos imaginarios, ¿verdad, cariño? - nadie contestó a su padre.

Hablar de Simone delante de él habría sido más violento que tratar el tema tabú del sexo. Además, Miriam no quería discutir con su padre porque estaba bastante segura de que la cosa acabaría bastante mal: la culpa de tener que dejar sus vidas atrás era exclusivamente de él. Y encima tenía la osadía de burlarse de ella y de su amiga. Sí, últimamente Miriam odiaba profundamente a su padre. Y a su madre también por haberse dejado convencer por él.
Apretando los puños, su hermano se alejó de ella inquieto deslizándose en el asiento trasero hasta la otra ventanilla: había presentido la rabia de su hermana mayor en esos momentos y la conocía bien. Lo mejor era dejarla en paz cuando entraba en uno de esos episodios de ira y esperar a que se le pasara. Media hora después llegaron a la gasolinera y su padre llenó el depósito.

Pero eso fue poco antes de aparcar junto a la cafetería donde su vida cambió para siempre.

-3-

Dos semanas después del viaje de vuelta con sus padres, Miriam al fin se despertó.
Miró alrededor y no vio ni a su hermano Mario sentado al lado de ella ni a sus padres en los asientos delanteros. En cambio, lo que sí podía ver en esos momentos era una cama vacía al lado del camastro en el que estaba postrada y una mesita con una tarjeta junto un ramillete de flores secas. Podía oír unas voces apagadas al otro lado de una puerta que le recordaba vagamente a la de los hospitales (pomo ancho y una hoja de instrucciones encima).

Aparte de desorientada, Miriam se sentía algo confusa. La imagen de la habitación fue haciéndose cada vez más borrosa y pequeña a medida que los analgésicos del gotero penetraban en su torrente sanguíneo por una sonda. El último pensamiento que tuvo antes de quedarse otra vez dormida fue el de una furgoneta roja con una

pegatina en uno de sus laterales. En esa extraña pegatina, un personaje de dibujos animados sonreía enseñando unos dientes irregulares y amarillos…pero no lograba acordarse de quién era.

No sabía cuanto tiempo había dormido y al abrir los ojos de nuevo, Miriam vio a la persona que más influiría en ella durante el resto de su vida (aunque en ese momento aún no lo sabía): se llamaba Alejandro y trabajaba en la Policía.

- ¿Te apetece beber agua? Te iba a subir una Pepsi de la cafetería pero el médico me lo ha prohibido hasta ver cómo evolucionas - le acercó un vaso de plástico con una pajita. Olía muy bien y, al alargar el brazo, Miriam pudo ver el arma que portaba en una funda ajustada al sobaco de su americana -. No te asustes, ¿vale? Sólo quiero hacerte unas preguntas.

- ¿Dónde están mis padres y Mario? - la cría echó un vistazo alrededor como si la respuesta a su pregunta estuviera oculta en algún rincón de la habitación. Al mirar de nuevo a los ojos del policía, percibió una mezcla de preocupación e incomodidad en su mirada.

- Ya hablaremos de ellos luego, Miriam. ¿Qué es lo último que recuerdas?

En ese momento entró una enfermera que le tomó la temperatura. A continuación, le cambió la aguja del antebrazo. Ella hizo caso omiso de la paciente cuando protestó al sentir nuevamente cómo le atravesaban la piel y escribió algo en la tablilla que estaba junto a su cama. Alejandro esperó unos segundos después de que se cerrara la puerta y volvió a repetirle la pregunta.

- Regresábamos de la playa y tuvimos que parar a merendar...perdón, no paramos por eso...paramos porque Mario se estaba haciendo pis. Mario es mi hermano, ¿sabe? - una expresión fugaz atravesó el rostro de la cría para desaparecer para siempre. *"Ha recordado algo pero se le ha vuelto a olvidar"* concluyó el capitán de policía. Tenía que ser más rápido si no quería que el cerebro de Miriam acabara de borrar todo ese montón de imágenes traumáticas que seguramente deambulaban aún por su subconsciente.

- ¿Te acuerdas de lo que pasó en el aparcamiento, pequeña? ¿Había alguien más allí además de tu hermano y tus padres?

"La furgoneta. La pegatina no era roja, era blanca...pero la habían pintado. Todo era rojo después: el suelo, los coches, el cielo. Todo. Alguien había pintado de rojo todo porque ese es el color de la…".

- ¿Decías algo, Miri? ¿Qué son todos esos colores de los que estás hablando y esa pegatina?

- ¿Por qué me ha llamado así? Ese es el nombre con el que me llamaba mi madre. Usted no puede saber eso porque sólo me llama así cuando estamos solos. No me gusta que me llamen así: eso es de niñas pequeñas y yo no lo soy.

- Has dicho "llamaba", ¿por qué hablas de tu madre en pasado?

- Porque...porque detrás del rojo sangre viene el negro. Y el negro es el color con el que las personas mueren y se van al cielo o al infierno - miró a Alejandro implorando una comprensión que sabía que no estaba a su alcance.

Los mayores casi nunca entendían las cosas a la primera. Llamaron a la puerta y entró un hombrecillo vestido con una bata blanca dos tallas más grandes que él. El policía miró impaciente el reloj: no le habían dejado los quince minutos que había pedido pasar a solas con ella. Maldijo al médico por la interrupción tan inoportuna.

- Una última pregunta, Miri: ¿quién te ha dicho eso de los colores? Lo del color de la muerte y eso…

- Simone. Me lo dijo Simone. Dice que ha visto demasiada gente vestida de negro en el Purgatorio - apuntó el nombre de Simone en su libreta antes de despedirse y de dedicarle una mirada de reproche al doctor por haber interrumpido su trabajo.

Tendría que volver al hospital al día siguiente y enterarse antes de si Miriam tenía alguna familiar llamada Simone. Aunque intuía que no.

Aun así, aquella calurosa tarde de 1983, Alejandro ya sospechaba que Simone podía jugar un papel importante en lo acaecido en el aparcamiento del restaurante "Las Góndolas": un local venido a menos que malvivía de los camioneros que paraban a repostar en la gasolinera.

- Seas quien seas, daré contigo, Simone. Sé que tienes la mayor parte de las respuestas a las preguntas, amiga misteriosa - así había bautizado en su cabeza a la amiga imaginaria de Miriam. Abrió la ventanilla del coche y tiró la colilla a la acera más

próxima de la entrada del Hospital de Valencia.

Tenía que ser rápido si quería dar con los asesinos de casi toda la familia Verdaguer. Era un milagro que esa niña hubiera sobrevivido después de lo que había visto en el escenario del crimen. Un milagro, o a saber qué o quién salvó el cuello de la pequeña que se recuperaba en una de las camas de las plantas de arriba.

Aún así, la Policía nunca dio con la identidad de esos criminales. Pero eso es otra historia.

- 4-

Sólo hay dos ocasiones en las que se es realmente consciente de lo deprisa que pasan los acontecimientos. Una ocurre, así, de repente, en el preciso instante en el que naces llorando de alegría pegando un doble salto mortal al mundo y la otra tiene lugar en los instantes previos en los que abandonas al fin esta fiesta para volar a otra a la que llaman “una vida mejor”.

Ese año (o, mejor dicho, en el lapso de los seis meses que restaban para acabarlo), Miriam tuvo esa sensación. La de que el volante de su vida lo estaba dirigiendo un conductor con ganas de bronca y puesto de drogas hasta el culo con el único propósito de estrellarles a ambos contra una pared a doscientos kilómetros por hora.

¿Que por qué se sentía así? Bueno, recapitulando un poco podemos ver que en cuestión de pocos meses pasó de quedarse sin familia a estar acostada en ese momento en la cama de invitados de unos auténticos desconocidos.

Mirando al techo de la habitación, Miriam pudo ver la luz de la calle colándose por las rendijas de la persiana. Eran frágiles destellos que danzaban sobre ella como una bailarina despreocupada. Se tapó con las mantas hasta la barbilla dejando asomados tan sólo un par de ojos enrojecidos de tanto llorar. La verdad es que no descansaba nada bien desde hacía bastantes noches. Demasiadas.

Donde ella vivía con su familia, el ruido de los coches le acompañaban mientras dormía...pero en la casa de ese matrimonio no había un solo ruido. Únicamente el tic tac del despertador de Mickey Mouse que le habían comprado osaba romper ese silencio rítmicamente. Odiaba a ese ratón. Tanto como al resto de dibujos animados que ponían en la tele por las tardes. Esas caricaturas le recordaban a algo horrible. Algo

oscuro. Algo que le había robado las tres cuartas partes de su familia y que no tenía intención alguna de devolver.

Esa noche, una vez más, no conseguía dormir pensando que al día siguiente tendría que volver al colegio después de varios meses sin pisar el aula. Eso le había dicho la señora de los papeles pegados en la pared que trataba con los locos. Era una mujer amable pero ella no estaba loca. Sólo estaba muy triste y asustada porque le habían dejado sola...pero, por lo demás, era una niña completamente normal.

- ¿Normal dices? Si eres normal, ¿por qué no les has llorado, Miri? - era Simone. Su amiga siempre sabía cuándo estaba despierta. Una sombra detrás de las cortinas delataba su presencia dejando ver la silueta confusa de una niña con el pelo corto y unas piernas largas demasiado delgadas. Podía adivinar parcialmente sus ojos y la parte superior de la nariz por las chispas de luz que se colaban en la habitación.

- ¡Sí que he llorado, Simone!

- A mí no puedes mentirme y lo sabes, mocosa. No les has llorado porque no sabes llorar, joder. Vamos, ¡dilo! No me iré de aquí hasta que lo reconozcas de una vez - su voz sonaba como el siseo de una tetera cuando hierve el agua. Estaba muy enfadada.

- Sé llorar, ¿por qué dices eso?

- Sí que sabes llorar...pero por ti. No por los demás. Vamos... ¡dilo, joder, dilo! Estabas enfadada con ellos.

- ¡VETE, VETE, VETEVETEVETE, ¡ERES UNA MENTIROSA!

Cuando la puerta se abrió, Miriam tuvo la esperanza de que fuera su verdadera madre.
Ella entraría, se sentaría a su lado en la cama, le acariciaría el pelo hasta que se quedara dormida y todo eso habría sido la peor pesadilla que había tenido en toda su vida: uno de esos malos sueños que habría olvidado antes de la hora del desayuno mientras escuchaba la radio y los gritos de enfado de Mario por tener que madrugar.

Pero no era mamá.
La señora Ordóñez se asomó y se detuvo unos segundos en la puerta.
"No sabe qué hacer porque no es madre. Su marido le ha empujado a adoptarte y no tiene ni idea de qué hacer ni qué decir. Me huelo a que nos

queda poco tiempo aquí, mocosa" por el tono burlón de Simone, Miriam supuso que la situación le estaba pareciendo divertida. Cuando la mujer cerró de nuevo la puerta, se levantó a abrir un poco más la persiana para que entrara más luz. Tenía miedo: ni era su madre…ni sabía con certeza que la pesadilla fuera a desaparecer en el desayuno.

Pocos días después, los Ordóñez entregaron los papeles de acogida y llevaron a Miriam a un Orfanato tal y como había presagiado su amiga imaginaria.

CAPÍTULO 1
"La Ojáncana"

Primavera de 2016

"La Ojáncana o Juáncana es la hembra del Ojáncanu y, al igual que él, es un personaje sanguinario con el mismo aspecto aterrador (pero aún

más perverso) ya que sus víctimas son los niños que se pierden por el bosque. Vive en las cuevas lóbregas y profundas, sucias, desaliñadas y malolientes”.

-1-

Nada más salir con el coche por el camino del chalé, Antonio Fuertes se topó con ella.

Era una mujer desnuda, pálida y bastante sucia que se había detenido al lado del sendero y parecía estar completamente desorientada. Se fijó en que ella no dejaba de mirar atrás como si alguien la hubiera

estado persiguiendo. De vez en cuando gritaba frases incoherentes. Su cuerpo parecía estar cubierto por tierra, resina y una sustancia negruzca y gomosa pero que dejaba adivinar una musculatura fuera de lo común en las partes menos impregnadas de toda esa porquería orgánica.

Antonio (Toni, como así le conocían sus amigos), asustado y desconcertado, se apresuró a bajar del vehículo.

Antes de cerrar la puerta se le pasó por la cabeza sacar la pistola que guardaba en la guantera, pero le pareció una idea ridícula: tenía delante a una mujer indefensa y a todas luces vulnerable y con toda seguridad le habían hecho algo malo. Sacar un arma sólo habría empeorado más las cosas. Sobre todo, para él: cuando llegara la policía y preguntaran qué coño hacía con un arma sin registrar y una mujer (probablemente víctima de una violación) en el bosque que rodeaba su propiedad, ¿qué narices iba a contarles?

"Tengo que deshacerme de esa pistola. Ya me lo advirtió Teresa...sólo me traerá problemas".

- Señorita, ¿está usted bien? - ella avanzó tímidamente hacia él mirándole a los ojos como si le hubiera reconocido pero no dijo una sola palabra. Sólo se acercaba a él, paso a paso, susurrando palabras ininteligibles con esos extraños labios rotos de muñeca de trapo.

Al llegar a la altura del señor Fuertes, le asió fuertemente por los hombros y le besó en la boca. Su aliento tenía el sabor de la clorofila y de algo ligeramente dulzón y si Antonio hubiera sido un químico o un policía especialista en estupefacientes, habría identificado la sustancia que ella le introdujo en la boca al morder la cápsula...

...pero el señor Fuertes sólo ostentaba un alto cargo como funcionario de prisiones, así que cuando sus piernas comenzaron a parecer dos barras de plastilina y todo se fue volviendo del color de los dibujos animados...no fue consciente del peligro que corría. Ni de lo que esa mujer iba a hacer con él la próxima hora.

Al despertar, le dolía mucho la cabeza. Era como si hubieran juntado todas las resacas vividas en sus cincuenta y seis años y las hubieran condensado en ese instante.

Su visión borrosa le permitió discernir entre la oscuridad del crepúsculo una esbelta figura al lado de un montón de ramas del tamaño de extremidades humanas que bien podía tratarse la de un bello ángel o la de un malvado demonio. Toni estaba delirando.

De repente, recordó a la mujer desnuda y ese extraño sabor mentolado en la boca y Antonio no tardó en darse cuenta de que estaba drogado. Pero lo que más le empezaba a inquietar de verdad era que no podía mover un solo músculo de su cuerpo.

Sólo sentía la humedad de la hierba debajo de sus posaderas y la rugosidad de la corteza del árbol contra el que estaba reclinado. A pesar de la brisa que soplaba despeinando lo que le quedaba de pelo, Antonio sudaba a mares y además el sabor a clorofila había mutado a un regusto amargo y metálico. Estaba sangrando por la boca.

- ¿Quién eres? ¿Qué me has hecho? - le imploró a la silueta que estaba de espaldas a él y de la que no veía más que en forma de sombra. Es más, sólo pidió que sus palabras hubieran sido más audibles que el sonido de las hojas bailando sobre unos árboles agitados ahora por un viento más fuerte.

Únicamente obtuvo por respuesta una carcajada sardónica y el crujido de varias ramas quebrándose entre sus manos. *"¿Qué está haciendo esa mujer?"*. La adrenalina que circulaba por sus venas no era suficiente para permitirle mover un puñetero músculo o tendón de su rechoncho cuerpo.

Cuando la mujer prendió fuego a las ramas secas, las sospechas del funcionario Fuertes se confirmaron ante sus ojos: delante de la improvisada pira de ramas y hojas, distinguió un par de bultos. En uno de ellos alguien había apilado dos brazos humanos y en el otro, dos piernas desnudas.

Detrás de ellos, la siniestra silueta femenina se había transformado en la estampa de una mujer ataviada con una túnica corta de gasas y varios collares con cuentas de marfil que portaba en su mano derecha un sucio machete oxidado. La brillante suciedad del arma (por la tonalidad irreal del fuego y por la cremosidad del líquido coagulado), ayudó a que Toni se diera cuenta con horror de que era su propia sangre la que corría por el filo.

Antes de desmayarse, un pensamiento fugaz pasó por su mente como una lejana película VHS olvidada y medio perdida en la caja de un trastero: ese montón de fotogramas contaba la historia de una niña a la que él y dos hombres más habían atacado al salir de una discoteca.

Él tenía apenas diecinueve años y se había envalentonado por el efecto del alcohol y de las drogas que había compartido con los otros. No se acordaba de qué estaban celebrando ni de dónde cojones había salido esa chiquilla. Tampoco por qué la habían atado al remolque. Ni tan siquiera por qué dos de ellos no habían dejado de pegar con tanta violencia a la niña.

De lo que sí que estaba seguro es que la mujer del machete y la túnica parecía saber algo de aquel episodio con aquella cría a la que habían tratado como tratan los lobos a las ovejas descarriadas. Ella tenía unos ojos similares a los suyos, aquellos que no dejaban de mirar a la presa mientras, inmerso en un mundo de enajenación, euforia e impunidad, la penetraba y no dejaba de reír mordiéndole los labios.

Aquel lejano día, Antonio reía a carcajadas de la misma manera que la mujer hacía en los momentos previos a que se quedara otra vez inconsciente. *"Esos ojos…no son exactamente los de un lobo: pertenecen a una especie animal infinitamente más peligrosa que la de tres violadores borrachos en una maldita noche de finales de verano"*.

El crepitar de la madera ardiendo a sus espaldas se hacía más y más audible dejando poco margen para que en el estado en el que se encontraba, Antonio pudiera entender lo que ella le estaba diciendo. Se acababa de despertar por enésima vez con la esperanza de que todo aquello fuera una pesadilla. Pero era algo mucho peor que eso:

- No te preocupes, te dolerá un poco, pero al ritmo que te estás desangrando, todo esto durará un poquito menos que tú y tus amigos con la niña, castrón - la luz de la luna se reflejaba en sus cabellos confiriéndoles el aspecto plateado de la cabellera de una bruja. Antonio trataba de decir algo. Imploraba clemencia, perdón y un cúmulo de sílabas inconexas que sonaban a misericordia y mierdas de esas…pero él no sentía ni por asomo ningún sentimiento parecido a la culpa.

Secretamente recordaba aquel episodio en algunos días de lluvia, encerrado en su enorme salón repleto de lámparas de cristal y cuadros caros y sentía una erección con la evocación del suceso. Se recreaba en cada detalle, en aquella embriagadora sensación de dominación y de poder absoluto sobre otro ser humano. Varias décadas más tarde era incapaz de evitar la excitación que aquello le producía.
Además, se repetía a sí mismo hasta la saciedad que él no era culpable de que los padres de aquella niñata la hubieran dejado salir sola hasta esas horas. Una franja horaria que les pertenecía a él y a hombres como él para campar a sus anchas, joder.

Desde que había recobrado el conocimiento se sentía mucho más débil: esta vez sentía además un molesto cosquilleo que le bajaba de la garganta al pecho y un dolor sordo en las clavículas. El cuerpo entero le ardía.

- ¿Qué me estás haciendo, joder? - aulló.

La mujer ya no estaba. Y la hoguera se estaba apagando mientras llegaba hasta él un olor a carne chamuscada.
A continuación, un ruido como de pisadas detrás del tronco contra el que estaba apoyado y luego alguien habló. Tenía la voz bastante más aguda que esa maldita bruja de la túnica, pero no cabía duda de que se trataba de ella hablándole en falsete.

- No hace falta que grite, señor Fuertes, ¿acaso no recuerda lo que decía? *"Gritar no te valdrá de nada porque nadie te puede oír"* - presentía unas pisadas a su izquierda y en un estado de aturdimiento inducido por las drogas y la pérdida de sangre sonaban demasiado lejanas pero perfectamente audibles.

Al lograr enfocar mejor la vista, Antonio empezó a preguntarse si el infierno era así.
Si ahí abajo, en vez de demonios de grandes cuernos y colas largas, sólo existían seres sin ojos hechos de trapo y hojas húmedas. Porque lo que tenía en esos momentos delante era un Trasgo: un malvado duende que habitaba los bosques de la zona. Su abuela le había contado docenas de historias acerca de ellos al calor de la lumbre y de un tazón de leche tibia, pero el que tenía en esos momentos delante, no se parecía ni por asomo a la visión que tenía de ellos cuando era un crío porque ese ser destilaba maldad, rabia y una violencia primigenia. Olía a odio.

En esos momentos le escrutaba a través de la oscuridad de dos cuencas vacías de las que salían reptando gusanos y brotaba sangre. El Trasgo tenía el tamaño de una mochila de niño, pero aun así intimidaba: se movía a ráfagas cortas como si alguien apretara el botón de avance rápido con el mando de un vídeo y desprendía un olor muy fuerte como a azufre y cuero envejecido.

- Eres un verdadero hijo de puta, Tonitonitoni...pero mereces saber la verdad - el monstruo trepó por el esternón clavándole sus uñas afiladas hasta que logró situarse al lado de su oreja. Un susurro cada vez más y más lejano retumbaba en el interior de su cabeza… y cuando ese engendro ciego terminó de contárselo todo, el funcionario de prisiones se meó encima antes de morir de un ataque cardiaco.

Ya estaba muerto cuando la mujer de la túnica reapareció de entre los arbustos y dirigiéndose lentamente hacia él, le tocó el cuello con dos dedos para cerciorarse de que ya había fallecido. Suspiró contrariada y

desenvainó el machete. Ese amasijo de carne en el que se había convertido el violador no había sufrido lo suficiente o, al menos no tanto como él se merecía.

Al mirar al cielo se dio cuenta de que sólo quedaban unas pocas horas para que amaneciera así que tenía que darse prisa si quería cumplir con la totalidad del ritual.

Un pequeño animalillo correteó muy cerca de donde la Anjana se encontraba observando detenidamente lo que quedaba del cuerpo del señor Fuertes pero su cabeza estaba en otro sitio.
Tenía que ser muy meticulosa con las tareas que tenía que realizar a continuación: el mensaje que debía dar tenía que ser lo suficientemente claro y cualquier error en su ejecución provocaría que todo lo que había hecho hasta ese momento perdiera todo su sentido.

Cuando al fin acabó con su cometido, el sol ya clareaba victorioso en el horizonte y los anaranjados rayos del amanecer iluminaban gran parte del pequeño bosque; los primeros pájaros comenzaban a despertar a la luz de un nuevo día.
Un nuevo día, un despreciable ser menos… pero aún así, a la Anjana le quedaba muchas cosas por hacer en un mundo donde existían más monstruos que amaneceres.

Se alejó lentamente del árbol donde había hecho su trabajo con Antonio Fuertes e hizo una extraña mueca de satisfacción pero que tenía la apariencia de la expresión de un lobo saciado después de un grotesco festín. Tal y como había hecho ya antes, apiló todas las ramas y hojas con las que había tenido contacto y juntando varias piedras alrededor, encendió nuevamente una hoguera. Lo quemó todo.

Estaba ya de camino al vehículo cuando hizo una parada al lado de un montón de tierra y sacando de dentro de él una pesada mochila, se decidió a abrirla; antes de ajustarse de nuevo las correas a la espalda, se lavó la cara y las manos con la cantimplora sacándose dos prendas de ropa poco llamativas.

Al salir de la arboleda miró a ambos lados del camino para cerciorarse de que no hubiera nadie más por allí cerca y cuando estuvo segura de que todo estaba en orden, entró en el coche y se fue de allí conduciendo sin rebasar en un solo kilómetro por hora el límite de velocidad.

Un par de horas más tarde llegó a su refugio: una pequeña cabaña

ubicada dentro de un vasto bosque. Cerrando la puerta tras ella, se asomó a la pequeña ventana de la cocina y sintió una fina corriente de aire colándose por los cristales. Era fría pero agradable.
Allá, no muy lejos podía ver el granero adosado a la choza por la parte Este de la vivienda como si hubiera sido el eterno protector de la casa contra los fuertes vientos de la montaña oriental.
Finalmente lloró con el amargo llanto de aquella niña solitaria a la que obligaron a ser adulta precozmente contra su voluntad durante largos y dolorosos años.

Más allá del calvero, una violenta ráfaga de viento que procedía de la arboleda del montículo removió el montón de fotografías que tenía clavadas con chinchetas en un tablero de madera sobre la vieja chimenea. Algunas de esas fotos (casi todas ya amarillentas por el paso de los años) estaban tachadas con rotulador rojo y otras estaban fechadas. Una de ellas era la de Antonio Fuertes.

Quedaban muchas más…pero únicamente dos (aparte de la del finado funcionario de prisiones) habían sido subrayadas con un grueso rotulador verde.

La Anjana, mientras se lavaba el cuerpo en un barreño de agua helada, meditaba acerca de qué le haría al siguiente.

Todos esos sucios perros merecían morir sufriendo…pero especialmente tres de ellos lo merecían mucho más y no pensaba tener piedad con ninguno de los otros dos que quedaban aún con vida. Del mismo modo que ellos no habían tenido clemencia con los ella.
La Anjana sabía que las cosas no se podían hacer de cualquier manera: todo estaba sujeto a un ritual que no contemplaba únicamente la venganza como objetivo. Su misión se limitaba a equilibrar la Balanza cuando la Maldad se descontrolaba por el mundo y la Justicia no bastaba o ni siquiera se aplicaba a esos hombres y mujeres impías.

"Soy una especie de…" cuando se secó con una toalla rasposa fue consciente de que no sabía definirse con exactitud. *"Soy una Anjana, no necesito saber nada más de mí"* y se acostó en el viejo camastro del único dormitorio de la vivienda.

-2-

La primera persona en ver todo aquello fue una joven que estaba haciendo deporte por los alrededores y que esa mañana le había

parecido una excelente idea salir a correr y oxigenarse antes de empezar su jornada, ¿por qué no iba a parecérselo?

Pero tan sólo dos horas después de tener esa "buena idea", la deportista estaba siendo atendida por los servicios médicos que habían acudido a la escena de ese horrendo crimen en el bosque. Ella jamás olvidaría lo que encontró por casualidad escondido entre los matorrales al lado de un enorme árbol y, durante largos años, esa chica precisaría de ayuda psicológica además de mucha medicación.

El cabo primero Martínez fue otra de las personas que quedó marcada por esa experiencia tan macabra. Él, a pesar de estar muy bien entrenado como agente de la Guardia Civil para afrontar situaciones muy duras e inimaginables, nadie estaba preparado para lo que contemplaban todos en ese momento:

- ¿Se encuentra bien, cabo? - la nueva inspectora parecía estar llevándolo mejor que él y eso, en su orgullo masculino, le hizo sentirse aún peor. Martínez trataba de decir algo pero apenas le salía un silbido de la boca.

Uno de los oficiales dándose cuenta de que Martínez estaba al borde del colapso, le acercó un botellín de agua e intentó sacarle a regañadientes de allí. El agente no tenía sed, pero se obligó a dar un par de sorbos de la botella.

Las dos terceras partes de ese bosque estaba en ese momento siendo barrido por Policías Nacionales, Guardias Civiles, equipos médicos y agentes de Protección Civil.
Al otro lado del sendero por el que había circulado horas atrás el vehículo del señor Fuertes se arremolinaba la prensa y un puñado de curiosos que, si no hubiera sido por el precinto de seguridad y por los agentes que les mantenían alejados, se habrían abalanzado sobre la escena del crimen como hienas ávidas de morbo y de material para las redes sociales.

Uno de esos periodistas logró traspasar el cordón de seguridad pero dos guardias civiles le requisaron la cámara y el móvil y a pesar de sus protestas se lo llevaron detenido de allí. El efecto disuasorio de la detención fue el deseado y nadie más intentó acercarse a la inspectora, al cabo primero y al resto de los agentes que estaban inspeccionando el terreno:

- Inspectora Bolaños, hemos encontrado la cabeza de la víctima y

la hemos embolsado junto al resto de las pruebas. Parece estar intacta pero tiene algo dentro de la boca y antes de proceder quería consultar ese tema con usted - el hombrecillo nervioso que tenía delante era el forense que ella misma había pedido que le mandaran desde Santander. Parecía ser un profesional diligente y a tenor de cómo manipulaba las pruebas también era una persona muy meticulosa, así que ella le dio el OK.

Llevaron la bolsa al furgón, se enfundaron los guantes de plástico y ella se hizo con unas pinzas. A continuación, sacaron la cabeza de la bolsa e introduciendo las pinzas en la boca lograron sacar un papel doblado que estaba metido debajo de la lengua. Obviamente, tal y como dictaba el procedimiento, ella lo embolsó dejándolo junto con el resto de las pruebas porque ese no era el momento ni el lugar para procesarlas.

Sacando una libreta del bolsillo de su americana, la inspectora Marina Bolaños apuntó con una caligrafía de trazos sobrios pero elegantes un recordatorio para analizar más detenidamente las huellas y el contenido de ese papel.
Añadió las palabras “prioridad” y “huellas”.

-3-

Era la una de la mañana.
El inspector Roberto Mateo del “Servicio de Criminalística de la Guardia Civil” seguía investigando dentro del improvisado laboratorio que habían montado a las afueras de Liencres. No había mirado la hora.

Antes de cumplir con el protocolo y enviar las pruebas al Laboratorio Central se había tomado la noche libre para echar un vistazo por su cuenta a todo ese montón de bolsas que les habían mandado desde Santander.
Gracias a un puñado de contactos y a la más que ganada reputación que tenía él resolviendo casos consiguió al fin que le dejaran a solas durante unas cuantas horas cotejando las pruebas. No desconfiaba de los compañeros que conformaban la Sección de Identificación y Escena del Crimen, de los de la Sección de Técnica Policial o de los de la Sección de Analítica Forense porque todos sus colegas estaban sobradamente preparados, por supuesto, pero tenían un pequeño inconveniente: ellos no eran de allí. De Cantabria.

Roberto además tenía el don de ver cosas que los demás no podían ver. Una clase de sexto sentido que le hacía encontrar respuestas donde los demás sólo intuían pruebas inconexas. Ellos no veían de la misma manera que el inspector el recurrente y predecible patrón que siempre guiaba a la conducta humana. Y ese era su plus.

Ese, y que había nacido a tan sólo unos kilómetros de toda aquella atrocidad...por lo que supuso que esto último era muy importante en ese caso que le habían encargado. Estuvo seguro desde el momento que vio la pira que el asesino (o asesina) había encendido cerca del árbol de donde colgaban los pedacitos del desdichado señor Fuertes.

“Las historias de la zona. Los bosques. El rito de las hogueras...y el desmembramiento de las víctimas. Me contaban cuentos de pequeño sobre la mitología de la zona acerca de seres imaginarios que celebraban ritos nocturnos (siempre en bosques pequeños) para conseguir algo a cambio. Todas esas narraciones poseían un componente truculento que tenían como moraleja la de que para acabar con el alma humana se tenía que descomponer primero la parte física: el cuerpo. Siempre terminaban quemando a alguien”.

- Casi siempre eran historias de ladrones de almas que, a cambio de sus trofeos, obtenían… - se abrió la puerta y se sobresaltó esperando ver a alguno de esos inquietantes seres entrando...pero, tan solo se trataba de la compañera nueva: una inspectora de mediana edad a la que habían destinado a Santander después de pasar varios años de servicio en Madrid y alrededores. Marina o María, no se acordaba.

- Disculpe si le he interrumpido, inspector Mateo - no se había fijado bien en ella, pero a pesar de la débil luz del laboratorio saltaba a la vista que era una mujer muy atractiva. Intentó sacarse ese pensamiento tan poco profesional de la cabeza y acabó achacándoselo al cansancio de...miró el reloj de la pared: *“seis horas ininterrumpidas analizando este puto puzle”* -. Estaba acabando de redactar el informe que vamos a mandar a la Central y….perdone, quizás no le tendría que hablar de ésto.

A Roberto se le escapo una risita nerviosa que asustó a…

- Perdone, soy pésimo con los nombres como opinando de fútbol, ¿cómo se llama, inspectora?

- Marina. Inspectora Marina Bolaños a su servicio - hizo una cómica reverencia que pretendía ser una torpe interpretación arrepintiéndose al instante. *"Joder, es preciosa...y lo más sorprendente es que ella parece que no lo sabe"* se dijo Roberto -. Cuando estoy agotada tiendo a hacer este tipo de tonterías que ayudan a quitarme la tensión acumulada del día. Aún así se está convirtiendo en una fea costumbre el pedirle disculpas teniendo en cuenta que sólo nos conocemos desde hace dos minutos.

- No se preocupe, inspectora Bolaños, de verdad que la entiendo. Yo llevo también muchas horas sin dormir y seguro que estará de acuerdo en que todo ésto (abrió ambos brazos abarcando todo lo que habían recogido en el bosque) no ayuda para nada a conciliar el sueño. Por cada pregunta que me hago surgen media docena más - de repente se dio cuenta de algo -. Venía a contarme algo, ¿no es así, inspectora?

Marina Bolaños se quedó unos instantes pensativa sopesando las consecuencias que tendría para ella lo que iba a contarle...pero tenía que hacerlo: el contenido del papel arrugado que encontraron en la boca de Fuertes tenía que ser importante. Y más que importante, urgente. Pronto, algo muy malo iba a pasar cerca de allí y si desde los cuarteles de los alrededores les iba a ser difícil llegar a tiempo, desde Madrid iba a ser materialmente imposible.

- Es una teoría, inspector. Y si le soy sincera, prefiero hacer el ridículo y estar equivocada a que se confirmen mis sospechas por muy poco consistentes que le parezcan - estaba asustada, eso estaba claro. Le temblaba bastante la voz por la excitación y el miedo al pensar en lo que creía haber descubierto -. Creo que vamos a tener más.

- ¿Más qué?

- Más...asesinatos rituales, inspector Mateo. Y se lo demostraré - y salió de allí sin que le diera tiempo a su colega a preguntar más. Bajó por la escalera del edificio hasta llegar a un largo pasillo flanqueado por docenas de puertas con ventanas.

La planta baja era bastante más húmeda y fría que el laboratorio. El mes de marzo en Cantabria se parecía mucho al invierno como así atestiguaban las humeantes chimeneas de las casas de piedra al otro lado del ventanal. Ninguno de los dos parecía ser consciente de ello cuando levantaron la vista del monitor. La resolución de las

fotografías no era demasiado buena pero sí lo suficiente como para hacer un doble zoom y captar algún detalle.
En esos momentos estaban escrutando cada milímetro de la fotografía de la cabeza del funcionario de prisiones asesinado: Fuertes López, Antonio.
Después de un rato observado los detalles habían quedado aún más horrorizados por lo que descubrieron:

- También lo ha visto usted, ¿verdad, inspector Mateo? - señaló con el dedo la única cuenca vacía que tenía la testa medio despellejada del tipo. Entre el trabajo del asesino (o asesina, aún no podían saberlo) y el del equipo forense, quedaban pocas zonas intactas en el cráneo.

- Son larvas. Alguien le ha introducido unas larvas en la cuenca del ojo - su cabeza funcionaba a cinco mil revoluciones y ahí, enterrado en sus recuerdos supo que había algo agazapado esperando ser encontrado. Algo que tenía que ver con…

- Inspector, ¿sabe lo que es un "Ojáncano"? - Roberto la miró confundido. Por supuesto que lo sabía, pero no encontraba la relación entre las larvas y un cuento para asustar a los niños. Ella sonrió al ver su cara de desconcierto y pinchó en un icono del escritorio. El del navegador Mozilla Firefox adaptado para los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado por su flexibilidad y su seguridad en la navegación.

- Le voy a mostrar lo que he encontrado en Internet - tecleó en la barra del buscador de Bing las palabras "leyenda", "Cantabria" y "Ojáncano". Lentamente los datos en forma de bits fueron apareciendo en pantalla al ritmo del parpadeo de las luces del rúter ADSL -. En esta zona hay poca cobertura de fibra por lo que la red va un poco lenta al cargar las fotos y los anuncios, pero ahora lea con detenimiento lo que pone.

- "El Ojáncano, para los montañeses, personifica literalmente el mal. En la mitología cántabra no hay personaje más desagradable y violento" - la miró impaciente. Todo eso ya lo sabía, ¿qué quería decirle? Marina señaló dos párrafos más abajo -. "Después de nueve meses, salen del cadáver unos gusanos amarillos enormes que durante tres años se nutren a través de los pechos de una Ojáncana".

Paró de leer. A esas alturas ya no sabía si todo eso tenía algún sentido

o si estaban ambos perdiendo la cabeza. La inspectora prosiguió:

- Le repito que es una teoría y hasta aquí podría parecer que es muy...deslavazada y forzada, pero hay bastante más. No ha leído el papel que tenía debajo de la lengua, ¿verdad? Porque si fuera así ya habría llegado a una conclusión bastante parecida a la mía en lo que respecta a la conexión de este asesinato con los mitos de la región.

Él negó con la cabeza, no había llegado aún a ver esa prueba porque llevaba un orden en su análisis. Quizás debería de ser más flexible analizando las cosas, pensó. A esa distancia podía aspirar el perfume de ella y eso, unido al cansancio y a la excitación del caso, le hizo entrar en una especie de trance onírico donde la mitología y la realidad se entrelazaban como las larvas de gusano. Leyó el contenido del papel escaneado en la pantalla. Y tal y como le avanzó la inspectora Bolaños, llegó a una conclusión no sólo parecida sino idéntica.

Tenían a una "Anjana" suelta por los alrededores. Una especie de bruja. Y, lo que era peor aún: tan sólo había empezado su trabajo.
Lo único bueno era que al menos ya sabían que la asesina era una mujer y no un hombre como afirmaban los de Análisis de Comportamientos: unos cerebritos cuyo trabajo consistía en trazar perfiles usando la Psicología y la Estadística como herramientas.

Esa noche (o lo que quedaba de ella), Roberto Mateo fue incapaz de pegar ojo. No dejaba de darle vueltas a la teoría de la inspectora Bolaños.
Efectivamente, era rocambolesca. Sí, a simple vista parecía una auténtica locura. Y no, no era para nada descabellada. Es más, todos los indicios apuntaban a que la "nueva" tenía razón. Ese pensamiento le condujo a otro. Y a otro más. Hasta que se quedó dormido al fin en la mecedora de la terraza del hotel.
El graznido de las gaviotas planeando sobre el mar y la brisa meliflua tuvieron un efecto sedante. Casi analgésico...

En el sueño, todas las experiencias vividas en las últimas horas se escaparon como reclusos de una prisión de máxima seguridad de su cabeza y entraron en el misterioso mundo del subconsciente. En ese inquietante y maravilloso mundo de imposibilidades, él era un monstruo de un único ojo y la inspectora una bruja.

En la pantalla de un ordenador hecho de ramas verdes y agujas de pino secas, se podía ver otro micromundo fascinante: trasgos, duendes, brujas y monstruos danzaban alrededor de una hoguera. Y él era incapaz de apartar la vista de esa ventana analógica.
Cuando consiguió desviar la mirada para observar a su compañera, se dio cuenta de repente de que no era ella. El dulce aroma a champú y perfume se había transformado en un añejo olor a tierra húmeda y hojas podridas y de sus encías sobresalían lo que parecían ser…

Se despertó desorientado y sobresaltado.
Una gaviota intrépida se había posado en la barandilla observando a ese hombre de anchas espaldas y barba rubia. Se quedó unos segundos más dando pequeños saltitos por el extremo de la barandilla y retornó a la oscuridad de la noche.

Si los sueños tenían un significado, Roberto Mateo, era incapaz de verlo. Echó un vistazo a su reloj de pulsera. Aún eran las cuatro y media de la mañana, pero no iba a poder dormir más. Sintió un escalofrío al cerrar la ventana corredera que comunicaba la habitación del hotel con la terraza y por primera vez en muchos años se dio cuenta de que tenía miedo. No sólo por lo que laboralmente se les avecinaba sino por lo que una demente así podría llegar a hacer si no la paraban pronto.

"Ahí fuera hay una bruja y aún no tenemos ni idea de cuál va a ser el siguiente paso que va a dar, pero vive Dios que lo dará. Si lo que hemos visto en el laboratorio es cierto, la cosa se va a poner chunga en breve", se dijo.
Mientras se arreglaba la tupida barba y se pegaba una ducha caliente, sólo pidió al Dios en el que (aún) creía que la inspectora y él estuvieran equivocados.

-4-

Las pruebas llegaron dos días después a Madrid y estaban siendo ya analizadas en el laboratorio por el Equipo Central de Inspección Ocular (ECIO). La capitana María Teresa Hernández y el sargento Manuel Peláez estaban al mando de un equipo de seis personas que en ese momento intentaban hacer una recreación del Crimen de Santander (como así lo llamaban).
Gracias a la tecnología de simulación en 3D, podían reproducir cómo había sido la línea de tiempo de los hechos: entrada, puntos calientes y zona de evasión.

La entrada, como su nombre indicaba, era el prólogo de todo crimen: desde dónde habían accedido al punto caliente (o escenario del crimen) el criminal y la víctima. Gracias a su análisis se podían llegar a responder a preguntas tales como: sí habían llegado en coche o a pie, desde qué población era más probable que partieran o en qué zonas de los alrededores podrían preguntar por una descripción de la sospechosa.

Los puntos calientes eran todos los espacios, lugares u objetos con los que habían entrado en contacto los actores del crimen: árboles, piedras, armas del crimen, prendas o cualquier objeto que se les hubiera caído en el escenario. También, en el lenguaje policial, se les denominaba así únicamente a los lugares físicos donde se habrían producido los hechos, pero en la jerga que el equipo usaba se referían a esa acepción más amplia.

Y, por fin, la zona de evasión (en la que estaba incidiendo más en el Equipo durante esas últimas horas de la jornada) era la vía de la investigación que estudiaba el camino de huida. El proceso era simétrico al de entrada...y quizás más delicado por lo impredecible que podía llegar a ser: el primero se podía averiguar buscando en los puntos de convergencia de las líneas que representaban los caminos de criminal y víctima... pero el segundo, tendía a ser ocultado aposta por el agresor por lo que era más complejo de descubrir:

- A los jefes de arriba se la suda el resto del proceso. A ellos les dan igual los procesos estocásticos, los modelos probabilísticos o incluso los conductuales, caballeros, no hablan en chino como nosotros. Tan sólo desean saber por dónde narices ha huido la sospechosa y, lo que es más importante: dónde está ella en estos momentos escondida - la capitana siempre decía lo mismo en sus clases de Criminalística e, invariablemente siempre se le escapaba a alguien una risita. Esta vez nadie estaba para risas.

Mientras supervisaba la emulación del agente que tenía sentado delante, la capitana pensó que, si hubiera seguido dando clases, habría añadido que en un caso como el que tenían entre manos...la respuesta era todavía más delicada puesto que el perfil de esa mujer era el de una auténtica asesina en serie.

El análisis cronológico del crimen y del escenario indicaba que se trataba de una persona fría, meticulosa y con una enorme rabia contenida que sabía canalizar en cada uno de sus movimientos.

Conocía el cuerpo humano a la perfección, pero es que, además, por el estado del cuerpo de la víctima, ella sabía también cuáles eran los puntos de dolor del ser humano: uñas, articulaciones, zonas blandas, cartílago, nervios…

Algunos teorizaban acerca de la posibilidad de que fuera una médica, veterinaria o alguien relacionado estrechamente con la salud…pero como bien sabían la capitana Hernández y el sargento Peláez: que una persona tuviera conocimientos o habilidades no implicaba que se dedicara profesionalmente a ello. Lo habían aprendido ya en un caso anterior donde el criminal que buscaban manejaba con una destreza asombrosa los cuchillos en sus "juegos".
Ese hombre no trabajaba de carnicero, ni de matarife, ni estaba contratado en el circo (algún lumbreras barajaba esa opción) …tan sólo era un oficinista reservado y educado que en sus ratos libres había aprendido a dominar esas armas viendo horas y horas de vídeo en tutoriales de YouTube. De ahí sacaron una lección sagrada que la capitana no dejaba de repetir en sus charlas:

"Habilidad y oficio casi nunca van de la mano. Hemos aprendido que los asesinos que disfrutan cometiendo crímenes raramente lo vinculan a una habilidad profesional que les recuerde a su otra vida, la que menos les gusta: la laboral…su disfraz de cara a la sociedad".

- El rastro ha sido eliminado, capitana Hernández - el joven oficial parecía incómodo por tener que informar de ese contratiempo, pero, a continuación, se le iluminó la cara -. La buena noticia es que sabemos en qué dirección huyó la mujer con el coche de la víctima.

- ¿Han conseguido filtrar la dirección que tomó el vehículo entre la maraña de marcas de neumáticos? Según tengo entendido la asesina dio varias vueltas por el camino para intentar tapar el rastro. Esa tipa parece que sabe lo que se hace…conoce nuestros procedimientos.

- Hemos dado con un rastro constante en los dibujos de las ruedas. Además, debo informarle de que creo que tenemos un testigo que puede haberla visto. Le han interrogado y es posible que tengamos una línea de investigación por esa vía.

- ¿Ha dicho un testigo? - la experiencia le había enseñado que las cosas al principio de una investigación no podían ser tan fáciles y menos en un caso como ese: en muchos de los casos, durante el

momento del crimen se cometían errores causados por los nervios y la adrenalina. Pequeños despistes. Pero esa mujer no era ni despistada y mucho menos nerviosa: se lo había tomado todo con mucha calma.

Al final, resultó que el único testigo era un anciano invidente que todos los días se sentaba en su porche a desayunar temprano. Juraba y perjuraba que en todos esos años jamás nadie había circulado en coche por el camino que cruzaba su finca en dirección al Mirador de las Dunas:

- Es un atajo que ya muy poca gente conoce, señor policía - el interrogatorio duró el tiempo el hombre tardó en fumarse el tabaco de su pipa. Sentado en su porche, delante de uno de los agentes, le temblaban las manos por la tensión, por el frío o por una más que probable enfermedad de Parkinson. No obstante (a tenor del informe del Guardia Civil de la zona), era un hombre extremadamente lúcido y curioso -. Antes pasaban muchos carros tirados por caballos por esta zona y a veces algún turista despistado en bicicleta al que le tenía que dejar llamar por teléfono, ¿lo puede creer? Pero desde que hicieron esa maldita carretera de la costa ya nadie se acuerda de este lugar. Y menos del atajo, ¿me entiende?

- Me está diciendo que la persona que pasó por aquí…

- ...o nació por aquí cerca o trabaja muy cerca, agente. Y no, no se trataba de nadie perdido - apuró la última calada mientras observaba el perfil infinito de las montañas con sus blancos ojos de ciego. Antes de entrar en su diminuta vivienda, añadió -. Sea quien sea el tipo del que hablamos, no quería que nadie supiera que estaba por aquí: aceleró al pasar cerca de mi casa, ¿sabe? Pero mi oído está mucho mejor que mis ojos...y que mis manos. Odio estos malditos temblores, agente.

En toda investigación compleja las cosas tienden a ir jodidamente mal cuando llega el segundo ingrediente de la ensalada: las prisas.

Tal y como había dicho la capitana, la “gente de arriba” estaba demasiado nerviosa con este asesinato (y eso que no sospechaban aún todo lo que se les vendría encima después). Pero en vísperas de unas Elecciones Autonómicas y Locales también entraba en escena inexorablemente en acción otro ingrediente aún más nocivo y picante: los políticos que estaban por encima del aceite del plato. Todo ello,

aderezado, llevaba a una ensalada repleta de decisiones incongruentes pero mediáticas, de errores y de lo que el inspector Roberto Mateo denominaba “cagadas evitablemente inevitables”.

El sargento Peláez (el compañero de la capitana del ECIO, María Teresa) era una persona tan ambiciosa en sus aspiraciones como pésima en su profesión. Así que, en vez de hacer caso a su superiora, tiró de contactos para convertir todo aquello en un puto circo de policías asediados por periodistas de la prensa amarilla. Su primer movimiento fue reunirse con un antiguo contacto suyo de un periódico y hacer un par de llamadas.

Una de esas llamadas fue la que lo lió todo y la cosa empezó a desmadrarse de verdad porque, a veces, y por desgracia, la “Teoría de los Seis Grados de Separación” funciona.
Gracias a esa llamada inoportuna la asesina pudo ir durante mucho tiempo por delante de la Guardia Civil y de la Policía Nacional e ir eliminando pruebas antes de que llegaran a los laboratorios de Criminalística.
Uno de esos seis grados de separación era un coronel de la Policía que dirigía un Departamento de nueva creación al que le habían asignado varias tareas en la investigación. Y cómo no, hizo una llamada, y luego otra y al final otra más.

¿Y qué sucedió después? Pues que esa misma noche, el informe testifical del invidente desapareció para siempre.

Nadie pudo asociar el incendio de la casita del anciano con el caso y menos cuando ese pobre hombre apareció muerto días después en la cama de una residencia de ancianos de los Servicios Sociales.
Si tan sólo le hubieran hecho una simple autopsia habrían descubierto que a ese hombre le habían inyectado una mezcla de tiopental sódico, bromuro de pancuronio y cloruro de potasio. Y que además no tenía que estar en una residencia puesto que tenía una casa donde se había valido por sí mismo durante todos esos años.

Nunca se supo quién le llevó a esa residencia, por supuesto.

-5-

No lo podría haber previsto ni en mil malditas vidas.

La Anjana no dejaba de frotarse compulsivamente las uñas en el lavabo de uno de los baños de la mansión de los Antares, pero, aun así, la sangre no se iba.
Había dejado que se secara y la única manera de eliminar las manchas de sangre en la piel era echándose agua oxigenada, pero en los armarios de ese cuarto no había encontrado nada más que un montón de botes de champú y una docena de frascos de perfumes de mujer caros. Supuso que el botiquín estaría en alguno de los tres baños restantes de la mansión.

Se miró en el espejo y vio la imagen de un animal salvaje después de haber vuelto de caza: tenía la cara ensangrentada, el pelo empapado en sudor y los ojos pintados de negro. Se desnudó por completo metiendo toda la ropa en la mochila que llevaba consigo.

No contaba con que hubiese niños en la casa y aunque alguien hubiera podido prever que una pareja sin hijos tuviera sobrinos, ¿quién se iba a imaginar que precisamente esa noche dormirían en la habitación de al lado? Había sido algo imprevisible. Fortuito. Pero no por ello dejaba de ser algo inaceptable: sólo eliminaba culpables, no a inocentes.

El niño había sido el primero en haberlo visto todo.
La Anjana había decapitado ya al hombre y estaba serrando las manos de la mujer cuando la luz del cuarto de al lado se encendió y un niño de aproximadamente cinco años vestido con un pijama de osos, se asomó a la puerta. Observando sus ojos, la Anjana adivinó que aún estaba medio dormido, así que apagó la luz de la mesita para que no pudiera verla. Pero ya era demasiado tarde

- Tía Rosa...tengo ganas de hacer pis - el niño vio el destello del filo de un arma afilada y un mechón de pelo de su tía gracias a la poca luz que entraba por la ventana de la habitación. La luna llena también había sido algo fortuito, se dijo la Anjana- ¿Qué les estás haciendo a mis tíos, mala?

El grito agudo del crío alertó a su hermana. Ella era mayor que él, así que la Anjana en ese instante supo qué le iba a tocar hacer…
No tenían culpa de nada, pero no podía permitirse la licencia de dejar testigos. Sí, eran niños inocentes, pero moraban en la guarida de los condenados, y a veces, le constaba que a sus hermanas Anjanas se les exigían algunos sacrificios como ese.

Cuando todo aquello pasara, tendría que consultar al agua del

manantial acerca de qué precio iba a tener que pagar por extinguir las llamas de dos almas puras. Suponía que iba a ser alto, pero así estaban las cosas: a cada acción terrible le correspondía una dolorosa y larga expiación porque la Naturaleza así lo requería para retornar al Equilibrio Natural. Al Mal se le atacaba con el Bien y al Bien se le ponía a prueba con el Mal. Siempre había sido así.

La niña fue la que opuso más resistencia. Tenía una fuerza inaudita para ser tan pequeña e incluso logró morderle en uno de sus antebrazos haciéndole una herida tan profunda que tardó mucho tiempo en cicatrizar.
La Anjana no quería matarlos de una forma violenta pero la cría le había obligado a ello. Poco después, ambos niños estaban muertos encima de la alfombra a los pies de la cama de matrimonio como dos mascotas cogiendo aliento después de un largo paseo con sus amos.

Se sintió débil de repente y las rodillas le empezaron a flaquear. La luz del cuarto de baño bailaba en el aire como un cometa en el cielo y el reflejo del espejo se transformó en una amalgama de colores carmesí. Se le secó la boca y los pulmones se iban quedando lentamente sin aire. Aferrándose al secamanos intentó no desplomarse porque todo giraba y giraba a su alrededor como un estroboscopio roto.

Sabía que la inmolación de dos espíritus puros podía matar a una Dama Blanca pero estos dos seres eran asombrosamente inmaculados. Antes de desmayarse, se metió en la bañera y, a continuación, abrió ambos grifos. Mientras estaba sentada notaba como la energía del agua brotaba hacia su interior y, pronto comenzó a sentirse un poco mejor. A pesar de que no era el agua pura de los manantiales de los bosques, estaba haciendo efecto en ella. Veinte minutos después pudo ponerse la ropa y andar.

Al salir de la mansión no conseguía recordar si había limpiado bien las huellas del secamanos, pero se encontraba totalmente exhausta. La energía del agua no era lo suficientemente pura como para haber recargado su cuerpo por completo y todo ese ritual improvisado le había llevado más tiempo del que tenía previsto y habría sido demasiado peligroso permanecer más tiempo dentro de la vivienda.
Le asqueó sobremanera llevar puestas las prendas de esa mujer pérfida, pero si quería llegar a su guarida sin llamar la atención no podía ir por ahí desnuda o con la ropa llena de sangre y sudor.

A medida que se alejaba corriendo por camino de arena, iba borrando sus huellas con unas ramas de brezo detrás de ella. Llevaba a la niña

en brazos para lavarle y purificar su cuerpo, así que no podía avanzar tan deprisa como pretendía. Pero tenía que hacerlo. Para la niña no era demasiado tarde…su cuerpo había sido corrompido por su machete y sólo quedaba santificar las heridas de su cuerpo con el agua del río.

Al llegar a la pradera que estaba ubicada detrás de los jardines de la casa, se quitó la ropa de la mujer impura y se sumergió en la ría con el cadáver aún caliente de la pobre niña dejándose llevar por la corriente.
Tenía que contar hasta ciento diez antes de salir de ella y encontrar el viejo coche que había robado en el aparcamiento del Sardinero. Estaba lejos de su escondite, pero la Naturaleza era su hogar, así que al emerger a la superficie y empezar mentalmente la cuenta atrás, respiró hondo: había matado a la Ojáncana y a su Ojáncanu.

Dejó a la niña en la rivera del río cubriéndola con las flores más bonitas que encontró en esa pradera y, a continuación, le hizo la señal de las Anjanas en la frente y la besó en los labios implorando su perdón.
"Vuela, vuela, pequeña alma inocente. Cuando llegues a tu destino protégenos a todos de nuestra maldad y apóyanos en nuestra benevolencia".

El alma de la mujer, a la que décadas atrás, habían robado a su familia, podía descansar casi en paz porque ya sólo quedaba uno más. Llevaba dos de tres.
Un alimoche planeó cerca del margen derecho de la ría y, a pesar de tratarse de un ave silenciosa, le dedicó a la mujer un tímido canto rebosante de gratitud.

En la oscuridad de la habitación, Luis, el sobrino del matrimonio Antares, abrió los ojos.
Esa bruja mala le había clavado un cuchillo cerca del corazón y no estaba muerto gracias a que su osito de trapo le había salvado. El niño dormía todas las noches con un muñeco diferente.
Todos los peluches se los había regalado tía Rosa y su madre había metido el oso esa misma mañana en la bolsa de viaje para que su hermana pudiera ver que el niño apreciaba sus regalos.
Cuando tenía miedo, le dejaban meterse en la cama con un muñeco e invariablemente se lo guardaba dentro de la chaqueta del pijama para sentirse más seguro. Era un niño algo mayor para andar con peluches,

pero la psicóloga le había recomendado a su mamá “afrontar los terrores nocturnos a su ritmo”.

Con toda esa confusión, la bruja mala creyó que le había matado antes de abalanzarse sobre su hermana Paula. Era capaz de recordar vagamente el golpe seco en el pecho con el puñal y la caída de espaldas contra el suelo. Se había quedado tumbado de boca arriba sin aire pensando en que los peces debían de morirse así cuando su padre los sacaba del cubo de agua salada. Se vio a sí mismo como un pez pequeño e indefenso extraído por la fuerza del barreño: de la protección que le daba su cama y su oso.
Por la conmoción y el miedo, Luis había perdido el conocimiento antes de que la señora mala acabara con la vida de Paula…

Ahora estaba todo en silencio en la habitación. Se había hecho pis, pero no le importó porque mamá seguro que le perdonaría por mojarse el pijama. Algo feo y malo había hecho la bruja y tuvo mucho miedo de encender la luz porque sabía que la luz atraía a las arpías, o eso al menos contaban las historias que les narraba la seño en el colegio con voz de maga y haciendo esos aspavientos que tanto les hacían reír. Pero esta arpía era diferente: no provocaba risa sino miedo. Esos dientes largos y sus ojos rojos los pudo ver en la oscuridad de la habitación y creyó que se lo comería crudo ahí mismo, pero sólo le había golpeado con ese cuchillo fuertemente y el oso estaba ahora descosido y vomitaba espuma y serrín por la tripa.

Se arrastró como pudo por el suelo hasta llegar al cuarto de invitados y cogió el teléfono móvil de su hermana Paula marcando tan rápido como pudo los cuatro dígitos de desbloqueo (porque él había espiado a su hermana para poder jugar con el teléfono sin que ella lo supiese) y al ver la foto del contacto de su madre, lloró. Seguramente se pondría muy triste cuando se enterara de que esa señora se había llevado a Paula y de que su precioso osito estaba roto.

Cuando la Policía llegó a la mansión, los agentes se encontraron con un espectáculo dantesco: era realmente sobrecogedor ver qué habían hecho con el matrimonio dentro de ese dormitorio. La mayoría de los oficiales que acudieron alertados por la llamada de la madre del crío habían oído hablar del rito que se había celebrado en el bosque unos días atrás, pero lo que tenían ante ellos no se quedaba corto. Para nada.

- Han crucificado al hombre con una pistola de clavos en el

cabecero de la cama y le han cortado la cabeza, ¡por el amor de Dios! ¿Qué cojones le está pasando a la gente hoy en día? - el capitán de la Nacional Gómez-Sanjenjo había bajado al vestíbulo a tomar el aire. Llevaba más de una hora supervisando a sus hombres cuando de repente, sintió cómo le entraba una crisis de ansiedad. Sí, también era un hombre curtido. Y no, no estaba ni por asomo familiarizado con ese tipo de crímenes -. Me quedan dos putos meses para jubilarme y en mi vida pensé en que llegaría a ver algo así, ¡joder!

- Nadie ha visto antes algo así, capitán - el teniente Olmedo le ofreció un cigarrillo que su superior aceptó a pesar de hacer dos décadas que había dejado de fumar -. Hemos llamado a los compañeros de la Guardia Civil para ver si hay alguna relación de lo de esta casa con lo sucedido en Liencres. Si es así…

- ...démonos por jodidos - sintió el mareo al dar su primera calada en muchos años. A lo lejos vio un remolino de tierra acercándose al camino que daba acceso a los vastos jardines de la familia Antares: se estaba aproximando un Land Rover verde y blanco con luces encima a toda velocidad - Ahí llega la Caballería, Olmedo.

- Esta casa está a casi cincuenta kilómetros del bosque donde se...donde le hicieron aquello a ese funcionario de prisiones. Si es la misma persona, le debe de gustar moverse por las zonas costeras - abrió el viejo mapa de carreteras apergaminado que llevaba siempre doblado en el bolsillo del pantalón y señaló con el dedo los dos puntos del mapa - De Liencres a Noja por la A-8 son unos tres cuartos de hora y evitaría así el control que hay en Soto de la Marina.

- Yo si fuera esa tipa, evitaría las carreteras comarcales. Canta mucho ir por zonas de poco tráfico porque a la mínima te pueden parar para revisar papeles, sí - de los asientos de atrás del coche bajaron un hombre y una mujer vestidos de paisano. Se identificaron como inspectores del Servicio de Policía Judicial-. Disculpen mi pregunta, ¿existe esa Escala en el Cuerpo de la Guardia Civil?

El hombre y la mujer se miraron y sonrieron. Seguramente habían contestado a esa pregunta al menos una docena de veces. Ella le cedió la palabra y Roberto les explicó a los Nacionales la vieja cantinela de la “reconversión” de las Escalas y Cuerpos en la Guardia Civil.

- ¿Me presta ese mapa, agente?

- Por supuesto, inspectora Bolaños. Tengo que advertirle que no está muy actualizado, pero supongo que las localidades no se mueven a menudo de su sitio, ¿verdad? - soltó una risita nerviosa acompañada de un imperceptible empujón de su superior -. Perdone, estoy algo nervioso por lo que hay montado ahí arriba: no hay más que sangre y bueno, imaginénse…

- Venimos a preguntar dónde se han llevado al niño. Luis se llama creo.

- Se lo ha llevado la psicóloga - Roberto y Marina se miraron el uno al otro. Algo no encajaba.

El capitán por la cara de sorpresa que puso también pareció enterarse en ese momento de la noticia e hizo una extraña mueca. La intuición con el paso de los años se agudizaba y se puso inmediatamente en alerta:

- Olmedo, ¿por qué nadie me ha informado de eso? Déjeme su teléfono - marcó apresuradamente las teclas y se acercó el móvil a la oreja -. Cabo, ¿cuánto hace que ha pasado por el puesto de control una mujer que iba con el sobrino de los Antares? ¿Cómo dice?

Colgó el teléfono mirando a los inspectores con expresión de incredulidad y, a continuación, se recompuso rápidamente dirigiéndose a su subordinado con el rostro enrojecido. Estaba a medio camino entre la furia y el pánico.

- Vaya cagando ostias al control de la entrada y ponga en marcha a todas las unidades: nadie ha visto salir a una mujer con un niño de aquí y como el crío no aparezca, vamos a tener un problema de cojones, ¿me ha entendido, teniente Olmedo?

- Si alguien quisiera secuestrar al niño, no saldría con un vehículo de esta casa - aseveró la inspectora Bolaños con rotundidad -. Busquen el automóvil: estoy segura de que esa mujer lo habrá dejado abandonado y ha continuado a pie con el niño. La vía de escape más probable es por ahí, por el Este, junto al camino que lleva a ese riachuelo. Veo que tienen cubiertos todos los caminos, así que por ahí no los busquen.

Hicieron caso a la inspectora, pero el niño no aparecía y para empeorar aún más las cosas, aquello trascendió a la prensa pasando a ser un caso mediático desde el mismo día en el que los padres del niño (al que habían perdido bajo protección policial) concedieron una entrevista en la televisión autonómica. Dos días más tarde, los medios de comunicación de toda España ya se habían hecho eco tanto de los asesinatos como de la desaparición.

Todas las redes sociales desde Twitter hasta Facebook pasando por Instagram, publicaron la foto y los datos del crío. La esperanza se hizo viral y el optimismo trending-topic…hasta que ambas se vieron truncadas una semana después a la orilla de un arroyo.

El cuerpo sin vida del niño estaba desnudo y cubierto de flores (igual que los restos de su hermana varios días antes). Tenía las manos impregnadas de sangre seca y entre los dedos portaba un colgante de plata que simbolizaba el triskel: el símbolo antiguo de una espiral que se relacionaba con el sol, la vida y la reencarnación.
Esa fue la primera vez que Marina y Roberto vieron ese símbolo en el caso.

-6-

Cuando la inspectora Marina Bolaños salió del Cementerio de Ciriego, llovía a mares.
Al funeral había acudido el alcalde de la ciudad, el presidente de la Comunidad y un séquito de políticos de segunda fila. Todos estaban allí por la foto, pero, sobre todo, la mayoría de ellos intentaba salvar el culo de la creciente y negativa presión que habían ejercido los medios sobre la opinión pública.
Se había montado un revuelo a todos los niveles y nadie quería cargar sobre sus hombros la pesada responsabilidad de la muerte del niño y de la inseguridad ciudadana de tener un asesino en serie suelto por ahí matando a diestro y siniestro.

Debajo de los soportales de piedra de la ermita del cementerio, dos personas estaban discutiendo acaloradamente. Marina vio de refilón que era uno de los concejales. La otra persona la tenía de espaldas, pero supo que era el Delegado de Gobierno por la gabardina y los zapatos marrones que vestía en el entierro. No habían reparado en ella.
Se fijó en que uno de ellos hizo el amago de agredir al otro, pero al

final la cosa quedó en nada. Las cosas estaban tensas. Y la tormenta que se acercaba por el Oeste parecía recalcar ese hecho.
Cuando descargó con todo su potencial de rayos y truenos, la inspectora Bolaños ya se había metido en el coche. Se le había olvidado el paraguas en el maletero y estaba chorreando.

Se sintió de repente sin fuerzas.
Había pasado horas y horas en la oficina analizando perfiles psicológicos de asesinos en serie. Todas esas personas eran aparentemente normales que habían sido capaces de cometer los actos más aberrantes que se le podían pasar a uno por la cabeza. Marina tenía mucho miedo de llegar a comprender algún día la naturaleza de los actos de esa clase de seres porque eso significaría poder empatizar con ellos.

Era policía y, además, como mujer había demostrado con creces tenerlos bien puestos para alcanzar la posición a la que había llegado por méritos propios...pero dentro del alma de una persona fuerte siempre había un pilar menos compacto y firme. *"Todos tenemos un punto débil y me aterra que el mío salga a la luz en medio de la investigación. Tengo miedo, joder"*.

Ahí, inmersa en la oscuridad de un habitáculo irrigado por la luz de los pilotos del salpicadero, se acordó del miedo que le daban las tormentas cuando aún era muy pequeña. Lo pasaba tan mal que sus padres la dejaban dormir con ellos en su cama. La mano de su madre le acariciaba la frente cada vez que un trueno gritaba su nombre con desprecio o un relámpago se colaba en el dormitorio amenazándola con dejarla ciega.

Tenía los ojos clavados en la luna del cristal. Algo se movía al mismo ritmo que el sonido de la lluvia golpeando la carrocería del coche. Estaba bailando sobre el cristal...
"Los limpiaparabrisas se parecen a los dedos de mamá en las noches de tormenta. Bailando sobre mi cabeza, me peinan, me acarician, me...".

- Señorita, ¿está usted bien? - se sobresaltó al ver la silueta de una persona al otro lado de la ventanilla del conductor. Miró la hora del reloj del coche y se asustó porque era imposible que estuviera bien.

- No. No se preocupe, sólo estaba descansando. He viajado desde muy lejos y he parado a dormir un poco - *"son las once de la noche, joderjoderjoder"* -. Me disponía a irme ya. Muchas gracias

por despertarme, señor.

- No hay de qué - el hombre se acercó más a la luna del coche para intentar reconocer en vano a la ocupante. Había dejado de llover, pero los cristales estaban salpicados de miles de minúsculas gotas y las luces del interior del vehículo estaban apagadas -. No le recomiendo parar en sitios como éstos. Por las noches hay demasiado indeseable suelto cerca de los cementerios. No me pregunte por qué, pero les encanta este tipo de sitios para cometer fechorías, señorita.

Ella volvió a darle las gracias y arrancó el coche. Se había quedado dormida cerca de cinco horas y eso le produjo una sensación de desasosiego porque ella jamás dormía la siesta. Y menos dentro de un coche.

Desactivó el modo avión del teléfono: lo había dejado así al entrar en el cementerio mientras investigaba algo fuera de lugar o a alguien sospechoso que hubiera hecho acto de presencia en el funeral. No lo había vuelto a conectar a la red (*Dios Santo. Cinco horas…es increíble que me haya quedado dormida aquí cinco puñeteras horas*).
Siete llamadas perdidas: dos del inspector Mateo, tres de su expareja Iván y dos desde un fijo que no conocía.

Esas no eran horas para devolver llamadas de teléfono, así que después de aparcar el coche enfrente de su apartamento, compró algo ligero para cenar y entró en el portal. Se dijo que, si alguna de esas llamadas se hubiera tratado de algo urgente e inaplazable, ya le habrían mandado varios mensajes de WhatsApp y la bandeja estaba vacía.

Desde que lo dejó con Iván, siempre tenía las notificaciones de mensajes a cero (máximo un mensaje o dos): la mayoría de sus amigos se habían decantado por la versión de ese malnacido y sinceramente, a ella le daba igual. Casi hasta se alegraba por ello porque no había perdida gran cosa: un montón de memos clónicos y cortados por el mismo patrón de machitos pagados de sí mismos, pijos y gilipollas. Así que dejar a su novio, había supuesto dejar el lote completo de su anterior vida en pareja. Y ella empezaba a ver las ventajas de aquella decisión en su día a día. Tenía más tiempo para su trabajo, pero sobre todo para conocerse ella.

Un crujido la sobresaltó.
Provenía justamente de debajo de la escalera. Encendiendo la luz del

pequeño vestíbulo pudo vislumbrar la sombra de una mujer subiendo apresuradamente por las escaleras.

- ¿Oiga? ¿Qué…? - la sombra femenina llevaba puesta una larga túnica que parecía volar detrás de ella mientras subía los escalones de dos en dos. Echó mano de la pistola reglamentaria a la vez que un chute de adrenalina se introdujo en sus venas a la misma velocidad que iba tras ella-. Quédese quieta donde está o disparo.

Iba parándose en cada rellano pulsando los interruptores de cada planta hasta que llegó a la puerta de la terraza del tejado. A esa distancia podía aspirar el aroma que emanaba del cuerpo de la fugitiva y se acordó de a qué olía el bosque de Liencres donde habían encontrado el cadáver decapitado de Antonio Fuertes: una mezcla picante de plantas y especias y de preparados de resina y algo que no conseguía identificar, pero cuyo olor le resultaba muy familiar.

Quitó el seguro del arma empujando lentamente la barra metálica de la puerta y ésta se abrió.
Una violenta ráfaga de viento le azotó en la cara y el olor relajante de la lluvia le despejó la mente de un guantazo. Adrenalina, lluvia y miedo hicieron el resto.

El tendedero estaba completamente vacío, así como la caseta de la antena colectiva. Comprobó todas las puertas de los viejos trasteros cerciorándose de que estuvieran cerradas todas con llave. Al asomarse por la repisa de la terraza no vio nada más que su coche aparcado en la acera de enfrente al edificio y un borracho meando en un árbol. A esas horas poco más había que ver en una de las calles menos transitadas de la ciudad.

Estuvo dando vueltas alrededor de la repisa con la esperanza de encontrar a la mujer a la que acababa de perseguir hasta allí arriba. Se sobresaltó cuando una bandada de palomas revoloteó al acercarse al extremo de un tejadillo. Siguió unos minutos más dando vueltas sin éxito.

Allí arriba no había nadie.

Cuando abrió la puerta del apartamento había llegado a la conclusión de que el cansancio de esos días unido a la magnitud que estaba adquiriendo el caso le había jugado una mala pasada. La imaginación a veces hacía cosas así: imágenes de fantasmas que no eran más que

simples recuerdos que se quedaban pegados a la memoria como los chicles en zapatos.

Encendió la televisión abriendo la aplicación de Netflix, escogió una película de esas que no te hacían pensar demasiado (Iván las llamaba “fáciles de ver”) y, a continuación, se sirvió una copa de vino blanco. No tenía mucha hambre, pero se obligó a comer dos rollitos de primavera descongelados y uno de los yogures que acababa de comprar en la tienda de abajo.
Cuando llegó al salón, lo vio.

Una carpeta de plástico negro que no estaba ahí antes reposaba en la mesita de cristal junto al mando a distancia. Corrió de nuevo a su habitación y sacó el arma de la funda. El corazón le latía a mil por hora y le sudaban las manos, pero se obligó a guardar silencio. *“Alguien ha entrado en mi casa”* era en lo único que podía pensar mientras inspeccionaba cada rincón de las habitaciones. Pero una vez más, allí no había nadie.

Al final, cuando consiguió recuperar la calma, abrió la carpeta: en el interior había varios informes policiales y fichas de varias personas perfectamente clasificados y grapados.
Saltándose varias páginas del dossier, se percató de que dos de esas fotografías le resultaban familiares: ambos hombres solían salir en casi todos los periódicos nacionales.

-7-

- ¡He dicho que no necesito escolta, joder! - contestó Marina indignada. Que le pusieran a dos compañeros a la puerta de su casa las veinticuatro horas del día era malgastar recursos. Recursos que podrían utilizarse en encontrar a la Anjana -. Roberto, ya he hablado con el comisario y he renunciado a tener niñera. Sé cuidarme sola.

- De acuerdo. Si lo tienes claro, no tengo nada que objetar, Marin…inspectora - echó un vistazo alrededor asegurándose de que no hubiera nadie más en la salita de la cafetería. No solía pasar mucha gente por allí puesto que estaba reservada únicamente a los oficiales de mayor rango -. Escúchame ahora lo que te digo. Ten mucho cuidado a partir de ahora con lo que haces: esa malnacida sabe dónde vives. Sospecho que nos ha

estado vigilando y eso no me gusta un pelo.

"No podemos saber cómo ha dado contigo, pero estás claramente en su punto de mira. Que te haya dejado esos archivos confidenciales es una manera de buscar un cierto grado de empatía o de que lleves el caso a tu esfera personal. Lo sabes, ¿no? No debes permitir que juegue contigo".

Ella asintió.

- Sé lo que busca, inspector. De un modo u otro busca justificar sus atrocidades dándome a entender que esas personas merecían morir. Personalmente creo que es una especie de vendetta - se sentó en un taburete alto y abrió el expediente que le había dejado la asesina múltiple -. Por cierto, no había huellas en ninguna de las hojas por lo que lleva guantes. Eso no es nada extraño, claro, pero hay un hecho curioso…

- ¿De qué hecho estás hablando?

- Bien, estuve destinada una larga temporada a la Unidad de Análisis de pruebas en los Servicios Centrales. En todos los análisis que hicimos en los últimos años, aparte de buscar huellas o restos de ADN, también hacemos otro tipo de prueba de residuos - levantó una de las hojas plastificadas y apuntó a uno de los extremos -. Normalmente suelen aparecer restos de carbono o de alguna sustancia química que nos de alguna pista de la localización del sospechoso.

"A ver si me explico…pongamos por ejemplo que tenemos entre manos una acumulación alta de cloruro sódico junto a una prueba del PH de una muestra: esas dos mediciones nos pueden dar mucha información acerca del escenario donde han sido tomadas. Por ejemplo, si se trata de una zona geográfica litoral o de interior. Son pequeñas pistas que nos acercan un poquito más a la solución".

- ¿Pero?

- El "pero" es que en esta carpeta no hay absolutamente nada de nada. No existe ningún elemento orgánico o inorgánico exceptuando la tinta o la composición básica del papel y del plástico con el que están hechas todas y cada una de las páginas de los expedientes - se quedó callada durante unos segundos para añadir a continuación algo que sobrecogió al inspector Roberto

Mateo -. Sea lo que sea lo que haya hecho, lo ha esterilizado a un nivel profesional por lo que nos lleva a otra cuestión irrefutable: esa mujer tiene unos conocimientos de Química muy avanzados. Es una profesional de alto nivel, Roberto.

- ¿Lo has puesto en el informe?

- Por supuesto, y además me he molestado en adjuntar los resultados de las pruebas y en subrayar lo más destacado. Sólo rezo para que los Servicios Centrales de Criminalística se lo tomen en serio, Roberto - frunció el ceño y le miró con expresión de resignación -. Sabes que cuando no estás en primera línea las cosas no se ven de la misma manera, ¿verdad? No es lo mismo oler la sangre de cerca a verla desde el monitor de un laboratorio a cientos de kilómetros y con decenas de ratios y modelos...pierdes intensidad.

- Supongo que no es tan motivador, estoy de acuerdo. Vamos a tener que currarnos el caso nosotros solitos y, bueno, para eso nos han elegido, Marina - la interlocutora no pudo disimular una sonrisa - ¿He dicho algo gracioso?

- Sí. Por primera vez me has llamado por mi nombre y no ha pasado nada, ¿a que no? No te he mordido ni ha saltado la alarma de los bomberos- Mateo azorado desvió la mirada para ocultar que se había ruborizado y eso le hizo sentir aún más incómodo. Se comportaba como un puto adolescente delante de esa mujer -. No te preocupes: vamos a pasar una larga temporada trabajando juntos, Roberto, así que dejemos las formalidades para las reuniones si te parece, ¿hace una ronda de cerveza?

- La primera corre de mi cuenta - echó un vistazo a la hora como si eso le hubiera importado una mierda.

Ya habían acabado la jornada por ese día y la otra alternativa a ese plan era ver por televisión el partido de los play-off para el ascenso del CBT Torrelavega. Junto con un par de fotos que tenía posando de pequeño al lado de un famoso pintor de allí era lo único que le unía a su tierra: baloncesto y arte. Sus padres hacía tiempo que se habían ido de allí en busca del hábitat natural de los jubilados: el mediterráneo. No hablaban mucho últimamente.

No muy lejos del Centro Botín, Marina y Roberto encontraron una cervecería que en apariencia era acogedora: la cerveza era artesana, y

aunque el dueño no era la alegría de la huerta, se encargaba de acompañar las pintas con una generosa tapa. Ninguno de los dos probó bocado, así que dos jarras después, el alcohol comenzó a desencorsetar los temas de conversación y pasaron a temas más personales. Él comenzó hablando de su reciente divorcio y de sus padres hasta que, echando un vistazo por la ventana, se dio cuenta de que las horas habían ido pasando más deprisa de lo que les hubiera gustado. Las luces de las casas se iban encendiendo al mismo ritmo que el día se apagaba y unas gotitas de lluvia salpicaron la ventana de la mesa donde estaban sentados. Al volver la vista, vio a su compañera saliendo del local pistola en mano.

- ¿Marina? ¿Pero qué cojon…? - antes de terminar la frase, se levantó bruscamente de la mesa tirando dos jarras al suelo. Al cruzar la puerta, un pensamiento irracional le vino a la cabeza de repente. Era algo que tenía que ver con el sueño que había tenido la otra noche y eso le asustó porque intuía que no era tan irracional esta vez mezclar sueños y realidad.

Persiguiendo a Marina en dirección al Mirador Río de la Pila, se acordó de los trasgos y de los duendes del sueño y tuvo la certeza de que algo le quería transmitir su subconsciente, pero no sabía qué.

Escuchó un grito a su derecha y observando que se estaba cerrando la puerta de un portal, apretó el paso. Antes de que lo hiciera, la empujó entrando a un vestíbulo que parecía sacado de otra época: estaba llena de viejas lámparas de pie, paredes completamente vestidas de cuadros antiguos y muebles de madera de aspecto colonial. La luz era tenue pero lo suficiente como para percibir la majestuosa escalera de mármol que tenía unos metros enfrente de él y lo que parecía ser las rejas de un viejo ascensor averiado. Aguzó el oído y no escuchó nada...y al girarse para salir de allí, sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó abatido al suelo. Todo fue haciéndose más y más negro y confuso a su alrededor.

El último pensamiento antes de perder el conocimiento fue la visión de una bruja sacrificando a un cordero con la cara de un niño pequeño y las cuencas de los ojos llenas de pequeños gusanos. Por el amor de Dios, esos dientes que intuía entre la densa bruma de la inconsciencia no eran humanos. Luego todo fue oscuridad y frío.
Y mucha humedad...

…cuando Roberto se despertó, no podía mover un solo músculo.
Tenía brazos y piernas dormidos y fue consciente de repente de que tampoco podía mover el cuello.
Sentía un hormigueo que discurría desde las extremidades hasta el estómago y estaba casi seguro de que iba a vomitar. Le habían drogado y, lo que tenía peor pinta era que estaba atado a una silla.
Apenas había luz, pero una pequeña rendija justamente arriba a su izquierda le hizo sospechar que provenía de un tragaluz que estaba cubierto con algo para que no entrara la claridad del exterior. Más allá, el rítmico sonido de unas goteras le confirmó que se encontraba en una especie de sótano.
En ese momento no temía por su vida porque si la persona que le había inmovilizado a la silla le hubiera querido matar lo habría hecho ya mientras estaba inconsciente, así que la única pregunta que tenia era qué quería ese "alguien" de él.

Sumergido en el aturdimiento provocado por alguna sustancia estupefaciente, se acordó de su compañera porque si habían dado con él, seguramente ella también estaría en apuros. Y, además, no estaba seguro de si ella podría soportar la misma presión a la que seguramente les iban a someter porque aquello tenía pinta de ser los prolegómenos de un duro interrogatorio. Todo apuntaba a ello.

Para confirmar sus sospechas, escuchó el sonido de unos pasos a lo lejos acercándose y el cerrojo de la puerta que tenía a sus espaldas (*"sótano, claraboya sellada, puerta de metal, cinco por cinco metros de superficie…"*. El cerebro de Roberto estaba recopilando frenéticamente datos del lugar en el que se hallaba por si esos detalles pudieran llegar a ser de alguna utilidad en el futuro de la investigación. Si es que salía de allí con vida, claro). Las drogas le aturdían, pero esa capacidad analítica parecía ser inmune a cualquier sustancia.
Antes de escuchar su voz, el inspector ya sabía que se trataba de una mujer por la cadencia de las pisadas. Tampoco había que ser un lumbreras para adivinar de quién se trataba. Si había entrado en el apartamento de su compañera y la vigilaba, seguramente no era demasiado complicado dar con él. Y menos en una noche donde ambos tenían la guardia baja por el alcohol.

- Veo que no me tienes miedo, poli - el tono de voz era gélido pero había algo en su entonación que escondía algo. Sonaba a impostado…como si quisiera ocultar un acento o alguna peculiaridad en la entonación. Ya había observado ese comportamiento en varias de las llamadas de teléfono anónimas cuando investigaba algún secuestro

Intentó en vano averiguar algo que muchos investigadores obvian de los criminales: descubrir algún perfume o champú característicos. Había leído en un informe de la Interpol cómo hacía poco tiempo, dieron con aquel asesino de niñas francés. Ese tipejo había sido impoluto y cuidadoso en extremo en todos y cada uno de sus crímenes...excepto en el último. Una simple gota de loción en el cuerpo de la última niña estrechó tanto el cerco que consiguieron dar con la exclusiva droguería donde compraba sus útiles de aseo y prenderle dos días después.

- ¿Debo tener miedo, señora...? - durante unos largos segundos ella se quedó callada. Lo único que percibía en esa oscuridad era una larga cabellera recogida y una túnica larga de un color indefinido. Le costaba mucho hablar, pero tenía que estar despejado si quería tener alguna posibilidad de salir de aquella.

- Deberías de tenérmelo si veo que me mientes. A estas alturas, si te has molestado en intentar hacerme un perfil, sabrás muy bien que odio las mentiras, ¿y sabes una cosa? Soy capaz de olerlas: sé lo que le hiciste a tu mujer antes del divorcio y sé qué escondes bajo esa capa de moralina barata con la que te engañas todos los días, Roberto Mateo.

- ¿Cómo sabe mi nombre? - sintió un dolor agudo en el omóplato derecho. Le había pinchado con algo y lo había sentido. Instintivamente movió las yemas de los dedos entre las cuerdas que tenía atadas a sus muñecas y se dio cuenta esperanzado de se le estaba pasando el efecto de la droga.

- ¡Silencio! - la mujer perdió la gelidez del tono. Tenía que ir con más cuidado porque esa actitud tan brusca denotaba cierta inestabilidad en su carácter y sabía perfectamente por sus años de experiencia que tratar con un asesino descontrolado era como jugar a ser artificiero con una pinza de tender la ropa y un bañador - No sé si lo has pillado, pero esto no es una puñetera charla entre amigos, imbécil. Sólo estás aquí porque necesito saber si mereces o no mereces morir, inspector.

- ¿Eres mi juez y yo soy el acusado?

- No, poli. Te equivocas otra vez: tú eres el abogado defensor, yo el fiscal y el acusado es tu futuro. Y, ¿sabes qué? Nos lo jugaremos a una única pregunta de examen. Si me mientes no

saldrás vivo de aquí jamás.

- ¿Y si respondo correctamente?

- Si me respondes correctamente, lo sabrás, por eso no te preocupes - escuchó el ulular del viento a través de las estrechas rendijas de la ventana y gruesas gotas de lluvia rebotando sobre una superficie metálica. Tan cerca de la salida, pero a la vez demasiado lejos -. Sé lo que me vas a preguntar antes de proseguir y la respuesta es sí. Esa compañera tuya está bien. Le he dejado el caso en bandeja. Literalmente. Y, aún así, no es capaz de ver que estoy haciendo el trabajo que deberíais de estar haciendo vosotros.

- ¿Matar niños inocentes? - se arriesgó. Necesitaba que cometiera un error antes de empezar con su particular interrogatorio de inquisidora pirada.

- ¿Te atreves a juzgar algo que desconoces, ignorante? - le dio un puñetazo en la cara que le reventó el labio. Esa mujer era fuerte y percibió el cobrizo regusto de sangre en las encías - Esos niños no tenían que estar en casa de los Ojáncanos. Tuve que sacrificarlo por el bien de lo que está por venir, cosa que usted jamás entendería.

“Ha dicho Ojáncanos” anotó mentalmente ese detalle.
Se hizo un corte en la muñeca con el alambre que sobresalía del respaldo de la silla. Cuanto más descontrolada estuviera ella, menos atención pondría a lo que estaba intentando hacer porque raspar a ciegas una cuerda con un alambre no era tan sencillo como hacían creer en las películas: era más probable acabar con las muñecas magulladas y llenas de cortes que con la cuerda rota. Tensando los hombros para estirar los antebrazos notó que sus ataduras iban perdiendo presión en sus muñecas.

- Sí que lo entiendo. He tratado a mucha gente como tú - se reclinó en su silla en posición desafiante e intentó mirar a unos ojos agazapados en las profundidades de esa asfixiante penumbra -. Gentuza que intenta convencerse a sí misma y a los demás de que no tenían más remedio, de que un supuesto Fin Sagrado dirigía sus impulsos…¿y sabes qué? Sois un puto fraude. Unos...

Un segundo puñetazo le alcanzó en el ojo y volcó la silla. Un dolor punzante en la cara anuló el abotargamiento de la droga y entre una

miríada de luces divisó algún detalle más de la mujer desde el suelo. Llevaba una especie de máscara hecha de hojas y ramitas, y de entre los mechones del cabello le sobresalían hebras de hierba y de paja seca. También vio dos orificios brillantes dentro de esa máscara que debían de ser sus ojos.

- Tu ignorancia te matará, hombrecillo petulante. No sé cómo te atreves a juzgarme - sorprendido, sintió cómo con un solo brazo levantó la silla de nuevo del suelo. Él pesaba cerca de 88 kilos y la mujer perturbada no hizo demasiado esfuerzo en aquel gesto - Ahora te haré la pregunta…y piénsate bien la respuesta porque te va la vida en ello, Roberto.

Por supuesto, la bruja se la hizo.
Y lo más sorprendente de ello, es que cuando salió a la calle...no consiguió acordarse de qué le había preguntado. Es más, no recordaba lo que había sucedido los últimos veinte minutos en ese sótano. Esa zorra le había limpiado veinte minutos de su vida y no podría recuperarlos. O, al menos, eso creyó en ese instante. Porque cuando Roberto, dos meses más tarde, recuperó ese tiempo robado, por fin había conseguido tener la respuesta a la mayoría de las preguntas que le atormentarían esa noche acostado en la cama de la habitación de su hotel.

Le sonó el móvil. Era Marina.

-8-

Los radiadores de la comisaría estaban apagados pero el agente Marcos Suso (Chuso para sus compañeros de promoción) no era consciente en esos momentos del frío que hacía en su despacho.
Acababa de ver algo en esas fotos que le había puesto en los pelos de punta y el frío había pasado a ser algo secundario: si lo que estaba observando en esos momentos en la pantalla de su portátil era cierto…seguramente, y gracias a la casualidad, había dado con una clave muy importante del caso; quizás con la identidad de la Anjana, y aunque de esto último aún no estaba muy seguro, sólo esperaba que sus sospechas no fueran ciertas.

A esas horas de la noche no había ni un alma en el edificio de la comisaría. Se asomó a la puerta comprobando que todas las luces de los despachos estaban apagadas. Casi enfrente del suyo tenía la pequeña sala donde los policías desayunaban y se dejaban los euros en

las máquinas expendedoras de chocolatinas y frutos secos. Normalmente de ese cubículo (no se le podía definir de otra manera) emergía un aroma a café recién hecho mezclado con azúcares industriales y bollería hecha a base de grasas saturadas pero esta vez, no olía a nada de eso. El olor dulzón en esos momentos había mutado en uno agreste. Olía a barro y hojas húmedas.
Se suele decir que el sentido del olfato va directamente al cerebro sin necesidad de ser procesado antes y eso precisamente es lo que le pasó al agente Suso: el aroma a Naturaleza le teletransportó al primer escenario del crimen donde el funcionario de prisiones (del que no conseguía acordarse del nombre en ese momento) había aparecido hecho trizas.

Instintivamente, se llevó la mano a la pistolera del cinto, pero sorprendido, se dio cuenta de que su arma reglamentaria no estaba ahí. Miró en todos y cada uno de los cajones de su escritorio y en las baldas del único mueble estantería del despacho. Nada. Se sobresaltó pensando que había perdido el arma y en las explicaciones y docenas de formularios que tendría que rellenar para dar parte de la pérdida de la pistola. Y eso sin contar con que alguien la usara para cometer algún delito, claro…y en ese momento, el olor a hierba recién cortada se hizo más fuerte. Más aromático...

Sintió un fuerte golpe en la base de la nuca y antes de caer al suelo vio el mismo rostro del fotograma congelado del vídeo que tenía pausado en el monitor. En el microsegundo que separaba la consciencia de la inconsciencia, no sintió terror. Únicamente certeza y paz interior: antes de que esa mujer acabara con él o que se hiciera la pregunta del “por qué tenía que morir esa puta noche y no otra” …le dio tiempo a pensar en esa ínfima fracción de segundo en que había resuelto él solo el caso. Antes de morir en acto de servicio, Chuso, el agente con fama de ser un auténtico inútil desde que empezó en la Academia iba a reír el último porque lo había logrado. Había sido al fin un auténtico policía, joder.
Al desplomarse en el suelo y perder la vida, Marcos Suso esbozó una amplia sonrisa de satisfacción con la mirada perdida y ya nunca recobró la consciencia.

“Este gilipollas ha estado a punto de descubrirme. Nadie me había hablado de esa puñetera grabación…y eso que les pago bien para que cumplan con su trabajo” pensó la Anjana mientras preparaba el escenario. Alguien iba a pagar por ese error imperdonable. La rabia eléctrica e incontrolable que le sacudía el cuerpo la obligó a parar un par de

veces para coger aire y soltarlo lentamente. Necesitaba centrarse en esto y, una vez más, tenía que hacerlo todo a contrarreloj.

Unas horas antes, ese cerdo del inspector había acertado con la pregunta que le había hecho y le tuvo que dejar vivir y pensó en lo frustrante que era que tuviera que compartir ese juego de combate entre el Bien y el Mal con un hombre.
La Anjana deseaba con todas sus fuerzas que esa partida se dirimiese únicamente con la inspectora Marina pues se trataba en realidad de un pulso entre iguales. *“Me va a obligar a tener que buscarle un personaje en esta partida…encaja con uno, pero tengo que darle otra vuelta”* pensó.

Una voz tronó desde el recóndito rincón de su cerebro donde chirriaban los trenes en las vías. Los mismos trenes que oía cuando era una mocosa desde su habitación y ese agudo “piii” la transportaba a un andén donde se veía huyendo con una única maleta y el álbum de fotos de sus padres. Muy lejos de esa tierra donde le habían jodido la vida.
Aunque se trataba de una voz aguda y casi inaudible, era a la vez nítida y entendible para ella: su otro yo le hablaba en esos momentos y tenía que acallarle si quería acabar pronto con lo que tenía que hacer en la comisaría de policía porque no podía permitirse más errores. Al pensar en la palabra “error” le vino a la cabeza la cara de esos pobres niños inocentes y golpeó su cabeza contra el estante donde minutos antes el agente buscaba su pistola consiguiendo centrarse de nuevo.

Cuando ya había puesto la pistola en la mano del agente Marcos Suso y escrito unas líneas en el Word del ordenador a modo de carta de despedida, escuchó unas voces apagadas en el piso de arriba y el sonido de unos tacones. Miró la hora y se dio cuenta de que las dos mujeres del servicio de limpieza se habían adelantado varios minutos.
Tenía un serio problema en ese momento: ¿cómo iba a dispararle en la cabeza a Suso sin que oyeran la detonación desde el piso de arriba?

“Piensa qué puedes hacer porque si no le pegas un tiro en la cabeza ahora mismo a este tipo, date por perdida”. No se trataba únicamente de simular el suicidio del poli (una investigación por asesinato a un agente de la ley en una comisaría ya era suficiente como para ponerle las cosas más difíciles) sino que, si ese agente recuperaba milagrosamente el conocimiento (parecía estar muerto), cantaría. ¡Vaya si cantaría! Y aparte de sus acertadas sospechas, le había visto la cara y la había reconocido. Sabía quién era porque se había cruzado media docena de veces por esos pasillos.

Sus ojos se toparon por casualidad con la caja del interruptor de la alarma de incendios y tuvo una idea…

- ¿Has oído eso? – María llevaba trabajando para la contrata de limpieza más de treinta años. Diez de ellos en esa comisaría. Y, esa noche estaba “entrenando” a la nueva, cosa que le fastidiaba porque esas labores formativas nadie se las iba a reconocer en esa mierda de empresa que exigía mucho y pagaba (valga la redundancia) una mierda.

- ¿Decías algo? – la joven que le acompañaba se quitó los auriculares de botón. *“Cada vez vienen con menos ganas de trabajar exigiendo más y más…los tiempos están cambiando a peor”* se dijo María. *“Están dando la razón a esos vampiros que tenemos por jefes con esa actitud de poca profesionalidad y pasotismo”.*

Esta vez lo oyeron las dos.
Era imposible no oír la sirena de la alarma y la joven de los piercings y el tatuaje detrás de la oreja salió pitando de allí como alma que leva el diablo. Al parecer, no había prestado tampoco demasiada atención al Curso de Protección Laboral al que habían asistido los empleados de la empresa toda la semana pasada. Seguramente tendría los auriculares puestos cuando se informaba de que nunca hay que correr hacia el foco del fuego...y esa mocosa corría sin ton ni son sin haber comprobado antes si había algún peligro de deflagración en los pasillos por donde estaba trotando.

En su dilatada experiencia laboral, María había adquirido una especie de sexto sentido; había visto más cosas en esos años de los que cualquier profesional de la limpieza hubiera querido ver, pero muchas de esas experiencias le habían conferido ese don para detectar las cosas que olían mal. Recordó una vez más el coche aparcado en la calle de detrás de la comisaría de policía: era un viejo Volkswagen sucio y gris al que se le estaba cayendo la matrícula y apenas se divisaban los números. Le había descuadrado aquello, pero no le había dado mucha importancia cuando entraron las dos en el edificio. Sólo quería entrar antes y salir antes para poder al menos acostar a sus dos hijas antes de que ella se pusiera a cenar a esas horas intempestivas.

Otra de las cosas que había aprendido era que a las horas a las que empezaba a trabajar (generalmente de madrugada), todo permanecía, por lo general casi inmutable: las cosas estaban en el mismo lugar a las mismas horas, los mismos coches en sus mismas plazas, las mismas luces encendidas, las mismas luces apagadas, el mismo camión de la

limpieza…y ningún vehículo estacionado en callejuelas oscuras cuando había espacio de sobra para aparcar en las calles más vigiladas y seguras. En la avenida delante de la puerta de la comisaría había contado mentalmente media docenas de sitios libres.
“¿Y si lo de ese coche y esta alarma no es una mera casualidad?”.

Esa asociación de ideas era demasiado circunstancial y muy pillada por los pelos, pero una limpiadora sabía detectar perfectamente cuándo algo hedía. Además, algo en su interior le advertía (del mismo modo que esa alarma alertaba del fuego) que si quería salir con vida de allí tenía que tomar otra salida que no fuera la puerta principal.

Un ruido seco provino de las escaleras de incendios sonando como un saco de patatas de cincuenta kilos cayendo desde una gran altura. Desde el lugar en el que María se encontraba la alarma se escuchaba amortiguada por las gruesas paredes de ladrillo y cemento y recordó también que el año pasado habían estado haciendo obras de insonorización en algunas plantas. Y aún así, el estrépito de la caída había sido perfectamente audible.
No supo por qué, pero pensó en su compañera de faena…si había alguien más allí, seguramente se habría topado con ella de camino a la puerta principal. Calculó que la alarma llevaba sonando dos minutos, así que pronto todo aquello se llenaría de gente y, además, el Parque de Bomberos no distaba mucho de allí porque estaba en la Plaza de Numancia. Mientras se estaba convenciendo de que sin tráfico no tardarían en llegar, se dio cuenta aterrorizada de que...
...alguien estaba subiendo por las escaleras a toda prisa. Y no era la mocosa que la acompañaba. Ni los bomberos tampoco.

Al abrir la puerta, la Anjana se dio cuenta de que allí había alguien más. Pulsó el interruptor y se encontró con un almacén pulcramente ordenado donde una hilera de armarios de metal formaba dos filas simétricas y, a cada lado, sendos bancos de madera estaban dispuestos de igual forma dando una sensación de organización y pragmatismo a la estancia.
Le llegó una ligera fragancia a desinfectante mezclada con un perfume de mercadillo. *“Hay una mujer aquí cerca”* se dijo a la vez que maldecía su suerte por cómo le estaban yendo las cosas aquella noche.

Levantó la muñeca y echó un vistazo rápido al reloj dándose cuenta de que ya no quedaba tiempo: pronto llegarían los bomberos. Escuchaba unos golpes sordos y metálicos en la parte de atrás del edificio y se

asomó a la única ventana del almacén que los policías usaban de vez en cuando como vestuario. Unas luces rojas y azules inundaban la callejuela perpendicular al callejón en el que había dejado aparcado su vehículo y calculó que tenía menos de un minuto para salir de allí.

- Hoy ha tenido suerte, señorita, pero aún así le advierto de que no me olvido tan fácilmente de las personas, ¿estamos? Y mucho menos de las que me pueden complicar las cosas si se van de la lengua. Tengo muy poco tiempo así que escúchame con atención – con el cañón de la pistola fue abriendo las puertas de los armarios una a una; en el interior sólo había bolsas de ropa sucia, enseres de aseo y varios objetos personales. No creía que ahí dentro cupiera una mujer, pero no había ningún otro sitio en el almacén dónde esconderse -. Yo me olvido de usted y usted de lo que ha pasado aquí esta noche. Salga y no le haré daño, sólo quiero verla.

Se agachó para mirar debajo de los bancos de madera, pero tampoco vio a ninguna mujer escondida. El estrépito metálico provino esta vez del lado oeste del edificio, así que el bloqueo de la puerta de entrada y de la de la parte trasera no iba a darle más tiempo. Sacó el machete que tenía en un compartimento de la mochila y se acercó a las duchas: unas eran comunes y abiertas y tres de ellas, las individuales, tenían corridas las cortinas.

Ya no había ningún rincón más para esconderse, así que asió con fuerza el mango del machete y asestó varias puñaladas desgarrando las cortinas de las duchas y golpeando el filo contra la pared del fondo. A continuación, salió corriendo de allí son poder comprobar si había matado a esa entrometida. Mientras huía pudo apreciar que en el filo no había ningún resto de sangre, así que descartó la posibilidad de haberla matado. *“Aún así, sabe lo que le pasará si dice una sola palabra a la Policía. Y si no lo tiene claro, lo tendrá cuando vea lo que le he hecho a su compañera…sospecho que bastará para que se calle la puta boca y se meta en su agujero sin rechistar”.*

No podía saber con certeza el tiempo que había permanecido acurrucada ahí dentro, pero María no tardó en darse cuenta de que ese minúsculo compartimento de productos de limpieza le había salvado la vida. La pared del fondo del vestuario tenía una falsa puerta de madera donde el personal de limpieza guardaba las fregonas y los cubos; si uno no sabía dónde estaba esa puerta pequeña, era fácil que pasara desapercibida al estar pintada en el mismo tono amarronado de los tabiques de ladrillo y yeso, eso sumado a que el cerrojo estaba casi

a la altura del suelo y era casi invisible.

María salió gateando, intentando no hacer ningún ruido.

Había escuchado lo que le había dicho esa mujer y sospechaba que los ruidos que habían sucedido a sus palabras eran los de unos golpes muy violentos. Al levantar la vista vio las cortinas destrozadas de las duchas y restos de yeso y polvo de ladrillo en el suelo de las mamparas. En ese momento supo con certeza que antes de huir, esa enajenada mental había intentado matarla a machetazos, así que ese pensamiento le produjo una subida de adrenalina que hizo que se levantara súbitamente asiendo el palo de una escoba como si eso hubiera sido suficiente como para plantarle cara a una mujer que parecía estar acostumbrada a llevar un machete.

Aguzó el oído, pero no escuchó más que el exasperante ruido de una máquina radial. *"Están a punto de entrar"* pensó dándole las gracias al Dios en el que creía. Estaba a punto a empujar la barra antipánico de la salida de incendios cuando vio algo en el rellano de las escaleras al otro lado de la puerta; en el extremo de la barandilla se podía divisar parcialmente el piso de abajo y pudo comprobar que había algo tirado en el suelo como una bolsa grande de basura. Dudó entre salir de allí para buscar la protección de los de fuera o bajar allá abajo y comprobar qué demonios era esa bolsa grande.

Si esa chiquilla malcriada estaba aún dentro de la comisaría, seguramente estaría tan asustada como ella, así que la empatía pudo con su miedo y se dispuso a cruzar el umbral de la puerta, no sin antes comprobar que la mujer del machete no andaba cerca.

Más tarde se arrepentiría de la decisión que había tomado en ese instante porque lo que vio a continuación la dejaría marcada de por vida: desde ese día y durante el resto de su vida, María jamás pasaría una sola noche sin tener pesadillas con bolsas de basura y brazos cortados a golpe de machete.

-9-

- Anoche hablé con el doctor que la ha intervenido y dijo que el portavoz del Hospital nos atendería ahora mismo en una reunión no oficial. Hay muchas posibilidades de que la chica sobreviva, aunque si te soy sincero, si fuera mi caso preferiría haber muerto, joder– el rostro circunspecto del inspector era más sombrío que el lluvioso día con el que había amanecido Santander. No podía evitar mirar por la ventana como si al escrutar a ese centenar de periodistas y curiosos que se arremolinaban en la entrada le pudiera dar una respuesta a semejante atrocidad -. Están investigando todos y cada uno de los videos seguridad de la comisaría, pero todas las cintas están borradas.

- ¿Borradas? – Marina no podía salir de su asombro. Era prácticamente imposible acceder al interior de ese edificio esquivando todos y cada uno de los dispositivos de vigilancia. Estaban hablando del centro neurálgico de la Policía Nacional en una capital de provincia – Desconozco cómo trabajáis aquí, pero no me explico cómo esa mujer puede haber burlado el detector de movimientos, las cámaras ocultas y las alarmas. Eso y que además conozca el horario de los cambios de turnos rotatorios de los agentes que hacen guardia. A menos que…

- Sí, a menos que tengamos un topo, llevo días sospechando eso, pero es un tema muy delicado, Marina. Tenemos que estar muy seguros y tener pruebas suficientes antes de tirar por ahí – sus pensamientos no dejaban de volver una y otra vez a esa chica postrada en la cama de la habitación 203 de la Unidad de Cuidados Intensivos. Lo que le había hecho la Anjana rebasaba la capacidad que tenía de comprender el límite de la atrocidad del ser humano. Creía que lo había visto todo y se había equivocado. De pleno.

Un médico que se había identificado como el portavoz del Hospital Santa Clotilde se acercó a ellos. Se trataba de un hombrecillo nervioso ataviado con una bata blanca y unas gafas con montura metálica que le conferían un aspecto un tanto cómico. Se parecía bastante a Mike Myers, el actor de Austin Powers, y si no hubiera sido por lo trágico de la situación, se lo habría comentado a Marina. La miró y vio que ella tampoco estaba para muchas bromas desde que salieron de la UCI.

El doble de Mike Myers les condujo por un laberíntico acceso de pasillos y salas de espera hasta que se sentaron los tres en una estancia que parecía más una sala de interrogatorios de la policía que una de reuniones de un hospital.

Durante los primeros minutos nadie dijo nada. El silencio era tan denso que podía cortarse con (*"un machete"*) un cuchillo. El primero en hablar fue el doctor Morán (que así se llamaba en realidad el clon de Powers):

- Supongo que están al tanto del estado de la señorita Rodríguez – miró furtivamente el informe que tenía entre las manos para cotejar los datos que iba a darles -. La han operado hace unas horas de gravedad y permanece en estado crítico, pero se está estabilizando poco a poco. Ciertamente es un milagro que no esté en coma, pero se encuentra en un estado de shock que estimamos que será irreversible. Las secuelas físicas van a ser menos graves que las emocionales, así que pueden hacerse una idea de lo complicado que va a ser revertir su actual situación, inspectores.

- Eso… - Marina carraspeó. Le costó hacer la pregunta sin que pareciera una persona ávida de detalles morbosos. Odiaba a ese tipo de gente que se recreaba en los detalles más repugnantes - ¿Le hicieron todo eso cuando aún estaba consciente, doctor Morán?

- Si se refiere a la amputación de la lengua, sí – el doctor Morán les enseñó unas fotografías que hicieron que el desayuno de ambos agentes diera vueltas en unos estómagos aún encogidos por los nervios -. Las manos se las han cortado cuando perdió la consciencia a tenor del informe y, personalmente no quiero imaginarme el dolor que habrá sufrido esa pobre chica antes de desmayarse.

- Usted que conoce la anatomía humana, ¿qué le sugiere lo que han hecho con ella, doctor Morán? – ahí fuera la oscuridad había dado paso a una lluvia torrencial y por el ruido de fondo, Roberto supo que el agua no había conseguido disolver la concentración de curiosos de la entrada – Me explico, ¿ve usted un motivo digamos pragmático para haberle hecho este tipo de lesiones y no otras?

El doctor “Myers” levantándose lentamente de la silla se acercó a la ventana y se quedó callado unos instantes para reflexionar. Al darse al fin la vuelta para dirigirse a ellos, les contó su teoría:

- Bien, supongo que usted me está haciendo esa pregunta porque barajan ustedes una hipótesis, ¿estoy en lo cierto? Recuerde que estamos conversando de forma extraoficial, inspector Mateo – Marina se quedó mirando pensativa a su colega y éste asintió. El doctor Morán prosiguió haciendo caso omiso de la confirmación del inspector -. Lo suponía. Esa pregunta, si le soy absolutamente sincero, me la hice a mí mismo cuando la ingresaron en el hospital. Uno aquí ve lesiones de todo tipo, desde accidentes domésticos hasta peleas entre bandas y todas tienen un patrón en común: son heridas lógicas, probable pero sobre todo muy definidas.

- No le sigo, doctor.

- La medicina es una ciencia que obviamente no es exacta, pero, al fin y al cabo, no deja de ser una ciencia, inspector. Aunque no nos demos cuenta, todos los días estamos constante e irremediablemente sometidos a las leyes de la probabilidad. La Estadística manda y nosotros nos empeñamos en ser sus títeres: si nos avisan de un accidente de tráfico, rápidamente hacemos un balance de qué órganos disponibles tenemos de donantes. Corazones, hígados…incluso de cuánta sangre hay almacenada para realizar transfusiones. Si nos llaman por una pelea sabemos

que existe una alta probabilidad de que las contusiones se concentren en cara y pecho, así que intentamos adelantarnos al problema.

- Entiendo lo que nos dice, pero ¿adónde quiere llegar, doctor?

- Quiero llegar a que la persona que le hizo esa barbaridad a esta chiquilla no tenía intención de matarla. Sólo quería…

- …que estuviera callada – terció la inspectora sin pensárselo dos veces.

- Más que callada… incomunicada – el doctor con esas cuatro palabras confirmó lo que el inspector Roberto Mateo sospechaba -. Una persona sin lengua puede comunicarse…pero una persona sin lengua ni manos dificulta mucho más la comunicación.

- Eso sin contar con el estado de shock, claro.

- Sin contar con eso, por supuesto. Y si me preguntan una vez más mi opinión profesional, les diré que estoy seguro casi al cien por cien de que esa pobre muchacha que está ahí arriba recuperándose …jamás podrá comunicarse con ustedes ni con nadie.

Diez minutos después, ambos inspectores estaban sentados en la cafetería del hospital desayunando de nuevo algo un poco más consistente. A esas horas estaba plagado de personal sanitario y de familiares de pacientes. Él pidió únicamente un café solo (no quería nada consistente que pudiera vomitar) y ella se había atrevido con una palmera de chocolate. Marina no tenía apetito, pero no había probado bocado desde el día anterior (quintando dos cafés solos) y el día prometía ser muy largo.

- Es la primera vez que desayuno dos veces – Marina daba cuenta de la palmera como si la conversación con el doctor no hubiera tenido lugar. A él el estómago aún no dejaba de darle vueltas protestando cada vez que le daba un sorbo al asqueroso café cargado de leche.

- Te acostumbrarás, Marina. Vas a encontrarte con muchas jornadas en las que no vas a saber distinguir si estás comiendo, merendando o cenando…nuestros putos horarios en las misiones

son así – dio otro sorbo al café y lo retiró de la mesa. Sabía a calcetines quemados y se sacó un chicle del bolsillo de la camisa llevándoselo a la boca. - ¿Crees que tendremos más suerte con la otra mujer de la limpieza?

- Por lo que han dicho los agentes que la encontraron, no contaría demasiado con ello. Está muy asustada: esa zorra la ha acojonado mucho – miró las fotografías del almacén de la comisaría de policía e hizo una mueca -. Los recortes en los presupuestos en seguridad son verdaderamente vergonzosos, ¿en serio usan un almacén como vestuarios mixtos? Parece que estemos trabajando en un país africano, coño. En fin. Lo que quería enseñarte está aquí. Presta atención a la huella del zapato junto a la mampara y dime qué ves.

Roberto tuvo que enfocar bien la vista puesto que las fotografías habían salido tan oscuras que seguramente estaban hechas con un teléfono móvil (he aquí otra señal de los recortes en presupuestos, mierda) y aunque la resolución era buena, con la oscuridad había quedado una imagen bastante granulada pero identificable: era la huella de un pie.

- ¿Estaba descalza? – afirmó preguntando. Ella sonrió con evidente expresión de triunfo indisimulado y le dio otro bocado a la palmera guiñándole un ojo. *"No hagas eso, por favor"* suplicó para sí Roberto. Estaba empezando a sentir algo por su compañera y cada día le costaba más disimularlo.

- Sí, ya hemos hecho un molde y una impresión 3D del pie – Roberto estaba realmente asombrado, no tanto por el nivel de tecnología empleado como por la rapidez con que se había realizado la prueba -. También tengo contactos, ¿sabes? Esta tarde tendremos el molde al detalle y quizás nos diga algo más de esa bruja: deformaciones o algún tipo de singularidad del pie. Incluso sabremos la forma de andar que tiene esa…mujer.

- ¿La forma de andar?

- Sí. Por la presión del pie en el suelo podemos hacernos una idea de si cojea, de si la pisada es pronadora, supinadora o neutra – la mujer que estaba sentada detrás de ellos se levantó de la mesa volcando una taza, pero Marina estaba tan concentrada en los detalles que no se dio cuenta de ello -. Una pisada superpronadora nos puede indicar si es una persona que practica

running y aquí viene lo bueno: aproximadamente sólo el diez por ciento de la población es supinador…así que si damos con una sospechosa podría ser un indicio más de si estamos o no ante la asesina.

- Veo que no has perdido el tiempo, aunque afortunadamente tengo que decirte que yo tampoco lo he perdido – se levantó bruscamente de la silla y se puso la americana que tenía colgada en el respaldo -. Apura ese montón de azúcar saturada y vámonos de aquí: tenemos unos cuantos kilómetros por delante antes de enseñarte algunas cosas que deberías de saber para empaparte de las "leyendas locales" que han surgido en este caso.

Marina no hizo ninguna pregunta. Imitó a su compañero y ambos se dirigieron al aparcamiento privado del hospital. Habían conseguido aparcar en una de las plazas reservadas a los médicos gracias a las gestiones del comisario: no era una buena idea dejarse ver por los periodistas y las cámaras de televisión que ahora ocupaban la mitad de las zonas públicas.

No había nadie en ese momento en la planta menos tres del aparcamiento subterráneo y las luces adyacentes a su plaza estaban fundidas. El zumbido de los extractores de humo provocaba una sensación inquietante e irreal que se sumaba al estado de penumbra. Al cerrar las puertas del coche, las luces del interior del habitáculo se fueron apagando suavemente dando paso a los minúsculos puntos del salpicadero.

- ¿Qué te hizo, Marina? – las palabras emergieron de la boca de Roberto como un relámpago. No habían tenido la oportunidad de hablar de ello a la velocidad que iban todos con el caso.

- No me hizo daño si es lo que me preguntas, Roberto. Esa asesina es mentalmente muy poderosa y al poco de hablar con ella te llegas a dar cuenta de que sabe bien qué teclas tocar y qué cosas te hacen daño. Es una hija de puta de manual – se calló durante unos instantes y prosiguió. Podía recordar cada detalle de la conversación (porque en realidad había sido eso: una vulgar charla entre desconocidas impostada de amistad) -. Me ha estudiado muy bien, ¿sabes? Hay cosas que sabe de mí que nunca se las he contado a nadie.

- ¿Te apetece un trago? – notó el tacto metálico de una petaca entre sus dedos -. Yo desde que empezó toda esta mierda

intento…pero no puedo.

- No, gracias. Me he dado cuenta de que has estado en Alcohólicos Anónimos. Hay detalles que he visto en ti que me han dado alguna pista. No te preocupes porque yo también he tenido mis cosas, ¿sabes? Es más, aún las tengo. Si te ayuda a calmarte, amén. Y si quieres que conduzca yo, amén también.

A través de las ventanillas escucharon el chirrido de unos neumáticos al tomar la curva de una de las rampas de salida del aparcamiento. Marina le puso una mano en el muslo y notó que estaba temblando. Su metro noventa y su complexión fornida no le convertían en un ser invulnerable ni inmune a toda la porquería que estaban tragando en un maldito caso plagado de amputaciones, sangre y traidores. Si el plan de esa zorra era confundirles e infundirles miedo, lo estaba consiguiendo a la perfección. Al menos había conseguido que volviera a beber como en los putos viejos tiempos y esas últimas semanas se sentía perdido. Apenas dormía unas horas antes de saltar aterrorizado de la cama viendo caras de Anjanas asesinas además de esos extraños sueños

- He cambiado de idea, Marina, iremos mañana al sitio que te he dicho. Hoy necesitamos descansar unas pocas horas: no hemos dormido nada y si seguimos a este ritmo, la vamos a cagar cometiendo algún fallo. Debemos estar alerta y más sabiendo que esa loca nos tiene fichados a los dos– estaba a punto de decírselo, pero no conseguía que las palabras se conectaran en su cerebro para formar una frase inteligible. No hizo falta. Ella le besó en los labios.

- Vamos a tu habitación – susurró en su boca mientras le acariciaba la base de la nuca con las yemas de los dedos. No hablaron más en todo el trayecto.

Cuando entraron en el apartamento de Roberto, Marina le sujetó por la muñeca haciéndole una llave de inmovilización que se consideraba ilegal. Le hizo girar sobre sus talones y se colocó detrás de él:

- A mi manera – sus labios rozaron el lóbulo de su oreja y el inspector notó un dolor agudo. Le había mordido, pero era sorprendentemente muy placentera la sensación de presión de sus dientes en esa zona – Sssst…tranquilo, confía en mí. Sólo déjate llevar, ¿vale?

La punzada de dolor dio paso a una sensación aún más placentera cuando ella pasó la lengua por los ángulos de su prominente barbilla. Era imposible saber si le estaba rozando con su lengua o si su cerebro estaba evocando esa percepción. Le fue desabrochando los botones de la camisa uno a uno mientras su lengua no dejaba de viajar desde el mentón a la base del cuello.
Parecía que la penumbra de la habitación potenciaba las sensaciones haciendo que fueran tan intensas como una extraña mezcla de hielo y fuego en un crisol: podía sentir cada poro de su piel y cada célula de su cuerpo viajando a algún lugar lejano. A un País de las Maravillas donde las cosas horribles no existían. Donde…ella le llevaba a su merced.

Cuando la mano fría de Marina llegó a la altura del cinturón, lo soltó dejando caer pantalón, la sensación de placer dio paso a una más atávica cuando sintió sus dedos dentro de su bóxer. Más primaria. Le costó reprimirse y ella lo notó por la presión que ejercía en su muñeca atenazándolo con más fuerza: el "a mi manera" resonó otra vez en su cabeza. Y, por primera vez en su vida, Roberto se dejó llevar escapando del control que siempre pugnaba por tener en todas las facetas de su vida.

Se sentía extraño, pero a la vez liberado. Utilizado, pero…
…cuando cejó con la presión en su muñeca y se dio la vuelta, ella se desnudó dejando caer la falda que se había puesto para la visita oficial al hospital. Llevaba un conjunto de lencería: unas braguitas negras a juego con un sujetador de encaje y unas medias del mismo color. Su parte racional se asomó tímidamente durante una fracción de segundo para avisarle de que ella ya había planeado ese encuentro desde que se puso la ropa interior esa mañana: nadie llevaba esa clase de ropa para ir a trabajar. Pero ¿acaso eso importaba? Ese pensamiento se desvaneció como un azucarillo cuando notó la piel caliente de sus pechos contra el suyo y sus labios se fundieron en un largo y húmedo beso.
Sin despegar sus bocas, Roberto la levantó del suelo. Se disponía a tumbarla en la cama…cuando notó un fuerte golpe en el trapecio.

- ¿Pero qué cojones? – ella le había golpeado con la precisión de una experta en artes marciales. Eso hizo que la soltara a causa de la sorpresa y por el dolor sordo. Había notado como una violenta corriente eléctrica recorriendo su espalda.

- A mi manera he dicho – esta vez fue ella quien le empujó contra el canapé haciendo que cayera de espaldas contra el colchón. Se

soltó la coleta liberando una larga cabellera rubia que le cubría la parte exterior de los ojos. Entre la selva dorada de su pelo, sus ojos azules brillantes de deseo le observaron recreándose en su cara a medida que iba acercándose poco a poco a los suyos -. Ahora quiero que me folles, pero no olvides quien manda en la habitación

Se besaron, se mordieron y dieron vueltas rodando sobre sí mismos descontrolados. Cuando ella se sentó a horcajadas sobre su sexo, le sujetó por los costados y le cabalgó como si sólo se ocupara de ella sin importarle si él estaba disfrutando o no. Hubo un momento en el que Roberto se sintió… ¿usado?

Y cuando ambos llegaron al clímax, se dio cuenta de que así había sido desde antes de entrar en la habitación: en el instante en el que ella tuvo el último orgasmo susurrando palabras ininteligibles que sólo ella podía entender, supo que esa mujer jamás sería suya. Ni de nadie.

Todo eso lo vio en sus ojos.

Y al principio, a Roberto eso no le importó.

CAPÍTULO 2
"El Cuegle"

Verano de 1983

*"El Cuegle(*junto con los cuervos) es amigo del Ojáncano. Su cuerpo es de animal, pero con una cara humana de color negro. Posee un collar rojo en torno al cuello que reluce de noche. Su sangre es blancuzca y tiene una gran voracidad pues tiene cinco estómagos en su abdomen*"*.

-1-

“Papá fue el primero en salir del coche. No sé cómo recuerdo eso, pero la verdad es que fue así.
Luego le siguió mamá llevando en brazos a mi hermano pequeño que se había quedado dormido. Y por último salí yo. Aún andaba enfadada con ellos, ¿sabe?
La idea era que mis padres tomaran un café antes de proseguir con el

regreso a casa porque papá empezaba a tener sueño y mamá le regañaba por no avisar cuando la cabeza le daba algún que otro bandazo.
Veo esa tarde todos los días de mi vida en mis sueños.
Recuerdo que cuando asomabas la nariz por la ventanilla olía a mar y a esas plantas que crecen cerca de la costa que tienen un olor tan característico. Si ponías algo de atención podías escuchar el sonido amortiguado de las gaviotas graznando a un mar enrojecido y el sol parecía que estaba a punto de morir entre sus aguas. Era como que el mundo se había quedado quieto. Como una Polaroid, ¿sabe cómo le digo?

- Id entrando vosotros al bar y pedidme un zumo, mamá – señalé al baño porque me daba vergüenza hablar de “baños, váteres o de hacer pis”. Era el comienzo de una edad tonta, ya sabe -. Yo iré… allí y ahora vuelvo.

En esos tiempos los niños podían ir solos a cualquier parte. Antes de que naciera toda esta mierda de Internet y sus putas noticias en tiempo real, los sucesos escabrosos seguían ocurriendo pero éramos felices en la ignorancia de no ser conscientes del peligro que corríamos con cada decisión que tomábamos. Así que empujé la puerta del baño, me subí la falda, me bajé las braguitas nuevas que me había comprado mi madre y vacié la vejiga. Me estaba haciendo pis pero me negaba a claudicar ante mi padre. Estaba muy enfadada con él por no habernos preguntado antes de tomar aquella decisión de irnos de allí para siempre. Ahora viéndolo en perspectiva todo es paradójico, ¿no le parece?

Me lavé las manos.
En ese asqueroso baño, una única ventanita delante del lavabo daba al exterior y desde ahí se veía nuestro viejo coche, los surtidores y parte de las escaleras de entrada a la cafetería de la gasolinera. También, si te estirabas un poco, podías ver cómo anochecía. Todo estaba rojo como la sangre derramada de un día a punto de morir para parir la noche más oscura de mi vida. Suena poético...pero qué es un puto día sin una mala poesía, ¿doctor?
Estaba a punto de quedarme sin familia y aún no lo sabía, pero con el paso del tiempo, y pensando en ese fatídico día…me he ido dando cuenta de que tenía un montón de pistas para darme cuenta de que algo no marchaba bien. No era igual de observadora que ahora ¡Era una niña, vaya!
Una de esas “señales” de las que le hablo era una vieja furgoneta.

“Juraría que ese coche (para mí todo eran coches a esa edad) no estaba ahí cuando entré hace dos minutos” pensé. No era consciente aún de que esa voz de alerta en mi cabeza me salvó la vida.
Aun tengo muchas dudas de que ese aviso me lo diera Simone (mi “simpática” amiga imaginaria de la que ya le he hablado) o de mi propio instinto de supervivencia. Lo único que sé es que desde ese instante y hasta el día de hoy, soy conocedora de que la frontera que separa la vida de la muerte es una Aduana donde pagas el peaje con tu reloj: yo los pagué sin darme cuenta cuando rodeé el aparcamiento en vez de encaminarme directamente a las escaleras de la entrada.

A saber por qué demonios hice eso pero como le he contado, gracias al extraño rodeo que tomé, estoy viva. Sospecho que el simple hecho de no olvidar aquello y de ser consciente de que yo también podría haber estado esa noche en el parking de la cafetería…me ha hecho recordar ese pequeño gran detalle: por qué unos dan rodeos y se salvan y otros van derechitos a un matadero lleno de hijos de puta”.

-2-

“Me escondí debajo de un Land Rover que olía a aceite y a goma quemada. Créame cuando le digo que, a día de hoy, muchos años después de esa noche, aún me levanto de la cama con ese puto olor penetrante y no consigo quitármelo hasta que termino de desayunar. A veces ni eso.
Lo vi todo.

Les estaban apuntando con una pistola y los testigos cuentan que nunca entraron en el bar. Esos bestias les habían interceptado en el aparcamiento antes de llegar y desafortunadamente no había ni un alma por allí que les pudiera ayudar. Mi padre sangraba por una herida abierta que le habían hecho encima de la ceja y mi madre no dejaba de gritarles que les dejaran en paz. Que no habían hecho nada. Que por qué hacían aquello…
Pero esos gritos de miedo e indignación les hacía reír aún más y parecía como si les espolearan haciéndoles entrar más y más en ese estado de maldad infinita que sólo el ser humano es capaz de evocar en contadas ocasiones. Disfrutaban con el dolor y no dejaban de burlarse de su miedo.

Eran tres tipos: uno de ellos, el de la nariz medio rota y bigote, les daba órdenes a los otros dos. Y ellos cumplían. Tenía un pañuelo rojo atado al cuello que parecía lucir en la oscuridad como si hubiera

tenido una fuente de energía propia. No dejaba de tocarlo como si fuera una especie de tic muy parecido al que usted tiene ahora mismo.

Les pude ver perfectamente la cara a todos ellos gracias a que los rayos del sol se reflejaban en la carrocería metalizada del coche que tenía a unos pocos metros de donde me hallaba. Quizás hubiera sido mejor no haber visto nada de lo que sucedió a continuación porque, aunque esos tres cabrones me hubieran jodido la vida igual, por lo menos podría haber pensado con los años que sólo fue mal sueño. Pero no lo fue.

Al primero al que mataron aquellos animales fue a mi hermano. Fue de un disparo. Supongo que el ruido de la detonación no les dejó oír mi grito de horror, si es que llegué a gritar alguna vez porque no consigo acordarme de todo. Lo llaman "memoria selectiva" pero yo lo defino como una especie de instinto primario de protección mental: evocar esa noche me está costando ahora, así que imaginé cómo estuve los primeros meses. Joder, sólo tenía ocho años.

A mi madre intentó violarla uno de esos cerdos. Es una constante que ese tipo de animales saben oler a la perfección el miedo y eso les hace más violentos y peligrosos. Me puedo imaginar qué habrían hecho conmigo si me hubieran visto en el momento en el que le rajaban la falda a mi madre…pero ahí estuve yo, escondida mientras sucedía aquella locura a cámara lenta.

Ella se resistió: siempre fue una mujer muy valiente y temperamental. Además, acababa de ver morir a su hijo…así que la adrenalina obró el resto. Dándose la vuelta, consiguió alcanzar a uno de los asaltantes haciéndole un profundo arañazo desde el ojo derecho hasta la comisura de los labios. Una marca que, hoy en día, aún perdura en su rostro: sólo espero que se vea en el espejo de la misma forma en que yo le veo abriendo los Telediarios todos los días. Esa comadreja está metida ahora en política y me jacto de ser de las pocas personas que ve el montón de mierda que esconden sus bonitas palabras.

Mató a mi madre de un golpe en la cabeza contra una de las ventanillas del coche más cercano de donde estaban. No podría asegurarlo, pero cuando giró la cabeza y me vio ahí, tumbada y a salvo de esos depredadores, percibí una sensación de alivio en su mirada. Luego su cabeza se fracturó contra el cristal y escuché un tremendo crac desde mi escondite. No grité esa vez. De eso estoy segura. En lugar de eso, me mordí la lengua con tanta fuerza que me tuvieron que dar puntos en ella y estuve días sin poder hablar del

dolor que sufría a pesar de los analgésicos. El sabor y el calor de los finos hilillos de sangre extrañamente provocaron en mí una sensación de calma. De paz.

A mi padre no le vi morir porque mis ojos no se podían apartar del pañuelo del hombre del bigote y algo en mí sabía que no estaba hecho de tela. Si alguien pasaba la lengua por ese pañuelo hubiera tenido el mismo sabor que tenia en aquellos momentos en la boca. El sabor de la sangre.
Esa vez, después de mucho tiempo callada, habló Simone:
La sangre de ese tipo es blanca, Mirian… y tiene cinco estómagos para digerir la de los inocentes porque es más sabrosa para él y sus amigos los cuervos, decía.
Por aquel entonces no entendí a qué se refería Simone…".

-3-

"Lo que siguió al episodio de la gasolinera fue una especie de calma chicha donde los restos del naufragio flotaban en un mar de medicamentos y tenía una sensación perenne de frío interior. No entraba en calor ni con tres mantas porque el frío iba desde dentro hacia afuera, ¿sabe a qué me refiero?

Los recuerdos del hospital son muy vagos y he intentado muchas veces acordarme de aquellos días...pero siempre ha sido como buscar un escollo de piedra punzante oculta entre una neblina de calmantes: navegas cerca de una roca escondida capaz de rajar el casco de tu barco y hacer que te ahogues. Así que la esquivas todos los días; pero la roca siempre vuelve.

Sinceramente, tampoco me acuerdo del día en el que me dijeron que mi única abuela había fallecido de un ataque al corazón al enterarse de todo. Bastante tenía una cría como yo en mantenerse aferrada a una tabla para no caer directamente en el pozo de la locura. El día que ella murió marcó otro punto de inflexión en mi vida porque me quedé sin familia. Mis padres, mi hermano y mi abuela desaparecieron de mi vida para siempre y me había quedado sola. Sola y además compartiendo el mismo mundo que los monstruos que habían sido capaces de asesinar por capricho a tres seres humanos. Luego me enteré de que habían matado a más...pero de eso ya hablaremos.

Como digo, no fui consciente de todo eso hasta que pasó cierto tiempo…y como suele pasar en la vida, sucedió en el momento más inoportuno y fue la temporada en la que Simone estuvo más activa. Así que aprendí a matar".

-4-

“Que me expulsaran de dos orfanatos en dos meses no habría dejado de ser algo anecdótico a menos que alguien hubiera echado un vistazo rápido a las causas que las motivaron. "Violencia extrema", “trastorno grave de la personalidad”, "patología sádica" o "bipolaridad" fueron algunas de las patologías que me habían diagnosticado y esos expedientes de los psicólogos de los orfanatos fueron remitidos a los asistentes sociales más tarde. No les culpo porque no mentían en nada, pero la forma en la que me trataron en cada uno de esos centros se podría calificar actualmente de aberrante y denigrante. Insisto en que era una pobre mocosa con un presente más jodido que el futuro que probablemente me esperaba. Sabe usted bien que es así porque habrá leído cada detalle de mi biografía en ese montón de papeles que tiene en la mesa.

Perdone que me disperse un poco. Bien, usted podrá imaginar alguno de los métodos que se estilaban por aquel entonces en esos centros de nuestro país para aleccionar a los críos rebeldes…pero nada en comparación con lo que me hicieron allí “extraoficialmente”. No verá en los informes de los orfanatos de los años ochenta que digan una sola verdad. Esas "técnicas" que me infligieron allí no hicieron más que acentuar mi agresividad y me convirtieron en la mayor parte de lo que soy ahora: una aberración para usted y sus colegas médicos y una deidad para un montón de gente que usted jamás debería conocer, doctor.

No se confunda: no pretendo excusarme dándole explicaciones de por qué soy así o asá y por qué hice lo que hice. Pero bueno, eso es otra historia que por ahora no viene al cuento. Más que nada porque le demostraré con un ejercicio práctico de lo que hablo, no se preocupe ahora por eso.

Continúo.

Cuando me sacaron por fin de la "Habitación Roja" (así se llamaba al cuarto de castigo donde nos aislaban a los niños rebeldes durante dos semanas) empecé a darme cuenta de que me gustaba matar. Mucho, en realidad.

También, a esa edad aprendí a planificar las cosas de manera que pudiera esquivar las consecuencias de mis actos evitando así los castigos. Día a día, el pequeño y voluble cerebro de una niña fue evolucionando a otro más complejo donde la muerte, el placer y las mentiras se entremezclaban unas con otras distorsionando con eficacia la patética realidad en la que vivía. Me hice una especialista de la

mentira. La muerte me fascinaba y las preguntas que hacía en clase de Ciencias Naturales o en Religión me costaban quedarme muchos días sin recreo. No era capaz de entender por qué los adultos consideraban el hecho natural de la muerte como un tema tan tabú como para castigarme o escandalizarse de mis lógicas dudas. Pero en esa época de los años ochenta, debajo del postmodernismo cultural aún existían demasiadas capas de complejos, tabúes e ideas conservadoras.

Como le he dicho, y perdone que me disperse a ratos (no estoy acostumbrada a hablar de mi vida como usted bien sabe), una de esas veces que me levantaron el castigo de estar confinada en la Habitación Roja, salí con una sensación bastante más extraña de lo normal. Cuando sales de un aislamiento, estás en un permanente estado psicológico cuasi paranoico…pero esa vez, además, sentía una especie de sed que no se podía saciar. Un picor en la espalda que no se iba por mucho que te rascaras hasta hacerte costra. Sólo fui capaz de identificar qué me pasaba cuando dejé que Simone pusiera palabras a mis pensamientos y esa cría de mi subconsciente lo clavó, doctor. Entonces tan sólo quedaba prender al fin la mecha…

…era una fría mañana de invierno y torturé a un gato hasta matarlo”.

-5-

- ¡Miriam! – era Rosa, la cuidadora de la planta de las niñas. La cría se acababa de tumbar en la cama después de casi quince días en la Habitación Roja e intentaba disfrutar del contraste del calor de su colchón con la gélida rigidez del anterior - ¡Sal al pasillo inmediatamente!

Ella hizo caso. Le dolían todas y cada una de las articulaciones por la falta de ejercicio y por la humedad del sótano donde estaba ubicada la habitación empapelada con papel carmesí.

- Te toca bajar a la carbonera. Los de la caldera necesitan tres cubos de carbón y dos de leña – la señora Rosa sabía perfectamente el estado en el que Miriam se encontraba pero lo ignoró aposta. La niña adivinó una mal disimulada mueca de satisfacción en el estropeado rostro de la mujer. Cuando ponía esa expresión mezquina era más fea aún, se dijo -. Date prisa o te quedarás sin desayunar. Las demás están bajando ya al comedor y no van a esperar por ti, piojosa.

En la carbonera el frío era más acentuado al estar en el exterior del viejo y destartalado edificio principal. Olía a pis, humo y a excrementos de ratas…pero a Miriam no le importó: acababa de cumplir el castigo en un cuarto mal ventilado bajo las cañerías del

orfanato por lo que se había acostumbrado al olor de la mierda en general y de la orina en particular. No recordaba haber respirado un solo efluvio mínimamente agradable desde que había ingresado allí en esa pocilga de orfanato donde todo hedía a decadencia.

A la segunda palada vio moverse algo en el fondo de la carbonera. Trepó resbalando por encima de las piedras de hulla mal pulidas y se topó de bruces con los brillantes ojos de un gato callejero. El animal le bufó y con la poca luz que tenía el sótano (cortesía de una bombilla a punto de fundirse) distinguió su color canela colmado de suciedad y barro.

La reacción lógica de cualquier niña habría sido salir despavorida de esa pila de carbón, o al menos, haberse llevado un susto de muerte… pero Miriam no era "cualquier niña". Era de las que durante cinco noches seguidas había soñado con poder saber qué se siente cuando…

- …tienes la vida de otro ser en tus manos – susurró sin darse cuenta de que le estaba poniendo voz a Simone. Sonrió dulcemente y alargó un dedo -. Ven, acércate, vaaaamos, ven, ven aquí…no te dolerá, te lo prometo, gatito.

El felino estaba asustado y no se fiaba de esa cría, así que intentó intimidarla arañándole la mano. Lejos de retirarla, la extendió más, a pesar de que al arañazo le habían seguido una serie sucesiva de mordiscos. Cerró el puño en torno al cuello del gato sintiendo la sacudida de pánico del animal al intuir su desafortunado destino. Bufaba y se revolvía agitado pero poco a poco fue cejando en su empeño por salvar su séptima vida...

- Ahora es el instante en el que sabes que vas a morir y me da mucha pena que no sepas hablar para contármelo, gatito, porque me gustaría muchísimo saber qué se siente antes de la muerte – le habló despacio como si se tratara de un poema mal traducido. Los ojos del gato se abrieron más y más a medida que Miriam apretaba. Ella sentía su propia sangre escurriéndosele por entre los nudillos y bajando como un arroyuelo por sus flacos antebrazos.

Cuando subió el carbón y la madera, nadie reparó en la mano de la niña, pero sí en su sonrisa ufana. Nadie la había visto de ese talante desde que entró por lo que el resto de las niñas se habían acostumbrado a esa expresión de odio y apatía. Quizás por eso, cuando entró en el comedor a desayunar, a la cocinera se le cayó un plato y sus compañeras le abrieron el paso asustadas. Si alguien hubiera preguntado a alguna de esas niñas qué es lo que sintieron al cruzarse con ella habría dicho sin ningún lugar a dudas que esa cría parecía la reencarnación del mismísimo demonio.

Desde ese día, algo cambió en Miriam para siempre porque uno de los dos engranajes de la maquinaria de la locura giró en la carbonera.

El otro comenzó a girar sobre su eje cuando encontró ese libro en la biblioteca del piso de arriba. O, mejor dicho, el libro la encontró a ella.

-6-

"Cuando me expulsaron de la clase de Religión por enésima vez en ese interminable curso, no tenía ni idea de lo que me esperaba al otro lado de la puerta, ¿sabe? A todas las niñas, Sor Matilde nos infligía como castigo pasar las dos horas de clase encerradas en la biblioteca: ella no creía en el castigo físico, así que a las más díscolas nos conducía de una oreja por el pasillo hasta la biblioteca y nos metía allí. Luego echaba la llave y más te valía haber hecho pis porque ella no creía en el castigo físico pero la señora Rosa sí. La última niña que no pudo aguantarse las ganas tuvo la mala suerte de mear por la ventana y que esa zorra la viera, así que esa noche cuando todas estábamos dormidas, se la llevó de la habitación y la bajó al sótano. A la mañana siguiente, la pobre desgraciada no era capaz de decir ni mu...pero cuando se desvistió por la noche, todas pudimos ver lo que esa mala puta le había hecho en la espalda y en los glúteos, doctor.

Cuando me castigaban en la biblioteca recuerdo que las primeras veces me las pasaba horas enteras sentada en ese suelo de madera mirando por la ventana e imaginando qué sería de mí si huyera del orfanato. Esa idea era recurrente, pero me pasaba como a los periquitos domesticados cuando les abren sus pequeñas jaulas: se quedan ahí dentro por miedo al cambio. Algo así nos pasaba a todas, doctor, porque en realidad éramos pajarillos con ganas de libertad y miedo de obtenerla.

En otras ocasiones, cometía alguna maldad anotando frases obscenas de forma indiscriminada en los márgenes de alguno de esos voluminosos libros. Uno de ellos llegó a las manos de la Madre Modesta, la Superiora de la Orden y castigaron a la última niña que estuvo allí. Se llamaba Marta, ¿sabe? Era lo más parecido a una amiga que tuve en ese puto infierno y la enseñé un montón de trucos para sobrevivir a los monstruos en los que nos estaban convirtiendo.

Un día fue viernes de repente. Recuerdo que eran las diez de la mañana y estaba nevando.

Esa vez, sentí por primera vez una sensación de opresión y de tristeza infinita: quedaba menos de una semana para la Navidad y el ver los árboles nevados, el cielo plomizo y el humo de las lejanas chimeneas

me trajo recuerdos de la vida de la que me habían sacado de un empujón.

En Alicante no nevaba, claro está. Y las chimeneas no solían funcionar…pero había algo en ese ambiente que me produjo mucha nostalgia: de repente echaba de menos a mi madre. Ella, los días antes de la Nochebuena ya estaba preparando el Nacimiento y haciendo las compras, así que mi casa a esas alturas ya parecía un Portal de Belén atiborrado de turrones, peladillas, espumillones y bolas de Navidad desparramadas por el suelo. Lloré. Me acuerdo de que todas las lágrimas contenidas de rabia y de pena manaron hasta calar el lomo de un viejo libro que reposaba en mi regazo. No recuerdo cómo llegó ahí ni por qué había escogido precisamente ese libro con un título tan aburrido…pero versaba sobre Leyendas y Mitos del Norte de España. Ese volumen trataba de las Leyendas de Cantabria en concreto, e inconscientemente pegué un respingo al abrir la pasta dura del tomo.

- Ahí es donde nos quería llevar papá a vivir, donde le habían mandado a trabajar, donde todos íbamos a empezar de nuevo... – me enjugué las lágrimas disponiéndome a leer con el mismo desinterés que un niño ve el Telediario…y recuerdo que me sorprendí porque no era para nada aburrido. Más bien todo lo contrario.

Tenía ilustraciones de personajes por todas partes, recortes con pequeñas y llamativas citas y muchas anécdotas narradas a modo de cuento infantil. Pero ni mucho menos era infantil. En ese cuento las historias daban mucho miedo: los protagonistas se comían a la gente, bailaban desnudos de noche y algunos hasta bebían sangre mientras fornicaban en grupo.

Hace años, cuando aún era muy pequeñita y me iba de vacaciones con mi familia a San Vicente de la Barquera, disfrutaba escuchando esas mismas historias de boca de las señoras mayores que vivían en el pueblo: la pescadera, la vecina de la casa que alquilábamos por quincenas y la abuela de una niña que había conocido ese verano en la playa. Esas leyendas impresas en el libro eran las mismas que había escuchado de enana...pero estaban explicadas de una forma muchísimo más detallada y sin omitir detalle alguno. Todo era más pormenorizado y con un estilo demasiado crudo, eso quería decir, doctor.

¿Sabe qué? Esa fue la única vez que me molestó que me levantaran el castigo. Cuando escuché la llave en la cerradura, dejé el libro escondido en uno de los estantes entre varios tomos del mismo tamaño y color. Para asegurarme de que nadie más accediera a su contenido, lo oculté apresuradamente con las portadas de unas

revistas viejas. Sor Matilde algo raro debió de sospechar viendo mi expresión de frustración, pero no dijo nada y salimos juntas de la biblioteca alejándome de mi descubrimiento.

Esa noche había maquinado un plan porque necesitaba hacerme con él y no pensaba en tomarlo prestado. Ese libro tenía que ser mío…y no podía esperar a que las clases se reanudaran el lunes para provocar otro castigo. Además, demasiadas penalizaciones suponían un billete directo a la "Habitación Roja", no a la biblioteca. Esa noche, cuando todas las demás niñas estaban dormidas y los ronquidos en la habitación de de la señora Rosa fueron más candentes y sonoros, salí descalza por el pasillo y subí las escaleras de dos en dos hasta llegar al piso donde estaban las aulas.

La llave del archivo estaba colgada de un clavo a la entrada a mi clase y me hice fácilmente con ella subiéndome a un pupitre. De repente escuché una tos que provenía del fondo del pasillo y escrutando entre la oscuridad vi un camisón largo y blanco: era una de las monjas que se había levantado para ir al baño. Me maldije por no haber tenido en cuenta el pequeño detalle de que las habitaciones de las religiosas compartían planta con las aulas…y si una de ellas había cruzado el pasillo, siempre podría levantarse alguna más. Así que me apresuré a abrir la puerta de la biblioteca con el mayor sigilo que los goznes oxidados me permitieron y entré cerrando tras de mí.

El corazón me dio un vuelco cuando subí a la silla y vi que mi libro no estaba. Podía escuchar los latidos en mis oídos como las campanas de la iglesia del pueblo de al lado cuando tocaban a muerto…hasta que un destello de luz lunar iluminó justamente en el lugar en el que reposaba el libro. La mesa de madera central estaba atestada de libros revueltos y eso desvió mi atención unos segundos porque una nota pegada en el libro que coronaba la pila ponía: "Papel para la Caldera". Era la letra inconfundible de Sor Natividad, la encargada de la lectura: una censora vocacional del tipo de literatura que entraba y salía del orfanato.

Tiempo después caí en la cuenta de que muchos de esos libros no eran muy apropiados que digamos para una institución religiosa. Ahora las cosas han ido cambiando, pero en esa época era muy extraño que un libro que trataba de leyendas paganas (muchas de ellas sacrílegas) hubiera llegado a una de esas estanterías. Viendo la pila de libros, al parecer, la Madre Natividad había estado haciendo inventario esa tarde y, cerca de dos docenas de ejemplares iban a usarse como combustible para calentar la caldera

- Te he salvado de las llamas, amigo mío – susurré al lomo del libro como si pudiera oírme -. Así que ahora te toca salvarme a

mí porque ti te querrán quemar, pero conmigo están en ello…así que, hermanas brujas que estáis en esas páginas, yo os invoco. Imploro vuestra ayuda a cambio de hacer todo lo que me pidáis. Absolutamente todo.

Como si hubiera sido una señal mística, vi la familiar sombra de una niña escondida entre las cortinas de la estancia: se trataba de mi amiga Simone. Siempre le gustaba esconderse detrás de las cortinas, dentro de los armarios llenos de ropa o, a veces, debajo de la cama donde dormía.

- Veo que has hecho nuevas amigas, Miri y no has tenido la mínima educación de habérmelas presentado – parecía estar furiosa. La conocía perfectamente y sin verla la cara podía saber por el tono de voz su estado de humor (y eso ya era mucho decir puesto que Simone era por definición impredecible e inestable) -. Yo también tengo un amigo que presentarte y joder si lo haré porque me parieron educada, no como una mocosa llorona y desagradecida que yo me sé.

Simone me enseñó lo que tenía apretado contra su regazo y a la tenue luz de la luna pude ver las cuencas vacías del gato que había asfixiado a varios metros debajo de donde se encontraba ella en ese momento: entre montones de carbón. Su cadáver estaba bien conservado gracias al gélido viento que se colaba por las rendijas de la puerta de la carbonera".

-7-

- ¿Y dice usted que esa…amiga suya, Simone ¿es la que mató a ese pobre animal? – el psicoanalista se reclinó en su sillón de tres mil euros y se ajustó las gafas de diseño de Gucci. Ella pensó que para trabajar para el Gobierno tenía que estar muy bien pagado a costa del dinero del contribuyente.
- Veo que no ha entendido una mierda o es usted más gilipollas de lo que sospechaba – estaba perdiendo el tiempo y eso la ponía muy nerviosa. Ahí fuera, al otro lado de esos ventanales, estaban sucediendo cosas terribles y ese memo la tenía entretenida con sus rollos de comecocos.
- Comprendo su frustración, señorita, de verdad que la comprendo. Tiene que ser horrible tener que contar algo tan complejo en tan poco tiempo – esta vez, la expresión de su cara cambió por completo y se acercó a la suya. Ahí, tumbada en el diván podía oler su aliento a tabaco mezclado con Oraldine. Los ojos del comecocos ya no eran tan dóciles – El Ministerio de

Interior me ha pagado mucha pasta para que este pedazo de mierda que tengo aquí tumbado en el diván me de algo para que pueda poner en el informe, cobrar por él e irme a Río de Janeiro mañana por la mañana a follar con quien pille más a mano.

- Sé la clase de persona que eres, doctor Mesudalapollacomotellames – justamente detrás de él podía verle la cabellera a Simone. Le estaba diciendo algo que solamente ella podía oír – Y tienes suerte de que…

El doctor Méndez se sacó una bolsa del bolsillo interior de la americana. En el interior había un estilete: una prueba del último asesinato de su paciente y sonrió. La dentadura era perfecta y los labios arrugados se retrajeron como los de un depredador a punto de dar cuenta de su presa indefensa:

- Suerte de que yo tenga esto y tú una estancia preparada que vas a disfrutar pronto en la cárcel modelo…ponme las cosas fáciles. Volvamos a las Navidades de 1983 y te prometo que te daré lo que te prometí cuando entraste, ¿de acuerdo? Sólo tienes un asesinato en tu haber y siendo tan joven quizás salgas de chirona antes de la menopausia.

A pesar de las ganas que tenía en ese momento de romperle el cuello de un sólo movimiento aceptó su oferta. Tenía que ser paciente. Además, ese doctor no sabía que aparte del cabrón al que le había clavado ese estilete en el ojo hasta agujerearle el cerebro...había más cabrones en su “haber”, como él lo había llamado.

Como había leído una parte de su vida en sus diarios, no tenía sentido omitir los detalles sino omitir los restantes. Creía que lo sabía todo de ella y esa era una baza que se reservaba para el final de la sesión de psicoterapia. Además, por supuesto que le daría lo que le prometió. ¡Vaya si se lo daría! Y Simone sonrió de la misma manera en que lo había hecho el hombre de gafas que tenía delante y que guardaba cierto parecido con esa criatura llamada Cuegle.

Era amigo del Ojáncano.

CAPÍTULO 3
“Los Caballucos del Diablo”

Junio de 2016

“Los Caballucos del Diablo surgen en la mágica noche de San Juan en un estallido de fuego y humo e inundando el silencio de la noche con un bramido infernal que libera la furia de estar contenidos durante un año. Los Caballucos del Diablo portan alas de libélula con las que surcan la noche”.

-1-

Tres meses después del comienzo de los asesinatos de la Anjana aún no tenían nada consistente. Desde el Departamento Central les habían enviado refuerzos, pero no era suficiente y, en muchos casos, estaba siendo contraproducente: era la segunda vez que un equipo había pisado el terreno de otro y habían estado a punto de llegar a las manos. Todo el mundo estaba muy nervioso porque iban pasando los días y el caso de la asesina en serie parecía estar cada vez más enredado. Algunos periodistas incluso habían puesto en tela de juicio la llevanza de ese caso y los altos mandos estaban empezando a sentir más tensión desde la parte de arriba del escalafón.

Esa mañana, la densa humedad caldeada por los cerca de treinta grados que marcaba el termómetro del exterior de la Comandancia de la calle Campogiro de Santander, no era la única que podían sentir los oficiales que estaban sentados en la Sala Común de Operaciones. *"El Coronel Álvarez está a punto de explotar de rabia. Ese cabrón siempre ha tenido un humor de perros, pero nunca le había visto así"* pensaba Roberto mientras observaba los extensos prados verdes que se extendían al otro lado de la carretera. *"Y no le culpo porque esa mujer está jugando con nosotros como si fuéramos unos niños estúpidos. Ya se ha atrevido con los dos últimos crímenes en pleno centro y a plena luz del día, joder. Se ríe de nosotros".*

Miró de reojo dos filas más atrás a su izquierda y vio a la inspectora Marina Bolaños vestida, al igual que él, con el uniforme de gala de la Guardia Civil.
Viéndola con ese uniforme verde impecable, el cabello rubio recogido en una coleta y con esa expresión regia que ponía cuando estaba absorta en sus pensamientos era inevitable que sus pensamientos fueran a la habitación del hotel. Hacía varios días que no había coincidido con ella puesto que ambos estaban centrados en dos líneas de investigación diferentes en dos de los equipos nuevos que habían llegado de Madrid.

En una hora y media ambos tendrían que dar una rueda de prensa improvisada (no les había dado tiempo a preparar la comparecencia) sobre el Caso Anjana, tal y como se les había ordenado desde los Servicios Centrales de Relación con los Medios: eran los oficiales de mayor rango que más información tenían del caso y además (y no

menos importante) eran muy atractivos de cara a las cámaras. *"Como si eso pudiera tranquilizar a la gente, joder...los espectadores sólo verán a dos inspectores que llevan meses sin tener una mierda que les garantice que toda esta locura vaya a terminar pronto. Además, ya se ha filtrado que a esa puta psicópata alguien la está ayudando desde dentro del Departamento y esa es una de las preguntas que deberíamos esquivar en la rueda de prensa: por nuestra imagen y para que ella no disponga de más información de la necesaria de por dónde estamos investigando y a qué Unidades".*

Volvió a mirarla y sí; desde que se habían acostado, ella se había mostrado más fría y distante con él. A pesar de trabajar en equipos diferentes siempre estaba la opción de llamarse por teléfono. Roberto podía entender que ella tuviera miedo de mezclar lo profesional con lo personal y no quería forzarla, así que él no iba a ser el primero en llamar. Además, si a él le costaba demostrar su valía a diario, a ella, ese esfuerzo se le multiplicaba automáticamente por diez por el hecho de ser la única mujer de la investigación con una docena de hombres detrás de su puesto.

En ese momento, Marina estaba hablando con uno de los nuevos. Se trataba de un hombre diez años menor que ella. Y era bastante atractivo: de complexión fuerte, mandíbula cuadrada y con unos ojos muy azules. Cuando la vista del inspector Mateo se dirigió de nuevo en su iPad, sintió algo muy parecido a los celos.
Ella pareció haberse dado cuenta de ese detalle, y como si pretendiera provocarle aún más, tocó la mano de su acompañante mientras se reía en silencio de algo que le estaba contando el joven oficial. El intentó desviar la mirada, pero no podía. Sintió de repente una punzada de rabia y unas tremendas ganas de levantarse y partirle la cara a ese gilipollas ¿Eso es lo que Marina buscaba? ¿Por qué le estaba haciendo eso, joder?

Cuando terminó la reunión, Roberto salió el primero de la Sala de Operaciones y entró a toda prisa en el baño. Se miró al espejo recreándose en cada uno de los detalles de un rostro agotado producto de meses sin dormir bien. De tener sueños extraños e inquietantes donde el sexo se entremezclaba con violencia y las brujas del bosque con sus víctimas.

- ¿Es usted el inspector Mateo? – era otra vez ese gilipollas. Roberto no supo por qué, pero no se extrañó mucho de que precisamente entre veinte oficiales, justamente fuera a toparse con él. Le alargó la mano -. Me llamo Rafael. Capitán Rafael

Salgado a su disposición.

- Ya veo. Y a la disposición de mi compañera Marina según veo – no le tendió la mano. En lugar de eso se le quedó mirando fijamente a los ojos sin importarle que fuera más joven y estuviera más en forma que él -. Te voy a dar un consejo, chaval. Ella y yo necesitamos máxima concentración en el caso. La inspectora Bolaños lo está pasando mal en el caso y no quiero que nadie la distraiga más…

- Se equivoca, inspector – parecía molesto y a la vez indignado. Siendo consciente de que no iba a ser correspondido, retiró la mano y se lavó las manos en el impoluto lavabo de la planta noble del edificio -. ¿Sabe qué? No es asunto suyo, para nada lo es, joder, pero le informo de que tengo novia desde hace ocho años y, como dice el refrán: "donde tengas la olla…". Deduzco que me ha entendido, pero veo que usted a ella no.

- ¿A qué se refiere?

- Se lo voy a resumir, inspector: aunque soy más joven que usted me permitiré la licencia de darle un pequeño consejo. He tenido relaciones y me he acostado con muchas mujeres a lo largo de mi vida y quien me conoce bien le dirá que estoy siendo bastante modesto con lo de "muchas" …- hizo una pausa para reflexionar acerca de lo que iba a decir a continuación. No dejaba de estar hablando de una inspectora de Criminalística con su propio compañero -. Se lo resumiré, ¿vale? Existe dos clases de mujeres al igual que hay dos de hombres: las que anhelan una vida cómoda. Una vida de esas de ir a la compra con zapatillas de deporte, tener hijos y poseer la solidez personal y emocional de una pareja estable.

- ¿Y ella? ¿A qué grupo pertenece?

- Al opuesto, inspector, justamente al grupo opuesto. Es de las mujeres que involuntariamente arrasan con todo por donde pasan. Ella no es consciente de ello, pero es una mujer completamente independiente, fuerte y además…he deducido por las miraditas que le echaba en la reunión que disfruta usándonos a nosotros los hombres, ya me entiende. No me malinterprete, ¿vale? También tenemos a muchos de su clase entre nuestras filas masculinas. Digamos que le han pillado el tranquillo a las relaciones que buscan en su vida: independencia y amor

incondicional, veneración y subyugación…y lo que es peor: jamás ven a sus parejas como a iguales porque siempre van dos pasos por delante.

- Deduzco que usted no sólo es un joven oficial que me está hablando de su experiencia de mierda con las mujeres y de sus teorías baratas de barra de puticlub, ¿he acertado?

- Ha acertado – se peinó delante del espejo y se remojó la cara para aliviar el calor que iban a padecer todos en la calle durante lo que restaba de día. Se secó las manos y antes de salir del servicio añadió -. Si me hubiera dejado presentarme, le habría dicho que aparte de Capitán, trabajo como Especialista en Perfiles Psicológicos para la OTAN. Por eso estoy aquí. Y mis teorías de barra americana se dará cuenta pronto de que no andan muy desencaminadas, ya lo verá. Que pase un buen día, inspector.

-2-

A Rafael le había molestado mucho la actitud con la que se había dirigido a él el inspector Mateo, pero aún así supo guardar la compostura dadas las circunstancias. Tenía razón en parte: esa mujer estaba confundiéndole también a él. Tenía una especie de magnetismo hipnótico que hacía difícil resistirse a sus encantos: unos preciosos y profundos ojos claros, mucha rapidez mental y un sentido del humor de lo más peculiar.
No era tonto. Sabía que le estaba utilizando para poner tierra de por medio con Roberto Mateo…pero aún así, ¿por qué se sentía tan desorientado cuando coincidía con ella?
Se habían conocido dos días atrás en una reunión y desde entonces se había topado en ella varias veces por los pasillos. No podría asegurar que era una mera casualidad o si ella era la que provocaba esos encuentros "fortuitos" ...pero su instinto le alertaba de que tuviera mucho cuidado con ella si no quería echar a perder lo que tenía con su prometida y buscarse un lío gordo con el cretino del inspector.

Se desnudó y se metió en la ducha.
Necesitaba centrarse en su trabajo y en esas dos carpetas azules que reposaban en la mesa del mueble de la habitación del hotel. Dentro estaba metido el meticuloso informe actualizado que habían redactado en la investigación: pruebas, teorías, fotos, etc... Había que reconocer que el trabajo de ambos inspectores había sido realmente bueno. Más teniendo en cuenta que eran sólo dos agentes al frente de uno de los

casos más jodidos de los últimos tiempos en España desde los años setenta.
El efecto relajante del agua caliente y del gel de avena no tardó en notarlo. Se secó con la toalla y, mirándose en el espejo desechó la idea de afeitarse. Tenía muchas cosas que hacer y, además, Marta no estaba allí para protestar por su barba.

Una hora después, buceando entre una miríada de archivos, informes, fotografías y declaraciones de testigos, se dio cuenta de que había pasado algo por alto en la primera lectura del dossier: la asesina había contactado con ambos inspectores y nadie les había interrogado en profundidad sobre esa cuestión. Eran dos testigos privilegiados a los que por cuestión de rango se les había dado un trato diferente… ¿pero por qué?

Dos páginas después Rafael leyó algo que le llamó aún más la atención: la Anjana había entrado en la casa de Marina y le había dejado un dossier allí mismo. La descripción acerca de este hecho era muy parca y el contenido de dicho dossier lo era aún más. Sólo hablaba de fichas de determinadas personas asesinadas desde 2011 hasta 2016. Nada más.

- ¿Por qué querría la Anjana que la inspectora viera esos expedientes en concreto? – preguntó al silencio de la habitación apuntando el número y clave de la prueba y accediendo telemáticamente al archivo electrónico del caso completo.

Dada la naturaleza y calibre de la investigación, el expediente tenía mil quinientas veintiocho páginas llenas de ficheros, fotografías, vídeos, entrevistas, etc…y sólo gracias al código de la prueba pudo dar con el que estaba buscando: ***“Prueba material 476. Dossier. Inspectora Bolaños. Sin huellas”.***

Dos de las víctimas eran fácilmente identificables: uno era un antiguo pero famoso senador de Valencia que veraneaba en Cantabria y el otro el dueño de una conocida cadena de gimnasios que se había expandido a toda velocidad a lo largo y ancho de Europa. El resto eran lo que se solía denominar en argot militar “víctimas colaterales”: guardaespaldas, chóferes y personal doméstico.

- Está claro que los objetivos eran Daniel Fabra y Gonzalo Puig – puso en paralelo ambas fichas y comparó las columnas para ver las coincidencias entre ambos -. Valencianos, mismo colegio privado, mismo barrio…y socios fundadores de una empresa

textil.

“Aquí debajo hay una foto en la que se ve que hay otro chaval con ellos, pero la calidad de la imagen es bastante mala: está escaneada de una Kodak de la época y se nota en los píxeles. Bien, ya tenemos algunas coincidencias”. Se quedó reflexionando unos minutos acerca de la nueva información que había obtenido mientras paseaba de un lado a otro de la habitación. Era muy extraño que el Departamento de Análisis de Información hubiera pasado por alto el dossier que encontraron en la casa de la inspectora Bolaños porque él en menos de cinco minutos había encontrado una posible relación de dos de las víctimas y era poco creíble que alguien del Departamento no lo hubiera visto. A menos que…

De repente le llamaron al móvil.
Cuando se acercó al mueble donde lo tenía cargando intentó adivinar quién sería. Marta, su novia, no solía llamarse a esas horas: a las nueve de la noche, estaba en la biblioteca con Sonia (su compañera de Academia de Oposiciones) y hasta después la hora de la cena no solían comentarse las mejores jugadas del día.
Era Marina…y no supo por qué, pero se alteró tanto que tuvo que respirar hondo varias veces antes de contestar, quizás porque intuía adónde le podía llevar todo aquello: de momento no había habido nada que hubiera trascendido de lo meramente profesional pero percibía las pequeñas señales que ella le estaba mandando los últimos días. Y eso le perturbaba.
“Cabeza fría, ¿de acuerdo? Nada que no tenga que ver con el caso. Además del lío en el que me puedo meter, piensa en Marta, Rafa”.

Una hora después estaba sentado en la barra de una discoteca al lado de la inspectora Bolaños. Llevaban ya dos copas en muy poco tiempo y la conversación era ya algo errática. El cansancio del día, unido a que no había apenas cenado más que dos sándwiches del frigorífico del hotel hicieron que al primer sorbo del segundo gin-tonic se sintiera bastante borracho. Además, él no acostumbraba a beber. Al menos no los últimos años.

- He visto que has entrado en el expediente del caso y has leído el informe que redactamos Roberto y yo – ella disfrutó en silencio de la cara de sorpresa del capitán. Mientras sorbía su bebida le sonrió sensualmente con los ojos. Al otro lado de la barra dos camareras estaban riéndose de un cliente que se había quedado

dormido en uno de los sofás del pub -. Te contaré un secreto, las entradas a nuestra Intranet quedan registradas con el número de usuario y la hora.

- Me has pillado – se rio y se maldijo por su estupidez.

Por supuesto que lo sabía, pero es que estaba…estaba…demasiado aturdido por el alcohol y algo confuso por la situación (aún no sabía por qué le había dicho a Marina que sí a la idea de bajar a tomar una copa y hablar del caso). Quizás tenía algo que ver que hacía mucho tiempo que Marta y él no se veían y que durante el último mes se había sentido demasiado solo de hotel en hotel: Budapest, Múnich, Milán, París…Viena. Hasta él y ella habían discutido por los celos: ambos eran muy atractivos y eran conscientes de lo difícil que era mantener la honestidad en esos días. Además, no se fiaba de su amiga Sonia porque ella ya había intentado varias veces hacerle caer en la tentación de follársela a escondidas de su querida amiga…así que, ¿por qué no iba a intentar que Marta cayera? Esa tipa parecía estar empeñada en sepárales y hablar de eso con su prometida ya había comprobado que era inútil. Marta todo lo reducía a que Rafael la tenía enfilada desde el principio y sólo era capaz de ver sus defectos, así que se rindió por fin y dejó de hablar de ella. Sólo tenía que evitar coincidir siempre que fuera posible...y su boda no lo era. Eso le jodía a base de bien.

- ¿En qué estás pensando? – le preguntó buceando en su expresión con esos enormes ojos. Sospechaba que ella lo sabía.

- En el caso – mintió -. En el expediente no he visto que, exceptuando las huellas o análisis de ADN, alguien haya analizado a fondo el dossier que te dejó la Anjana.

Su cabeza no dejaba de ir de Marta a Marina pasando por las fotos de cadáveres destrozados que habían desfilado de uno en uno por sus ojos a lo largo de la investigación. Todo era tan intenso en el Caso Anjana que se mareó una vez más, pero lo disimuló echando otro largo trago a la copa.

- Yo sí que lo he analizado a fondo, pero me he dado cuenta de que nadie ha querido tirar por ahí, capitán - ¿había sonado a retintín? – Si los de arriba tuvieran más huevos que cabeza me habrían hecho caso, pero se trata de un tema bastante delicado en el que hay políticos y empresarios ahí metidos. He hecho los deberes y sé lo que nos íbamos a encontrar al otro extremo del

cordel: mierda a raudales, corrupción y varios tirones de orejas a nuestros coroneles por meter las narices donde nadie les llama. Quieren un culpable y punto.

- ¿Qué opina tu compañero?

- ¿Roberto? – soltó una carcajada. El alcohol también estaba haciendo mella en ella -. Él es un boy-scout como tú, capitán Salgado. Si le dijeran que hay un perro implicado en este caso, llevaría a los putos ciento un dálmatas a comisaría. Fichados, esposados y en fila india.

Esa vez se rieron los dos.
Cinco copas y varias anécdotas divertidas después salieron del pub. El reloj luminoso de una marquesina marcaba casi las dos de la mañana y a pesar de ser un día laboral, había bastantes noctámbulos callejeros en la víspera de la Noche de San Juan. La temperatura era agradable y muchas parejas se habían lanzado a la sensualidad de los paseos en una de las primeras noches del verano. Todo el mundo reía, se besaba y se emborrachaba por todos los rincones de los parques causando una sensación colectiva de eufórico optimismo desenfrenado. Rafael, a pesar de la carga de trabajo de las últimas semanas se sentía pletórico y rebosante de energía.

Al igual que el resto de gente, decidieron pasear un rato por los jardines aledaños a la playa de la Magdalena antes de coger el coche.

- ¿Bajas conmigo? – Marina se descalzó comenzando a caminar por la fina y blanca arena de la playa. La cálida y suave brisa ceñía su ajustada camisa de algodón a sus pechos mientras empezaba a bordear la orilla. Sabía que Rafael le estaba mirando e hizo un movimiento para que se le marcase más cosa que no pasó inadvertida al capitán.

- Llevo puestos unos zapatos de doscientos euros y mis pantalones… – mintió porque no quería caer en la tentación de bajar allí con ella, pero ella siguió caminando. Iba a pasear con él o sin él. Así que se llevó los Martinelli en la mano rezando porque las perneras de sus pantalones no se soltaran cuando caminaran por la orilla y para que tampoco lo hiciera su capacidad de autocontrol ante la situación. La euforia y la lascivia, aunque casaban bien, solían ser unos ingredientes peligrosos y casi siempre no traían más que problemas.

En esa zona de acceso a la playa sólo estaban ellos dos; todo el mundo se había concentrado en las zonas donde estaban las cafeterías, pubs y bares en busca de la terraza perfecta. Aún era demasiado pronto como para pensar en darse un baño en la playa y, los pocos que lo hacían a esas horas, se iban a las de la zona del Sardinero donde además, parecía que estaban montando una especie de fiesta para la Noche del Solsticio: fuegos artificiales y una orquesta. Rafael se había fijado en ello cuando iban de camino.

- ¿Sabes cuál es una de las cosas que se hacen en la Noche de San Juan, capitán? – gritó por encima de la brisa. Su pelo ondeaba al viento tapando y destapando juguetonamente sus ojos. Ese brillo en su mirada no le gustaba. Intuía qué significaba y la sensación de euforia y bienestar no desaparecía.

- No tengo ni idea. Sinceramente nunca he sido mucho de seguir ningún ritual religioso o pagano. Eso sí, siempre me han resultado muy curiosos – una ola casi le mojó los pies y retrocedió torpemente -. Hacen que me sienta…

- ¿Liberado?

Ella se metió en el agua hasta la cintura mojándose el vestido, pero no le importaba en esos momentos: se estaba riendo como una chiquilla y le divertía ver la actitud de ese chico rubio, con pinta de soldado americano, con unos brazos enormes y una mirada de niño asustado por las pequeñas olas del mar.
Le salpicó a traición haciendo que le entrase algo de agua por la nariz y haciéndole toser y cuando se recuperó, ella le tiró hábilmente del brazo y Rafael cayó de bruces dentro del agua salada. Nada más emerger una boca besó la suya y las manos de Marina le bajaron el pantalón con un único y diestro movimiento.
"Aún estás a tiempo, Rafael. Puedes decirle que Marta te llamará otra vez al ver que no has contestado a sus llamadas o puedes…".

Cuando reaccionó, ella se encaramó a su cuello y se abrazó a su cintura con los muslos atrayéndole para sí. Notó una fuerte erección y los remordimientos se fueron disolviendo con la sal marina alejándose de su cabeza con la marea. Sentía los pechos turgentes de ella contra su tórax y, beso a beso, y muy lentamente entró en ella.
La brisa del mar les acariciaba a ambos al ritmo de sus movimientos y oía sus violentos jadeos en sus oídos mezclándose con el ulular del viento rebotando contra las olas. Al alcanzar ambos un orgasmo explosivo, Rafael notó las uñas de Marina clavándose en su espalda

haciendo que el suyo fuera aún más intenso.

Al acabar, se vistieron en la orilla.
A esas alturas a Rafael ya no le importaban esos zapatos, ni la camisa. Ni tan siquiera que hubiera perdido un cinturón de doscientos euros o que no encontrara la billetera...porque lo que empezaba a asomarse dentro de él como un escorpión saliendo de debajo de una piedra se llamaba remordimientos. Y el aguijón de ambos era igual de afilado.

Cuando llegaron al coche de ella sin cruzar una sola palabra, ya estaban más secos. Durante el trayecto ella puso música y le pidió que le mandara por correo electrónico al día siguiente el informe del caso.
Dejó al capitán en su hotel delante del su hotel de cuatro estrellas y se marchó.

Roberto desconocía por qué motivo su compañera le había enviado su localización a través del WhatsApp. Al principio había llegado a pensar que se trataba de un error.

Seguramente estaría trabajando en ese momento desde su ordenador y sin querer habría activado el GPS del teléfono. O le habría mandado algún mensaje a alguien confundiéndose de destinatario. Casi fijo que se trataría de alguna chorrada, así que se acostó…pero los pensamientos del día en el que la Anjana los secuestró afloraron y, al final, acabaron por desvelarle.

Con esa pirada suelta podría estar pasando cualquier cosa: y más cuando parecía no tener demasiados problemas para localizarlos.
Así que cogió el coche aparcando (a la primera) en una de las aceras más cercanas a los jardines de la playa de la Magdalena y estuvo dando varias vueltas por la zona. No vio nada más que a algún borracho tumbado en el césped o un par de jóvenes corriendo por la acera. Debía de haberse equivocado...
...y cuando estaba a punto de darse la vuelta e irse maldiciéndose por su estupidez…los vio.

Eran un hombre y una mujer en el agua, y estaban bastante cerca de la orilla. La mujer supo al instante que se trataba de Marina y la luz de la luna permitía ver los cabellos rubios del acompañante. Desde allí veía perfectamente la espalda de él y las manos de ella alrededor de su

cuello. A pesar de que la mente de él pugnaba por convencerle de que lo que estaba viendo no era real (*"desde aquí no puedes estar seguro de lo que estás viendo"*) su corazón y su instinto le decían lo contrario. Sabía que la mujer que estaba follándose al tipo que estaba de espaldas ("*eres un hijo de puta, Salgado. Un auténtico hijo de perra al que avisé de que se alejara de ella"*) era su compañera. Entre la ropa que estaba tirada en la orilla vio su inconfundible bolso de varios colores y la americana que había llevado puesta el capitán Salgado esa mañana. Sus ojos pues, no le estaban engañando.
Sintió unas violentas arcadas y un repentino mareo y sujetándose al respaldo de un banco, respiró hondo. El sentimiento de traición, decepción y dolor era demasiado profundo.

Experimentando una mezcla de rabia y estupidez, se fue corriendo y dejó allí el coche aparcado. Habría sido una estupidez conducir en ese estado, así que, sin pensárselo demasiado, regresó caminando al hotel. Estaba a algo más de cinco kilómetros de allí…pero no tardó en llegar a paso ligero.
Al llegar a la puerta...se sujetó a una papelera donde vomitó lo poco que había cenado.
Ya en la habitación, se bebió media botella de ron añejo y engulló un par de aspirinas entre sorbo y sorbo. Aunque eso no haría desaparecer esa puta quemazón de rabia, al menos le ayudaría a dormir.

-3-

La Anjana estaba satisfecha.
La idea de enviarle al inspector la localización de Marina seguramente había dado resultado. Uno de sus dones era conocer los puntos débiles de las personas y la debilidad de ese hombre era su empeño en idealizar las cosas en general y al amor en particular.
Le había calado incluso antes de retenerle en el sótano. Además, el brebaje que le había obligado a beber al final del interrogatorio le aflojó la lengua haciendo que soltara bastantes cosas interesantes acerca de partes de su vida que aún no había podido estudiar con detenimiento.

Después de cumplir con el ritual de purificar su cuerpo en la bañera y de ungirse con aceites mezclados con corteza de roble, se sentó en la cama. Cerrando los ojos y, con la ayuda de una infusión de jengibre, romero y mate, visualizó en su interior cómo estaba en esos momentos la situación.

Al parecer, todo estaba yendo según lo planeado porque la inspectora inconscientemente se había convertido ya en un catalizador humano que conseguiría hacer saltar por los aires la concentración de los hombres en el caso: una vez que la mecha se encendía era muy probable que algo explotara.
Esos dos contenedores de testosterona eran la constante del plan y la inspectora, la variable. Una vez que había conseguido que ésta última interactuara con las primeras, el resultado de la ecuación era previsible. Sonrió para sí y salió de su estado de introspección mirando a su alrededor.

Pronto amanecería y esa noche daría paso a la Víspera del Solsticio de Verano. Era la noche de los Caballucos.

- El poder de las hembras en todas las especies es silencioso, pero altamente efectivo – observó por enésima vez las ilustraciones del libro que reposaba en su regazo. En casi todas ellas, las mujeres eran bellas, fuertes y con una elegancia que la Naturaleza les había regalado. En cambio, los hombres eran a menudo seres toscos representados por seres crueles, zafios, bastos y desprovistos de cualquier atisbo de Humanidad. La mayor parte eran monstruos -. Son los mayores enemigos de la Madre Natura: no paren la vida con dolor, pero en cambio tienen el poder de destruirla sintiendo placer.

Tanto el capitán como el inspector eran más de lo mismo.
Varias páginas después, la Anjana encontró a los “Caballucos de Diablo” en el viejo tomo que le había acompañado desde que era una niña de orfanato. A pesar de que muchas páginas estaban comidas por los bordes, las pastas permanecían impecables. Sin un solo rasguño ni marca.

Si los cristianos, judíos y musulmanes tenían su Biblia, su Torá o su Corán, las Anjanas tenían sus Leyendas y sus Mitos.
Las religiones habían intentado destruir todos los mitos ancestrales sustituyendo todas y cada una de las celebraciones paganas por las religiosas. Casi siempre modificaban el nombre de los protagonistas haciendo que los dioses paganos se hicieran uno solo. Las religiones quemaban brujas, desterraban tradiciones y condenaban al ostracismo los rituales celtas, romanos, griegos, etc…pero, sobre todo, y esto era una constante en todas ellas: invisibilizaban a las mujeres o las transformaban en aliados del Diablo.
Eran hombres temerosos de las mujeres maquinando falacias contra ellas y unos ritos primigenios que rendían culto a la propia

Naturaleza.

Uno de esos ritos era el que se celebraba durante el Solsticio de Verano: esos hombres lo habían señalado en el calendario como una diana y lo habían rebautizado como la Noche de San Juan…y como todo lo que existe en el mundo no se puede sustituir de forma tan descarada de la noche a la mañana, se conservaron algunos símbolos de los viejos ritos paganos como concesión a un populacho sediento de celebraciones y desenfreno.

Uno de esos símbolos era el del fuego.
En la zona norte del Europa, donde habitaban las tribus germánicas, eslavas y celtas, el solsticio de verano se celebraba con danzas y cantos alrededor de las hogueras. Era una noche donde el fuego y la magia se fundían en un solo ente. Los oráculos y la adivinación se entremezclaban con los rituales de casamientos de parejas donde los amantes saltaban a través de las llamas, ya que, a través del poder del fuego, los malos espíritus serían expulsados de la relación que se forjaba.
El agua era otro de los elementos de la noche como elemento de salud y fertilidad. En la noche de San Juan el agua del mar era especial: se decía que aquellos que se atrevían a adentrarse en las frías aguas marinas y saltaran nueve olas de espaldas, obtendrían salud y felicidad para todo el año. También se decía en esas leyendas que durante esa noche nadie debería mirarse al espejo después de bañarse si se deseaba que el hechizo fuera efectivo.

Los pensamientos de la Anjana volvieron otra vez a Marina. No sabia por qué, pero esa mujer le provocaba sentimientos encontrados y muy intensos…ella no se trataba únicamente de los muchos peleles a los que estaba acostumbrada a hacer mover con sus hilos invisibles. Esa chica tenía potencial, la verdad, y ella lo ignoraba por completo aún.

- Es una pena que no sea creyente porque habría sido una excelente alumna. Desde que la vi aquella noche caminando por las calles de Santander, supe que detrás de esa fachada obediente se escondía el fuego de una de esas hogueras – se quedó pensativa unos instantes -. Los que la rodean deberían de dar gracias a su dios de que no sea consciente de lo que podría llegar a hacer si se quitara esas correas paternalistas y sacara el poder que tiene dentro. Yo lo vi.

Sonó el teléfono.
La Anjana respondió después de escuchar un rato lo que su otra amiga

le estaba contando. No trabajaba para la policía, y, aunque desconocía de dónde obtenía la información, confiaba plenamente en ella.
Jamás le había fallado.

-4-

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Marina miró la hora del reloj despertador y se apresuró a encender la televisión.
Le dolía muchísimo la cabeza a causa de los excesos etílicos de anoche. Sinceramente, había sido una completa locura tirarse al capitán y lo sabía bien. Todos los actos tenían consecuencias, se dijo, pero éste en concreto podía acarrearle serios problemas en su reputación si salía a la luz y más siendo mujer. Porque el machismo acechaba desde los escondrijos más retrógrados de una sociedad políticamente correcta pero humanamente cuestionable...y ella era consciente de eso.

Le dolía pensar en que si el hombre que en ese momento le acompañaba en la televisión dando una rueda de prensa se enteraba, le rompería el corazón. Estaba colado por ella y le costaba disimularlo cada vez más.
"He intentado apartarle de mí, joder. Pero es un necio" intentaba estar enfadada con él, pero no podía forzarse a hacer eso porque Roberto era la antítesis de los hombres que había conocido antes. Incluso era lo opuesto al capitán rubito de anoche: rápido de mente, valiente, bastante creativo, demasiado amable, empático…pero, sobre todo, se trataba de un ser humano de corazón noble y lleno de principios.

Marina sabía perfectamente que su compañero estaba enamorado de ella, pero lo que él desconocía era cómo había acabado la anterior relación de ella con su pareja. Era un milagro que ese cabrón no la hubiera denunciado, pero, tampoco le habría importado demasiado puesto que habría tenido que explicarle al juez por qué la había amenazado. Pero, sobre todo, y no menos importante, ¿cómo narices iba él a justificar las marcas de cuchillo en el hombro de ella? Sí, pensándolo mejor, no le habría importado tener que ir a juicio para dar por culo a por ese bastardo manipulador.

- …no podemos responder a más preguntas, muchas gracias por haber venido – le contestaba Roberto a un periodista que había resultado bastante cargante. El inspector tenía tablas ante los medios de comunicación y se desenvolvía con una soltura inaudita ante las preguntas capciosas; y, cuando alguien

formulaba una cuestión incómoda, él parecía tener tres respuestas válidas preparadas de antemano.

Se vio a sí misma en la pantalla del televisor percibiendo que, a través de la cámara se la notaba tensa, cansada y preocupada y eso los taimados y experimentados periodistas lo sabían a la perfección. Lo olían: todas las cuestiones más delicadas acerca del Caso Anjana iban dirigidas a ella pero a todas y cada una de esas incómodas preguntas, Roberto Mateo se las arreglaba para mandarlas al fondo de la grada de una patada. Era un escudo humano que se interponía entre la prensa y ella.
Pensar en ello, lejos atenuar su sentimiento de culpa (y algo que se asemejaba bastante a la tristeza), lo empeoró aún más.

Se duchó, se puso una camisa blanca de botones y se ajustó unos vaqueros ceñidos. Preguntó a Alexa qué previsión meteorológica había para ese día y, al final, rehusó ponerse la americana de lino puesto que, por la noche, aunque estaban invitados a la Gala organizada por la Fundación Botín, le daría tiempo a pasar antes por su habitación y vestirse para la ocasión. *"En qué momento más inoportuno llega esta jodida fiesta. Desde arriba quieren que acudamos los oficiales para dar una falsa imagen de normalidad en medio de todo el desaguisado que ha montado esa puta psicópata. Si pudiera poner una excusa creíble, ¡vaya si la pondría!"*.

Su compañero aún no la había llamado por teléfono para pasar a recogerla y mirando otra vez la hora se dio cuenta de que pasaban ya quince minutos de las ocho de la mañana, así que marcó su número. Comunicaba.
Cogió las llaves de su vehículo y, mientras bajaba por las escaleras, tuvo un mal presentimiento. Esa sensación se acrecentó nada más subirse al coche. El asiento del copiloto tenía manchas de humedad y aún olía a Rafael por lo que irremediablemente su cabeza evocó lo que sucedió esa noche en la Magdalena…" quizás Roberto ya lo sepa y por eso no me haya cogido el teléfono" se dijo preocupada.

- Es imposible que se lo haya dicho a Roberto, ¿acaso eres imbécil, Marina? Rafael tiene pareja y no puede ser tan gilipollas como para haberlo pregonado por ahí a los cuatro vientos. Además, joder, si no han pasado más que unas pocas horas…es imposible – pero sabía que, por alguna razón, no lo era en absoluto. Roberto no la había pasado a buscar por primera vez en todos esos meses y el "tonteo" con el capitán en la reunión no era más que eso: una chorrada de niñata que no demostraba nada

más que el ser una persona profundamente inmadura. No creía que ese "detalle" tan tonto hubiera ofendido tanto al inspector como para darle plantón y no responder a sus llamadas.

La segunda sorpresa de la mañana no tardó en llegar y fue nada más cruzar la puerta de entrada a los despachos de su planta. Ahí estaba sentada como una estatua Ángeles, la auxiliar administrativa que llevaba el control de los fichajes, días de permiso y del presupuesto de dietas:

- El inspector Mateo se ha ido hace una hora, inspectora Bolaños. Creo que ha dicho a…déjeme mirar… - la secretaria abrió otra pestana del navegador y metió sus claves de acceso personal. *"Qué habrá estado haciendo hasta ahora esta dichosa señora…"* pensó mientras esperaba ansiosa una respuesta -. Sí. Ha solicitado unas dietas por desplazamiento y restauración para ir al municipio de Cabuérniga. El motivo del viaje lo ha dejado en blanco, inspectora Bolaños. ¿Quiere que le llame?

- No, déjelo, ¿ha dicho algo más?

- No que yo sepa, inspectora. Acabo de subir de tomar un café, pero puedo preguntarle a…

- No, gracias. Si llama por teléfono a la Comandancia, dígale que me llame. Mi número lo tiene usted en mi ficha. Lo encontrará más rápido por orden alfabético. Adiós.

El resto de la mañana se lo pasó haciendo tareas de oficina.
Por dos veces Marina había estado tentada de mandarle un mensaje a su compañero pidiéndole explicaciones, pero al final rechazó la idea y se dedicó al papeleo. Si Rafael tenía razón, algo muy gordo se les había pasado por alto en el caso y pensó que quizás habían dedicado demasiado tiempo a realizar trabajo de campo y poco al análisis de pruebas.
En el informe que le había dejado la Anjana había una lista de personas: la mayoría tenía antecedentes penales y casi todos ellos eran varones, de mediana edad y nacidos en un radio de muy pocos kilómetros. "*Parece que son todos de Valencia. Pero lo más curioso es que ha esperado a matarlos cuando han entrado en Cantabria, ¿por qué ha esperado tanto? ¿Por qué aquí?"*.

Uno de los nombres que figuraban en el dossier era el de la penúltima víctima mortal, Miguel Antares: nacido en Onteniente, casado con

Rosa Márquez y sin hijos. Cuando le mató esa bruja, sus dos sobrinos estaban en la casa y las consecuencias fatales ya las había visto ella con sus propios ojos en la habitación de los adultos. La niña estaba hecha pedazos y el pobre crío no corrió mejor suerte. Entonces le vino otra pregunta a la cabeza:

- ¿Por qué fue tan cuidadosa matando a los niños y con los tíos se ensañó de esa manera? – pinchó en el archivo de las fotografías de los asesinatos de la mansión Antares y abrió las instantáneas que el equipo forense le había hecho a la cría: Paula Antares Jiménez -. Puñalada seca en el tórax y traumatismo craneoencefálico por un fuerte golpe en la cabeza. La remató. Esa hija de puta se aseguró de que la pobre cría estuviera bien muerta. No le gustan los testigos...pero fue muy delicada en su "funeral" poniéndola esas flores y colgantes.

El niño, en cambio, en las fotografías que habían tomado antes de que se llevaran el cuerpo para realizarle la autopsia, no presentaba ningún tipo de herida o trauma. *"Parece apaciblemente dormido en vez de muerto. Joder, y también rodeó su cuerpo con docenas de flores y con un regalo: ese triskel".*
Marina, después de aquello, había estado varios días documentándose acerca de la simbología del norte de España hasta que averiguó que ese amuleto representaba ni más ni menos que al sol, a la vida y a la reencarnación. Tenía una fuerte intuición de que dar con el motivo de por qué la asesina había dejado ese objeto en las manos de los sobrinos de los Antares les conduciría a algo importante en la investigación…



… pero cuando había empezado a profundizar más en ello, el caso se había acelerado con lo de la intrusión en su casa, la entrada en la comisaría y sus secuestros. Además, todos sus compañeros y jefes se volcaron en ella y apenas la dejaban en paz creyendo que estaría traumatizada por ese incidente. De todas formas, no se iba a engañar: *"Me acojonó en su momento y siguió haciéndolo durante días. Sobre todo*

al llegar a casa y meterme en la cama. Que una asesina en serie ande suelta y además sepa dónde vivo…habría sido una estupidez no estar asustada. Pero soy una puta detective, joder, y me niego a que esa zurrada me intimide porque no voy a parar hasta dar con ella y meterla entre rejas el resto de su vida".

- Además, si hubiera querido matarme, ya lo habría hecho, ¿no? – apuró el segundo café. Sabía a batido de calcetines- Esa mujer tuvo dos oportunidades de hacerlo…pero en la segunda se comportó de forma muy extraña. Era como si quisiera empatizar conmigo o me forzara a mí a que yo lo hiciera con ella. Sentía la necesidad de compartir su "obra" con alguien. No, definitivamente, de momento no me quiere muerta y a Roberto tampoco porque también lo tuvo a su merced: drogado, maniatado y desorientado. Lo habría tenido muy fácil con los dos y nos ha dejado vivos y quiero saber por qué.

Llamaron por teléfono.
Descolgó el auricular del teléfono de su escritorio esperando que fuera su compañero. Pero no lo era. Al menos no el compañero que ella esperaba.

- Marina, soy yo, Rafael. Yo…quería hablarte de lo de anoche – esperó a que terminara lo que tenía que decirle, aunque sospechaba por dónde iban los tiros -. Estábamos borrachos. Y luego la tensión de este caso es dem…

- Tranquilo. Quedará entre nosotros – hurgó en el interior del bolso y sacó una pastilla de Paracetamol -. Por cierto, ¿por qué cojones me llamas al fijo del trabajo en vez de a mi móvil, Rafael?

- Yo…creo que me he dejado el teléfono en tu coche. Te llamaba porque si lo encontrabas me lo llevaras por favor esta noche a la Gala, ¿vale? – sabía que el terminal que tenía era cifrado, así que si en un plazo de tiempo predefinido, no lo validada, el contenido de éste se borraría. El protocolo de seguridad que les habían impuesto tenía ese tipo de estupideces para evitar filtraciones indeseadas.

- De acuerdo. Dalo por hecho, si lo encuentro, te lo daré esta noche…antes de que cuelgues te quería hacer una pregunta, ¿le has dicho algo a Roberto de lo que pasó esta noche?

- ¿¡Estás loca!? Nunca le contaría nada de…eso a nadie. Y mucho menos a tu compañero. Si se enterara me…

Ella colgó. "Nada de ESO". Lo había llamado así. De la misma forma en que alguien intenta describir cómo es la mierda de un perro y a qué huele.

- Que te jodan, gilipollas – el susurro fue audible desde el otro lado de la sala y la secretaria de la entrada se ajustó las gafas y la miró con gesto de reprobación. Como si ella hubiera sido la empleada del año, vamos. Eso enfadó aún más a la inspectora. Inspiró varias veces y espiró tratando de concentrarse de nuevo en el amuleto.

Buscó por enésima vez por Internet ojeando un montón de páginas y recopilando más datos acerca de ese curioso símbolo. En varias de ellas se decía que, según la cultura celta, los Druidas eran los únicos que podían portar este símbolo sagrado y mágico que para ellos representaba la unión de los tres elementos fundamentales dentro del cosmos celta: la Tierra, el Agua y el Aire. Pero también había múltiples estudios que teorizaban acerca de que esa simbología versaba, ni más ni menos, que de la confluencia del Pasado, del Presente y del Futuro.

Antes de cerrar echó un vistazo general al mapa de Cantabria y desde Google Maps le dio a imprimir. Con un rotulador rojo marcó los lugares cercanos donde habían aparecido por primera vez los triskeles acotando la búsqueda a Cantabria porque esos símbolos eran más frecuentes en muchas zonas de Asturias, Galicia y el norte de León. *"Eso es una suerte: aquí cerca no hay demasiados puntos donde hayan sido encontrados"*.
De las tres zonas más probables, escogió la más cercana a los lugares donde se habían cometido los crímenes y vio que el único posible era el municipio de Bareyo: a cuarenta y dos minutos en coche de Liencres. Carreteras secundarias, lo suficientemente alejado de las vías principales y no demasiado cerca de las zonas calientes.

Eran las diez y cuarto.
"Desde aquí la ruta a Bareyo es de media hora larga y, además, ando sin compañero". Se lo pensó dos segundos más y volvió al mostrador de la secretaria, esta vez con un tono más frío:

- Anote ahí una solicitud de dietas más. Inspectora Marina Bolaños Díaz. Número de placa cero tres dos cinco seis seis. Letra

bé de Bilbao y eme de Mérida. Lugar de destino: Bareyo, Comunidad de Cantabria - y antes de irse, pensándoselo mejor, se giró hacia Ángeles y añadió -. Intente anotarlo antes de entrar otra vez en esa página de recetas que va a mandar a su cuñada. Que tenga un buen día, doña Ángeles.

-5-

Nada más llegar a Terán, el inspector Roberto Mateo dejó el coche en el aparcamiento de una casona turística.

Había bastantes coches aparcados por todas partes dado que estaba comenzando la temporada, así que tuvo que esquivar a un montón de turistas disfrazados con ropa de expertos montañeros y a su respectiva prole de niños ruidosos. Al final desechó la idea de preguntar en el establecimiento y se aventuró a dar una vuelta por los alrededores en busca de algún vecino que le pudiera orientar.

Casi todas las calles eran estrechas y la mayor parte de ellas estaban cubiertas por un manto de hojas y ramas. Daba la sensación de estar caminando por un túnel natural repleto de verdes húmedos y maderas que supuraban resinas aromáticas de infinitos olores.
La temperatura a finales de junio empezaba a ser relativamente alta para ser una zona bastante frondosa e incluso en las partes montañosas parecía que el calor iba a ser agobiante ese día. La sensación térmica con la humedad era casi opresiva y, doscientos metros de caminata fueron suficientes para que a Roberto se le empapara en sudor la camisa. Se quitó la americana y se aflojó el nudo de la corbata. Una repentina brisa que provenía del oeste le alivió durante unos breves instantes antes de volver a sentir que ese pueblo estaba envasado al vacío dentro de una bolsa caliente.

Las casas empedradas con interminables galerías de madera y cristal eran sencillamente espectaculares. Era uno de los pueblos más bonitos que Roberto había visto y observó para sí que muchas veces lo más bello estaba en lo desconocido y no en lo lejano.
Un grupo de cinco turistas pasaron a su lado gritando y haciendo fotos a todo lo que les rodeaba. Uno de ellos habría jurado que había fotografiado el grifo de un caño. *“Bueno, supongo que en los tiempos de Instagram y de Facebook es bastante complicado encontrar algo que sea bello, desconocido y cercano a la vez. Aún así ya se encarga el boca a boca de jodernos a todos la sorpresa”* se dijo amargamente. Era una pena ver cómo lenta pero inexorablemente todo se desnaturalizaba e iba

perdiendo su genuina esencia arraigada a través de los siglos a cambio de un puñado de euros. Pero eso era lo que había, amigo, el dinerito manda...

- ¿Viene usted de la Consejería, señor? – un señor de avanzada edad estaba sentado en un pequeño banco de madera en su jardín. Llevaba puestas unas gafas de sol bastante modernas para su edad y su vestimenta consistía en un pantalón de chándal y una sudadera de los Lakers. A pesar de la sofocante humedad, el anciano no sudaba una gota.

- Buenos días. No vengo de la Consejería, en realidad soy inspector de la Guardia Civil, caballero – el anciano le hizo un gesto para que entrara en su parcela. Roberto tuvo la esperanza de que quizás ese vecino era precisamente lo que buscaba.

- ¿Ha dicho "inspector"? ¿Acaso existen los inspectores en la Benemérita? – parecía intrigado, pero rápidamente cambió de tema reclamando a su mujer unas bebidas frías para su flamante invitado y para él-. Bueno, ¿puedo preguntarle qué hace la Guardia Civil en un pueblo donde nunca pasa nada? Perdóneme, se me ha olvidado presentarme. La edad, ya sabe usted, uno se vuelve descortés y despistado. Me llamo Miguel. Miguel Torres Liaño para servirle, inspector.

- Yo soy Roberto Mateo, encantado, señor Miguel – la mujer, una señora alta, recia con el pelo gris recogido en un moño, y gesto adusto les saludó llevándoles dos cervezas con gaseosa en una vieja bandeja de cobre. El inspector le dio las gracias con cortesía y el anciano masculló entre dientes algo acerca de que sólo había echado gaseosa -. He venido a investigar algo relacionado con la ola de asesinatos que se están cometiendo en Cantabria y que habrá leído en la prensa.

- ¡Vaya por Dios! ¡Ahora sé por qué me sonaba tanto su cara! – se quitó las gafas y a Roberto le dio la sensación de que no era tan viejo como parecía. La expresión de sus ojos era viva, muy curiosa e inquieta -. María, tenemos aquí a alguien que sale en la televisión. Quién me habría dicho a mí esta mañana que iba a estar tomando una cerveza con un famoso, ¡válgame Dios! Me acuerdo de su cara y de cómo se quitó de encima a esa panda de buitres de los periodistas en el "ruedo" de prensa. Esas preguntas no se hacen, no señor. Y menos con esas familias aún velando a sus muertos. En estos tiempos se ha perdido por completo el

sentido de la decencia, ¿no está de acuerdo, inspector Roberto?

- Se han perdido muchas cosas, tiene usted razón – entonces e acordó de la noche pasada donde la mujer de la que se estaba empezando a enamorar se estaba follando a otro delante de él en la playa de la Magdalena -. Pero bueno, no le entretendré mucho: sólo he venido a investigar esta zona para ver si a lo largo de estas semanas ha pasado por aquí algo fuera de lo común.

- Bueno, ya le he dicho que aquí nunca pasa nada. De vez en cuando se nos pierde algún modorro de ciudad por el valle o se monta alguna pelea de borrachos cuando cierran el bar. Hay dos familias aquí que llevan enemistadas varias generaciones…pero bueno, nada que no pase en otros pueblos, creo yo – dijo encogiéndose de hombros. El hombre parecía estar un poco frustrado consigo mismo por no haberle sido de ayuda al Guardia Civil.

El inspector apuró la cerveza y les dio las gracias. Estaba abriendo la cancilla de la parcela cuando escuchó de lejos a la mujer del anciano preguntarle algo acerca de las "luces en el monte". Eso hizo que Roberto se girara bruscamente sobre sus talones:

- Discúlpeme, señora… ¿ha dicho algo de unas "luces en el monte"?

- Sí, por eso mi esposo Miguel le preguntó antes si venía de la Consejería. Nos estamos oliendo la tostada, ¿sabe? Sospechamos que el alcalde está vendiendo a nuestras espaldas parte del valle a una empresa china para construir más porquerías de esas que llaman "urbanizaciones" – se sacó un puñado de papeles arrugados del mandil. Estaba impecable y planchado, y eso le llamó la atención: él en su casa tenía todos los mandiles llenos de lamparones y restos de grasa -. Mire. Estas son algunas de las cartas que hemos mandado a la Consejería de Santander y ningún funcionario de allí ha tenido la decencia de responder a una sola petición. Queremos explicaciones.

- Entiendo, señora…perdóneme si le parezco descortés, pero ¿qué tiene que ver eso con lo que ha dicho acerca de unas luces en el valle?

- Sospechamos que el alcalde y ese concejal han contratado a unos forasteros para investigar el terrenuco del valle. Son esos

que miden la calidad de la tierra o lo que sea que les interese investigar para construir algo sobre ella, aunque bien lo sabrá usted que tiene estudios y seguro que ese tipo de cosas las conoce al dedillo – le miró a su marido y añadió – La zona que le decimos está cerca del Pozo Colorao, en la era que está al lado del río. Puede llegar yendo a pie por el camino al merendero que está al lado de la Escuela. Hablando de merendero, tome ésto, el paseo le llevará un buen rato y ya es la hora de comer. Siendo usted un hombretón hecho y derecho, tendrá que alimentarse bien. Siempre se me va la mano con las cantidades y nos iba a sobrar comida, así que usted le dará mejor cuenta que esos perros holgazanes de los vecinos.

La buena señora le dio un par de tuppers llenos hasta los topes de carne guisada con patatas, puré de verdura y una lata de cerveza. Iba a declinar su oferta, pero sinceramente tenía mucha hambre y, además ella tenía razón: le iba a llevar tiempo inspeccionar esa zona en busca de algún asentamiento o campamento para ver qué era lo que esa buena señora decía.
Si es que se trataba de eso, claro, porque desde que llegó a Terán no dejaba de tener una potente sensación de que se estaba acercando a la Anjana. Una de sus cualidades como buen policía era la intuición, y ésta estaba sonando en su cabeza en esos momentos como la sirena de un camión de bomberos. Si tenía alguna posibilidad de encontrar una bruja en Cantabria, era en alguna aldea como esa porque no en vano, a ese valle se le podía considerar la cuna de las Anjanas, ¿verdad?

Miguel Torres y su mujer María vieron alejarse al agente por una de las estrechas callejuelas que llevaban a la parte este del pueblo. Al otro lado del seto, los dos ancianos se quedaron unos minutos en silencio mientras el canario que tenía la señora María en la cocina entonaba una de sus melodías, sólo rota por el silbido de la olla a presión que reposaba en uno de los fogones. Cuando le perdieron de vista, el primero en hablar fue el viejo:

- ¿Saben los demás que tenemos aquí a un policía husmeando? – se frotó la frente de forma inconsciente. Ahora sí que había roto a sudar y pensó en quitarse la sudadera deportiva de algodón. Desde que ese hombre había llegado, era como que la temperatura hubiera subido al menos cinco grados.

- Por supuesto que lo saben. Mientras le tenías entretenido, me

ha llamado por teléfono la Dama y nos ha dado instrucciones muy precisas – se le quedó mirando con curiosidad -. Si no te conociera desde hace más de cincuenta años diría que estás nervioso, Miguel, ¿acaso no confías en la Dama Blanca?

- ¡Por supuesto que confío, mierda, María! Es sólo que no me gusta tener merodeando a la policía por nuestro valle. Siempre me han puesto nerviosos ese tipo de hombres que se creen justos y en posesión de la verdad y de todas las leyes. Incluidas las que no son capaces de comprender.

- Incluidas esas leyes, sí. Pero bueno… - se asomó a la ventana de la cocina un instante. Y sacó una bolsa -. Venga, es la hora de comer, Miguel. La Dama sabe perfectamente lo que se hace, tú y yo sólo somos dos guardeses. He hecho tarta de manzana, tu favorita.

Miguel entró.
Sólo pensaba en cambiarse de ropa y poder sentir el frescor del interior de la casa. Además, su mujer tenía toda la razón, como siempre solía tenerla ¿por qué iba a estar preocup…?
Sintió una punzada en la base del cuello seguido de un fuerte calambre en las piernas. ¿Qué clase de insecto podía provocar tanto dolor? Se preguntó antes de mirar el suelo de baldosa blanca del pasillo y verlo salpicado con su propia sangre. Incongruentemente pensó en lo difícil que iba a ser limpiar esas manchas y el dinero que les costaría hacerlo…

…y al intentar pedir ayuda a su mujer, vio algo en sus ojos: el iris marrón se había muerto y ahora tenía un tono blanco semiglacial. La mirada de la mujer con la que llevaba casado más de sesenta años se había tornado distante. María parecía estar viendo la puta "Ruleta de la Fortuna" en vez de a su marido desangrándose como un cerdo en su propia casa. Un chorro de sangre salpicó la cara de su mujer, pero a ella no pareció importarle.
Se acercó a su oído susurrándole las últimas palabras que oiría en vida:

- Lo estabas haciendo tan bieeen, Miguelín, ¿por qué me has obligado a esto? Una pena, hombre, una GRAN pena– el sonido de su voz carecía de cualquier atisbo de humanidad o de inflexión. Parecía un autómata que careciera de sentimientos o de algo que se asemejara ínfimamente a la piedad -. Has sido débil y ella no quiere a los débiles de su equipo. Nuestros bisabuelos lo

sabían, nuestros abuelos lo sabían, nuestros padres lo sabían… pero tú te olvidaste, Miguel. Si te hubieran llevado a la comisaría de Santander te habrías cagado en los pantalones y la habrías delatado sin dudarlo.

Cuando su marido murió, la anciana le dejó tirado en el pasillo rodeado de paños de cocina y toallas. Había que impedir que al menos la sangre siguiera corriendo por más partes de la casa. Cerró la puerta con llave por si se acercaba por allí algún vecino, y se sentó en la mesa de la cocina a comer.

Como le había dicho al inspector, lo que ella tenía que hacer en la sobremesa, también le llevaría un buen rato. Estaba sola y aunque los cuchillos estaban todos afilados, la artrosis la estaba matando y tendría que ir cortando despacio. Odiaba sajar los huesos, pero gracias a las enseñanzas de su madre, era conocedora de los mejores trucos para conseguirlo sin necesitar tanta fuerza.

Dejó un trozo de tarta de manzana, lo pinchó con un tenedor y o introdujo hasta el fondo de la garganta de su difunto marido. Un trato era un trato, y si no cumplías con los más pequeños, ¿cómo ibas a comprometerte con los más grandes? Se limpió en la sudadera de él (sabía que no le gustaba ponérsela) y le arrastró con la ayuda de una de las alfombras del recibidor hasta el fondo de la casa donde tenían el cobertizo de las herramientas y aperos de labranza.

Iba a llevarle varias horas hacer esa tarea, pero era su deber y punto. Algo que el desdichado que tenía en el suelo no había tenido claro: por eso él estaba muerto y ella se había comido casi toda la tarta de manzana. Sonrió y, mientras aplicaba a sus cuchillos y machetes de cocina las enseñanzas que habían pasado en su familia de madres a hijas, canturreó una vieja canción:

“DESDE QUE TE VI, OJÁNCANO, OJÁNCANO,
DIJE PARA MÍ, MALO, MALO, MALO, MALO…
DESDE QUE TE VI ENCENDIENDO UNA HUMERA,
DIJE PARA MÍ, JUERA, JUERA, JUERA, JUERA…”

Cuando Rafael colgó, se sintió mal.
La manera en que le había pedido a Marina que conservara su secreto había sonado demasiado brusca y por el tono que ella había puesto, a todas luces había enfadado con él. Y con razón, la verdad: había insinuado veladamente que ella era la culpable de lo que había sucedido anoche.
Pero, joder, él no había buscado eso y…ella parecía demasiado segura de lo que quería hacer con él. Se habían pasado tres pueblos bebiendo copas y en las escasas ocasiones en las que lo había hecho a lo largo de su vida, la había cagado a base de bien.
Una de ellas casi le costó la expulsión del cuerpo y otra (más lejana en el tiempo) casi le cuesta la cárcel por una gamberrada que se les había ido de las manos cuando sus padres vivían en Carabanchel: casi matan a un chaval por culpa de una broma que, estando él y sus amigos borrachos, se les había antojado inofensiva. Al chico (tenía quince años, joder) le costó una pierna y a ellos un montón de ostias de sus padres. Gracias a Dios, la mayoría de las familias tenían un seguro y pudieron pagarle la indemnización a la familia de ese pobre chaval. No les ficharon de milagro gracias a un montón de llamadas a contactos y a la comprensión de la familia del afectado.

Después de aquello, su padre, que era Policía Local, le obligó a ir todos los sábados a hacer servicios sociales a la comunidad, lo que era un eufemismo de recoger mierda y borrar las pintadas que empezaban a estar de moda por Madrid en aquellos tiempos. Aprendió. Vaya si aprendió. Desde entonces se prometió a sí mismo procurar no volver a perder el control de sus acciones jamás, regla que incumplió tres veces desde el día del incidente en el barrio. No fueron muchas…pero cuando Rafael Salgado hacía algo, lo solía hacer a lo grande: tan capaz era de ser uno de los oficiales españoles más jóvenes en trabajar para la OTAN como de ser el violento hijo de puta que casi mata de una paliza a tres chulos en una pela de bar. Tan capaz era de haberle pedido matrimonio a Marta en una escapada improvisada a París como de follarse a una compañera en una playa a cientos de metros de gente paseando.

Se maldijo por enésima vez mientras bebía el enésimo zumo de pomelo y buscaba una caja XXL de aspirinas. Todos los envases que llevaba en la maleta estaban vacíos y supuso que eso era uno de los múltiples daños colaterales de sus viajes al norte de Europa. Otro de ellos era tener que pasarse noches enteras en la fría soledad de un hotel de Budapest devorado por los celos sintiendo cómo la locura le

invadía poco a poco porque acudir a las convenciones al norte de Europa suponía una auténtica tortura para él. Sólo tenía dos alternativas y ninguna era buena para él: o bajaba con sus compañeros a tomarse unas copas o se quedaba en el hotel. La primera opción sabía que siempre acababa en la sucia cama de un burdel acostado al lado de una puta que ni siquiera podía entender por hablar en otro idioma. Y la segunda finalizaba en su propia cama bañado en un sudor rancio y frío y teniendo el recuerdo vívido de sus pesadillas. En todos esos malos sueños estaba Marta. En la mayoría le engañaba con otro. Y en casi todas ella le dejaba por su culpa.

- Tengo tres Carreras Universitarias: Psicología, Psicología Criminal y Psicología de Ciencias del Comportamiento Aplicado. Dos Másteres en Psiquiatría y un Doctorado en Sociología Conductual… ¿y para qué cojones me sirven? – miró por la ventana del hotel. Había amanecido nublado, pero pronto saldría un sol radiante, así era el clima del Cantábrico – Pues para que ya de cagarla bien, al menos sepa lo jodidamente bien que lo hago. Supongo que soy un profesional en diagnosticar cagadas.

Antes de meterse en la ducha, llamó a Marta y a la tercera señal comenzó a presentir unos negros nubarrones en su imaginación donde un tipo al que no había visto antes se la estaba…
Cuando ella contestó, la circulación volvió a sus dedos: estaba sujetando el teléfono con tanta presión que las yemas se le estaban quedando moradas.

- Te llamé anoche tres veces, Rafa. Y una hace media hora, ¿dónde coño estabas? Me estaba empezando a asustar, ¿sabes? – en vez de pensar en una buena excusa, se quedó reflexionando en que en cada una de sus inflexiones de su voz sonaba la palabra "mentira" detrás. Era curioso si lo pensaba uno bien porque cuanto más infiel era él, más celoso se ponía con ella… -. ¿Me estás escuchando?

- Sí, Marta, perdóname. Estaba recogiendo el material para dos interrogatorios que tengo que hacer a dos sospechosas y tengo ambos ahora por la mañana – no mentía. Una de ellas era la antigua jardinera de los Antares y otra la ex mujer de Antonio Fuertes, que a su vez había sido su guardaespaldas durante muchos años -. Anoche llegué muy cansado al hotel y dejé el móvil en silencio…y ahora no te he respondido porque me lo he dejado en la oficina, Marta. Cuando estoy agotado se me olvidan las cosas por todas partes.

Gracias a Dios ella no era tan desconfiada y celosa como él, así que dio por válida la respuesta, pero cuando siguió hablando, le dio un vuelco el corazón:

- Acabo de pasar por Aranda de Duero, así que llegaré a la hora de comer. Te llamaré al móvil porque supongo que a esa hora ya habrás pasado por tu despacho – y añadió riéndose -. Me ha dejado mi amiga Lucía dos vestidos para la fiesta de esta noche, ya me dirás cuál te gusta más…y si coincides conmigo, antes de salir, tienes la oportunidad de que te haga un pequeño regalito en la ducha de tu hotel.

Sabía perfectamente cómo eran los regalos de Marta y eso le excitó. Tuvo una sensación extraña y su cabeza volvió a generar imágenes de la playa. *"Joder, vamos a estar muy cerca de La Magdalena cuando salgamos a la terraza a tomar el cocktail y, si además le sumamos que van a ir Marina y su compañero…la situación va a parecerse a la jodida escena de una película de Sandra Bullock y Hugh Grant. Sólo espero que también haya un puto happy-ending".*

Colgó. No sin antes calentar a su novia con un montón de frases salidas de tono y de media docena de promesas de que sería una noche inolvidable. Antes de colgar, le había dado tiempo a ella de sacar el tema de la boda: aún tenían que contárselo a sus padres. *"La pedida podría ser en una casa rural que …".* Ahí Rafael había desconectado de la conversación mientras pensaba en cómo solucionar la cagada número uno: conseguir el móvil que estaba en el coche de la inspectora. No debían de faltarle muchas horas antes de quedar bloqueado para siempre o sin batería.

Al llegar al edificio de la calle Campogiro, no se cruzó ni con la inspectora ni con su compañero y las luces de sus despachos de la tercera planta estaban apagadas, así que siguió subiendo las escaleras para sudar el alcohol y oxigenarse. En la sexta planta las cosas estaban en ebullición: al parecer, había trascendido a la prensa la identidad de una de las limpiadoras de la comisaría, la que estaba ingresada grave en el hospital

Eso sería un tremendo problema porque si la Anjana veía comprometida su identidad, no dudaría en matarlas a las dos. El ruido mediático era justamente lo que tenían que haber evitado en un caso de protección a testigos. Alguien, una vez más (y ya eran demasiadas) estaba filtrando información muy delicada. Tenían que dar con el topo o jamás tendrían ningún tipo de ventaja táctica sobre la bruja asesina.

- Mierda, ¿te has enterado, Salgado? – el sargento Ramos siempre le abordaba así; uno no sabía de dónde salía o por dónde aparecía, pero a la mínima que te descuidabas, siempre le tenías en la chepa pegando algún grito. Tenía manchas de nicotina en el bigote, la nariz llena de venas encarnadas y la corbata permanentemente arrugada. Le sacaba de quicio ese tío y la mayoría de las veces no lo podía disimular.

Él le contestó con desgana con un gruñido y se dirigió al despacho del coronel puesto que tenía que contarle algo acerca del dossier. Llamó a la puerta y una voz de barítono le dio paso.

- Buenos días, capitán Salgado. Precisamente quería hablar con usted. Cierre la puerta y siéntese, por favor.

Eso no le gustó: cuando un superior te pedía que te sentaras no era para que te encontraras cómodo o para invitarte a un café con pastas mientras sonaba en el hilo musical la melodía de "La Casa de la Pradera". Esa invitación tendía a ser el preludio de una bronca. Pero Rafael Salgado no tardó en darse cuenta de que estaba equivocado: no fue una bronca.
Fue algo mucho peor.

Nada más salir del despacho, tardó un buen rato en asimilar las instrucciones que le había dado el coronel porque se había tratado de la cosa más extraña que le había pedido un superior en toda su vida profesional desde que ingresó en el Cuerpo. No sabía qué sentido tenía, pero algo le olía tremendamente mal en la manera en que se lo había transmitido. Aparte de pedirle que cerrara la puerta también le preguntó por el móvil del trabajo (le había dicho que se lo había dejado en su escritorio y rezaba porque apareciera pronto antes de que alguien se enterara de su desaparición). La conversación fue muy rara…y no supo qué es lo que tenía que hacer a partir de ese momento: desobedecer una orden o ser un policía con escrúpulos.
Cuando se cruzó nuevamente en el ascensor con Ramos lo tuvo claro: no quería ser un puto lamebotas inútil como él porque prefería un castigo disciplinario ejemplar a tener nicotina en el bigote, escrúpulos en el bolsillo y mierda en la lengua.
Y todo eso contando con que la orden del coronel Téllez fuera completamente legal, claro, que en el fondo dudaba que sí fuese.

- Sí, acabo de hablar con él – las cortinas del despacho del coronel Téllez estaban cerradas y llamaba desde el teléfono móvil de prepago que le habían dado esos tipos -. No se preocupe, de mis hombres me encargo yo. Ustedes ocúpense de los otros dos, eso ya no es asunto mío. Y colgó.

Excepto al cabrón del agente del CNI no conocía a ninguno de los otros tipos que andaban intentando que el secreto no saliera a la luz. Era un asunto demasiado delicado incluso para un coronel de la Policía como él.

Le quedaba menos de un año para jubilarse y con la mierda de pensión que recibiría no le daba para cubrir los gastos en los que se había metido esos últimos años, pero su hija Palmira merecía una buena educación y su mujer…bueno, su mujer no lo merecía tanto, pero le convenía tenerla contenta en ese Club de cotorras al que se había unido. Anhelaba una jubilación tranquila y solitaria. En la que pudiera comprarse el último SUV de Lexus y salir a pescar con los amigos sin preocuparse de los gastos, de la hipoteca del nuevo chalé y del dinero que les debía a los rusos de la casa de apuestas.
Sólo quería empezar de cero y ganar lo que se había ganado en buena lid…y sólo con el dinero que le habían adelantado esos tipos, tenía para eso y para más.

Dio un paseo por su despacho echando un rápido vistazo a las condecoraciones, a las fotos con todos los ex presidentes del Gobierno que abarrotaban las estanterías de los muebles de caoba y a su foto favorita: en la que se veía a un hombre de mirada dura (y tierna a la vez) que sujetaba de la tripa a su hija para enseñarla a nadar. Ella miraba al frente como si pudiera zafarse de la mano paterna y cruzar la piscina ella sola, y él la observaba con una mezcla de orgullo y de pánico a que esa mocosa aprendiera a hacer las cosas más importantes de su vida sin la supervisión de su superpapá.

Cuando dejó de mirar la foto, se sentó otra vez en su sillón y lloró en silencio porque el precio que había tenido que pagar por el bienestar de su mujer, de su hija y de él mismo iba a ser muy alto. Integridad a cambio de estabilidad. Euros a cambio de honestidad. Mentiras a cambio de medias verdades.
En ese momento, el coronel Téllez no sabía que una semana después, sentado en esa misma silla y delante de esa misma mesa, se volaría la tapa de los sesos antes de que saliera a la luz pública la trama en la

que se había metido.
No lo sabía, pero sin darse cuenta, lo había intuido en el preciso instante en el que acariciaba la foto de la pequeña nadadora y su orgulloso papá entrenador.
En la carta de suicidio sólo había escrito cuatro palabras:

“Todo tiene un precio”.

-8-

Bareyo era una pequeña localidad de aproximadamente dos mil habitantes ubicada muy cerca del punto más al Norte de la costa Cantábrica: el Cabo de Ajo.

Ya había salido el sol y parte de los escarpados acantilados y de las verdes y frondosas praderas saludaban a su manera a los turistas que paseaban por los alrededores. Las zonas más oscuras donde ni siquiera el Sol osaba acercarse a saludar en días así, se convertían en refugios improvisados donde las familias se sentaban a almorzar.
Los despeñaderos parecían haber pactado una trémula tregua con el mar obligando a que las olas acariciaran suavemente las garras de piedra y arena de sus paredes otorgándoles a cambio la serenidad de unas aguas azul lumínico. Todo estaba en un equilibrio casi onírico, pensó Marina.

En ese momento intentaba en vano llamar a Roberto por enésima vez, pero no dejaba de saltar el contestador. Apagado o fuera de cobertura. Y pensó que quizás el inspector no había tenido la misma suerte que ella de disponer de una raya de cobertura en el móvil porque esa zona adonde había ido, según vio en los mapas, estaba en un valle perdido de la mano de Dios.

¿Qué demonios estaba buscando allí? ¿Tenía derecho a hacerse ella esa pregunta? Porque siendo sinceros, si le hubieran preguntado a ella qué hacía en Bareyo, también lo habría tenido difícil para contestar a esa cuestión.
Sabía y no sabía qué estaba buscando allí de la misma manera en que sabía que los nombres del dossier que le había dejado la Anjana no eran casuales y que la relación que existía entre las víctimas de la Anjana era tan invisible como consistente. La maldita bruja se lo estaba poniendo “a huevo” pero aún no podía ver los finos mimbres que ataban a esos hombres como un gran cesto haciéndolos uno solo. Si uno lo pensaba bien, el número de víctimas no podía distraerles de

la idea de que estaban ante un único caso, con una única asesina, con un único motivo…y con un único desenlace.
Esa pirada aún no había acabado su trabajo, pero le iba quedando cada vez menos tiempo para completarlo y a ellos para atraparla.

Cuando llegó a una de las dos principales posadas del pueblo, entró y se identificó como inspectora de la Guardia Civil, aunque eso al dueño no pareció intimidarle y siguió anotando los números de reserva en la pantalla del monitor de su viejo ordenador. Sólo alzaba la vista para echar un vistazo rápido a las fotos que ella le iba mostrando, e invariablemente, meneaba la cabeza en señal de desconocimiento:

- ¿Por qué no le pregunta al señor Jeremías, inspectora? Era el anterior alcalde del pueblo y tiene una biblioteca en su casa con toda la Historia de esta zona. Seguramente sepa dónde encontraron ese colgante de la fotografía …y si me apura, le dirá hasta la talla de los calzoncillos del que lo encontró – hizo una mueca que intentaba ser una sonrisa. Marina supuso que ese tipo con barriga prominente, calvicie incipiente e imberbe, no acostumbraba a sonreír demasiado. Gracias a Dios que no lo hacía, pensó para sí sintiendo lástima por su dentista.

El hombre le indicó dónde podía encontrar al tal Jeremías: a esas horas solía estar dando paseos y haciendo fotografías a las gaviotas por la zona del Faro del Cabo de Ajo.
Tan sólo estaba a unos quince minutos en coche y, cuando Marina llegó se topó casi de bruces con un particular faro de más de cuatro alturas coronado por una veleta metálica. Era de un color blanco inmaculado y daba la impresión de que había sido pintado recientemente. Apoyado contra una de sus paredes curvas un hombre de unos setenta años revisaba el carrete de su vieja cámara de fotos sin soltar el cigarrillo que tenía entre sus huesudos dedos. A pesar de la inclemencia del día, llevaba puesta una americana fina de dos botones, una camisa de algodón a juego y unos pantalones exageradamente anchos. Hacía demasiado viento y su ropa parecía tener vida propia.

- Buenos días, señorita – le saludó cortésmente inclinando la cabeza -. Por aquí hay pocas cosas que buscar a menos que uno sepa qué quiere encontrar exactamente.

- Buenos días, ¿es usted Jeremías?

- El mismo. Usted debe de ser la policía esa de la que me han

hablado – Marina no se acordaba de lo deprisa que circulaban las noticias en los pueblos. No llevaba ni una hora y ya habían anunciado su presencia al exalcalde. -. Si no le parece indiscreta mi pregunta, ¿no se encuentra un poco lejos de donde han matado a esa pobre gente? Aquí en este pueblo, que yo sepa, no ha sucedido nada fuera de lo común. Al menos, no últimamente.

La inspectora se recostó también contra la pared del faro al lado de Jeremías. El viento allí arriba soplaba con más virulencia y entendió por qué ese hombre había escogido esa cara del faro para guarecerse de él. Ella le enseñó varias fotos que apenas despertaron su interés… hasta que llegó a las del triskel y su cara se ensombreció de repente quedándose un rato pensativo antes de hablar.

- Han vuelto a aparecer otra vez esos dichosos amuletos. Hacía muchos años que no veía uno, señorita, discúlpeme – sus ojos se humedecieron un poco, pero Marina no supo decir si eso había sido a causa del viento o de algo que esa fotografía había conseguido desenterrar en la memoria de ese hombre. De repente envejeció muchos años y, después de recomponerse, siguió hablando.

"Cuando era un crío de la edad de esos mocosos que ve allí en bicicleta, en esta zona pasaron cosas. Hace sesenta años no era como ahora, ¿sabe? Lo que pasaba en un pueblo se quedaba en el pueblo: si una chica estaba embarazada, no necesitábamos Internet para saber de quién había quedado preñada. Todos sabíamos las cosas de la misma manera en que los curas nos enseñaban que todas las oraciones acababan en Amén y que en Cuaresma no se comía carne.
En los temas más…digamos "peliagudos", ese círculo de gente se ampliaba: aparte de los vecinos, se enteraba algún curilla, la Guardia Civil y con mucha suerte algún forastero que coincidiera vacacionando por estos lares. Pero ya le digo yo que eso no era lo habitual. Excepto ese maldito año.

En mil novecientos sesenta y dos (me acuerdo perfectamente de ese año), pasaron cosas. Cosas muy malas. Murieron nueve personas en circunstancias aún desconocidas. Hablando con propiedad: los mataron.
Al principio se había pensado en los lobos o en algún tipo de animal que se hubiera colado por las inmediaciones de Bareyo, aunque ya de aquella, esta localidad sobrepasaba los dos mil habitantes y era poco habitual ver lobos por la zona, así que nadie se tragó esa versión de los hechos.
El caso, como podrá imaginarse, se aireó muy poco en aquella época: aún estaba el dictador Franco y como usted podrá supone si ha estudiado algo de Historia, a ese hombre no le gustaba nada de nada el ruido. Y mucho

menos que se propagara el mensaje en toda la prensa de España de que un asesino no sólo no estaba detenido, sino que campaba a sus anchas por Cantabria. Y lo peor de todo: que podía volver a hacerlo impunemente.

Todo pasó por estas fechas (supongo que lo de esta última asesina y lo de aquel año es una simple casualidad, pero me llamó la atención, inspectora).

A principios del verano del sesenta y dos, me habían comprado mi primera bicicleta porque había sacado el curso con buenas notas, de eso me acuerdo. Brillaba mucho y era azul y blanca como la de mi amigo Miguel Ángel.

Éramos cinco mocosos los que encontramos a la chica: se trataba de una adolescente a la que no habíamos visto en la vida por el pueblo.
Estaba tirada detrás de unos matorrales al lado del Convento de San Ildefonso, al este del pueblo. Solíamos ir a bañarnos al río Campiazo, que está cerca de ese edificio en ruinas porque en esa zona se ensancha en una especie de laguna, ¿sabe? Bien, al girar por un camino de tierra, la vimos los cinco.
Recuerdo que yo me desmonté de la bici creyendo que se trataba de la Virgen María y me puse de rodillas: iba vestida con una túnica blanca con unas…quizás cien rosas cosidas por el vestido. Era rubia y algo rellenita como las pinturas de uno de esos cuadros de Rubens y tenía la piel como el nácar. Así que puede imaginarse perfectamente lo que se les pasó por la cabeza a una panda de críos al toparse con semejante postal. Además, entiéndase que en esa época la mayoría habíamos sido monaguillos o estábamos yendo a Catequesis: todo era Religión, inspectora. Rezamos durante una hora antes de alertar a Siro, el único Guardia Civil del pueblo. Era un hombre tan necio que barajó la posibilidad de acusarnos a los cinco, ¿sabe? Sospecho que ese borrachín quería cerrar el caso cuanto antes para seguir dándole al vino sin molestas interrupciones...pero, sobre todo, no quería que fueran más Guardias Civiles a Bareyo que le pusieran en evidencia.

Descartó esa idea tan descabellada cuando detrás de esa muchacha fueron llegando a cuentagotas el resto de las víctimas: y eran todos hombres esta vez. Sólo uno era vecino del pueblo y el resto eran oriundos de las localidades aledañas…".

- Con el "resto" quiere dar a entender que aquello fue una especie de carnicería por lo que le he entendido, señor Jeremías – el hombre miró al mar como si estuviera buscando ahí la respuesta en la profundidad de unas aguas que ya estaban empezando a

agitarse otra vez.

- Desconozco los detalles de su investigación con las víctimas de Liencres, inspectora…pero la gente habla demasiado, supongo que lo sabe usted bien. Por lo que tengo entendido, han visto algo parecido a lo que le estoy contando – sacó una cajetilla de Ducados y le ofreció uno a Marina. Le agradeció el ofrecimiento y lo rechazó: no fumaba desde hacía muchos años -. Estoy al tanto (como el resto del país) del niño desaparecido, el sobrino de ese matrimonio con pasta, los Antares. Como buen político que fui, sé reconocer las expresiones de sorpresa, miedo o esperanza en las caras de las personas: cuando le he contado lo de la chiquilla (que, por cierto, la llamaron durante muchos años "la Virgen de San Ildefonso") ha torcido el gesto. A la sobrina de los Antares también la enterraron con flores, ¿verdad, inspectora?

- No puedo darle ese tipo de detalles del caso porque aún está abierto, señor Jeremías…aunque haré una pequeña excepción si me lleva hasta ese Convento y me da más detalles de lo que vio de niño allí – el exalcalde se rio a carcajadas - ¿Qué he dicho que le haga tanta gracia?

- Nada, me tiene que perdonar. Sólo estaba pensado que usted hubiera tenido madera de política porque sabe negociar: ha lanzado el sedal, yo he picado…y ahora quiere que yo solito me meta en la sartén y me eche aceite – ahora rieron ambos. Cuando se calmaron, él añadió -. Acepto el trato: yo le hago de guía turístico y usted me cuenta lo que le sea posible contarme. Por cierto, no me ha preguntado aún por el triskel.

- Se lo iba a preguntar ahora de camino al Convento, no se preocupe – ella le sonrió maliciosamente guiñando un ojo -. Usted interpreta expresiones, yo uno piezas de puzles siguiendo un orden: ese triskel lo tenía sujeto esa chica entre sus manos, ¿me equivoco?

- Si no tuviera la edad que tengo, diría que me estoy enamorando de usted, señorita – y ambos volvieron a soltar otra sonora carcajada mientras abrían la puerta del coche rumbo al lugar que el exalcalde le había dicho. *"Definitivamente, para haber sido un puñetero político, no me cae nada mal este hombre"* pensó Marina en ese momento.

Eso fue antes de que le conociera mejor, claro.

-9-

A Roberto no le costó nada encontrar el "Pozo Colorao".

No había tenido pérdida: las escuelas del pueblo y el camping le habían servido de referencia para llegar. En sentido inverso a un desprendimiento de tierras y subiendo a continuación un pequeño montículo de grava, ya se podía divisar el paisaje fluvial de las famosas pozas.
Miró la hora pensando en sentarse allí a comer lo que esa buena señora le había metido en los tuppers de plástico. Olía muy bien desde el fondo de la mochila que había llevado consigo y estaba a punto de echar un trago del bote de cerveza, cuando oyó el crujir de unas ramas en la arboleda más cercana en esa orilla del río.

Desde la distancia distinguió una mancha roja y otra verde desplazándose a toda velocidad entre las hojas de los árboles y se tranquilizó pensando en que sólo se trataba de dos cazadores intentando cobrarse una pieza…pero ¿por qué entonces le estaba latiendo el corazón desbocado en el pecho como si estuviera siendo él la presa? La respuesta no tardó en llegar: escuchó un penetrante silbido muy cerca de donde se encontraba seguido de varios golpes secos. Plac, plac, plac.
Le estaban disparando.

- ¡Oigan, ustedes! ¿Qué cojones están haciendo? ¿No ven que hay gente cerca? – el segundo silbido pasó aún más cerca de él y Roberto vio el impacto de una de las balas en la roca que tenía a tan solo dos metros a su izquierda.

Se agachó detrás de una desordenada formación de piedras que se había formado por el desprendimiento y registrando el lateral de la mochila dio gracias a Dios por ser tan previsor: tenia la pistola reglamentaria y en el otro bolsillo de cremallera una caja de balas. No era amigo de portar su arma y menos cuando se trataba de investigaciones rutinarias como esa, pero desde el día que la Anjana le mantuvo retenido en ese sótano, se había vuelto tremendamente desconfiado. Paranoico más bien.
Escuchó otro estruendo lejano seguido del eco. Esta vez el sonido de la detonación provenía de más al norte de su posición. Le estaban intentando cercar, pensó con rapidez. El sonido de una escopeta siendo amartilleada le llegó junto con un crujido cercano de ramas.

Cargó el arma con rapidez y fue bajando, reptando por la ladera opuesta a la que había sonado el último disparo. Ya habría tiempo de hacerse preguntas, pero dos no dejaban de retumbarle en la cabeza: ¿por qué querían matarle? ¿quién les había alertado de que iba a ir al Pozo Colorao?

Se acordó otra vez la imagen de ese mandil inmaculado que llevaba atado a la cintura la señora que le había dado esa comida. *"Nunca he visto un mandil de cocina tan limpio y sin ninguna puñetera mancha, a menos que…"*:

- A menos que la comida ya estuviese preparada antes de que yo llegara – había percibido algo en esa anciana desde el momento que la vio y pesar de su papel de abnegada ama de casa, había algo en su actitud que daba a entender que la que llevaba los pantalones en la casa era ella. Y además…-. Seguramente toda esa comida que me ha dado…no esté envenenada porque, de ser así, no habría sido necesario echarme a esos dos perros de presa encima. Me apuesto el cuello a que ha intentado drogarme para ponérselo fácil a los cazadores.

"Has estado a punto de montarte un picnic ahí arriba, Rober. Si llegan a aparecer unos minutos más tarde, seguramente ahora estarías intentando huir de ellos medio aturdido y te habrían dado caza en un santiamén: ellos conocen perfectamente esa zona. Las explicaciones que darían a la policía serían sencillas y todo el lamentable incidente habría quedado en el homicidio imprudente de dos tipos que salen de caza y disparan a alguien que no debería de haber estado allí tan cerca del coto. Calculo que habrían pasado muy poco tiempo en chirona si no tienen antecedentes".

Un punto verde subía a toda velocidad por la grava del montículo.
No podía ver al otro tipo desde donde se encontraba pero sospechaba que ambos estaban subiendo en paralelo. Su mejor baza era que seguramente esos dos contaban con que su "presa" estaría ya a esas alturas aturdida después de haberse zampado toda esa comida contaminada. E iba a aprovechar esa oportunidad.
Se quitó la americana y la dejó colgada de las ramas de un pequeño arbolillo que había crecido entre la roca. Unos metros más allá, una pequeña meseta estaba totalmente cubierta con arbustos secos y plantas silvestres, así que se arrastró hasta allí y se metió dentro.

No tardó en aparecer el hombre de la camiseta verde. Estaba de frente

al árbol donde había dejado la americana y por sus sigilosos movimientos, parecía que estaba funcionando. *"Desde su posición está viendo la espalda de un hombre recostado. Estará pensando que las drogas me están haciendo efecto, se acercará, me pegará un tiro y entre los dos me llevarán a una zona del bosque donde hagan más creíble la coartada que van a darle a la policía".* Cuando el hombre se puso a tiro, Roberto le disparó en la mano que empuñaba el arma reventándole todos los dedos. El grito de dolor se oyó en todo el bosque y enseguida emergió de la cima del montículo el otro cazador: llevaba puestos unos pantalones de militar y una camisa roja. La barba le llegaba hasta el pecho y tenía unos ojos muy pequeños. Le vio al instante desde allí arriba, así que comenzó a disparar.

Roberto se deslizó rodando montículo abajo mientras el polvo que levantaban los impactos de los cartuchos le cegaban. Cuando pudo ver algo entre esa nube de polvo, se dio cuenta de que sólo iba a tener una oportunidad. Cayó de espaldas en un zarzal y apuntó hacia la cima: en una fracción de segundo fijó el objetivo y apretó el gatillo. El segundo hombre no tuvo tanta suerte como el primero: le alcanzó de lleno entre los ojos y cayó de espaldas como un saco.
Exceptuando los aullidos de dolor del hombre de la camiseta verde, todo estaba en silencio. Se acercó hasta él. Tenía que detenerle, llevarle a un médico e interrogarle.

- Deja de chillar o te juro que te pego otro tiro – lejos de asustarse, de repente, y para sorpresa del inspector, el tipo rubicundo y ancho de espaldas, empezó a reírse. Comenzó con una risilla que se tornó en carcajada. Estaba llorando de la risa y del dolor -. ¿A ti qué coño te pasa?

- No sabes dónde te has metido, tío. No sé quién coño eres ni me importa, pero la Dama Blanca sí que lo sabe. Esta vez está muy enfadada…que sepas que no va a perdonarte la vida ni a ti ni a esa ramera que anda contigo ¡Púdrete en el Infierno, apóstol!

Antes de que el inspector Mateo pudiera inmovilizarle, el cazador con una agilidad casi imposible, apoyó la culata en la cadera y apuntando a su sien, apretó el gatillo con el dedo gordo de la mano buena. En décimas de segundo, la cabeza del hombre desapareció, dejando ver tras de sí el paradisiaco paisaje fluvial del Pozo Colorao.

Tuvo que llamar desde el teléfono del camping porque no había

cobertura en esa zona. Dio parte y en media hora se presentó un coche de los forestales. Los dos agentes del SEPRONA le saludaron inmediatamente cuando se identificó y se ofrecieron a realizar todos los trámites no sin antes hacerle varias preguntas de rigor, tomarle las huellas y comprobar el cargador de su pistola.
Caminaron un rato antes de llegar a la cima del desprendimiento… pero allí no había nada. Ni nadie.

- No se preocupe, inspector. La mayor parte de la gente que no vive por estas zonas de bosque suele tener problemas a la hora de orientarse.

- Gracias, agente, pero estoy seguro de que aquí es donde abatí al segundo hombre. El primero está justamente ahí – al lado de la americana colgada a modo de percha, tampoco había nada más que un montón de comida tirada en el suelo y una lata de cerveza derramada. Un montón de pájaros estaba dando ya buena cuenta de ella. Los dos forestales se miraron con cara inexpresiva. *"Me están tomando por un zumbado, conozco esa expresión"*.

- Escúchenme, eran dos tipos: camisas verde y roja. Uno de ellos rubio y el otro con barba muy larga. Portaban escopetas de cartuchos y …

- Tranquilo, inspector Mateo. Nosotros nos hacemos cargo, ¿de acuerdo? Buscaremos los…cuerpos por la zona y si encontramos algo, se lo haremos saber.

- Yo…

- Inspector, le ruego que nos deje hacer nuestro trabajo – el otro agente, el más joven parecía molesto. Ese inspector pijo que salía en la televisión como si fuera una puñetera estrella mediática, les estaba haciendo perder el tiempo y tenían cosas que hacer.

Al final Roberto se rindió. Sabía perfectamente lo que había pasado allí hacia menos de una hora: él no tenía tanta imaginación como para recrear esa escena: dos hombres, dos escopetas, la comida con droga y…
Pensó en el matrimonio de ancianos. Ellos seguro que tenían la respuesta a toda esa mierda.
Recogió su americana y les aseguró a los agentes que se encontraba bien, que seguramente fue cosa del sol, de no haber comido, que disculpas por haberles hecho perder la tarde y blablablá. Lo que

pretendía era que no le requisaran el arma. No con esa puta bruja suelta por ahí e intentando matarle. A Marina y a él, en realidad.

Llegó por el mismo camino de las escuelas por el que había abandonado el pueblo. La verja estaba cerrada con llave, así que escaló la tapia y se coló al jardín como un vulgar ladrón. Si alguien le pillaba haciendo eso y se añadía al testimonio de los agentes forestales del SEPRONA, iba a meterse en un lío de dimensiones descomunales: allanamiento de morada y disposición de recursos públicos sin motivo justificado. Pero eso le daba igual. Tenía que hablar con Miguel y su querida esposa de delantal blanco y motivos oscuros…

Nada más entrar en la casa supo al instante que algo no marchaba bien allí dentro: instintivamente se puso los guantes y se quitó los zapatos. Si había pasado algo allí, que sus huellas estuvieran por la casa iba a ser un problema aún mayor que el posible cargo de allanamiento.
Y una vez más, su instinto le salvó el pellejo por segunda vez en ese día de locos: vio a la mujer tendida en el suelo de la cocina con la lengua fuera, al lado de un vaso vacío y una nota.

Se acercó, percatándose al instante que se había envenenado: tenía las venas del rostro muy rojas y la lengua de un tono morado. Sus ojos saltones amenazaban con salirse de las cuencas y le miraban fijamente como si le estuvieran acusando de la desgracia que había acontecido en esa casa. Cogió cuidadosamente la nota y la leyó.

Al terminar, salió inmediatamente de la cocina. El auricular del teléfono fijo del pasillo estaba descolgado y sonaba una lejana señal de que estaba comunicando: *"Esa maldita bruja le ha dictado a esta anciana lo que tenía que escribir en la nota. Sabía que iría a esta casa solo y la leería…"*.

Mientras conducía por la carretera comarcal de vuelta a Santander, todavía tenía la piel de gallina. No es que esa Anjana fuera varios pasos por delante: en realidad todos eran meros peones en el tablero de la Dama Blanca y así se encargaba de recordárselo a todos ellos cada vez que intentaban dar con ella. Era frustrante.

Doscientos metros delante de él y en el medio de la carretera, vio un montón de grajos concentrados alrededor de algo que estaba tirado en el asfalto. Al llegar a la altura de donde las aves estaban dándose un improvisado festín, puso las luces de emergencia, bajó del coche y lo vio: era el cráneo reventado del cazador que se había inmolado con su escopeta.
Subió de nuevo al coche y no aflojó el pedal del acelerador hasta que llegó a la autovía.
Asustado, ni siquiera se atrevió a preguntarse cómo narices había llegado esa cabeza hasta allí.

-10-

Rafael pasó por el hotel antes de que llegara Marta.
Después de la conversación que había mantenido con el coronel se sentía tan sucio por dentro que quizás ayudaría en algo lavarse por fuera.
Mirándose en el espejo se lavó la cara con agua muy fría: a un día

rematadamente largo se le iba a sumar una noche (cuanto menos) bastante incómoda, aunque esperaba que las cosas no se salieran de madre en la fiesta y que el alcohol le nublara a alguno de ellos la vista. Ese mal presentimiento con el que se había levantado, no se había ido aún por el desagüe del lavabo. Seguía ahí.

Se pegó una ducha helada y al salir se cambió de traje, se puso otra camisa más informal y una corbata bastante casual. Ésta última era la que le había regalado Marta el día de su cumpleaños y que casi nunca se ponía porque odiaba los estampados: y ese trozo de tela parecía un jodido lienzo de El Prado. Se hubiera sentido un cretino desagradecido reconociéndole a Marta que no le gustaba así que la aceptó y ahí andaba metida desde entonces dentro del cajón de la ropa condenada al exilio. Aún olía a la tienda.

Estaba recogiendo las llaves del coche y comprobando las llamadas del contestador cuando notó un pequeño bulto debajo del edredón y al levantarlo, no dio crédito a lo que estaba viendo: era su teléfono móvil.
"No puede ser, estoy seguro de que lo llevaba conmigo anoche y esta mañana lo he estado buscando por todas partes…además: ¿qué coño hace ahí debajo? Lo lógico es que la persona que limpia las habitaciones (si es que lo encontró dentro del dormitorio) lo hubiera dejado encima de la mesita, ¿no?".

De la curiosidad pasó a la ansiedad. Marcó rápidamente la clave de desbloqueo de seis dígitos del terminal y dio gracias a Dios de que aún no se hubiesen autoencriptado los datos para siempre y de que a la batería todavía le quedara algo menos de la mitad de capacidad (ya lo cargaré en el coche…pero, sigo sin tragarme que…). En ese momento pensó en la única persona que podría haber entrado y salido de la habitación sin ser vista. La única que había demostrado ser capaz de jugar con todos los que estaban investigando las muertes que iba sembrando aquí y allá:

- Ha tenido que ser esa jodida Anjana... - afirmó distraído, echando un rápido vistazo a las llamadas perdidas. Las tres de Marta, una de Marina…y un número que no conocía. Su corazón empezó a latir a mil: su intuición le estaba gritando el nombre de esa persona mientras pulsaba el botón de rellamada.

No contestó nadie.
En lugar de eso, y después de un sonoro clic, comenzó a sonar una música que no había oído en su vida. Treinta segundos de melodía

sonando en bucle…y cuando acabó de oír la tercera repetición, colgó. Se acordó de algo. *"Rafa, ¡tienes que probar esa app! Se llama Shazam. Sólo tienes que instalarla, dejarla que escuche una canción y te dirá el título y el autor"*.
A él toda esa mierda le sonaba a chino porque no le llamaba la atención la tecnología en general ni los smartphones en particular. Aún así, esa conversación deslavazada en el tiempo y lejana como el libro de instrucciones de un artilugio ya obsoleto, le vino del lugar donde la memoria se esconde y te muestra secretos de vital importancia. Así que instaló esa aplicación (probó a escribirla con hache, sin hache y con cé, antes de conseguir encontrarla en la App Store). Pulsando la rellamada dejó la aplicación abierta en segundo plano.

Escasos segundos después se abrió una ventana con el título de la canción y el autor: "Horse Fighting Tonight" del grupo musical Burning Witches. Jamás había oído nada de ese grupo y eso que Rafael era famoso por su melomanía y su descomunal memoria para nombres de grupos, canciones, conciertos, fechas e incluso nombres de LP´s. Nunca había escuchado nada acerca de esa formación y menos de esa melodía.
Leyó el estribillo de la canción en la ventana desplegable de Shazam:

"Mi cara es un espejo con el reflejo bajo tierra,
y un disfraz perfecto por encima.
Bajo la arena del cementerio, yace un corazón hecho de tierra,
pero los humanos, son ciegos a mi amor".

Los acordes de la canción tenían un sonido sumamente inquietante, una extraña mezcla de la música de los Nine Inch Nails y la temporada más gótica de los Depeche Mode. El resultado final tenía algo de sobrecogedor, pero también era un sonido que evocaba una belleza emergente que salía de entre las cuerdas de las guitarras eléctricas, de las tripas de los bajos y de las profundidades de las baquetas de un batería. Todo ello trabajando en equipo era un único instrumento musical: coordinado y acompasado.

Rafael pensó en contárselo todo a Marta (en ese momento estaba maquillándose delante del espejo de la habitación).
El vestido estaba extendido sobre la cama y su ropa interior limpia reposaba sobre una silla. Observándola de perfil, a Rafael le pareció increíble lo bella que era: una nariz recta pero proporcionada, unos

ojos muy azules y unos pómulos que le conferían un aspecto regio pero jovial. Físicamente se notaba que se cuidada mucho y los turgentes pechos que se adivinaban en el camisón así lo atestiguaban. No se dio cuenta de que le estaba hablando hasta que ella le hizo un gesto con la mano:

- ¿En qué planeta estás ahora, Rafa? – rio, haciendo que al fruncir el ceño pareciera una niña a punto de cometer una travesura – No me digas que te he dejado seco, capitán Salgado.

Le guiñó un ojo. *"Estoy en el planeta donde hacen una parada las personas que apuestan su futuro a quince minutos de placentera infidelidad. En la puta galaxia de las almas perdidas donde debajo de abrazos sinceros hay una costra de errores imperdonables. En la constelación donde se echan a perder miles de planetas por creerse estrellas y ser unos jodidos satélites a punto de reventar…"*.

- Estoy en un planeta en el que me dejan observar cómo te maquillas durante horas y me pregunto cómo coño un tipo como yo, merece a alguien como tú, Marta – suspiró girándose sobre los talones y echando un vistazo a lo que había al otro lado de la ventana. En realidad, no veía nada más que vergüenza. Volvía a tener ese familiar sentimiento de caminar sobre un alambre hasta que una cálida mano le acarició los labios.

- ¿Me maquillo durante horas? No me hagas reír, bobo. Veo que vamos bien de tiempo y si me dejas, te llevaré a ese planeta del que me hablas, Rafael. Sé cómo se llega y me sé todos los atajos – le quitó la toalla y sus manos obraron el resto.

Notaba el calor de sus dedos en los muslos, en el pubis y, finalmente, en su sexo. Se puso delante de él bajándose el camisón y apretándose con fuerza contra el cuerpo desnudo de él. El calor que emanaba de su piel hizo que el alambre sobre el que caminaba se fuera ensanchando hasta hacerse un camino transitable. La autopista de esos dos labios que besaba, la línea continua de esa cadera que se fundía contra la de él y el quitamiedos de una lengua que mapeaba cada milímetro de la suya.

La levantó en volandas sentándola sobre la mesa donde segundos antes se estaba maquillando. Un montón de frascos de cristal y plástico cayeron al suelo pero eso no le importó a ninguno de los dos. El sonido entrecortado de sus respiraciones se unía a la aspereza de la voz de Bonnie Tyler y al jadeo de ella al sentir la fría madera contra la

espalda. Sus gritos se amortiguaron con los besos profundos de Rafael y en ese momento, se dio cuenta de que no había nada en el mundo que ansiara más que sentir su cuerpo dentro del suyo.
Le hizo el amor lentamente sobre el improvisado tocador llenando de vaho el cristal a cada exhalación. Las manos de ella no dejaban de acariciarle con una mezcla de ternura y pasión mientras él sujetaba firmemente sus caderas como si estuviera navegando entre las agitadas aguas de un mar revuelto.
Al llegar al orgasmo, Rafael abrió los ojos.
Lo que vio en el espejo no era ni un mar revuelto, ni unas aguas agitadas…y muchos menos, él no era el intrépido capitán del más bello barco que un ser humano hubiera fabricado jamás: en el reflejo vio algo que le sobrecogió y que le hizo reprimir un alarido. Logró evitar chillar porque estaba seguro de que, de haberlo hecho, ese grito no habría terminado jamás.
El vaho hizo que unas letras trazadas con un largo dedo de mujer aparecieran poco a poco en el cristal:

Caballuco del Diablo

No ponía nada más porque tan sólo tres palabras bastaban para helarla la sangre a un hombre. Marta no pareció advertir el cambio en el estado de su novio…y cuando se levantó de la mesa, las letras ya habían desaparecido del cristal. En cambio, quedaron grabadas a fuego en la cabeza del capitán.
...y eso que aún ignoraba que volvería a oírlas de boca de la persona que le propinaría un puñetazo esa misma noche entre las divertidas risas de los asistentes.

-11-

- ¿Románico? – la inspectora sólo atinó a decir eso. Le gustaba la Historia y reconocía que siempre había tenido mucha curiosidad e inquietud por el Arte, pero era conocedora de sus limitaciones, así que se sintió un poco pretenciosa y bastante estúpida.

- Efectivamente, señorita, este convento perteneció en un principio a la Orden de los Carmelitas Descalzos y posteriormente se entregó a la de los Dominicos – caminaron entre los restos de lo que quedaba del claustro. Estaba en bastante mal estado y sólo quedaba en pie una iglesia hecha con sillería y mampostería. -. La mandó construir un capitán de Felipe II en el 1588, un tal Alonso

de Camino. Antes ahí dentro habían erigido una estatua en su nombre. Ya sabe, el ego de un político ya sea capitán de un ejército, alcalde o presidente…es completamente atemporal y eterno.

“Pero no venimos aquí en calidad de turistas, ¿verdad? Sólo la estoy poniendo un poco en antecedentes, inspectora, para que nos situemos. Bien, el asunto que nos concierne no está en esta iglesia recientemente reformada: lo que le quiero enseñar está justamente entre las ruinas del claustro. Sígame”.

Cuando llegaron a la parte trasera del edificio remozado, caminaron entre en un montón de hierba que no había sido cortada en muchos años; había varias rocas diseminadas, aquí y allá, y un montón de restos metálicos que debían de ser de las obras. Al pasar por delante de una gran roca plana que estaba apoyada sobre otra, Jeremías se detuvo. Oyeron unos pasos justamente detrás de ellos y se dieron de bruces con un hombre corpulento que vestía completamente de negro. Llevaba puesto un alzacuellos, así que casi no hicieron falta las presentaciones. Era el Padre Tomás, el cura de la parroquia. Debía de tener algún año más que el exalcalde, pero se movía con una agilidad impresionante entre las rocas y la densa vegetación de esa parte de las ruinas.

- Supongo que vienen a desenterrar viejos fantasmas, ¿me equivoco? – les estrechó la mano y se presentó educadamente -. Lo digo porque hace ya unos años vinieron unos periodistas de un programa de televisión para hacer un reportaje sobre lo que ustedes buscan y yo les pregunté lo mismo que les iba a preguntar en este preciso instante a ustedes.

- ¿Qué nos quiere preguntar, padre? – había algo en ese sacerdote que no le terminaba de encajar a Marina. No parecía en realidad un…

- Que por qué de entre todas las historias épicas, gloriosas y bellas, eligen ustedes las más horrendas, truculentas y tristes – sólo la miraba a ella. Como si Jeremías hubiera sido un mero pelele sin voluntad propia utilizado por la inspectora para sus maquiavélicos fines. Marina pensó que, en cierto modo, no distaba mucho de ser eso cierto, pero le ofendió. Ciertos hombres tenían demasiados prejuicios acerca de las mujeres y con el disco rayado de la manipulación femenina cuando ella había vivido en sus carnes precisamente lo contrario.

- Le responderé muy brevemente, padre Tomás: las historias bellas como dice usted, se suelen contar solas sin nadie que las dulcifique, y las feas tienden a enterrarse en jardines descuidados como este que tiene usted aquí. Es lo que tienen las vergüenzas: son incómodas de ver y de compartir. La vergüenza es una hembra muy pudorosa, padre– Jeremías pareció incómodo e inmediatamente sospechó que debía de saber algo del cura que ella desconocía. El sacerdote no pareció inmutarse ante la insolencia de la mujer y, en lugar de eso, la sonrió cordialmente.

- Si aceptan mi humilde hospitalidad, aparte de un café con pastas, les puedo ofrecer el material que les presté a los de ese documental (que, por cierto, se dejaron la mitad por contar). Además, les puedo dar mi palabra sin riesgo de caer en el perjurio que mi café de cafetera es infinitamente mejor que el café de puchero que sirven en el bar de aquí al lado. Que me perdonen los dueños – los tres se rieron, pero aún así, Marina no bajó ni por un momento la guardia. Esos ojos eran los de un avispado tahúr que escondía tres ases en la manga y un puñal bajo la sotana. *"¿Qué esconde este maldito cura y por qué?"*.

La casa del cura consistía en un pequeña cocina-comedor, una salita y una minúscula habitación. El cuarto de baño se encontraba fuera de la casa en una caseta de madera y empedrado. Exceptuando la salita, el resto de las estancias tenían una decoración muy frugal: no había fotografías, ornamentos u otro tipo de objetos que hicieran pensar que uno se encontraba en la casa de un religioso. Marina no vio ni siquiera una simple cruz o alguna talla por ninguna parte.

Ella sabía que a los religiosos les gustaba personalizar sus viviendas con símbolos que identificaran sin ningún género de dudas en qué y por qué creían. Había tratado con muchos de ellos a lo largo de su vida y había visitado docenas de edificios religiosos: desde colegios, iglesias y conventos, hasta casas espirituales y seminarios. El hermano de su expareja era, ni más ni menos, que el obispo más joven del norte de España y ella había asistido a muchas de las inauguraciones a las que les habían invitado. Le pareció que esos recuerdos pertenecían a una vida remota, pero hacía menos de un año, había visitado las obras del nuevo obispado de su "cuñado". En definitiva, Marina estaba demasiado familiarizada con los colegas del padre Tomás como para no percibir esos pequeños detalles que no acababan de encajar en esa vivienda.

- ¿Me podría decir dónde está el cuarto de baño, padre Tomás? – había bebido más de tres litros y medio de zumos y de agua esa mañana para intentar paliar los efectos de la resaca y no había ido al servicio desde que salió de Santander. El sacerdote le señaló el baño desde la ventana de la cocina y se dirigió a la sala para recoger unos papeles y un libro donde, según él, tenía todas las anotaciones y fotografías antiguas de cuando se investigó el asesinato de la "Virgen de San Cayetano".

Marina entró en el baño y antes de cerrar el pestillo se dio cuenta de una cosa que hizo que acabaran de saltar todas las alarmas:

- Ha dicho Virgen de San Cayetano, no de San Ildefonso – tenía que llegar al coche para coger su arma antes de entrar en esa casa. Ese hombre no era un cura. Y…- Y Jeremías no me ha traído aquí por casualidad.

"Y piensa, Marina, piensa en lo más importante: si él es del pueblo, ¿cómo va a ignorar que el tal padre Tomás es un impostor? Si hay gato encerrado, los dos están en el ajo, joder, ¿cómo no me he dado cuenta de eso antes?".

Iba a ser complicado salir de allí sin ser vista teniendo en cuenta que la caseta estaba enfrente de la ventana de la cocina. La ventana de atrás del cobertizo que hacía las veces de baño estaba justamente encima del inodoro y se encontraba a la altura de la cisterna, así que se subió sobre la tapa y trepó. Al sacar medio cuerpo se sintió aterrorizada al notar que se había quedado atascada en la ventana: si era verdad que esos hombres tenían la intención de hacerle daño, se lo estaba poniendo demasiado fácil.

Tirando de la hebilla del cinturón, consiguió sacárselo por fin del pantalón. Tras varios intentos, logró enganchar la hebilla metálica a un clavo que sobresalía de la piedra del muro y tiró de él con ambas manos. Sólo consiguió escurrirse unos pocos milímetros a costa de rasparse el abdomen cuando, de repente, pensó en la pobre chica asesinada entre esos arbustos. Sintió una rabia inusitada que la impelió a salir al otro lado haciéndose varios rasguños en la tripa y en la cadera con las astillas de madera del dintel, pero no le dolieron.

Corriendo agachada abrió la puerta del coche y después levantó el compartimento de la guantera. Primero se limpió los rasguños con unos apósitos que tenía guardados en bolsas y a continuación, sacó su arma, metiéndosela debajo de la camiseta en la parte baja de la espalda. Al final, descartó la idea de huir de allí: sospechaba que

dentro de esa casa estaban las respuestas a muchas de sus preguntas. Y no había hecho ese viaje para perder irse con las manos vacías.

Antes de entrar en la casa, pegó la oreja a la puerta y escuchó unos susurros apenas audibles. Eso confirmó sus sospechas de que esos dos hombres tramaban algo. El tacto del cañón del arma en las lumbares era sorprendentemente reconfortante en situaciones así y antes de girar el pomo de la puerta supo que tendría que usar su arma para salir de allí con vida:

- Pase, inspectora. Le estaba comentando a este caballero que antes de que la Diócesis me destinara a este pueblo, estuve en una pequeña aldea cercana a Castro Urdiales donde los símbolos paganos estaban por todas partes: en pintadas, tallados en las cortezas de los árboles e incluso en la roca… - le acercó una taza de café recién hecho que olía muy bien, pero prefirió no probarlo. Jeremías estaba inclinado sobre la mesa de la cocina ordenando las fotos en una dos filas paralelas -. ¿Qué está haciendo, señor Jeremías?

- Estoy intentando hacer dos cronogramas en dos hilos distintos de tiempo: en uno estoy alineando las fotos de esta parroquia antes del crimen de la "Virgen de San Ildefonso" y en el otro las que hicieron después. Así podemos ver en orden los cambios antes y después del punto de inflexión que supuso el asesinato en esta zona.

- Una idea brillante, ¿y ha encontrado algo que le haya llamado la atención, Jeremías? – a Marina le costó mantener la voz firme, pero se controló -. Me he fijado antes en esa piedra plana que estaba medio escondida entre las malas hierbas del patio y sospecho que me iba a contar algo.

"Esa piedra es ésta de la foto de arriba, ¿la ve? Son fotos antiguas, pero se divisa bastante bien el dibujo que hay grabado en ella. Es un símbolo muy parecido al triskel que me ha enseñado, pero éste como puede apreciar, tiene cuatro brazos y según tengo entendido, en las costumbres celtas, a este ítem se le denomina tetrasquel y se diferencia del anterior por el número de brazos".

- Tiene cuatro, tiene razón – la inspectora no se acercó a la mesa. Mantenía una distancia prudencial con ambos hombres e intentaba estar de espaldas a la puerta para no delatar el bulto del arma -. ¿Qué significa entonces? ¿Hay alguna relación con el

colgante que encontramos en la escena del crimen, Jeremías?

- También se le denomina "Lauburu", inspectora – dijo de repente el padre Tomás. Estaba reclinado contra un pequeño sofá de espaldas a la ventana mientras sostenía cómicamente el plato y la taza de café -. Se le va a enfriar el café, ¿no le apetecía tomarse uno?

- Se lo agradezco, pero ya he ido varias veces al baño y me espera un largo camino de vuelta antes de volver a mi casa, así que he cambiado de idea, pero de verdad que se lo agradezco y le pido disculpas, padre - ¿era contrariedad lo que estaba viendo en su expresión? ¿Contaba con que ella bebiera el café por algo en especial? Jeremías lanzó una mirada fugaz al sacerdote casi imperceptible (a menos que uno estuviera pendiente de esos pequeños detalles, claro).

- No se preocupe. Aún así permítame decirle que usted se lo pierde – y abriendo una caja metálica repleta de galletas de mantequilla sacó dos y las mojó en el café. Al colocar la caja en la mesita, se le cayó al suelo desparramando todo el contenido por la alfombra y los baldosines -. Qué patoso soy a veces, por el amor de Dios. Perdonen, voy a ver si encuentro un recogedor. Por motivos de espacio tengo los instrumentos de limpieza fuera de la casa, así que cada vez que pasa un percance de éstos me toca darme un paseillo.

Al poco salir el hombre de la casa, Marina se sentó en el sofá a cierta distancia de Jeremías y cogiendo varias fotografías, las fue escaneando con el móvil e hizo fotografías del cuaderno de anotaciones del "sacerdote". Jeremías le echó una mirada de reprobación y antes de que pudiera hablar, lo hizo Marina:

- No se preocupe, tanto usted como yo sabemos que ese hombre no es un cura, así que no obviamente estoy cometiendo ningún pecado – sacó el arma y la colocó en la mesa a pocos centímetros de su mano. Echó un vistazo por la ventana y vio que el impostor estaba abriendo la puerta lateral del baño donde estaban los enseres de limpieza -. Y ahora me va a decir qué coño se traen ustedes entre manos y por qué me ha traído a esta casa.

- No sé a qué se refiere, inspectora, yo sól… - le colocó el arma en la boca y quitó el seguro. Ella misma se sorprendió de su reacción, pero sentía tanta rabia interior y tanta frustración, que

se justificó diciéndose a sí misma que no le quedaba otra: todos se la estaban jugando, empezando por su compañero y acabando por esos dos.

- Sólo se lo preguntaré una vez más y no habrá una tercera, Jeremías. Cuando ese actor de poca monta abra la puerta quiero tener varias respuestas, ¿me entiende? – el cañón casi le astilló un diente al exalcalde y se tomó como un "sí" el gemido de miedo -. Primera pregunta: ¿estas fotos y este cuaderno tienen información fiable?

- Sí. Nos las dio ella.

- ¿Y quién cojones es ella? Vamos a dejarnos de generalidades, no hay tiempo.

- La Dama Blanca, inspectora. Dijo que la teníamos que traer hasta aquí y darle ésto. Que usted sabría lo que significa – le temblaban las manos, pero aún así consiguió coger una foto y mostrársela -. Esta fotografía…dijo que usted se acordaría. No me haga daño, nos dijo eso: que se acordaría.

En la fotografía se podía ver una pequeña cabaña oculta entre las ramas de dos árboles robustos. Se había hecho de noche y se apreciaba una tenue luz en una de sus ventanas además de un delgado hilo de humo saliendo de la chimenea. Un sendero embarrado serpenteaba por entre unos arbustos y unas piedras calizas fosforescentes lo flanqueaban. Jamás había visto esa casa pero por algún motivo intuía que había estado antes en ella.

El hombre pareció oler la oportunidad e intentó aprovechar ese momento de despiste para salir huyendo, pero ella le pegó un puñetazo haciendo que cayera al sofá con la nariz sangrando a borbotones. Al otro lado de la ventana vio al falso cura acercándose con una escoba y un recogedor. Al apretar el paso, los faldones de la sotana se levantaban y de esa manera pudo comprobar que también portaba un arma en uno de los calcetines.

- Si se le ocurre gritar antes de que llegue su amigo, le juro por Dios que le reviento los sesos con esta pistola, ¿me ha entendido bien esta vez o tengo que volver a preguntárselo, joder? – Jeremías se hizo entender entre balbuceos y Marina se dio cuenta de que el hombre se había meado encima. No sintió ninguna pena por él: ese hombre había abusado de su confianza. Una cosa le

quedó clara a la detective: fueran lo que fueran esos dos, no eran profesionales. Al menos el exalcalde que tenía sentado enfrente.

Nada más abrir la puerta, Marina le golpeó con la culata del arma en la cabeza y el "padre-como-se-llame" cayó al suelo redondo justo encima de los restos de galletas de mantequilla y el café derramado.

Cuando recuperó la consciencia, estaba atado a una silla al lado de Jeremías y la mujer los miraba fijamente desde el otro lado de la mesa sujetando la fotografía de la piedra plana con el tetrasquel grabado.

- Ahora que estamos más centrados, les quería decir que hay dos fotografías que me han llamado la atención, caballeros. Pero enseguida hablaremos de ello. – alternaba la mirada de uno a otro nombre. La inspectora parecía impaciente y eso al falso cura le inquietó sobremanera porque sabía cosas de esa mujer que ella misma desconocía: se las había contado la mismísima Dama Blanca -. Sé quien los ha contratado y me van a decir por qué.

"En la fotografía de esa cabaña hay algo que me ha resultado familiar y aún no sé por qué porque nunca he estado en esta parte de Cantabria. Hasta hace unos meses vivía bastante lejos de aquí, así que supongo que esa mujer de alguna manera me ha metido esa imagen en la cabeza. No sé... ¿hipnosis? ¿drogas? Me da igual. Lo que quiero que me digan es qué quiere decirme esa zorra. Qué mensaje les ha dado para mí".

- ¡No se le ocurra llamarla así, deslenguada! – tronó el exalcalde haciendo que los nudos de las cuerdas se apretaran más a sus muñecas al intentar levantarse airado. Tenía el rostro congestionado de indignación.

- En otras circunstancias, ¿saben qué haría con ustedes dos? – acercó tanto la cara a los ojos de los dos hombres maniatados que captaron la vibración de sus cuerdas vocales al hablarles -. No me habría ni molestado en llamar a la Guardia Civil de este pueblo: les habría pegado dos tiros y habría quemado esta casa hasta los cimientos. ¿Soy mala persona por pensar eso? Bien, les diré que esa criminal asquerosa ha entrado en mi casa, ¿me oyen? En MI casa.

"Les voy a dejar vivos sólo para que le manden un mensaje alto y claro a esa mujer. Le van ustedes a decir que si quiere tomarse ésto como algo personal, por mí no hay ningún problema porque la voy a joder viva a ella y a todos los que estén con ella. Y no lo haré por esos tíos a los que se ha

cargado de manera cobarde y brutal, no, de esos gilipollas hay muchos por el mundo. Díganle eso. Que ésto no va por ellos".

Agarró por el pelo al padre Pedro (si es que se llamaba así) y le estampó la fotografía de dos niños en la cara. Ella ignoró el grito del otro y siguió hablando:

- En cambio, esto sí me incumbe: ¡este crío era inocente, por el Amor de Dios! – apretó más la fotografía contra la frente del hombre disfrazado de cura. Sacó la otra foto que llevaba en el bolsillo del pantalón, la desdobló e hizo lo mismo con Jeremías -. Y esta niña tampoco hizo nada por lo que mereciera morir. Les dejaré las fotografías encima de la mesa para que se las den a ella y le pregunten por qué los mató.

- Se…seño…inspectora, creo que ya lo sabe – el cura sonreía maliciosamente como si quisiera compartir el final de un chiste malo con ella. Marina le sujetó del pelo y arrastró la silla unos centímetros por el suelo hasta dejarlo enfrente de la ventana. El grito de dolor provocó que Jeremías se pusiera a llorar como un niño.

- Si vuelve a abrir esa puta boca, le juro por Dios que le llevo a rastras hasta ese cuchitril que tiene por baño y le meto la cabeza en el inodoro hasta que se me canse la mano de tirar de la cisterna – apretó y soltó las manos a la vez que respiraba hondo. Necesitaba tranquilidad y esos dos imbéciles le estaban tocando las narices -. Ahora díganme dónde está la cabaña de la fotografía y por qué la he visto antes.

- No nos ha hablado jamás de esa casa, inspectora, se lo juramos, ¿verdad, Jeremías? - el otro hombre asintió entre lágrimas de pánico porque no le gustaba nada la mirada de esa mujer: era la de una persona capaz de hacer lo que fuera con tal de conseguir una respuesta. Aunque ésta fuera falsa.

- Bien, daré esa respuesta por buena y haré un ejercicio de fe con ustedes esta vez. Creo que las instrucciones que les he dado son muy sencillas y precisas. - se metió las fotos de la cabaña en el bolsillo del pantalón -. Ahora me voy a ir de aquí, pero no canten victoria porque les estaré vigilando y me enteraré si no han hecho los deberes, ¿estamos?

Ambos hombres asintieron al unísono.

Ni siquiera se atrevieron a preguntar cómo iban a conseguir soltarse cuando estuvieran solos porque únicamente deseaban que ella se fuera lejos de allí. Muy lejos. Pero…

- Por cierto, he cambiado de idea con el asunto de la cabaña y del tetrasquel – por primera vez se rio espontáneamente desde que había entrado en esa casa. Sacó la pistola intencionadamente y con el cañón señaló a la mesa -. Detrás de las fotografías de esos dos pobres niños tengo mi correo electrónico. Díganle a esa puta bruja que me lo cuente ella porque no necesito a ningún paleto que le haga de intermediario. Sabrá cómo encontrarme y díganle que, si ella quiere que juegue a su juego, me tendrá que contar antes las reglas. Si no tengo noticias de ella pronto, abandono el caso y sospecho que eso no le va a gustar un pelo.

A medio camino, por la carretera CA-141 y antes de llegar a Somo, Marina hizo una parada para repostar combustible. Sacó un cigarrillo y se quedó contemplando la carretera y el paisaje de las playas al otro lado de los prados.

No conseguía explicarse por qué había reaccionado de esa manera en la casa del (falso) cura pero suponía que tenía mucho que ver con la falta de sueño y con la presión de todas las semanas de atrás. También con el lío que había montado con los dos policías, por supuesto.
Miró el reloj y calculó que iba a estar bastante pillada de tiempo si quería pasar por su apartamento y vestirse para la fiesta de esa noche. El cartel de la puerta del bar de la gasolinera anunciaba una gran fiesta en la Noche de San Juan y varias orquestas llenaban con sus nombres el anuncio.
Tenía que pensar en cómo iba gestionar su problema con su compañero porque ninguno de los dos podía permitirse perder la concentración con esa maldita Anjana actuando de fondo. No sólo peligraba el caso: esa bruja les tenía localizados a ambos (quizás a todos los miembros del equipo) y al parecer se lo había tomado ya como algo personal.

- ¿Pero por qué nosotros dos en concreto? Somos varios equipos los que vamos detrás de ella – un monovolumen entró a repostar en uno de los surtidores de la gasolinera y de dentro salieron tres jóvenes llenos de tatuajes y piercings. El conductor se la quedó mirando y la guiñó un ojo. Ella extendió el dedo corazón y le hizo una peineta sin dejar de sonreírle. Desvió ofendido la mirada y se fue a pagar -. ¿Qué coño me pasa últimamente con los tíos?

Al final le había dado tiempo a ducharse, secarse el pelo y a maquillarse. Y también a ser una de las primeras invitadas en llegar a la fiesta. Se sentó sola en la barra mientras el camarero le servía una generosa copa de bourbon con hielo. Estaba echando un vistazo a las fotografías y a las hojas del cuaderno que había escaneado cuando alguien se sentó a su lado: era su compañero Roberto y, al parecer, las explicaciones de lo que había sucedido con el capitán iban a tener que esperar:

- Sírvame dos de esos, por favor. Supongo que me las merezco después de que hayan intentado matarme esta tarde – ella se quedó callada esperando a que continuara con el relato. Le conocía y sabía que el inspector Mateo era de los que te contaban las cosas en cómodos plazos, y si tenías suerte y paciencia, te regalaba algún fascículo y las tapas -. Ha sido esa tipa otra vez y me ha confirmado alto y claro que es más astuta y peligrosa de lo que nos imaginábamos, Marina. Tiene a varias personas trabajando para ella…gente que la temen tanto que prefieren morir antes que traicionarla. Son como una...secta de psicópatas, joder.

- Tranquilo, Roberto. Mañana tendremos tiempo y ya hablaremos de eso – le puso una mano encima de la suya y el inspector la retiró al instante. Era demasiado pronto para el perdón y demasiado tarde para las explicaciones, así que ignoró el gesto -. Si te sirve de consuelo, también me he topado con dos tipos que trabajan para ella…así que supongo que por eso estamos aquí como dos gilipollas en la barra soplando copas: olvidamos penas e ignoramos problemas.

Su compañero estaba apurando ya la cuarta copa cuando apareció el tercero en discordia: Rafael, e iba acompañado de su prometida. El capitán había intentado evitar coincidir con ellos, pero Marta decidió en ese momento pedir algo…así que, como no podía ser de otra manera, se acomodaron justamente al lado de los dos inspectores en el mostrador.

- Buenas noches, inspector Mateo, inspectora Bolaños… - al capitán Salgado se le notaba visiblemente incómodo. Su prometida era una mujer muy guapa y el único pero que se le podía poner era su mal gusto con el maquillaje, pensó Marina. Y el vestido parecía comprado en el bazar de un hippie psicodélico con esa explosión de colores bordados e de manera aleatoria en la tela.

Cuando ella se inclinó sobre el mostrador para recoger su consumición, se le cayó algo del interior del bolso justamente en el regazo de la inspectora. Era un sobre marrón:

- Disculpe, se le ha caído esto del bolso – ella le pidió a su prometido que le sujetara la copa mientras se aseguraba de que las cremalleras del bolso estuvieran bien cerradas, y frunció el ceño extrañada.

- Qué raro, ¿está segura de que se me ha caído del bolso? No recuerdo haber metido ningún sobre. Además, el bolso está cerrado - Marina le aseguró que ella misma había visto cómo salía del interior cuando ella se había inclinado para pedir algo.

La curiosidad pudo al fin con sus dudas y separándose un metro de ellos, lo abrió para ver qué contenía. El abanico de emociones de su rostro fue increíble a medida que revisaba su contenido minuciosamente: incredulidad, sorpresa, miedo, contrariedad, otra vez incredulidad…y, por fin, enfado e ira.

- Rafa, acércate un momento – el capitán se acercó a ella y le devolvió la copa que le había dado, ella de un manotazo, la tiró al suelo y el contenido salpicó a dos señoras que tenían justo detrás de ellos. La miraron, e intuyendo en su mirada la tormenta que estaba a punto de desatarse, se alejaron murmurando algo entre ellas – Deja esa puta copa y dime qué coño es ésto. Y más te vale tener una buena explicación.

Sostuvo una cuartilla blanca del tamaño de una tarjeta de cumpleaños y se la puso delante de la cara de su prometido. Roberto, viendo la escena, pensó en un árbitro mostrando la tarjeta roja a un futbolista díscolo, y Marina en cambio se acordó de una inspectora de policía haciendo lo mismo con un tipo maniatado y disfrazado de sacerdote.
El capitán Rafael Salgado se quedó petrificado al ver lo que los otros dos policías no podían observar desde donde estaban sentados. A pesar de la semioscuridad del local y de las luces de colores de discoteca ochentera, se podía intuir claramente que se había quedado tan blanco como el fotograma de una película antigua cuando fallaba el proyector y saltaba un destello de luz.

- ¿Te has tirado a esta zorra con pinta de hombre, Rafa? – le espetó a su prometido, señalando a la inspectora. Esta vez la que se quedó boquiabierta fue Marina. La tensión empezaba a notarse

en el ambiente y casi se masticaba -. ¿En serio, Rafa? ¿Con ésta?

- Yo…no…no es lo que parece. Tiene que estar…

- ¿Trucada la foto? Está hecha con un teléfono móvil a menos de un metro de ti y de ella, se te ve la cara, se ve perfectamente qué estáis haciendo y lo más importante…sé cuándo me estás mintiendo, Rafael. Sé un hombre y dime la verdad – se giró sobre sus talones e intentó hacer lo mismo con la inspectora: plantarle la fotografía en sus narices. Roberto estaba callado, pero al igual que Marta, también estaba impaciente por escuchar las explicaciones de ambos.

Pero pasó algo.
Después de ese maldito día, que esa mosquita muerta la hubiera llamado "¿zorra con pinta de hombre?", activó algo en el interior de Marina similar a lo que había sentido en la casa del cura.
La gente no dejaba de mirar la escena y la inspectora se imaginaba a ese montón de hombres fantaseando con la escena de la playa, recreándose en cada detalle de su escote, manoseándola mentalmente…mientras sus consortes replicaban los insultos de la prometida de Rafael: puta, zorra, rompehogares, guarra…
Así que, sin pensárselo dos veces, agarró del cuello a Marta pegando su boca a su nariz para decirle algo…pero del sobresalto, se le cayó todo el contenido del bolso. Un anillo de compromiso fue rodando en círculos y se detuvo en el zapato de Roberto, que lo recogió. Iba a dárselo al capitán, pero éste del nerviosismo interpretó ese movimiento como un amago de agresión, así que le pegó un puñetazo…

…y el mismo mecanismo que provocó que la inspectora atara hombres y sujetara del cuello a mujeres, se encendió de repente en el cerebro del inspector.
Levantándose del suelo, empezó a soltar varios puñetazos en la cabeza y estómago del capitán hasta que le derribó. Pero eso no le detuvo. Le levantó en volandas sacándole del local hasta llegar a una enorme terraza con una piscina. El capitán reaccionó antes de que recibiera otro gancho en la barbilla y cargando contra Roberto, ambos cayeron en la piscina, donde prosiguió la encarnizada pelea.

Se escuchaba de fondo el sonido de varias sirenas acercándose al Club Marítimo y los gritos de algunos de los asistentes que se habían dejado llevar por la pelea, les jaleaban.
Roberto tenía la ceja izquierda partida por el corte que le había hecho

el anillo que portaba el capitán en uno de sus dedos al golpearle, pero por el rabillo del ojo vio a Marina en la orilla de la piscina: estaba gritándole algo, pero con el ruido de los surtidores de la piscina, las sirenas cada vez más cercanas y clamor de la gente, no fue capaz de saber qué le estaba diciendo…

…hasta que escuchó una melodía a todo volumen por los altavoces del sistema de megafonía del Náutico. Rafael se detuvo de repente sobresaltado. En su rostro lleno de heridas, cortes y moretones, dos ojos asustados destacaron por su genuina expresividad entre la sangre y la carne abierta a puñetazos. Era el rostro del miedo.
Algo en esa canción estridente había transformado al capitán en una víctima de la Medusa, el ser mitológico que convertía en piedra a aquellos que la miraban fijamente a los ojos y por analogía, Roberto pensó en la Anjana:

"Mi cara es un espejo con el reflejo bajo tierra,
y un disfraz perfecto por encima"

- ¿Qué ha dicho, capitán? No entiendo lo que está diciendo… - se acercó a la oreja del capitán Salgado con la esperanza de que le oyera y pudiera repetir sus palabras.

Pero su mente parecía estar volando hacia una galaxia remota donde ninguno de los que estaban alrededor de él existían. Se hallaba solo y desprotegido a merced de una bruja mitológica afilando sus cuchillos. Cuando por fin cambió el estribillo y la canción hizo una pequeña pausa en sus atronadoras guitarras eléctricas y sintetizadores, al fin pudo oír lo que Rafael no dejaba de repetir y, de fondo, lo que estaba gritando Marina desesperada desde el borde de la piscina.

- Caballuco del Diablo – jadeaba él en bucle sin poder parar. Tenía los ojos en blanco como si hubiera entrado en trance.

- ¡Es una trampa de la Anjana, parad ya! Quiere que os peleéis – gritaba desesperada la inspectora a punto de quedarse afónica. Marina ya había adivinado el verdadero motivo de que "casualmente" Marta hubiera descubierto su aventura con ella esa misma noche: esa pelea les iba a salir muy cara a dos de los agentes más importantes en la investigación. Para la Anjana eran dos piezas menos en el siniestro tablero sobre el que todos estaban jugando.

A ambos lados de la inspectora, aparecieron media docena de Policías Nacionales que les sacaron del agua esposándoles antes de llevárselos a comisaría. La mayor parte de la gente se había dispersado pero varios curiosos no dejaban de reír y de apostar dinero. Entre ellos, una mujer camuflada entre la multitud y que jamás habría levantado sospechas, disfrutaba internamente con el espectáculo:

"Miserables hijos de puta. No sabéis que esto no es un juego de apuestas… pero alguno de vosotros, miembros del público, lo sabrá tarde o temprano" pensó la Anjana. Ese grupo de ricachones estaban profanando el Baile de los Caballucos con sus apuestas, risas y escarnio. Era su NOCHE, y esos puercos vestidos con un esmoquin de alquiler la estaban manchando con su sucio dinero.

"A pesar de todo, el espectáculo ha sido magnífico y se ha celebrado justamente a su hora. La idea del sobre ya me había dicho mi amiga por teléfono que funcionaría y los dos Caballucos de este año han estado realmente soberbios" sonrió. Los hombres uniformados estaban demasiado ocupados con los dos compañeros de la piscina como para reparar en la sonrisa de ella.
Pronto se cerraría el Círculo.
Se sacó del bolsillo del vestido un colgante y lo agarró con fuerza mientras rezaba a sus antepasadas: sostener el triskel era un amplificador para comunicarse mejor con sus madres y hermanas.

CAPÍTULO 4
“Los Mengues”

Otoño de 1990 / Julio 2016

“Son unos gusanos malignos que solo pueden cogerse en noche de luna llena bajo los helechos. Se deben de meter en un alfiletero para que le otorguen a su amo todos los poderes extraordinarios. Para no caer en sus malvados encantos se debe llevar una bolsita con “el rézpede de coliebra" así no podrán hacer daño. Ya que poseen dotes hipnóticas. Los Mengues devoran carne y si no comen al día una cantidad determinada de carne, devoran a su dueño”

-1-

Dos prostitutas bastante más mayores que Miriam estaban sentadas a su lado en un banco de madera y otras tres chicas de su edad iban deambulando de un lado para otro junto a los barrotes de la celda.
Otra vez la habían pillado robando en un supermercado y el Juez de Menores ya le había advertido a Miriam que la próxima vez sería bastante más severo con ella.

Alejandro, el capitán que había investigado el asesinato de sus padres había intercedido por ella en el anterior juicio y eso había ayudado a que la dejasen en libertad…hasta esa misma mañana cuando esa vieja tacaña del supermercado había llamado a los locales y se la habían llevado detenida.

- ¿Y tú qué has hecho, mocosa? – la puta del abrigo rosa chicle y el rímel sacado del set de producción de una película de zombis, la miraba con relativo interés. Quizás cobraba comisión por presentar a alguna novata a su chulo, dedujo Miriam. Llevaba demasiado tiempo viviendo en la calle como para conocer todos los entresijos y tejemanejes de los bajos fondos. Ni la contestó.

- La cría parece estudiada, Mary. Fíjate en ese libraco que lleva en la mochila…- guiñó un ojo a su compañera de profesión señalando con el mentón a las pertenencias de la adolescente –. Si se lo vendes al de la casa de empeños del barrio te podría pagar casi mil pesetas: las pastas son duras y además brillan mucho.

- ¡Dejadme en paz zorras! Como os acerquéis a mí o a mi libro, no va a haber maquillaje que arregle lo que os haga en la cara– se sentó lejos de ellas y se puso a leer uno de los capítulos del libro del que hablaban. Esas dos rameras le recordaban a uno de los

personajes de la mitología, pero no conseguía dar con cuál.

Una de las cosas que había logrado llevarse del Orfanato era ese libro. La otra, el secreto de la autoría de la muerte de todos esos pequeños animales que habían ido apareciendo por los alrededores del terreno que pertenecía a las monjas…y, bueno, también del accidente de Claudia (aunque éste último no podía considerarse como secreto porque fue el motivo de su expulsión del centro). Esa niña era débil y, además, una asquerosa chivata. Había visto a Miriam torturando a un perro en el patio de atrás y había salido corriendo a contárselo a Sor Matilde.
Mientras ojeaba su "Mitos y Leyendas de Cantabria", oyó abrirse la puerta de la celda y un hombre trajeado llamándola por su nombre, le pidió que la acompañara. No hizo falta elucubrar mucho para adivinar que se trataba de un abogado de oficio si uno se fijaba en sus viejos zapatos y ese olor a colonia barata de droguería de pueblo. El abogado era un hombre joven pero tenía ya las arrugas propias del peso de la responsabilidad y de un sueldo bajo no acorde con aquella. *"Al menos es más guapo y educado que el último baboso que me defendió: no dejaba de mirarme las tetas y el culo en las reuniones. Unos días más y seguramente me habría pedido algún…adelanto. Tengo calados a los hombres y son todos exactamente iguales y predecibles".*

Pero ni Ricardo Granja (que así se llamaba el apuesto abogado de ojos claros y arrugas incipientes) ni el capitán Alejandro López eran iguales a los demás hombres con los que Miriam se había topado a lo largo de su aún corta vida: esos dos se dejaban llevar por sus ideales y, lo más importante, se preocupaban más por averiguar lo que Miriam tenía dentro que lo que exhibía por fuera.

- Miriam, soy tu abogado y te seré sincero: no te quiero de clienta porque nunca represento a reincidentes. La experiencia me ha demostrado que no son personas de fiar las que faltan a su palabra. Y tu palabra después del primer juicio ha dejado de tener valor para mí – no se había molestado ni en mirarla desde que habían salido de la planta donde estaban ubicadas las celdas. Estaba visiblemente muy molesto con el encargo que le había caído.

- El abogado supongo que tendrá un nombre, ¿no? – se detuvo y le miró de arriba abajo con desprecio -. Parece que no soy la única que vive en la calle. Eso, o aún no has descubierto una cosa llamada plancha, joder. Yo tampoco te quiero como abogado: tienes pinta de que te vaya a comer el fiscal con patatas, chaval.

A pesar de grosería, Ricardo le dijo su nombre y entraron en una improvisada sala de reuniones entre abogados de medio pelo y delincuentes de tres al cuarto. Dentro, un rostro familiar la miraba con cara de frustración y enfado desde el otro lado de la mesa. Era el capitán Alejandro.
La única persona de su vida que pasara lo que pasase, siempre estaba ahí.

- Todo lo que tenía que decirte, ya te lo he dicho, Miriam – le pidió al abogado que tomara asiento y llenó tres vasos de agua de la jarra que les habían dejado -. Ya veo que no has seguido ninguno de los consejos que te di. Te ofrecí un trabajo humilde pero honrado, comida y alojamiento en mi casa y tan sólo te pedí una cosa a cambio, joder, ¡una sólo! Que no quería volver a verte robando, que si necesitabas comida o ropa, tan sólo tenías que haberme llamado, ¡mierda, Miriam!, ¿se puede saber en qué coño pensabas?

El abogado iba a decir algo, pero el capitán levantó la mano para indicarle que aún no había terminado de hablar. Alejandro parecía haber envejecido siglos desde la ultima vez que se vieron, pero sus ojos seguían teniendo ese aspecto intimidante que había conocido desde que era aún una niña. En aquella habitación de hospital, Miriam supo que ese hombre era la única persona que tendría de su lado en un mundo tremendamente hostil con los débiles y cruel con los niños como ella. La otra amiga que tenía (Simone), bueno, ella iba…a su bola. En realidad, era una amiga simbiótica, no desinteresada: una cuidaba de la otra y la otra de la una.

- Éste será el último favor que te haga hasta que no me demuestres que vales la pena, Miriam, estoy ya harto de aguantar tantas decepciones contigo. Este abogado que ves y del que seguramente te has burlado por el camino, es un chico brillante. Es el mejor en su trabajo y me da igual que no me creas. Ricardo te conseguirá un buen acuerdo sólo si eres absolutamente sincera con él…pero como te guardes algo, ya te digo yo lo que será de ti – le lanzó un recorte de periódico y llegó a su lado de la mesa - ¿Ves el titular que he subrayado con rotulador? Eran tres niñas como tú, pero con menos oportunidades que tú y, ¿sabes cómo acabaron? Violadas con crueldad en un descampado y tiradas como bolsas de basura entre los árboles. Una de ellas tenía tu edad y las otras dos eran más jóvenes.

“No quiero que acabes como ellas, niña. Yo te puedo ofrecer varios caminos que llevan a distintos destinos, pero la decisión de escoger uno u otro, sólo la puedes tomar tú. Lo del trabajo de reponedora sé que no es para ti, pero te puede ayudar a ir ahorrando dinero y acabar tus estudios porque eres una chica brillante. Miri, aunque esa amiga tuya diga lo contrario y te minusvalore, métete esta puñetera cosa en la cabeza de una vez: si la cagas en tu vida, la cagarás tú, no Simone, ¿y sabes por qué? Porque NO existe, y al igual que tú la creaste, solamente tú puedes acabar con ella. Debes terminar con esto si quieres ser algo en la vida, Miriam”.

Miriam lloró conmovida por las palabras de su amigo y mentor.
Desde ese día decidió que quería ser como él. Así que cuando el juez la impuso la condena de trabajar en labores sociales durante un año, se implicó tanto, que el tutor que la supervisaba emitió un informe donde se decía que había cumplido con la condena de manera encomiable. El capitán la apoyó económicamente al principio y ella fue, poco a poco acabando sus estudios de Bachillerato con unas notas excelentes.
Con el trabajo de reponedora y la ayuda del policía, fue ahorrando suficiente dinero como para pagarse una academia, los libros y las tasas de la Oposición. Aprobó en poco tiempo gracias a la portentosa capacidad física y de retención memorística que exhibió en todas y cada una de las pruebas de acceso.
Pero hasta que llegó ese momento, siguieron pasando algunas cosas importantes en la vida de Miriam Verdaguer que marcarían su futuro. Una de esas cosas fue su primera relación.

Se llamaba David y desapareció.

-2-

- Hábleme de ese tal David, señorita Verdaguer ¿estuvieron saliendo mucho tiempo? – el doctor Méndez parecía realmente interesado en esa pregunta. Después de todo lo que sabía de ella, no era extraño por dónde iban los tiros, así que le ofreció un cigarrillo y echó dos caladas rápidas. Miriam sentía no tener a mano algo más fuerte…un poco de hachís no le hubiera venido mal.

- Le conocí en la Academia. Era…era un chico bueno, aunque demasiado introvertido. Más cerrado que yo, así que imagínese. Pero eso sólo fue al principio de conocernos, el chico del que enamoré – sonrió. Sus recuerdos de aquellos años se mantenían

intactos en las profundidades de su memoria e incluso podría haber descrito los olores y los sabores de esa época si ese comecocos se lo hubiera pedido -. Ambos teníamos dieciocho años recién cumplidos y ya sabe que a esa edad se tienen más pájaros en la cabeza que proyectos realistas en el cerebro.

"De todos los planes que tuvimos, el único que llegó a buen puerto fue el de irnos a vivir juntos: con lo que le daban sus padres y mi sueldo de reponedora, pudimos alquilar un piso pequeño en Alicante. No era muy grande, pero tenía una terraza preciosa y una habitación con bastante espacio. Supongo que para dos chavales de esa edad era lo más parecido a un palacete (y más para una chica que vivió varios meses en la calle entre cartones y mantas).

Durante los primeros meses todo iba muy bien. Demasiado bien: David llegaba a casa muy contento de sus prácticas y yo le contaba anécdotas divertidas de mi trabajo. En esa época nos reíamos mucho y no dejábamos de hacer el amor (sí, eso es lo que hacíamos: no follábamos, nos hacíamos el amor como dos enamorados sacados de un cuento de príncipes y princesas). Hicimos nuestro cada rinconcito de esa casa, ¿sabe?
¡Hasta compramos un reproductor de vídeo VHS! Lo pagamos a plazos y con las propinas que él cobraba pagábamos las películas de alquiler…".

- Perdone la interrupción, no me había dicho que él también trabajaba aparte de estar estudiando – el doctor Méndez no dejaba de anotar cada sílaba que decía en una libreta de esas que tenían las espirales en la parte de arriba del cuaderno. Encendió una grabadora sin preguntar e hizo un gesto de que prosiguiera con el relato. Miriam había terminado por odiar aún más a ese cabrón: en cada pequeño detalle, él se esforzaba por dejar claro quién mandaba allí… y eso no le gustaba nada. *"Está intentando provocarte, Miri. No juegues a su juego aún"* le susurraba Simone desde el asiento que estaba al lado del psiquiatra.

"¿Está grabando? Bien. Sí, a David le daba vergüenza que su única fuente de ingresos fueran sus padres, así que consiguió trabajo en la cafetería que había debajo de la Academia. No le pagaban gran cosa, pero nos las arreglábamos con mi sueldo y sus propinas. Como le decía todo iba bien hasta…".

- Hasta que apareció esa tal Ana, ¿verdad? Me imagino que cuando se dio cuenta de que su querido novio bueno e introvertido se estaba follando a su profesora, usted no reaccionó muy bien, ¿me equivoco? – se reclinó sobre la mesa de madera

haciendo que rechinaran las juntas. Ese hombre debía de pesar más de cien kilos, pero era todo músculo.

- Usted está intentando provocarme, ¿verdad? Le estoy contando con sinceridad todo…

- Todo no. Aún no me ha contado cómo coño hizo para hacer desaparecer a su novio y que esa mujer se diera un golpe con su coche contra un árbol – apagó el cigarrillo en el cenicero y sacó una fotografía del cajón -. Esta es Ana y como puede ver, aún sigue en silla de ruedas y no recuerda ni su nombre. Es más, no recuerda ni cómo se respira sin la ayuda de esa bombona de oxígeno que lleva pegada a ella desde que tuvo el accidente.

- ¡Yo no hice nada, imbécil! ¿Acaso usted cree que no me preguntó la Policía por la desaparición de mi propio novio? ¿Que me dejaron en paz? Me interrogaron varias veces hasta que vieron que yo no tuve nada que ver en eso porque estaba de viaje la semana que esa…señora se golpeó contra un árbol y David desapareció de la faz de la Tierra – *"Miri, aprieta y suelta, aprieta y suelta…pero calla esa puta boca. Bastantes problemas tienes como para que encima le cuentes a ese bastardo más cosas de las que debes contar. Dile lo mismo que les contaste a ellos"* -. Tuve que ir a casa de una amiga en Elche a llevarle unos apuntes de la Academia y…

- Una amiga que nunca apareció, Miriam. No sé qué tendrías preparado si te llegan a llamar a juicio o si un agente más avezado y diligente te hubiera apretado, pero jamás se te pidió la identidad de esa supuesta "amiga". Además, exceptuando esa amiga imaginaria de Simone, ¿crees que voy a tragarme que una pirada como tú puede trabar amistad con alguien?

- Me da igual lo que piense, comecocos, porque aparte de Simone, tengo a mi amiga del orfanato, y aparte de eso, ¿acaso cree que soy tan tonta como para creer que lo que diga aquí va a cambiar algo las cosas? Ya me han juzgado ahí fuera sin ni siquiera escucharme…

- ¿Sin escuchar dice? Joder, señorita Verdaguer, casi mata a esos policías que la detuvieron y lo que le dijo al juez…bueno, esa es una de las razones por la que le han traído aquí – se levantó de la silla y sacó una carpeta de uno de los estantes -. Respecto a lo de cambiar las cosas, le diré que hay un término jurídico llamado

“atenuante”: si le digo al juez y al fiscal que usted obró debido a una enajenación mental transitoria… ya sabe, usted no ha tenido una vida fácil, me sigue, ¿no?

- ¿Y qué pide a cambio?

- Podemos tutearnos a estas alturas. A ver, no soy un hombre demasiado ambicioso y menos con las chiquillas que no pueden pagarse ni siquiera un buen psicólogo como yo – echó un vistazo furtivo a la puerta y luego a uno de los cajones de su escritorio. A Miriam no le gustó nada esa mirada -. Sólo te pediré dos cosas. La primera es que seas sincera, ¿qué hiciste con tu novio y con la profesora? Quedará entre nosotros y no te comprometerá más de lo que ya estás, te lo prometo. No te voy a engañar, estás bien jodida, pero si eres cortés conmigo, sé ser un tipo muy agradecido.

No hizo falta que le dijera cuál iba a ser la segunda de sus peticiones cuando se colocó detrás de ella y empezó a manosearle los pechos por encima de su camiseta. Notó cómo restregaba la entrepierna del pantalón contra su nuca y notó que el doctor tenía una fuerte erección. Su respiración era agitada y entrecortada y Miriam, que había estado con muchos hombres, sabía lo que tenía que hacer para aprovechar esa oportunidad única: jugar con él para que bajara la guardia y luego contraatacar sin piedad.

- Acabemos con la primera de sus peticiones, Méndez. Le contaré resumidamente todo y si lo desea, podrá cerrar esa puerta con llave y yo le haré una mamada de esas que jamás olvidará. Soy muy buena con eso y con otras cosas, ya sabe a lo que me refiero – le guiñó el ojo y se percató de que su táctica estaba funcionando. Simone la estaba aplaudiendo burlonamente desde el diván y hacía gestos obscenos con la boca y las manos. Intentó controlar la risa - ¿Quiere escuchar el resumen? Seré breve dada…la urgencia de su situación.

El doctor, a duras penas, consiguió asentir y bebió otro trago de su vaso.

“Que siga bebiendo…así luego no le dolerá tanto, Miri. Este estúpido va a pagar hoy todas las facturas que tiene contigo y con las niñas cuyas fotografías esconde en alguna carpeta de ese cajón. Cuéntaselo todo y avísame cuando acabes: entre las dos le haremos lo que le hicimos a ese perro hace años en el aula cuando todas las niñas se

habían ido, ¿te parece? Lo vamos a pasar muuuuy bien, amiguita mía. Y este hijoputa también, te lo aseguro".

-3-

"Como ya le he dicho, a David le conocí en la Academia. A esa mujer, la profesora, lógicamente también. Había llegado como sustituta para darnos clases de Derecho dos meses después porque la anterior se había puesto ya de parto y no iba a poder acabar el curso.
Desde el principio me di cuenta de qué tipo de persona era esa fulana, ¿sabe? Es una especie de instinto que tenemos algunas mujeres para reconocer a las zorras que van de mosquitas muertas para quitarnos lo que nos pertenece.
Las miradas que le echaba a David. Las respuestas que le daba en las clases…y luego…luego fue cuando le comió el coco para que asistiera a clases de refuerzo. David no era muy bueno memorizando artículos de la Ley y hay una parte del examen de ingreso donde nos piden recitar casi de carrerilla los artículos de la Ley de Procedimiento Administrativo y de Derecho Penal.

Un día llegó muy tarde. No quería cenar y dijo que las clases le habían dejado agotado (en eso no mintió el cerdo, como podrá usted suponer). Tuve una especie de presentimiento, pero era como estar escuchando un montón de frases en chino: sabía qué significaban, pero no qué querían decir, así que hice como hacen los avestruces: metí la cabeza en el agujero para no volverme loca. Loca, es paradójico que yo diga eso estando delante de usted en esta consulta para tarados mentales, ¿no?

¿Cómo les descubrí? Fácil, llegando un día pronto a casa.
Me había bajado la regla y al final, me encontraba tan mal que no pude quedarme a comer ni a asistir a las clases de la tarde. Además, iba muy adelantada en esas materias, así que no me costó mucho decidirme a irme y preparar los temas por mi cuenta del día siguiente. Sólo quería tomarme una Saldeva y acostarme…mis reglas son jodidas, doctor.

Antes de subir en el ascensor supe que había algo que no encajaba. No me pregunté qué, pero como le he dicho, algunas tenemos una especie de sexto sentido…así que cuando abrí la puerta y me los encontré follando en mi habitación, no es que me llevara una sorpresa. Sí un shock, pero no una

sorpresa: dentro de mí tenía una voz parecida a la de Simone que me hablaba en un idioma desconocido, pero del que sí sabía qué significaban cada una de esas palabras extranjeras.
¿No ha tenido nunca la sensación de haber sido expulsado de su vida como cuando se apea accidentalmente del autobús en la parada equivocada? El autobús o la vida sigue su marcha, alejándose...y, de repente, cae en la cuenta de que en esa parada hay otras rutas con millones de bifurcaciones. Pues así me sentía en ese momento: miraba cada una de ellas sin saber qué línea de bus tomar, doctor.

Le habrán contado miles de veces historias de mierda como la mía que empiezan con un "todo fue demasiado deprisa" o "las cosas se descontrolaron", ¿acierto? Bien, pues esta historia de una jovencita enamorada de su primer príncipe azul también empieza así. Con un "demasiado deprisa" mezclado con varios descontroles. Si le dijera que después de muchos años, fue la primera vez que volví a ver a Simone, seguro que entenderá perfectamente lo que le digo porque usted sabe que cuando ella aparece, yo desaparezco y la dejo tomar las riendas de la situación.

Si le soy sincera, las cosas no salieron como quería. Yo sólo quería darle una paliza a esa vieja asquerosa y humillar a David antes de irme de esa casa…pero Simone no se conformaba con eso ni de coña. La intenté convencer, pero no pude…así que fui a la cocina y cogí un cuchillo de cortar carne, esos que tienen la hoja ancha y el asa corta. Sin pensármelo dos veces le corté la garganta a David salpicando a esa furcia de sangre y dejando las sábanas empapadas. La visión de un cuerpo que ME pertenecía entre MIS sábanas compartiendo MI cama con otra, me enloqueció tanto que dejé a Simone todo el control: dejé la mente en blanco y vi como en una película lo que Simone hacía con mis manos, con mis piernas y con mi boca.

Simone la pateó en el suelo y la remataba a puñetazos. Hubo un momento en que dejé de oírla respirar…pero no me importó. Pensaba en las docenas de gatos y perros a los que había torturado años atrás…y esa puerca no era más valiosa que ellos. Es un milagro que siga con vida y, a día de hoy, Simone sigue sin responderme a la pregunta de por qué no la mató… supongo que es más pragmática de lo que yo jamás he sido, doctor.

Lo del accidente de coche no fue tan fácil porque tuve que esperar hasta la madrugada de ese día para meterla en el coche: la coloqué al volante, arranqué el motor en punto muerto y la empujé cuesta abajo hasta que impactó de lleno contra uno de los árboles del parque. Suena más sencillo de lo que en realidad es, créame. En las películas parece que hacer eso esté

chupado, pero si intentara hacerlo vería bien de qué le estoy hablando.

Acabando con la historia, tengo que decirle únicamente que deshacerme de David fue mucho más complicado. Duré días en…no le daré detalles, pero le diré que tuve que tirar un montón de bolsas a la basura en días alternos para que no cantara mucho. Eso y que me tiré un mes con la ventana de la cocina abierta por el motivo que usted imaginará…
Y sí, sólo hay una cosa de la que me arrepiento: tenía que haber empezado por ella porque David se fue de este mundo sin haber aprendido una lección muy valiosa, doctor. Una lección que a lo largo de este tiempo me he encargado de hacer saber a mis…no me gusta la palabra víctimas porque no lo fueron…dejémoslo en "cometidos": que todo el mal que infliges a lo que te rodea, siempre te vuelve multiplicado por mil, doctor".

- Te haré una última pregunta, Miriam – el psiquiatra no parecía impresionado con el relato por lo que Miriam sospechó que el alma de ese hombre ya estaba suficientemente deteriorada como para sentir algo que no fuera mera y fría curiosidad. Muchas personas de las que se había deshecho tenían el alma atiborrada de novocaína humana: carecían de cualquier residuo de empatía, piedad o misericordia – Si usted es una "enviada divina" o una especie de Mesías de lo que considera "el Bien", ¿por qué mató a aquellos animales? ¿por qué a esos niños?

- Por el mismo motivo por el que usted intentó violar a mi madre después de matar a mi padre y a mi hermano, doctor Méndez: necesitaba alimentarme – esta vez el semblante del psiquiatra se ensombreció. Miriam vio como unos nubarrones de maldad y rabia cruzaron de lado a lado de su rostro endureciendo sus facciones.

Pero una fracción de segundo después sonrió sosteniendo de nuevo su libreta y apagando la grabadora. Rebobinó la cinta un par de minutos y se levantándose de la mesa, dio otra vuelta a la llave en la puerta. En el bolsillo de la bata tenía algo que ella había notado desde el principio de la sesión.

- Bien, bien, bien…creo que me confundes con otro, pero aún así, he tomado nota de la medicación que necesitas tomar – giró la libreta para mostrarle lo que estaba anotando y Miriam vio el dibujo obsceno de una mujer practicándole una felación a un hombre. Los ojos del varón tenían la misma expresión enloquecida que el joven que una vez fue el doctor Méndez en el aparcamiento de esa gasolinera. La mujer del dibujo estaba

maniatada dando a entender que estaba siendo forzada por el hombre de los ojos de loco -. Te informo antes de proseguir con nuestra sesión de que esta sala es hermética y está completamente insonorizada. Así que es hora de que cumplas con la segunda parte de nuestro trato.

“Pero déjame añadir que no sé qué te has creído que iba a suceder cuando dieras conmigo…pero olvídate de esa dulce fantasía de venganza porque soy mucho peor que tú, zorra estúpida. Cuando tú aún te dedicabas a matar gatos y perros…yo hacía ya cosas que no te dejarían dormir si te las contara. Aunque pensándolo mejor…tenemos mucho tiempo y si te portas bien y me gusta lo que me haces, quizás te cuente alguna de las anécdotas más divertidas. Y ahora basta de cháchara y ponte de rodillas”.

Sacó una pistola del bolsillo de la bata y se la puso a Miriam en la sien. Ella trató de no olvidar que esa consulta estaba insonorizada y de que a ese puto psicópata no le importaría volarle los sesos ahí mismo: él era el buen doctor y ella sólo la paciente esquizofrénica que había matado a inocentes ciudadanos. Incluso a niños. Con dos llamadas a un abogado y una sencilla alegación de homicidio en defensa propia sería pan comido para él salir indemne del juicio. Miriam lo sabía bien. Y por los gestos que le hacía Simone desde el diván, ella también lo sabía…

Así que pasó al plan B arrodillándose frente al doctor Méndez mientras él se bajaba la cremallera del pantalón.

-4-

Y el plan B funcionó porque, en realidad, no había un plan A.
Los efectos de lo que le había echado a la bebida empezaron a manifestarse en Méndez antes de que ella acercara su boca...a aquello. Primero fue un fuerte temblor de piernas seguido de unas violentas arcadas para, finalmente, quedarse paralizado. Miriam sabía que esa parálisis duraría aproximadamente dos horas, así que no había tiempo que perder si le quería sacar de allí.

- ¿No notabas nada raro en el sabor de tu bebida, violador de mierda? – sacó una pequeña bolsita del bolsillo trasero del pantalón y la levantó para que pudiera verla -. Es *rézpede de coliebra,* Méndez: no se encuentra tan fácilmente ya en los bosques como antes y sirve para controlar a los Mengues como tú.

Le empujó y el doctor cayó sobre el sofá de atrás, al lado de Simone, la cual no podía parar de reír. El psiquiatra tenía las piernas rígidas y las pupilas dilatadas, pero era consciente de lo que pasaba a su alrededor (unas gotas de sudor en la frente, así lo confirmaban) y la respiración, agitada como una locomotora daba buena fe de que estaba completamente aterrorizado. Sabía de lo que era capaz la mujer que tenía delante: tan sólo había que echar un vistazo rápido a las fotos del expediente de la paciente…

- Te preguntarás qué coño es un “Mengue” – desplegar la silla de ruedas del armario no le costó más que unos segundos, pero sentar un peso muerto de casi cien kilos en ella le llevó un buen rato -. Son demonios con forma de gusano, Méndez. Y la única forma de controlarlos es con lo que acabas de beber y con ésto.

Sacó de la mochila que le habían precintado los de seguridad de la entrada un colgante del que pendía una especie de cuerno hueco de toro. El doctor empezó a tener palpitaciones y el sudor, a pesar de que el climatizador de la consulta funcionaba perfectamente, se hizo más copioso en sus axilas y torso. Se lo colgó del cuello y se quedó rígido como una estalactita.

“La leyenda cuenta de que a los Mengues hay que guardarlos en un alfiletero para que sirvan a su dueño. Podrás imaginarte que eres un poco más grande que un gusano común…pero eres un gusano, al fin y al cabo, comecocos de mierda…así que antes de que me detuvieran, ya me he encargado de preparar un alfiletero a tu medida.
Cuenta la leyenda que un demonio como tú puede dar mucho poder a quien lo posea…pero no me interesas por eso. Me interesan más las sorpresas que te tengo preparadas cuando salgamos de aquí. No hace falta que mires el teléfono porque desde que hemos entrado, lo he dejado conectado a un contestador que le he enganchado por si alguien pregunta por ti en tu ausencia.
Por cierto, Méndez, no haber dado parte de mi detención a los de Criminalística ha sido una gran cagada por tu parte. Supongo que querías colgarte la medallita tú solito, cerdo...y ahora vas a recibir tu merecido premio.
¿Ves esa grabadora? ¿La que has detenido cuando te he hablado de mis padres y de mi hermano a los que asesinaste de manera cobarde y miserable? Bien, mira ésto”.

Cambió la cinta por otra que tenía escondida en la mochila dentro del mismo compartimento donde estaba el colgante del cuerno de toro.

- Te felicito de corazón, en serio, comecocos: en la cinta que he metido dentro está tu confesión. No te has dado cuenta de que la cinta de tu grabadora ha seguido avanzando cuando me has pedido que te la chupe – señaló teatralmente con su mano al aparato de grabación y a la puerta -. Cuando el truco del contestador ya no sea creíble y vengan aquí un montón de policías para ver dónde estás, adivina qué es lo primero que van a escuchar… ¡bingo!

"Y como introducción al espectáculo que te tengo preparado, ya es suficiente por ahora. Odio los spoilers…así que disfruta de la película porque ahora viene la parte más jodidamente divertida y sería un desperdicio contártela entera. Un pico de acción antes del desenlace si es que se puede llamar así".

A Miriam le quedaba un poco grande la bata de repuesto, pero con la mochila tirándole los hombros hacia atrás, consiguió disimular un poco la talla. Le puso a una gorra y unas gafas de sol al doctor para que nadie le pudiera reconocer mientras le llevaba en silla de ruedas por los pasillos…y así fue como llegó por fin al Mercedes 600 SLK de Méndez en el aparcamiento exterior del Hospital. Pulsó el botón de la llave y las puertas y el maletero se desbloquearon.
Se aseguró de que nadie les hubiera visto llegar hasta allí antes de meter al corpulento médico dentro del maletero y, a continuación, dejó la silla plegada junto a una pequeña hilera de sillas de ruedas que estaban atadas por una cadena.

Todo había salido como la seda, así que encendió su reproductor de música y lo conectó al sistema de audio del vehículo por Bluetooth. Le encantaba lo bien que sonaban los "The Killers" después de tanto tiempo sin escuchar una canción de ellos.

Miró la hora con la esperanza de que quizás, antes de que acabara el LP entero, habrían llegado al "alfiletero" donde culminaría la misión que llevaba décadas planeando.
El círculo se estaba cerrando por fin.

Y tal y como decía la letra de la canción:

"Corta la cuerda
¿Somos humanos?
¿O somos bailarines?

Mi signo es vital
Mis manos están frías
Y estoy de rodillas
Buscando la respuesta
¿Somos humanos?
¿O somos bailarines?"

A pesar de las medidas que había tomado, Miriam no se dio cuenta de que al girar la curva de la salida del parking y antes de llegar al primer semáforo, un niño había presenciado todo. Y que la descripción que más tarde daría de la mujer y del hombre (*"lo metió en el maletero, yo lo vi"*) coincidía a la perfección con la de "la Anjana" y con la del psiquiatra Antonio Méndez.

-5-

Gracias al repicar de la lluvia sobre la chapa del maletero, Antonio Méndez pudo saber que ahí fuera estaba lloviendo a cántaros.
Se maldijo por no haber ojeado las últimas páginas de los expedientes de esa malnacida porque le habrían alertado inmediatamente los nombres de dos de las últimas víctimas: sus compinches de juventud de cuando estudiaba en Valencia.
Daniel Fabra y Gonzalo Puig eran unos peleles a los que había manejado a su antojo desde que empezaron juntos en el colegio hasta que salieron a cuentagotas de la Universidad. La diáspora había llevado a los tres jóvenes a unos puestos socialmente respetables (política, medicina y el mundo de la empresa). Aún seguían en contacto cuando uno de ellos anunciaba por chat a los otros dos que se había hecho con lo que denominaban "material nuevo": fotos, vídeos o material prohibido por la Ley por su violencia o por la edad de los actores.

Antonio Méndez (al igual que Daniel y Gonzalo) no creía en nada ni en nadie. Ni siquiera se fiaba de sí mismo. Todas las fechorías y crímenes que había cometido no le causaban el más mínimo remordimiento porque su visión del mundo era extremadamente simple: como en el mundo animal (y los seres humanos lo somos), todo funciona como en una pirámide alimenticia coronada por unos pocos hombres fuertes y sostenida por un numeroso rebaño dócil y obediente de seres humanos herbívoros.
Antonio estaba convencido de que Daniel, Gonzalo y él formaban parte de esa cúspide, algo que les otorgaba un derecho innato de tomar todo lo que necesitaran de esa base. Una base cuyo fin último

era, ni más ni menos, que la de satisfacer las necesidades de los primeros.

Ellos no violaban jóvenes o mujeres borrachas…ellos simplemente calmaban la sed natural con la que habían sido maldecidos. No mataban, se defendían como cualquier otro animal haría cuando se sintiera amenazado. No mentían ni robaban…tomaban lo que era suyo por ley y que, a causa de una sociedad excesivamente generosa y políticamente correcta, muchos miembros insolentes del rebaño les habían usurpado.

El psiquiatra empezó a tener sensibilidad en las manos y un débil hormigueo en los pies. Al parecer, se estaban pasando ya los efectos de la droga con la que esa furcia le había intoxicado.
"Tengo que pensar en algo antes de que abra el maletero. Mi único error ha sido subestimarla, no haber tenido toda la información de con qué tipo de persona estaba hablando en la consulta…pero no volveré a caer en ese error. No sé cuánto tiempo falta para llegar, pero cuando abra, estaré preparado…este es mi maletero y siempre tengo a mano la caja de herramientas: llave inglesa, un gato, destornilladores…y algún elemento especial que uso cuando salgo de caza. Si mi memoria no me falla, creo que está junto a la rueda de repuesto".

Imaginarse utilizando esas herramientas le excitó de tal manera que tuvo que hacer un gran esfuerzo para pensar en un plan antes de que Miriam le sacara del coche. Se acordaba de todas y cada una de las víctimas que habían probado los útiles que guardaba en esa caja metálica llena de "cosas que hacen daño" …y, en una ensoñación causada por las drogas, pudo ver la cara de terror de la última niña a la que había matado hacía algo menos de un mes en un descampado de las afueras de Madrid. Sus gritos infantiles retumbaron en el interior del maletero y…se forzó a centrarse porque del mismo modo que sabía lo que él era capaz de hacer con ella, él sabía lo que ella era capaz de hacerle a él de una manera bastante aproximada.

Además, Miriam contaba con una gran ventaja sobre él: la rabia unida a un arraigado sentido del deber para saldar la deuda que tenía con sus padres y hermano, le hacían ser aún más despiadada. Menos fría. Más brutal.

Méndez ya era capaz de mover las manos y con los dedos de los pies pudo notar la superficie acolchada del interior del maletero. Únicamente tenía que conseguir quitarse esas correas de plástico duro de los tobillos y de las muñecas para hacerse con la caja de

herramientas de debajo de la alfombrilla. Y cuando esa zorra abriera el maletero…se llevaría una desagradable sorpresa. Parecía que las correas de los tobillos también estaban cediendo.
Ya quedaba muy poco…

-6-

A su pesar, Miriam tuvo que parar a repostar en la última gasolinera que le pillaba de camino a la cabaña. Ese coche enorme chupaba demasiado combustible y encima, con esa sofocante humedad del ambiente, había tenido que encender el climatizador.
Después de esa gasolinera, todo era bosque y la carretera pasaba a ser un estrecho camino de tierra salpicado por piedras y algún arbusto.

Al pagar, le dio la impresión de que el empleado la estaba observando de manera extraña y rápidamente se quitó la idea de la cabeza. No podía caer en uno de esos ataques de paranoia. Ahora no. Cogió un paquete de chicles y añadió a la compra varios rollos de cinta americana y gasas.

- Disculpe que la moleste, señorita…- el empleado estaba metiendo aún la comida, las cuchillas de afeitar y la caja de chocolatinas que acababa de pagar en efectivo y cada poco levantaba la vista -. Sólo quería preguntarle dónde ha comprado esa gorra y si me puede dejar echarle un vistazo. Tengo un sobrino al que me gustaría regalarle una y…

- Quédese con el cambio, muchas gracias – le cortó de sopetón. La mujer que tenía detrás en la cola murmuró algo y ella se la quedó mirando fijamente. Del miedo, ella se apartó bruscamente tirando unos cartones de leche y zumos, y al salir Miriam le dijo algo al oído que hizo que se desmayara. El joven empleado iba a salir fuera de la tienda para increparle su comportamiento, pero cambió de idea: no le gustaban nada las mujeres que compraban tanta cinta americana.

Al subirse al coche, Miriam se maldijo a sí misma.
No podía ir por ahí llamando la atención de esa manera (porque sabía como que dos y dos eran cuatro, que esa mujer hablaría si alguien preguntaba).

Abrió la mochila e ingirió dos pastillas de Cloracepam y una de

Orfidal. Bebió toda el agua que quedaba de la botella notando el asqueroso sabor del agua tratada…cuando encerrara al violador en el Alfiletero, llenaría un par de garrafas en el arroyo que tenía detrás de la caseta y después se daría un baño desnuda.

Esa idea era mejor que atiborrarse a medicamentos con receta que tenía clasificados en todos los compartimentos de la bolsa: necesitaba purificarse urgentemente porque había tocado a ese puerco y el dinero con el que había pagado en la gasolinera también era sucio. Se frotó compulsivamente las manos con las perneras de los vaqueros y, a continuación, arrancó el motor del Mercedes. El reloj del salpicadero indicaba que estaba a menos de una hora de su destino y a diez minutos de poder salir de la "civilización" de las carreteras, de las luces, de los coches y de las personas que no saben adónde van ni de dónde vienen. Ni por qué lo hacen.
A veces lloraba de pena por ellos, por ella misma y por los que vendrían después porque los seres humanos estaban condenados desde que nacían hasta que morían a estar atados a una rueda invisible de un esfuerzo vano, a un consumo fútil y a muchas recompensas ilusorias. Ella y sus hermanas hacían lo que podían por aliviar sus penas encarándose con el mal que les rodeaba a todos: unas veces eran personas, otros monstruos…y, en su mayoría, se trataban de seres mitológicos reencarnados. Pensó en Simone ya le había advertido del peligro de abrir ese libro:

"Cuando comiences a leer las páginas de ese libro, todos esos seres saldrán a dar una vueltecita por el mundo, Miri. Será tu pequeña y jodida Caja de Pandora y allá tú con lo que hagas…pero ten en cuenta una sola cosa: al que ensucia algo, luego le toca limpiarlo y dejarlo como los chorros del oro. Así que, si así lo deseas, disfruta de tu puñetera fiesta mientras puedas, porque limpiar los rastros de confeti y guirnaldas de colores te costará un huevo cuando la música se acabe y los niños se hayan ido a sus casas. Y te digo más: cuando esa tarta se quede seca e intentes en vano pincharla con un tenedor sólo quiero que llores. Que sufras por ser una estúpida y no entender lo que eres. Lo que eras. Lo que serás siempre. Una niñita enferma que disfruta esparciendo su orfandad allá donde va. Acaba esa puta tarta y no dejes que se estropee. Y quema ese libro, hazme caso".

- ¡Necesito comprender contra qué lucho, Simone! No puedes combatir contra algo que no ves, yo no veo personas, sólo intuyo lo que hay dentro de ellas. La gente de ahí fuera es como esas malditas matrioshkas rusas: tan llenas de capas unas debajo de otras…tan brillantes con sus pinturas…que no sabes en qué capa

detenerte – golpeó el libro que le había acompañado desde pequeña en todos y en cada uno de sus viajes -. Este libro es mi Manual de Instrucciones, mi Biblia. Aquí está escrito y detallado en qué matrioshka debo detenerme en cada hombre, mujer o niño, qué personaje mitológico del libro se ha reencarnado en quién y, en base a eso, saber qué hacer.

Echó un vistazo por el espejo retrovisor del coche de Méndez y vio la espalda de una niña que estaba recostada en los asientos traseros. En ese momento estaba de espaldas a ella y supo al instante que Simone estaba enfurruñada…los años pasaban, pero sus perretas de niña de nueve años no lo hacían:

- Venga, Simone, no te enfades conmigo…sólo te estaba explicando por qué creo que este libro me ha salvado la vida – oyó su respiración entrecortada. Estaba llorando de rabia y sabía que, si no la cortaba, ese llanto se convertiría en una reacción mucho más agresiva porque cuando esa niña se ponía violenta, conducir a ciento diez por hora por una carretera secundaria no era una buena idea (se acordó de lo que pasó hace años cuando se subió a una noria con un chico y Simone se puso celosa. Casi se matan los dos si en el último momento Miriam no la llega a parar) -. Simone, eres mi mejor amiga. Tú y ese libro me habéis convertido en todo lo que soy ahora: una mujer honesta que no se deja llevar por la corriente que anega este mundo, alguien fuerte…y todo eso ha sido gracias a ti, pequeña amiga.

- ¿De verdad, Miri? No lo estarás diciendo para engañarme, ¿verdad?

- No, Simone, te lo digo de corazón…siempre has estado a mi lado y sin ti, sin ti no sé qué habría sido de mí. Me has salvado de muchas cosas, de muchas situaciones, pero sobre todo…me has salvado de mí misma, mi pequeña – las lágrimas corrían por sus ojos hasta detenerse en el cuello de la vieja camiseta que llevaba puesta. Se acordó de la primera vez que esa canija le había salvado el pescuezo y le pareció que habían pasado siglos de aquello porque sus padres y su amado hermano aún estaban vivos ese día.

En ese momento sonó la alarma del móvil.
Sin apartar la vista de la carretera echó un vistazo rápido al recordatorio. **“Vuelve al Mundo a las 23:30 horas. No olvides la**

cita".
Era la tercera vez que olvidaba el significado de esos recordatorios que ella misma escribía en el móvil. Es más, no conseguía acordarse de si los dos anteriores los había llegado a cumplir o no y ni tan siquiera sabía cuándo demonios los había anotado en la agenda del teléfono. Esas lagunas de memoria no eran nuevas, pero a medida que pasaban los años, eran más recurrentes e incómodas.

Al llegar al letrero que marcaba el desvío al bosque, Simone ya había desaparecido de los asientos de atrás. Poco a poco, el sol se iba escondiendo entre las cumbres de las montañas y el sendero de tierra se fue volviendo más peligroso a medida que avanzaba. Si la memoria no le fallaba, pronto tendría que tomar el siguiente desvío a la derecha. Nunca había ido a la cabaña de noche, pero conocía a la perfección el camino: dos vueltas, dos desvíos, la roca que marcaba un cambio de dirección y el sendero paralelo al manantial.

El pasajero aún debía de estar dormido en el maletero porque no había escuchado ningún golpe (sabía por experiencia qué hacían los gusanos como él cuando se encontraban acorralados en un espacio tan pequeño).

"Mejor para él porque cuando lleguemos al Alfiletero va a tener una experiencia muy intensa. Prefiero que esté descansado para poder absorber toda su energía antes de meterme al agua. Además, no me queda mucho tiempo: no sé qué significa ese recordatorio pero estoy segura de que pronto lo sabré y no quiero dejar las cosas a medias. Sobre todo, con mi último encargo personal: no es solamente el tercer cabrón que mató a mis padres, sino que se trata del puto cabecilla".

Veinte minutos después, llegó por fin al prado de la cabaña y enfiló por las rodadas horadadas entre la hierba y los matorrales en dirección a la parte oculta de la cabaña: un antiguo establo que estaba unido por la puerta de la cocina a la vivienda principal. También conocido como "el Alfiletero".

Apagando motor, salió del coche. Pegando la oreja al maletero no escuchó ningún ruido y pensó aterrorizada que quizás ese puerco se había muerto por el camino de un ataque al corazón. O quizás asfixiado.

- ¡No, no, no, no! – debido al temblor de manos se le cayeron un par de veces las llaves del coche antes de poder dominar el pulso y encajar la llave en la cerradura del maletero. No podía acabar

así. Sería injusto que ese maldito Mengue se hubiera salido con la suya teniendo un apacible final drogado e inconsciente…no, si él moría, todo lo que había hecho hasta ese momento no habría valido de nada.

Nada más abrir el maletero sólo pudo ver un bulto amorfo recubierto de sombras…pero había algo ahí dentro que no le encajaba porque la parte más abultada parecía estar girada hacia un lado y el compartimento del lateral del Mercedes estaba abierto...

...y cuando se dio cuenta de que faltaba una herramienta de la caja ya era demasiado tarde: algo duro y frío la golpeó en la cabeza y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 5

"Los Familiares"

Finales de Verano de 2016

"Nadie sabe cómo son ni de dónde vinieron, ni dónde viven. Ayudan a las personas buenas y trabajadoras, dándoles la buena suerte y muchas alegrías. También se fijan

en quién da limosna a los pobres y en quién no da limosna.
A los que dan limosna les aumenta la cosecha y les guardan el
ganado de los lobos, en cambio a los que no la dan les castiga con enfermedades y
desazones”

-1-

Eran las cinco de la mañana y Roberto no era capaz de conciliar el sueño así que decidió levantarse de la cama y prepararse un café bien cargado. Total, no iba a ser capaz de dormir con café o sin él y, además, tampoco tendría que madrugar esa mañana. Ni las siguientes.
Le habían suspendido de empleo y sueldo después del numerito que habían montado él y el capitán Salgado en esa surrealista fiesta del Club Náutico.

Se arrepentía de haber asistido al evento puesto que era de prever que tarde o temprano alguien habría saltado. Había algo en el ambiente de esas noches de principios de verano que hacía que la gente enloqueciera...el comportamiento de sus compañeros y de él mismo era el de un polvorín a punto de hacer estallar por los aires todo lo que se encontraran a su paso. La tensión del caso y la exhibición de poder de la Anjana les estaba desquiciando a todos. Y ya estaban bastante agotados mental y físicamente a esas alturas, joder.

Mientras removía la cuchara en el vaso no dejaba de pensar en cada uno de los fotogramas de la película del suceso del Club Náutico porque había algo que no encajaba en todo aquello:

- Parecía como si todo hubiera estado meticulosamente preparado para que sucediera lo que finalmente ocurrió – intentó recordar el bolso de la prometida del capitán y no dejaba de ver las cremalleras cerradas – Los únicos que estábamos al lado de ella éramos su novio, Marina, el camarero y yo. Sigo pensando que alguien tiró esa fotografía para que ella la viera y se produjera el desencadenante de la pelea.

Se imaginó unas fichas de dominó cayendo una detrás de otra en una hilera infinita y le vino a la cabeza de repente una mariposa batiendo las alas y provocando un tremendo huracán en las antípodas. Causa y efecto. Demasiadas casualidades.

- Cuando he sido capaz de acercarme un poco a esa bruja me han intentado matar en aquel pueblo y por si no fuera poco, en el mismo día, me han apartado del caso “milagrosamente” – no podía dejar de caminar por la habitación de ese hotel que pronto tendría que abandonar. Su vista se posó en un montón de papeles atados con una goma que había dejado en el escritorio hacía unos días…y de repente algo se iluminó en su cerebro -. La respuesta a todo ello estoy seguro de que tiene que ver con la reacción de Salgado: cuando sonó esa música se quedó petrificado. Era como…como si hubiera sabido de repente que…

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el teléfono y no le extrañó ver quién le estaba llamando porque si todo ese caso era un thriller tragicómico, ¿por qué coño no iba a llamarle precisamente la persona en la que estaba pensando en ese instante?

- Buenos días, capitán Salgado. Me llama un poco pronto, ¿no le parece?

- Buenos días, me imaginaba que también estaría despierto, inspector Mateo – carraspeó y estuvo unos segundos en silencio. Desde el otro lado de la línea, Roberto podía sentir la maquinaria del cerebro de Rafael en funcionamiento -. Sólo le quería decir dos cosas. Tres si contamos mis más sinceras disculpas.

- No tiene que disculparse, Salgado. Me he comportado como un auténtico gilipollas, ¿sabe? Porque la inspectora ni es mi pareja ni yo tengo ninguna tutela sobre ella, así que supongo que me he propasado bastante con usted y con Marina. Ella y usted ya son mayorcitos para hacer lo que les plazca y yo…bueno, me sentí celoso, sinceramente fue así.

- ¿Está usted enamorado de su compañera, inspector? No debe preocuparse por mí ya: mi prometida me ha perdonado y no volveré a cometer un error así jamás – su voz se quebró un poco pero no tardó en recomponerse -. Cerrando este tema, le pediré que me haga caso: esa mujer no es la mosquita muerta que creemos y tampoco busca príncipes que la salven. Tampoco sueña con casarse con un gallardo caballero porque sólo quiere matar dragones y dar de hostias a los que osen asediar su castillo. Siga mi consejo, Mateo: búsquese una mujer más…conveniente.

- ¿Cuáles son las dos otras cosas que me tiene que contar? Porque supongo que no me ha llamado únicamente para hablar de Marina.

- Qué va. Bueno, he sacado este tema porque he creído que sería mejor empezar la conversación poniendo las cartas sobre la mesa antes de contarle algo que le va a sonar bastante descabellado.

- ¿Descabellado? ¿Ha dicho “descabellado”? - soltó una carcajada que tuvo que intentar reprimir teniendo en cuenta la hora que era y que en la habitación de al lado seguramente habría huéspedes durmiendo -. Perdóneme, pero es que, a estas alturas, ya nada puede parecerme descabellado, Salgado. Cuénteme, soy todo oídos.

El capitán (a él no le habían apartado del cargo de momento) le contó todo lo que había averiguado. Incluido lo de la canción. Añadió que había hecho algunas indagaciones el día anterior y después de contárselo a Roberto, ambos se quedaron callados intentando asimilar qué significaba todo aquello. El primero en romper el silencio fue

Roberto:

- Entonces estamos en lo cierto: una vez más esa Anjana ha estado jugando con nosotros como con niños de parvulitos, así que supongo que usted también cree que tanto la fotografía que "casualmente" encontró su prometida (perdone que no recuerde su nombre) como que precisamente esa maldita canción sonara en el Club Náutico durante la pelea, fue algo premeditado desde el principio por esa maníaca.

- Supone usted bien, inspector. Casualmente esa leyenda de los "Caballucos" se sitúa temporalmente en la Noche de San Juan y tal y como le he contado, si echa un ojo a algunas páginas de leyendas y mitos cántabros por Internet, verá de qué va esa curiosa historia.

"Según el mito, estos caballos del infierno fueron hombres pecadores que perdieron su alma y se vieron obligados a vagar por Cantabria el resto de la eternidad. El Caballuco rojo fue un hombre que prestaba dinero a los campesinos y luego mediante sucias tretas embargaba sus propiedades; el blanco era un molinero que robaba muchas maquilas del molino de su señor; el negro era un ermitaño que engañaba a las gentes; el amarillo un juez corrupto; el azul un tabernero; el verde un terrateniente que deshonró a muchas jóvenes y el naranja un hijo que por odio maltrataba a sus padres".

- No tiene mucho sentido, Salgado: la propia bruja se refería a las víctimas como Ojáncanos y, por las historias que me contaba mi abuela de niño, se trataban de monstruos de la mitología cántabra que simbolizaban la maldad y la mala suerte. Lo de los caballos esos, no me cuadra para nada en su guion.

- Creo que el hecho de que nos haya atribuido el papel de Caballucos es una buena noticia porque ni nos considera "monstruos malvados" ni se siente poderosa con nosotros. La leyenda que habla de esos seres cuenta que ni las propias Anjanas tienen poder sobre ellos, Roberto.

"Continúa diciendo esa historia que sólo hay dos formas de protegerse de los Caballucos: o llevar una hierba de San Juan encima o bien, hacer siete cruces en el aire antes de que los Caballucos se acerquen.
Bien, me hago cargo de lo descabellado que suena meter estas historietas en una investigación de asesinatos múltiples, inspector, pero si queremos detenerla, desgraciadamente no nos queda otra opción que jugar a su

juego".

- Bien, capitán, supongamos que le crea y también supongamos que pulsamos todas las teclas adecuadas y damos con la única que nos lleva a ella. Tenemos un pequeño problema que a lo mejor ha pasado por alto: estoy suspendido de empleo y sueldo, aunque usted aún sea capitán. Mis manos están atadas porque ya no formo parte del equipo.

- No se preocupe por eso, inspector, porque ya me he encargado de tirar de un montón de hilos en mi departamento y me han dado luz verde a que usted…preste labores de "asesoría" en el caso. También le han dado prioridad los míos…y, además, mi propio jefe, me debía una favor - le imaginó guiñándole un ojo y sonrió.

- Una última pregunta antes de que nos reunamos, ¿cómo estaba usted tan seguro de que iba a aceptar lo que me ha propuesto antes de pedírselo a sus jefes?

- Ya le he dicho que soy muy bueno trazando los perfiles conductuales de la gente. No soy el mejor, pero sí que soy cojonudo en mi trabajo - y esta vez se rio él - Aunque no me crea, usted es un puto libro abierto, asesor Mateo…y debo añadir que desde que le he conocido, sé que es de esas personas a las que les gusta acabar siempre las partidas: ganen mucha pasta o pierdan todo su orgullo.

- ¿A la hora de comer en el Paseo Pereda?

- Sí, a las dos. Enseguida le mando la dirección del restaurante por el móvil. Le pido que sea puntual porque tenemos mucho trabajo y algo me dice que cuando llegue el invierno esa bruja psicópata parará con los asesinatos, pero ya le explicaré el porqué de esta teoría. Ah, y póngase una corbata bonita y un traje a juego: comemos en un restaurante caro cortesía de mi departamento. Deles las gracias a ellos, no a mí.

Y colgó.

Marina llegó tarde a su habitación.
Había sido una jornada de trabajo interminable sin la ayuda de su compañero. A pesar de que de cara a la opinión pública se decía que se estaban dotando de más medios a ese caso, la verdad era otra. Los dos únicos vehículos que les habían dejado eran viejos y lentos y los refuerzos que les habían mandado de la Central se limitaban a dos jóvenes cabos sin experiencia. Además, por si eso fuera poco, Marina también tenía sus sospechas de que la Anjana parecía tener acceso desde dentro a la identificación de los agentes más relevantes en su investigación.

Se quitó la ropa delante del espejo admirando la esbelta figura que aún conservaba. A su edad muchas mujeres hacían dietas extrañas y se apuntaban a jornadas de gimnasio maratonianas, pero genéticamente ella estaba dotada de una complexión excepcional: carecía de cualquier rastro de grasa en los brazos y la definición de su musculatura no era exagerada pero sí notable.
Se acercó más al espejo y se palpó la cara desde los ojos hasta la sien. Cerrando los ojos intentó relajarse. La inspectora se sentía culpable porque sabía que era en gran parte responsable de la sanción que le habían impuesto a Roberto.
Era un buen tío y sabía que en el fondo ella le gustaba, pero…pero ella no le había pedido que se peleara por ella. Y tampoco tenía la culpa de que no hubiera entendido de que el rollo con el Capitán Míster Perfecto únicamente había sido el polvo de una noche, joder. Y se preguntó que, si todo eso era verdad, ¿por qué se sentía tan miserable cuando se miraba a la cara?

Encendió la televisión y en las noticias un tipo que tenía un gran parecido a su expareja informaba a los espectadores de que había una nueva línea de investigación en el caso de la Anjana. Algunos periodistas también lo llamaban “Caso de la Bruja” o simplemente los “asesinatos en serie de Cantabria”. Subió el volumen y cuando dieron paso a las imágenes se quedó helada porque estaban entrevistando al antiguo alcalde de un pueblo llamado Bareyo. *“¿Qué coño pinta Jeremías en esto? No le he contado a nadie en absoluto la conexión entre ese pueblo y el caso. Nadie lo sabe”.*

- …en efecto, algunos agentes de la Guardia Civil han venido hasta aquí a interrogar a algunos vecinos. Incluso a nuestro buen sacerdote le han hecho algunas preguntas que nos hacen sospechar a todos que la asesina ha estado o está por aquí escondida…no, no nos han contado nada de por qué han venido

precisamente a Bareyo y si aún siguen investigando por aquí o lo han dejado…sí, si se acerca algún agente por aquí, me gustaría darles algo que no les pudimos dar cuando vinieron.

Mostró ante las cámaras un viejo libro de pastas duras titulado "Leyendas y Mitos del Norte de España". Marina no sabía bien el porqué, pero sabía que ese tomo contenía la mayor parte de las respuestas a las preguntas que se estaba haciendo acerca de la bruja cántabra. Tuvo la fuerte intuición de que atrapar a esa zorra pasaba por hacerse primero con ese libro de tapas intactas, aunque descosidas y rezó porque la asesina no estuviera viendo las noticias de La1 de la noche. Eso, y que Jeremías no se hubiera ido demasiado de la lengua como para ponerse en la diana de la Anjana.
Tenía que ir. Ese inconsciente le había obligado.

Miró la hora: eran las doce de la noche…pero sabía que esa bruja asesina no descansaba nunca e ir a la mañana siguiente habría sido ya demasiado tarde; así que se cambió de ropa y se enfundó la pistola. Antes de salir de la habitación se metió en los bolsillos dos cajas de balas y se guardó el triskel en uno de los calcetines. No sabía bien para qué le serviría, pero al igual que sabía lo que le haría la Anjana a Jeremías para conseguir el libro, algo le decía que ese triskel le podría salvar la vida en el caso de toparse con ella. Era un amuleto, ¿no? Y su función era dar suerte.
Al cerrar la puerta, rezó porque el triskel se la diera porque la iba a necesitar.

La inspectora bajó del coche al llegar al pueblo.
Había aparcado adrede detrás del convento de San Ildefonso para dejar su vehículo camuflado entre unos árboles. Marina sabía en qué lugar podía dar con Jeremías y qué mejor sitio para encontrarse con él que en el último lugar donde se habían cruzado sus caminos. Por otra parte, era de los pocos sitios donde una reunión entre una guardia civil y un viejo alcalde no llamaría la atención de las miradas indeseables de los vecinos. O de la propia policía que ya había sido alertada por ese inconsciente.

- Baje el arma muy despacio y tírela junto al coche, inspectora Bolaños - conocía esa voz y por el sonido de las pisadas que retumbaban a sus espaldas, dedujo que había alguien más con Jeremías. Dos o mínimo tres personas - Apague ahora mismo los faros del coche y siga la luz de la pintura fluorescente del suelo, no usamos linternas.

- ¿Quiénes son ustedes y cómo sabían que vendría a este sitio?

- No se preocupe por eso, no va a sufrir ningún daño. Nuestra Dama Blanca le da su palabra y con eso basta - al apagar los faros, su vista no tardó en acostumbrarse a la oscuridad divisando a la primera una estrecha senda ubicada entre dos líneas verdes brillantes que culebreaban hasta llegar al antiguo pórtico del Convento - ¿Cree acaso que mi aparición en la televisión era para provocarle a ella jugándome la vida? Está muy equivocada...en realidad el mensaje era para conseguir que usted acudiera a nosotros, inspectora. Ahora camine delante de nosotros, por favor. Cuando lleguemos le prometo que le daré respuesta a algunas de sus preguntas.

El cálido y apacible aire estival se veía salpicado cada poco por leves ráfagas de viento húmedo que le hacían sentir escalofríos. Quizás esa sensación de frío interior tuviera también mucho que ver con la situación en la que se encontraba porque algo le decía que la bruja a los que esos fanáticos llamaban “la Dama Blanca” no estaba muy lejos y la pregunta era inevitable, ¿qué pretendía ahora de ella? Marina era una enemiga por encargo: era Guardia Civil. Pero es que además había algo más…no sabía cómo describirlo, pero el odio que sentía por esa mujer iba más allá de lo profesional. Hasta el punto de no dudar en matarla si se presentaba la menor oportunidad. Era algo personal ya.

Las brillantes líneas de la senda discurrieron por otra pequeña arboleda hasta llegar a un viejo camino empedrado que daba al arco derruido del patio del Convento de San Cayetano. Alzó la vista y quedó atónita al ver un amplio círculo de gente en el centro del patio muy cerca donde había visto aquella piedra plana. Pudo calcular que allí dentro habría aproximadamente cien personas quietas como estatuas y a medida que se iba acercando a la entrada fue viendo que todas estaban ordenadas mirando en dirección a un punto central más elevado.
Inquieta ya, comprobó que se trataba de un pequeño patíbulo construido con cinco grandes maderos mal pulidos y una ancha soga de cáñamo:

- No se preocupe, no es para usted si es lo que está pensando. Siga caminando hasta la equis marcada que tiene justamente ahí delante a unos seis metros y deténgase allí - según se iba aproximando, un clamor de voces brotó de las gargantas de esa gente y todos ellos comenzaron a entonar una canción en un idioma desconocido. Seguramente se trataba una antigua lengua

celta, supuso Marina.

La acústica del lugar era simplemente impresionante; parecía que las notas musicales rebotaban unas contra otras conformando un bello sonido tridimensional que se asemejaba a los cantos gregorianos que tenía grabados en su reproductor MP3. Pero algo hacía que fueran diferentes en su ejecución: los graves se hacían cada vez más agudos y los barítonos se convertían en tenores. Si hubiera tenido que definir esa extraña melodía en una sola palabra hubiera sido sin duda "oscura".

Se sintió mareada de improviso.
La combinación de la música, el agotamiento de tantos días durmiendo pocas horas y el cúmulo de experiencias límite a las que había estado sometida le indujeron una sensación de catarsis donde las cosas dejaban de ser materiales y la muerte formaba parte de la vida como esa soga que colgaba del cadalso. Sabía que no estaba drogada, pero por primera vez en su vida, se sintió tranquila de verdad.
Dejó de importarle su trabajo, ni su pasado, ni que esos hombres que la rodeaban estuvieran locos…su mente únicamente fluía a un estado de calma tan intenso que se dejaba llevar. Sólo tenía que permanecer inmóvil dentro de esa equis brillante *("es preciosa esa luz verde. Es como si todas las notas musicales desde el Do al Si acabaran aquí, justo debajo de mis pies…")*, disfrutar de la canción y observar con detenimiento lo que todos estaban presenciando. No tenía que hacer nada más...
…hasta que se desmayó.

Cuando Marina al fin despertó, puedo abrir los ojos viendo unos grandes números dentro de un semicírculo de plástico: era el velocímetro de su coche. Despegando la frente del volante miró por la ventanilla y se dio cuenta de que estaba amaneciendo.

El sol comenzaba a despuntar en el horizonte justo encima del muro oriental del Convento y la explanada donde había estacionado el coche estaba empapada por el rocío matutino. Advirtió un pequeño animalillo correteando por la maleza para refugiarse rápidamente entre los árboles.
Miró la hora alarmada y recordó lo que había ocurrido antes de que se desmayase. *"La pistola, joder. Espero que nadie se la haya llevado o la sanción de Roberto será un juego de niños al lado de lo que me pueden hacer si se enteran de que he perdido el arma…"*.

Pero la pistola estaba ahí. Justamente delante del coche donde ella la había tirado por mandato expreso de ese maldito viejo cabrón y se juró a sí misma que si le volvía a ver, ella misma se encargaría de meterle un buen montón de años a la sombra: obstrucción a la autoridad y asesinato como mínimo.
Ahora lo que corría prisa era encontrar el cuerpo de la víctima de la ejecución. No se le ocurría qué podría haber hecho ese hombre (o mujer) para que le ajusticiaran, pero no tenía que estar muy lejos su cadáver; nadie podía ser tan necio como para pasearse con un muerto por una zona que Jeremías ya se había encargado de señalar en el mapa como Punto Caliente. Seguramente todos los accesos estarían ya vigilados por sus compañeros.

Intentó ver entre las piedras del sendero algún resto de pintura fluorescente, pero fue inútil. Fuera lo que fuera de lo que estuviera compuesta, esa pintura era invisible de día. De todas formas, eso tampoco iba a suponer mayor problema puesto que sabía el punto exacto del patio donde habían instalado las…

- ¡Joder! ¿Qué coño ha pasado aquí? - la resonancia del lugar permanecía al menos intacta. Pero todo lo demás, no.

Miró en cada uno de los rincones de los jardines del claustro empezando por la peculiar piedra aplanada y acabando en cada una de las viejas columnas medio derruidas que sostenían arcos de medio punto en ruinas. Repitió el recorrido dos veces más y se alarmó. Su corazón latía a más de ciento veinte pulsaciones por minuto y, a pesar del frescor y de la humedad de la mañana, sintió un calor interno que no podía ser apagado. Era imposible lo que estaba viendo: no había huellas de pisadas, ni rastros, ni tablones, ni cuerdas…y mucho menos algo que hiciera pensar en un linchamiento popular. Nada.

Aquello no podía haber sido producto de su imaginación, por Dios; había escuchado a Jeremías, había visto la pintura en las piedras…y también cada detalle de ese puñetero cadalso montado en el centro del patio. Además, en el hipotético caso de que se hubiera quedado dormida en el coche, ¿qué narices hacía su arma tirada ahí fuera delante del coche? *"Cuando lleguemos le prometo que le daré respuesta a algunas de sus preguntas"* había dicho el antiguo alcalde. De repente, estalló y se puso a gritar de rabia golpeando el fuste de una columna:

- ¿Me promete qué, viejo cabrón? ¡Me ha hecho perder el tiempo!

¡Si esa Anjana cobarde tiene lo que hay que tener que de la cara! - el eco retumbaba dentro de esa caja de resonancia dando la sensación de que las paredes del claustro le replicaban a cada frase. El sol ya se había asomado por encima del patio y las alargadas sombras parecían esconder un secreto que se negaba a salir de la oscuridad.

Marina se dio media vuelta caminando al coche por el mismo camino por el que había venido. En ese preciso instante, vio agitarse unas ramas y salió corriendo en esa dirección empuñando la pistola, pero al apartar el espeso follaje de los arbustos vio que se trataba de un nido y un ave revoloteando en actitud desafiante. La decepción y el cansancio físico hicieron mella en Marina y apretó el paso hacia su vehículo.

Sólo faltaba que la expedientaran también a ella por irse de excursión y faltar a su puesto. Esperaba que ese martes no hubiera ninguna reunión convocada que dejara en evidencia que no había acudido a su oficina. Se maldijo por enésima vez en esa mañana: ¿qué esperaba encontrar allí? ¿acaso creía que la mujer más buscada de España iba a presentarse allí delante de una Guardia Civil para jugar a las Preguntas y Respuestas? "Lo que tengo que hacer es ceñirme al procedimiento y dejarme de estas teorías gilipollas que no me van a llevar a ninguna…".
Entonces lo vio: estaba en el asiento del copiloto esperándola.

Era el libro de pastas duras que Jeremías había mostrado en televisión. Pero eso no era todo: alguien había colgado un triskel en el espejo retrovisor. Tenía un diseño idéntico al suyo, pero éste tenía cuatro brazos. *"¿Ese hombre lo había llamado tetrasquel?".*

Miró alrededor, pero sabía que no iba a encontrar a nadie por allí cerca. Casi con total seguridad, durante el rato que estuvo buscando en el Convento de San Cayetano algún indicio de la "ceremonia nocturna" (si es que aquello había sido real, claro), alguien había dejado el libro y el amuleto en su coche para que lo encontrara. No sabía qué descubriría dentro de ese libro ni qué utilidad podía tener ese tetrasquel pero metió ambos objetos en una bolsa para pruebas de las que tenía en la guantera y regresó a Santander.

Por el camino meditó bien acerca de si iba a ser una buena idea contárselo a los jefes o usar esas dos pruebas para investigar por su cuenta: sabía que si les contaba lo del libro y lo del amuleto corría el riesgo de tener que dar explicaciones de qué hacía en ese pueblo esa

noche. Y lo que era peor: algún burócrata mandaría ambas pruebas a un laboratorio para obtener huellas, restos de ADN o a saber qué. En otras palabras: se quedarían en la carcasa obviando su contenido: el significado que podían contener esas páginas, el mensaje que esa Anjana quería trasmitirles…

Por enésima vez, Marina se hizo la misma pregunta: ¿por qué quiere jugar conmigo? Eran más de doscientos agentes ya los que estaban implicados directamente en la investigación y, una vez más, esa bruja la había elegido a ella como su mensajera. Su intermediaria.

- Al menos tengo localizado al alcalde. No me costará demasiado dar con él para preguntarle unas cuantas cosas porque es el único nexo que tengo con esa asesina puesto que doy por sentado que el que iba disfrazado de cura estará ya en paradero desconocido - pensó esperanzada. Esta vez no encendió la radio. Necesitaba silencio para reflexionar y ver qué decisión tomaría cuando llegara a las oficinas de la Comandancia.

Si Marina no hubiera tenido prisa por llegar a la oficina, se habría enterado de que esa misma mañana había aparecido el cuerpo sin vida de la persona que había sido alcalde de ese pueblo hacía un montón de años. En las noticias locales de la tarde se informaría de que Jeremías Gómez Abredo se había ahorcado en la Sacristía de la hermosa Iglesia de Santa María de Bareyo con una triste nota de despedida. Los que le conocían jamás llegarían a creerse que el contenido de esa nota fuera cierto. Pero eso no importaba demasiado porque después de que el forense certificara el suicidio como la única causa de su muerte, no había mucho ya que hacer o elucubrar.

-3-

Ambos, como buenos funcionarios de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, habían sido puntuales. El inspector y el capitán casi habían entrado a la vez en la marisquería del Paseo Pereda y, gracias a la previsión del segundo, se dieron cuenta de que había sido una buena idea reservar mesa teniendo en cuenta la cantidad de gente que ocupaba a esa hora el local. Para ser un día de diario no estaba mal.

Estuvieron un buen rato charlando de cosas triviales como el fútbol, los rumores que circulaban acerca de una bajada de sueldo generalizada para todos los funcionarios, del tiempo, de anécdotas de

sus respectivos trabajos…y al no estar de servicio ninguno de los dos en ese momento, corrió el vino blanco a cuenta del Departamento. El capitán había pedido un día de asuntos particulares para hablar tranquilamente con Mateo puesto que eran demasiadas cosas las que habían pasado por alto en el caso.
Una camarera se acercó a su mesa y ambos se quedaron admirándola como dos colegiales recién salidos de un seminario e inmediatamente se dieron cuenta de lo patéticos que parecían. Se rieron a carcajadas espoleados por el alcohol que ya circulaba alegremente por sus venas.
No fue hasta el postre cuando Roberto sacó por fin el tema por el que se habían reunido:

- He vuelto a repasar las notas del caso y me he dado cuenta de varios detalles que hemos obviado desde el principio, capit… ¿te puedo tutear? Me he dado cuenta de que llevamos varios días tratándonos de usted y tuteándonos indistintamente, y eso queda algo raro- el capitán asintió - Rafael pues. Bien, he descubierto algunas cosas que me hacen sospechar que tenemos un topo entre los nuestros y la inspectora está de acuerdo conmigo: alguien avisa a esa mujer de todos y cada uno de nuestros movimientos antes de que podamos acercarnos a ella. Es una dinámica recurrente, piénsalo.

Le contó todo lo que había ocurrido desde que comenzó el caso de la asesina en serie desde el asesinato de Antonio Fuertes hasta llegar al último pasando por la surrealista experiencia del tiroteo en Terán. Envalentonado por el vino, no omitió ningún detalle y además, tenía una perentoria necesidad de contarle a alguien algo que jamás habría tenido el valor de contarle a nadie. Cuando acabó de contar su relato, se quedó mirando inquisitivamente a su interlocutor que no había dejado de dar cuenta de un buen plato de natillas con galleta y caramelo.

- ¿Has dicho que los ancianos de ese pueblo…están muertos en su casa y que nadie lo sabe? ¿Que no has dado parte de ello? - el inspector asintió. Roberto estaba intrigado y bastante confuso por la densidad de la historia, pero sobre todo, por lo que le había pasado en Terán.

Cuando llegaron los cafés hicieron una pausa que les valió para dejar reposar las palabras e intentar procesar toda la información que habían compartido. Contarlo en voz alta le sirvió a Roberto para detenerse a pensar y analizar cada detalle del caso:

- Supongo que eres consciente de que tener un topo dentro del Equipo complica aún más las cosas, ¿no? Podría ser cualquiera: desde el novato ese de Barcelona que nos trae todos los días cafés y bollos hasta el puto coronel al mando de esta Operación - se reclinó sobre el respaldo de la silla cruzando las manos detrás de la nuca -. Qué cojones, podríamos ser cualquiera de nosotros…

- Los topos recopilan información, no abren investigaciones en paralelo a las de sus compañeros incumpliendo una orden directa. Y sobre todo, no se exponen a correr el riesgo de ser expedientados y, lo que es peor, investigados - su interlocutor asintió.

- Si no somos ninguno de nosotros dos debemos de tener a alguien muy cerca de nuestros pasos y, por lo tanto, hay que operar con extrema cautela, Roberto…te contaré algo, pero tienes que jurarme no decir una sola palabra a nadie de lo que te diga a continuación - esperó a su confirmación y prosiguió -. El otro día, mi coronel, Téllez se llama, me pidió algo extraño.

- ¿Extraño? ¿Fue una petición oficial o extraoficial, capitán?

- Ni puta idea, pero me dio la impresión de que había más personas involucradas: me pidió reportarle directamente a él de cualquier cosa que averiguase en el caso, que no escribiera nada ni grabara nada de mis investigaciones…y lo más extraño de todo fue… - pensó en cómo se lo diría. Tardó unos segundos que se le hicieron eternos al inspector -. Me mandó un archivo al correo para que investigara a una mujer en secreto. No lo he abierto aún, pero sé que esa mujer se llama Miriam y que tenía que dar con ella. Según Téllez no tiene nada que ver con este caso, pero no me fío de ese puto zorro. Estoy seguro de que me estaba mintiendo de forma descarada. Sea quien sea esa…

- ¿Crees que esa tal Miriam tiene algo que ver con este caso?

- No lo sé, pero tengo aquí una copia del fichero en este pendrive para que le eches un vistazo porque a partir de ahora sé que tendrás mucho tiempo libre y ese coronel no me quita el ojo de encima: me pregunta todos los días sobre “nuestro asunto” y fuera del radar podrías hacer más que yo. Te lo estoy pidiendo porque intuyo que es algo relacionado con la Anjana…sólo pierde una mañana o una tarde en analizar el contenido y si no ves nada relevante, destruye esa memoria y seguimos por otra vía - bebió

de un trago el chupito de bourbon y sonrió.

- Sólo necesito saber que lo que te he dado no es más que el marrón de un oficial conocido en círculos minoritarios por sus problemas de ludopatía y por una gran afición a las putas, Roberto. Sería un alivio.

Una hora más tarde, Roberto regresó al hotel y se tumbó en la cama. N

A pesar de haber dormido poco esa noche, no tenía nada de sueño, pero necesitaba reposar un poco la comida y, sobre todo, las ideas.

En la televisión estaban poniendo una película de indios y vaqueros que había visto al menos cuatro veces, pero no le importó porque su cabeza ya estaba a millones de kilómetros de allí intentando buscar alguna respuesta a todo lo que rodeaba al caso. A ese gafado caso. A ese puto y maldito caso.

Sólo tenían los moldes de unas huellas, restos de algunos cabellos cuyas pruebas de ADN no eran para nada concluyentes y poco más. Los demás objetos estaban, hablando en jerga policial, blancos.

Al fin se levantó de la cama y encendió su ordenador portátil. No les sobraba tiempo pues si la teoría del capitán Salgado acerca de los asesinos en serie era cierta, tenían que actuar con celeridad porque una vez que la Anjana hubiera "cerrado su círculo", ya sería prácticamente imposible dar con ella.

"Los asesinos en serie actúan por rachas y luego desaparecen. Matan a dos, tres, cuatro…cien víctimas y pueden llegar a permanecer invisibles días, meses, años o para siempre, inspector. El famoso Asesino del Zodiaco, por ejemplo, es de este último grupo de criminales desaparecidos: operabó a finales de los años sesenta y un día sin más, se lo tragó la tierra. Desapareció sin más. Son personas extremadamente inteligentes, enfermizamente pulcros y muy fríos, pero poseen un cierto grado de impulsividad en determinadas fases. La Anjana tiene ese perfil: la impulsividad que mostró en su incursión a la Comisaría y la frialdad en el secuestro de usted y de Marina son algunos ejemplos.

Le seré sincero. La única oportunidad que podríamos tener de atraparla es que la pillemos en una fase de irracionalidad que haga que baje la guardia porque cuando está centrada, nos gana por goleada a todos nosotros. Jamás me había topado con alguien así en toda mi carrera profesional y si le soy sincero pensé que jamás lo vería: la Psicología Criminal no es ni

mucho menos una ciencia exacta pero si me preguntaran mi opinión diría sin ningún género de dudas que esa mujer debe tener un coeficiente intelectual de al menos 140. Como podrá suponer, con esa capacidad intelectual y el instinto innato de supervivencia que ese tipo gente tiene, hace que se les llame EN SERIE por una única razón, inspector Mateo: tardan tanto en ser descubiertos que tienen más oportunidades de hacer lo que más les gusta. Matar.

Y no le aburriré más, sólo añadiré que, analizando someramente la Mitología en la que están (al parecer) basados sus crímenes, mi teoría es que dejará de matar en invierno. Finales de otoño como máximo. En la mayor parte de esas terribles y sobrecogedoras historias, las brujas y todos esos seres parecen entrar en un estado de latencia en épocas frías. Únicamente sus acciones tienen un punto álgido en el calendario: el Solsticio de Verano. A partir de ahí bajan el ritmo.
Para la Anjana nosotros dos somos "los Caballucos del Diablo", unos seres dotados de un cierto poder de indestructibilidad por parte de esas brujas cántabras y por eso sospecho que usted y yo somos piezas esenciales en su tablero. Si no nos ha matado es porque ella cree que no puede hacerlo…y no me pregunté por qué cree eso, pero lo cree, Roberto.
Así que le recomiendo encarecidamente que se empape estos días de esas historias, que profundice en cada personaje, en cada detalle, en cada lugar…porque si encontramos la pauta de esta historia, la encontraremos a ella. Podremos al fin ir por delante".

El contenido de la memoria USB estaba ordenado en carpetas y dentro de cada una de ellas había otra serie de subcarpetas con nombres como "Fotos", "Historial" y "Localización. A su vez, dentro estaban todos los archivos clasificados escrupulosamente por fechas y en orden cronológico.

Le llamó poderosamente la atención un archivo en concreto llamado "Caso Alejandro". En él se almacenaba material que trataba de un antiguo policía de la Comunidad Valenciana en los años ochenta y finales de los noventa. Empezó por ahí. Después de estar casi una hora buceando en la vida y obra del agente, no consiguió desentrañar el misterio de qué hacían su historial y las fichas policiales dentro de ese USB…hasta que dio con una la ficha de una detenida.

Se trataba de una adolescente con una mirada desafiante y el pelo casi rapado al cero. Tenía una prendida una argolla a uno de los labios y unos pendientes estrafalarios. Por su peculiar look era evidente que se trataba de una chica que se había unido a la moda Punk tan en boga

en esa década, aunque, sin ser consciente de ello, era una precursora de la movida Gótica que hasta casi veinte años después, no consiguió emerger.
Esa chica rebelde habría sido un caso más del capitán de policía Alejandro López del Corral si no hubiera sido por la nota al pie de foto escrita por el puño y letra del propio policía: proteger. Únicamente esa palabra.

Le llevó casi otra hora cotejar las demás fichas y comprobó que en ninguna más había alguna anotación. Era demasiado evidente de que esa tal Miriam Verdaguer significaba mucho para el agente…y tenía que saber por qué.
Se había metido tanto en la historia del policía que no se dio cuenta hasta que cerró esa carpeta de que Rafael ya había mencionado el nombre de esa chica (ahora una adulta): Miriam. Ella parecía ser el objetivo de la investigación del coronel Téllez y eso enredaba aún más las cosas:

- O sea, que el vínculo entre Alejandro y la tal Miriam es la típica historia de una joven ovejita descarriada a la que un agente con escrúpulos jura proteger para que no caiga en las drogas o en la delincuencia - pero algo no encajaba en esa teoría. Abriendo el frigorífico del mueble-bar, se sirvió una generosa copa de ginebra y se la bebió entera a palo seco. Siempre se había fijado en que su cerebro funcionaba como la seda cuando andaba algo achispado. *"Como el de Allan Poe con el opio"* se decía muchas veces en plan irónico -. Hay más fichas aquí de chicas y chavales más jóvenes que ella y Alejandro no actuó así con ellos, ¿qué les unía?

Una de las respuestas que tenía que encontrar era precisamente esa: ¿qué hacia tan especial a Miriam del resto de adolescentes que habían detenido en Valencia? ¿por qué ella y no los demás?

Volvió a mirar la fotografía en busca de algún detalle, pero no vio nada aparte de ese piercing-argolla o los horribles pendientes con calaveras en sus orejas. Era una fotografía tamaño carné vieja donde apenas se percibían más detalles que los que una Polaroid era capaz de dar. Hizo una foto con el móvil y la guardó en el carrete del teléfono. Había algo familiar en esa cara: no era una chica guapa, más bien lo contrario. Ese corte de pelo acentuaba unos rasgos duros y, si uno la echaba un vistazo por encima, podía haber pasado por un hombre perfectamente.

…" pero esa expresión dura me recuerda a alguien, vaya".

Desechó la idea inmediatamente: no conocía a nadie de Valencia, y menos a alguien que hubiera sido fichado por la policía con un look de los "Sex Pistols". Se rio entre dientes prometiéndose tomarse con calma la ginebra. *"Habré visto cientos de caras y caras y más caras en todos los casos que he llevado…y al final, ¿por qué no iba a dar con dos que se parecieran? Creo que tengo el cerebro tan cansado ya de toda esta mierda que si no recupero pronto el sueño no le seré de gran ayuda al Capitán Colega".*

Y eso hizo.
Hasta el mediodía de la mañana siguiente no se levantó de la cama, y eso porque le había llamado Rafael por teléfono. Estaba muy agitado:
"El coronel Téllez se ha pegado un tiro. Se…se ha volado la tapa de los sesos en su despacho el muy cabrón…me acaban de llamar. Creen que le estaban untando con dinero, pero aún no se sabe quienes son los que le han comprado ni para qué le daban esas cantidades. Ya hablaremos, Roberto, pero nuestra investigación ha dado un giro de ciento ochenta grados: si teníamos que ser discretos, ahora debemos andarnos con pies de plomo porque tenemos en nuestro poder algo que seguramente es muy valioso para alguien. Y lo que es peor, el hecho de llevar de forma clandestina este encargo personal del coronel nos hace sospechosos, ¿lo entiendes?".

- Comprendo bien lo delicada que es esta situación, capitán Salgado. Pero piense una cosa. Poniéndose en la peor de las situaciones, si nos interrogaran, ni usted le ha matado ni yo le he matado, así que esté tranquilo por eso: sólo sería una pérdida de tiempo entre interrogatorios, dudas razonables y una investigación interna que no tendría mucho recorrido - apuró el vaso de Bombay a regañadientes y sin pensar, le formuló una pregunta a Rafael Salgado -. Si yo tuviera que viajar a Valencia debido a este… "encargo", ¿me pagaría su departamento las dietas? Creo que he encontrado algo.

- Si la memoria no me falla, le dije "darle la máxima prioridad" al contenido de ese pendrive, inspector. Literalmente. Así que vaya a por todas y haga lo que tenga que hacer para que podamos saber de una vez quién coño es esa mujer y por qué era tan importante para el coronel dar con ella- antes de colgar añadió -. Le daré un último consejo: no dé por supuesto nada de lo que vea porque las casualidades no existen. Si ve algo que parezca improbable, recuerde que NO es imposible. Así que le pido que tome nota de todo lo que vea y oiga que se salga de lo normal. Buena suerte, Roberto.

-4-

La brisa del mar era agradable a esas horas de la noche.
Al final, Roberto había decidido a llamar a Marina para despedirse porque jamás había salido por la puerta de atrás de ningún sitio. Y esa vez no iba a ser una excepción. Sí, sinceramente seguía dolido con Marina, pero también siendo sincero consigo mismo, no tenía ningún derecho a estarlo pero sobre todo no quería que las cosas quedaran así después de todo lo que habían pasado juntos en esa maldita persecución a ninguna parte. Sus sentimientos eran cosa suya, no de ella:

- Me alegro de que me hayas llamado, Roberto - el helado de fresa se le estaba derritiendo y rebosaba peligrosamente por los bordes de la tarrina que llevaba entre sus dedos -. Siento haberte…

- Tranquila, está olvidado, ¿vale? - mintió. Aún se sentía hipnotizado por esos ojos y por el olor a champú de su pelo cuando se acercaba a él. Era la tercera vez ese día que intentaba quitarse esos pensamientos de la cabeza, pero era inútil -. He quedado contigo para, aparte de despedirme, advertirte de que tengas mucho cuidado, ¿vale? Ha sido una putada tener que dejarte sola en esto, así que el que lo siente soy yo, Marina.

- Es una pena - soltó una risita pícara mientras se limpiaba con una servilleta los dedos pringados de helado.

- ¿Qué es una pena? ¿El que me vaya o que te estés dejando medio helado en la mano? - ella amagó con darle un golpe, pero no dejaba de sonreírle.

- Es una pena que justo ahora que ya te has atrevido a llamarme por mi nombre tengas que irte - Roberto intentó adivinar si lo decía en serio o simplemente bromeaba porque en ella esas cosas eran siempre difíciles de saber. Quizás ambas cosas.

Se sentaron en un banco cercano a una de las cafeterías ubicadas muy cerca de la orilla del mar y el inspector se fijó en una pareja que estaba sentada justamente enfrente de ellos: él sostenía las manos de su pareja y ella le besaba. Se dio cuenta de que Marina le estaba

observando con curiosidad y se ruborizó.

- Déjame jugar a trazarte un perfil… ¿puedo? - no dijo nada. Mejor dicho, estaba tan avergonzado de haber sido descubierto fisgando en la vida de esa pareja que no conseguía articular palabra, así que su silencio lo tomó como una afirmación -. Eres un hombre sensible, aunque rudo a veces (más de las necesarias si me preguntas mi opinión). Callado cuando no estás seguro de ti mismo pero socarrón y parlanchín cuando te sientes cómodo con alguien…pero sobre todo eres un romántico empedernido.

- Te equivocas en lo último.

- Por la mirada que has echado a esos dos tortolitos que están sentados en ese pub pijo bebiendo bebidas pijas y hablando de cosas de pijos…yo diría que quieres algo así en tu vida: un velero, una canción de Barry White, docenas de velas aromáticas, un poema de Neruda o quizás una cama llena de pétalos de…

- Ya es suficiente - se sintió bastante ofendido por su tono frívolo de Marina -. Déjame jugar a las adivinanzas ahora a mí, ¿de acuerdo? Alguien te jodió a base de bien. Quizás fuera un cabrón de esos a los que les gusta pegar a las mujeres o follar con las de los demás…o puede que un macho manipulador de los que tienen la especialidad de hacer sentir a los demás como una puta mierda. Así que un día, sin tener que ser un día diferente a los demás, te levantaste de la cama y te dijiste a ti misma: “No es justo lo que este capullo me está haciendo, y como no es justo, voy a hacer justamente lo mismo con todos los hombres con los que encuentre por ahí para que sepan el daño que hacen”, ¿y sabes? Yo…

- Tú, ¿qué, Roberto? Prosigue, has acertado en casi todo menos en lo de hacerte daño a ti.

- Yo…sí, ¡qué coño! Sí, envidio a ese capullo que está ahí sentado tomando algo con su pareja. Sí, me gusta Barry White y también si me apuras casi todas las baladas moñas y tópicas que puedas imaginarte. Y sí, me gustaste mucho desde el primer día que nos vimos pero no quería que eso me afectara…pero, joder, ¡lo hizo! Me partí la cara con Rafael por celos, mierda…así que no valió de nada hacer las cosas de la manera en que las hice.

- Te seré sincera yo también y te pido que no te lo tomes a mal,

¿de acuerdo? Yo no busco eso que tienes ahí delante en un escaparate de gin-tonics, camisas de Hillfiger y perfumes caros. Tampoco quiero música lenta, ni canciones a la luz de la luna, ni letras de baladas…ni tan siquiera quiero desayunos en la cama con flores, croissants, cupcakes y cosas de esas - se quedó pensativa mientras dos niños ruidosos pasaban al lado de su banco montados en sus bicicletas -. Tan sólo deseo vivir al día sin pensar en si los regalos que me han dejado al pie de un árbol de Navidad estarán ahí mañana. Deseo una vida de presentes por descubrir y de futuros que sobrescribir…pero sobre todo de pasados que intentar borrar, Roberto. Sí, me jodieron la vida bastante, pero eso no es excusa para que yo haga lo mismo con personas que no tienen la culpa de mis decisiones.

- Yo...

- Déjame acabar porque si no te lo suelto todo de carrerilla no sé si podré acabar de contártelo, ¿vale? - estaba llorando y en un esfuerzo sobrehumano intentaba sonreír. Se secó las lágrimas como pudo con una de las servilletas de papel que les habían dado en la heladería -. Si me he apartado de ti es precisamente porque no quiero hacerte daño, Roberto: estropeo sin querer a las personas que me rodean y saboteo mis relaciones sin darme cuenta porque soy…a veces creo que soy una mala persona, Roberto.

- No eres mala persona, Marina, tan sólo has cometido algunos errores como hacemos todos en la vida. Es normal cagarla sobre todo cuando no hemos superado algo que cerramos en falso en el pasado, así que quítate esa idea de la cabeza. No eres una mala persona, tan sólo eres una mujer...de decisiones torpes - consiguió hacerla reír y eso le reconfortó. Le ofreció su pañuelo -. Toma, anda. Es sólo un pañuelo, ¿vale? No te estoy retando a un duelo con florete por el amor de una noble, damisela.

Ella soltó una carcajada y lo que quedaba de helado en la tarrina se derramó por todo el banco y sin parar de reir, salieron corriendo del lugar donde habían cometido esa chiquillada involuntaria. Huían como dos chiquillos que acabaran de robar un puñado de gominolas en un quiosco y no pararon hasta llegar cerca del hotel donde se ella se alojaba. Ahí, ambos quedaron mirándose el uno al otro durante un largo rato y al final, ella le dio un beso en la mejilla y le abrazó. No hubo palabras ni despedidas emotivas. Tan sólo un mudo beso y un abrazo intenso y prolongado. Y se fue.

Cuando llegó al aparcamiento, Roberto seguía pensando en la conversación que habían mantenido. Quizás Marina tenía razón y era cierto que ellos jamás habían tenido ninguna oportunidad de tener algo con otra persona que veía la vida de una forma diametralmente opuesta. El cansancio mental y físico dio paso a un sentimiento de pena.
Hace unos meses, antes de empezar los asesinatos de la Anjana, si le hubieran dicho que volvería a sentir algo así, no habría parado de reír... tenía la amarga sensación de haber conseguido lo más difícil y haber muerto al llegar a la orilla del río. Respiró hondo intentando centrarse en la investigación en Valencia del día siguiente. Quizás…

- Cuando te fuiste pensé que te darías la vuelta y me besarías. Así que quizás aún no sea demasiado tarde para mí y algún día pueda llegar a ser capaz de creer un poquito en las películas, en los croissants y en Neruda - no sabía cómo ni por dónde había entrado Marina en el aparcamiento. Roberto llegó a pensar que aún estaba tan inmerso en sus pensamientos que la estaba soñando…pero ahí estaba ella delante de él mirándole fijamente a los ojos de nuevo.

Y esa vez, no dejaría pasar esa oportunidad.

La besó bebiendo de sus labios todos los sentimientos reprimidos durante tanto tiempo. Dejó de oír el sonido de los cláxones de los coches que entraban y salían, el rugido de los motores al bajar la rampa y el chirrido de los neumáticos. Su mundo se concentró de repente en ese preciso instante en el que, lentamente, todo lo que les rodeaba iba desapareciendo como un dibujo difuminado de una lámina por una gigantesca goma de borrar. Cerrando los ojos, se zambulló en cuerpo y alma en las agitadas aguas de unos sentimientos que se asían a la tabla de salvación de su torso. Reían y lloraban. Suspiraban, inspiraban y se tocaban. Una tormenta de emociones se desataba en la planta menos dos de un garaje a la par que dos almas se fundían a miles y miles de pisos de altura.

Entraron en el coche quitándose la ropa sin dejar de comerse a besos. Cuando Roberto iba a ponerse encima de ella, Marina le empujó haciendo que se tumbara contra el asiento y se sentó a horcajadas sobre él. Sentía el calor de sus pechos contra sus mejillas sin dejar de acariciar sus muslos a medida que ella subía y bajaba. El aroma del champú de su pelo mezclado con el perfume que aspiraba ávidamente

de su cuello hacía que el deseo se enredara con una sensación de alocada ebriedad. Sus respiraciones profundas y aceleradas hicieron que los cristales se empañaran con rapidez y esa sensación de falsa intimidad provocó que ambos se abandonaran por fin a una vorágine de sexo desenfrenado. Se mordían, arañaban y pellizcaban mientras incrementaban el ritmo acompasado de sus cuerpos al nivel donde las almas se tocan con los dedos y el placer se hace dolor… hasta que Roberto tuvo que acallar sus gritos con un profundo beso en el universo oculto de su boca.

Se quedaron en esa posición un largo rato en un silencio solamente interrumpido por el latido de sus corazones y la respiración de ambos hasta que se fue haciendo más pausada.
Cuando se recompusieron, Roberto logró convencerla de que fuera con él al hotel puesto que ella se levantaba más pronto y el hotel donde se alojaba el inspector estaba más cerca de las oficinas del edificio donde trabajaba Marina.

Esa fue la primera vez en mucho tiempo que Roberto consiguió dormir de un tirón sintiendo la dulce y reconfortante compañía de tener a alguien al lado en una cama demasiado acostumbrada a estar vacía.

Y como suele pasar en casi todas las películas románticas…al despertar, ella ya no estaba; tan sólo encontró una nota escrita de su puño y letra junto a una de esas flores que ella tanto decía detestar.
Sonrió amargamente y la leyó. Esa sí era una despedida digna, se dijo para sí.

-5-

El doctor Méndez había conseguido salir del maletero a duras penas.
El esfuerzo de blandir una llave inglesa y golpear a esa pirada que estaba tirada en el suelo había sido titánico dadas sus condiciones: nunca había oído hablar de una droga tan potente como la que Miriam le había suministrado. La había llamado “nosequé de coliendre” y sólo imaginar de dónde habría sacado los ingredientes para elaborarla le ponía los pelos de punta porque como doctor sabía el peligro que acarreaban los errores de medición en las dosis. Vaya si lo sabía.
Intentó arrancar el coche por dos veces, pero…por la información que se desplegaba en la pantalla del salpicadero vio que todo estaba lleno de pilotos luminosos parpadeantes. Todos eran símbolos rojos de peligro.

- Ha roto la llave y ha bloqueado el ordenador de a bordo, mierda - observándola ahí tumbada tuvo que reprimir las ganas que le entraron de repente de patearla hasta matarla. Lo único que se lo impedía era el fuerte mareo que sentía y una sensación de agotamiento cada vez más notable.

Tenía que buscar un teléfono con urgencia. Esa mujer le había sacado de su despacho sin el suyo y sospechaba que el móvil de ella lo tendría bloqueado. De todas formas, dudaba mucho que en esa zona hubiera una puñetera línea de cobertura: alrededor no tenía más que árboles y una cabaña que seguramente no tendría ni luz eléctrica y mucho menos una línea de teléfono.

“Por la duración del viaje y el traqueteo calculo que estoy a unos cuarenta o cincuenta kilómetros de Santander. No sé en qué dirección, pero por los baches, sé que ha estado conduciendo un buen rato por caminos que seguramente no están ni en los mapas. Parece un Parque Natural, así que ha conducido hacia el sur donde están la mayoría y éste puede que esté cerca de los Picos de Europa, aunque tampoco puedo decirlo con seguridad”.

Miró la hora y se dio cuenta de que pronto anochecería. La luz del sol ya pugnaba por atravesar las densas ramas de la arboleda y cada vez le costaba más distinguir los detalles. Aún tenía visión borrosa y sospechaba que hasta que no bebiera mucha agua para rebajar la concentración de la droga en sangre y pudiera orinar, no se le pasarían los efectos del todo.

Sin agua, comida, luz o teléfono…lo iba a pasar muy mal si no encontraba pronto a alguien. La otra alternativa era demasiado peligrosa como para tenerla en cuenta: entrar dentro de esa casa y buscar al menos agua, pero había algo en esa caseta adosada a un extraño establo que le ponía los pelos de punta y aún no sabía muy bien el qué. Mientras daba vueltas y vueltas al vehículo buscando una respuesta, se le ocurrió algo maldiciéndose por no haber caído antes en ello:

- Si esta zorrita ha inutilizado mi coche… ¡eso es porque debe tener otra forma de salir de aquí, seguro! Otro coche, una moto, un quad o qué sé yo. Me daría con un canto en los dientes si encuentro una puta bicicleta en estas circunstancias - la respuesta estaba dentro de ese cobertizo pegado a la cabaña al que, él sin saberlo aún, Miriam llamaba “el Alfiletero”.

La cabeza aún le daba vueltas como una noria dirigida por un yonqui puesto hasta el culo de anfetas porque esa maldita droga era de efecto prolongado y, a pesar de que físicamente sus extremidades respondían a las órdenes que le enviaba el cerebro, la respuesta funcionaba con el mismo retardo que una retransmisión televisiva emitida desde un planeta muy lejano.
Era una suerte entre imágenes a cámara lenta y un avance-retroceso de la repetición de un penalti dentro del área…así que, paso a paso, se dirigió hacia ese establo tropezando de vez en cuando con alguna rama caída en el sendero. No apartaba la vista del portón de grandes dimensiones esperando ver salir de allí a alguno de los extraños seres de los que había hablado esa loca. Era muy infantil pensar eso, pero en la creciente oscuridad de un bosque, su imaginación creía firmemente que todo era posible y no le habría extrañado un pelo ver la sombra de un Ojáncano o de un Trasgo asomándose furtivamente desde una de las ventanas del cobertizo.

Méndez no necesitó caminar demasiado para leer en un viejo letrero herrumbroso tirado junto a un árbol el nombre del lugar en el que se encontraba: ***“Bienvenidos al Parque Natural de Saja-Besaya. Paraíso Natural”***. Justamente debajo habían rotulado el dibujo de una familia que parecía estar disfrutando de una merienda campestre mientras todo tipo de animalillos de campo brincaban y danzaban alrededor. Al menos sabía dónde estaba. Había visitado ese Parque Natural y si la memoria no le fallaba, en épocas de buen tiempo se organizaban muchas excursiones por la zona y estaba rodeado por una buena cantidad de pequeños pueblecitos donde, además de teléfonos, tendrían algún Cuartel de la Guardia Civil o algún Forestal asignado a

la zona.

Intentó apretar el paso.
Si encontraba un medio de locomoción en ese establo estaría salvado y esa maldita loca perdida. Un poco antes de abrir las puertas, cambió de idea: no la iba a entregar porque ella sabía algunas cosas que al doctor no le interesaba que se aireasen por mucho que el diagnóstico mental de esa furcia le restara credibilidad. Si encontraba un coche, la pasaría por encima, sacaría fuerzas de flaqueza para meterla al maletero (como ella hizo con él) y ya vería de camino a Santander en qué río o pantano se desharía de ella. Sonrió satisfecho: a él nadie le tocaba los cojones y menos una…

- Ahí dentro no va a encontrar lo que busca, comecocos - la mujer, aunque tenía un corte en la sien que no dejaba de sangrar (y parecía aún más aturdida que él) blandía un destornillador que había sacado de la caja de herramientas.

- Pues tendré que entrar para comprobarlo, ¿no te parece? ¿Crees que me asustas con ese destornillador? Podrías usarlo para apretarte los tornillos que te faltan, furcia - soltó una carcajada que rebotó contra las paredes de la casa y la cabaña adyacente causando un extraño eco apagado.

Miriam detectó en esa risa que estaba nervioso porque ¡vaya si le asustaba ese destornillador en sus manos! Si hubiera estudiado (o al menos leído por encima) la mitad de su ficha con los antecedentes que tenía en su historial, sabría que con menos que un simple destornillador había desollado a un hombre dos veces más corpulento que él y a otro le había sacado los ojos como si fueran cerezas de un frutero. Ella era una experta conocedora de los puntos débiles del ser humano empezando por los físicos y acabando por los mentales. Y, concretamente, al hombre que tenía delante, le había estudiado perfectamente en todos esos años: sus ataques de ciática, su problema con las muelas, sus miedos, sus vicios…pero sobre todo…

- ¿Ve este frasquito que tengo en la otra mano? Es un antídoto. Esa mezcla que he preparado con mucho cariño exclusivamente para usted y que aún circula por su cuerpo, tiene un componente que hace efecto a las pocas horas de ingerirla, comecocos - Méndez se detuvo en la puerta y, tal y como Miriam esperaba, se dio la vuelta lentamente para prestarle atención -. Si no bebe ésto, tendrá daños irreversibles durante el resto de su patética vida. Usted sabe qué es el Alzheimer, ¿verdad? O la E.L.A.

- ¿Qué cojones dices, niñata? Mientes. No dices más que tonterías para distraerme y que no…

- ¿Qué no qué? Pero si solamente le estoy advirtiendo, comecocos. Este líquido es lo único que puede evitar que dentro de unos minutos usted no sepa ni quién es y si me apura, ni cómo hay que respirar para no morirse cianótico perdido. Si quiere que se lo de, hágame caso: CIERRE ESA PUTA PUERTA AHORA MISMO y acérquese a mí. Le prometo que no le haré daño.

- Si hago lo que me dices, ¿dejarás que me vaya? No me fío de ti.

- Sí, le dejaré irse de aquí. Le doy mi palabra de que así lo haré y sepa que jamás he faltado a mi palabra - calculó que los efectos secundarios de los pinchazos en los brazos estaban al caer…y así fue. Méndez se puso de rodillas aullando de dolor. Miriam conocía perfectamente los síntomas de sus mezclas porque ella misma las había probado y porque ya había hecho algún que otro experimento con animales grandes y pequeños. Ella siguió mintiendo -. Beba ésto y se le pasarán esos terribles dolores, doctor.

Le lanzó el frasco a los pies y él desenroscó el tapón ingiriendo el contenido ávidamente con la esperanza de que ese dolor que le quemaba todos los músculos y tendones por dentro, cesara. *"Tiene que estar sintiendo como si le hubieran metido en los intestinos una estufa eléctrica encendida irradiando calor por todo su sistema nervioso. En una situación así, cualquier persona no duraría ni en beber veneno"*.
Tal y como la Anjana sabía…el efecto del brebaje fue instantáneo: le dejó completamente inmóvil pero consciente de todas y cada una de las cosas y sensaciones que le rodeaban. Sus párpados se paralizaron dejando ver dos globos oculares envueltos en una expresión parecida a la sorpresa o al terror. Miriam se arrodilló a su lado pegando su cara a la suya para mirarle fijamente como si en el interior de esos dos globos oculares Miriam pudiera ver el futuro. O quizás su pasado.

- Le prometí que le dejaría irse de aquí, doctor, y lo cumpliré. Se va a ir muy lejos de aquí muy pronto pero no será ni hoy ni mañana…sino pasado mañana - se acercó aún más a sus labios y él pudo percibir perfectamente la maldad incandescente que desprendía esa mujer. A esa corta distancia pudo ver las venas de sus córneas y el extraño color del iris que iba pasando del gris al rojo y viceversa -. También le prometí que se le pasarían los

dolores. Y lo cumplí, doctor Méndez, lo cumplí porque durante cuarenta y ocho horas, no le dolerá absolutamente nada ni tendrá frío. Tampoco calor, hambre o sed. Le voy a meter en "el Alfiletero" y permanecerá ahí dentro dos días completos hasta que esté listo para el festín.

Una lágrima recorrió la mejilla del doctor y fue a parar al cuello de la camisa mientras la ráfaga de aire frio que Méndez no pudo sentir, recorrió esa minúscula calva del bosque haciendo que la temperatura en esa zona disminuyera varios grados.

- Eso sí, también te haré otra promesa…o, mejor dicho, un juramento, querido mío - abrió la boca mostrándole unos colmillos afilados como cuchillas y una lengua morada que parecía tener vida propia - Pasado mañana cuando me alimente de ti te va a doler mucho porque a tu edad ya sabrás que todas las promesas tienen fecha de caducidad. Ah, y no llores porque tienes que saber que tu miserable y rastrera vida te ha convertido en un Mengue perfecto para mí y tu carne podrida hará que me vuelva aún más poderosa cuando la coma. Eres el último, Méndez, después de ti el círculo se cierra y ya no habrá más sacrificios hasta dentro de mucho tiempo, cuando otros como tú y tus amigos maten familias en gasolineras, violen mujeres o trafiquen con niños o un Mengue se aproveche de un inocente más, ahí estaré yo. Más poderosa…y todo eso será gracias a ti.

Le cerró los párpados con los dedos y le dejó a ciegas. Mientras le arrastraba de los pies hasta "el Alfiletero" Miriam sintió el placer al percibir el horror y la desesperación del hombre. Le dejó en medio de lo que era un antiguo establo y le tapó con montones de paja y unas hierbas que ella misma había cortado por la mañana. Por último, roció hombre, hierbas y paja con un bidón lleno de un compuesto elaborado con un adobo porque necesitaba que ese hombre se fuera ablandando durante esos dos días que la separaban de la luna llena.

Se lavó, se cambió de ropa (tenía un armario escondido detrás de la pared del único dormitorio de la cabaña) y comprobó su aspecto en el espejo. Sabía que a las once y media tenía una cita en Santander con el "Mundo Real" y viéndose reflejada en el cristal recordó de sopetón cómo se llegaba a ese mundo. Sonrió. Esta vez sus dientes y lengua eran los de una mujer normal y sus ojos volvieron a ser de un precioso azul claro dotados de una mirada intensa pero inofensiva.
Se ajustó los pantalones y se abrió discretamente el escote de la camisa pensando en que le apetecía mucho comer algo. Se le había

abierto el apetito con tanta actividad física y además se sentía muy contenta.
Le apetecía comer algo frío.

-6-

Dos horas después de haber aterrizado en el aeropuerto de Manises, Roberto había conseguido concertar una cita con un policía de Valencia no sin antes haber hecho varias llamadas de teléfono e identificarse en todas ellas como inspector de la Guardia Civil (con las consiguientes preguntas acerca de si existía ese rango en la Benemérita, por supuesto).
Quedó con el teniente Manuel Gutiérrez en la misma Jefatura Superior de la Policía Nacional de la Comunidad de Valencia y el hombre le invitó a entrar en su despacho ofreciéndole un café a esas horas de la mañana, invitación que Roberto aceptó de buen grado.
El teniente no podía quejarse de las vistas si las comparaba con las del despacho del agente que tenía sentado delante en ese momento. Era amplio y estaba lleno de fotografías y trofeos (puesto que participaba en todos los Maratones y Carreras Populares).

- También he sido miembro del Equipo Nacional de Atletismo en las Olimpiadas de Los Ángeles, ¿sabe? Ya llovió, pero me gusta presumir de ello, vaya - le ofreció otra pasta y sonrió -. Su nombre me sonaba de algo cuando se identificó por teléfono, inspector Mateo, pero ahora que le veo en persona me ha dado cuenta de que he invitado a mi despacho a toda una estrella mediática, ¿cómo van con el caso de esa criminal en serie? Está algo lejos de su casa para hacer una investigación, ¿no?

- Antes de nada, tengo que serle sincero, teniente: en estos momentos no estoy en activo porque me han apartado del caso por una sanción disciplinaria - el teniente ni se inmutó. Parecía empatizar con él perfectamente por algún motivo.

- ¿Por la pelea que salió en prensa en la que se dio de hostias con otro compañero? - sonrió guiñándole un ojo -. No se preocupe, salió en las noticias del Boletín Interno de la Policía Nacional pero no ha trascendido a la prensa generalista. Sé lo que es trabajar bajo presión sobre uno de esos casos que se van alargando, ¿sabe? Aquí también hemos tenido lo nuestro con el Caso Alcasser del año noventa y pico…demasiadas noches sin dormir y muchas presiones de esos chupatintas de arriba. No se

preocupe, le ayudaré. Dispare.

Roberto le contó lo que había averiguado del capitán Alejandro López del Corral y de su detenida Miriam Verdaguer. Omitió lo del pendrive y quién se lo había dado pero le confesó que tenía serias sospechas de que esa mujer (por algo complicado de explicar) parecía tener un vínculo con el caso que se estaba investigando a más de setecientos kilómetros de allí. El teniente Gutiérrez le escuchó con mucha atención sin decir una palabra.

- Ya veo, inspector…tengo que informarle antes de proseguir de que conocía personalmente a Álex en sus tiempos en activo- se levantó y bebió un vaso de agua de la fuente del despacho -. Era un excelente policía, ¿sabe? Y como persona era excepcional. Ayudaba en todo lo que podía a la gente por pura vocación de servicio y entrega. Un buen tipo de los que quedan pocos, la verdad...

"De esa muchacha de la que me habla no sé nada y por el nombre ni me suena si le soy sincero (además de que estamos hablando de algo que ocurrió a en los locos y añorados años ochenta): apenas sabíamos qué coño era un ordenador por aquel entonces. Había uno en Madrid y era del tamaño del estadio de Mestalla creo…las fichas policiales se clasificaban de aquella manera y el material que teníamos en aquella época, ¡qué le voy a contar!
El único lugar donde podría (y recalco "podría") haber algo está en nuestro edificio del Paseo de la Albereda, cerca del Museo de Arte Moderno. Si la memoria no me falla, se almacenaron casi todos los archivos más antiguos allí: han habilitado el sótano y la última vez que fui…mejor que se arme de paciencia, inspector Mateo, porque eso parece Irak en plena Operación Libertad Duradera, joder. Hay cientos de archivadores apilados en estanterías y dar con el caso del que me está hablando le llevará lo suyo".

- Antes de que se vaya tome esto: es un pase para acceder a todos los edificios públicos de Valencia. Lo necesitará estando suspendido de empleo porque a la entrada comprueban las identificaciones - le dio una tarjeta plastificada con el anagrama de la Policía Nacional en el anverso y un código en identificación en el reverso -. Si no es demasiada molestia, manténgame al tanto de lo que vaya averiguando y si le puedo ser de alguna utilidad, le echaré una mano en lo que pueda, inspector.

- Muchas gracias, teniente. Me ha ayudado más de lo que se

imagina - era cierto. No contaba con esa pista del Paseo de la Albereda, la verdad.

El compañero había sido muy colaborador y educado…pero aún así, tenía que pecar de desconfiado después de las experiencias que él mismo había tenido y de lo que le había pasado al coronel Téllez. No podía permitirse el lujo de confiar en la persona equivocada porque, además, si esa era la tierra donde había nacido la Anjana, estaba seguro de que tendría una red de contactos todavía más estrecha que la de los pueblos de Cantabria. Ella era lista y no se permitiría dejar cabos sueltos en su propio terreno.
Ya pensaría qué carnaza le podría dar a Gutiérrez para que no hiciera demasiadas preguntas a las que no pudiera darle una respuesta.

La Comisaría del Paseo de la Albereda era muy pequeña.
Enfrente se extendía un aparcamiento bajo un larguísimo palmeral que flanqueaba la propia avenida. Esperaba que el sótano del edificio fuera más grande de lo que aparentaba el local por fuera…necesitaba tener mucha suerte para dar con una aguja de los 80 en un pajar del siglo XXI.
Al entrar usó el pase y no tuvo mayor problema cuando solicitó buscar documentación antigua en el sótano. El mozo del sótano era un señor de edad avanzada y pareció no importarle que un forastero entrara en sus dominios a revolver entre las hileras de baldas y armarios en busca de un Arca Perdida o un viejo expediente. Le daba igual.
Olía a polvo y humedad por todas partes y la luz era tan tenue que le costó un buen rato acostumbrar la vista a la oscuridad de la estancia.

El teniente no exageraba: filas y filas de armarios metálicos montados en paralelo portaban cientos y cientos de voluminosos archivadores y cajas precintadas. Aquí y allá había algún papel en el suelo e incluso una fotografía con huellas de zapatos. Rezó porque esa documentación tirada no fuera la que estaba buscando.
Se arremangó la camisa y se aflojó el nudo de la corbata para empezar con su quimera. Horas más tarde, el bedel le anunció que se iba a comer. Él pasó de comer y prosiguió en su búsqueda porque no dejaban de retumbar en la cabeza las palabras del capitán Rafael: *"Cuando esa bruja cierre el círculo…desaparecerá del mapa y ya no podremos atraparla, Roberto"*. Siguió sacando y metiendo archivadores llenos de documentación durante varias horas.

Y cuando la noche ya se cernía sobre Valencia fue cuando pareció haber encontrado algo. Su intuición le estaba diciendo algo que no quería ni oír…y si era cierto lo que sospechaba, estaban todos bien

jodidos. Se guardó la fotografía donde Miriam posaba años atrás con el capitán Alejandro: ambos saludaban a la cámara desde los jardines de lo que parecía ser un antiguo orfanato. En la instantánea Miriam era aún una niña y aparte de por los ojos, la pudo reconocer por el nombre que tenía bordado en el uniforme de la institución.
Antes de llamar al capitán, debía tener la certeza de que las evidencias de lo que había encontrado eran cien por cien fiables porque el asunto aparte de delicado se estaba tornando ya…muy incómodo. Y también más y más peligroso. Se frotó las manos y respiró hondo. No podía ser cierto lo que estaba viendo, joder.

Al mirar el reloj se dio cuenta de que ya era bastante tarde como para visitar un Orfanato a esas horas de la noche y, además, ¿qué les iba a explicar a los responsables del Orfanato acerca de del motivo de la visita? ¿Y con qué autoridad podría hacer preguntas un policía que no lo era en esos momentos? Tenía que pensar en algo plausible esa misma noche en el hotel antes de presentarse allí por la mañana.

-7-

Íñigo Sáenz ya había preparado todo.
Quedaba menos de una hora para que se pusiera el sol y ya había conseguido reunir a toda la gente del pueblo en la iglesia. Niños y ancianos incluidos, según las instrucciones de la Anjana: todos eran todos.
Había sido más costoso de lo que él había imaginado: congregar a absolutamente a todos y cada uno de los Guardianes de la Dama Blanca y a sus parientes era una tarea ardua y compleja dado que se encontraban dispersos por todos los pueblos del norte, en su mayoría de Cantabria, pero también de la parte oriental de Asturias. E incluso de Galicia.
A algunos de esos Guardianes tuvo que ir él en persona para anunciarles que había llegado por fin la “Fiesta de los Familiares” y que iba a tener lugar esa noche en el Castro de Peñarrubia tal y como mandaba la tradición, pero debido al estado de alerta policial, la fiesta tendría que oficiarse en una iglesia lejos de las miradas impías de los que no eran Familiares y Guardianes. Excepto el lugar de reunión, todo se mantendría igual.

Lo primero que hizo Íñigo antes de que todos llegaran a la iglesia fue colocar todas las cruces del edificio en posición invertida porque ellos no creían en absoluto en ese dios judeo-romano: únicamente profesaban su fe a la Naturaleza y a las Anjanas, soberanas desde el

principio de los tiempos de todos los elementos de los que estaba hecha la materia. Desde el fuego hasta el aire, desde la tierra hasta el agua como así rezaba la tradición que sus ancestros habían ejercido y dando sus vidas por ella.

Fue echando puñados de tierra y sal en los bancos como señal de purificación y el agua bendita la mezcló con un preparado de tomillo, ortigas y adormidera que provocaba un efecto relajante en los que lo inhalaban. Así lo exigía la tradición y era, ni más ni menos, que por una razón de peso: sólo existía algo más fuerte que la Fe y era el instinto de supervivencia…y a este último había que anularlo para que prevaleciera la primera.

- Está todo listo, maese Íñigo. Se ha olvidado de quitarse ese atuendo hereje de sacerdote - el crío tenía razón. Con las prisas de tener listos los preparativos para el rito, no se había acordado de quitarse el disfraz del que se había servido para su obra de teatro con aquella inspectora.

- Id poniéndoos ya las túnicas blancas. Están todas en las cajas del camión que está aparcado junto a la torre del campanario - los ojos del chaval se iluminaron de repente por la emoción puesto que pocas generaciones de Guardianes y Familiares habían sido llamadas a la fiesta de la inmolación a lo largo de la Historia. Ésta calculó que sería la quinta vez que una Anjana lo requería -. Yo oficiaré la ceremonia desnudo según la tradición, Miguel. Tú ponte la túnica blanca, ¿sabes qué? Tus abuelos estarían muy orgullosos de ti si te vieran en este momento y lugar, chiquillo…hace muchos años que una Dama no nos pide ésto y no tienes por qué sentir absolutamente ningún tipo de miedo, ¿vale? Nuestros cuerpos volverán esta noche a ser tierra y aire gracias a los otros dos elementos sagrados: el fuego y el agua.

- No tengo ningún miedo, maese. Sé que los Familiares que hemos servido a la Dama durante toda la vida viviremos para siempre en todas partes a partir de hoy…pero sólo quiero saber una cosa.

- Dime, muchacho.

- Los que no son como nosotros, ¿adónde van cuando mueren?

- A ninguna parte, Miguel. Ellos simplemente mueren y se

convierten en ceniza para siempre. No tienen la oportunidad de vivir después de la muerte en una Naturaleza que a lo largo de sus impías y sucias vidas han mancillado con actos y masacrado con decisiones - sonrió porque Miguel en ese momento no necesitaba una homilía sino una apelación a la épica -. Hagamos lo que hagamos, siempre podremos estar tranquilos porque hemos servido a los cuatro elementos y a su reina, la gran Dama Blanca. Cada una de las cosas que hemos ofrecido se nos devolverá multiplicado, querido niño…y tú has sido uno de los que más la han protegido, así que puedes viajar en paz.

Les interrumpió una llamada de teléfono y Maese Íñigo descolgó rápidamente el móvil haciéndole una señal a Miguel para que se fuera vistiendo: era ella con su inconfundible voz melódica y a la vez áspera. Quería saber cómo iban los preparativos y le recordó que tenían que ser extremadamente puntuales porque la luna llena saldría a las veintiuna horas y cuarenta y dos minutos. A esa hora ellos tendrían que ser la antorcha que le ayudara a salir del camino y el Sol que iluminara la noche más oscura…antes de dar cuenta del Mengue, ellos tendrían que anunciar a los cuatro vientos el inminente poder de la Anjana. Esta vez tenían que saberlo todos.

Quedaba una hora escasa e Íñigo le informó de que estaba todo listo y le dio las gracias por haberles dado la oportunidad de celebrar una Fiesta que no se había celebrado desde hacía más de un siglo. Ella los bendijo y colgó.

Echó un vistazo alrededor.
Todos estaban ya vestidos y se habían lavado a fondo tal y como les habían enseñado desde pequeñitos sus padres y abuelos por si alguna vez eran los “Llamados a la Fiesta”. Se habían dado una friega de agua, vinagre y sal por todo el cuerpo antes de beber tres cuartas partes de litro de agua de romero y un cuarto de esencia de manzanilla.
Sí, definitivamente todo estaba yendo tal y como debía, se dijo Íñigo. En cuarenta y siete minutos todos los que estaba viendo moverse de banco en banco se convertirían en bolas de fuego y su carne se transfiguraría en tierra. Se arrodilló e inclinando la cabeza, apoyó la frente en el suelo para escuchar lo que la Naturaleza tenía que decirles a modo de despedida: y oyó un tímido ronroneo de gratitud emergiendo del suelo de esa iglesia…

A las nueve y cuarenta y dos, las llamas envolvieron la pequeña

cúpula del edificio convirtiendo los bancos en hornos portátiles y los cuadros de arte sacro en láminas de fuego. Los tapices eran lenguas ígneas que devoraban las casetas de los confesionarios y quemaban la piedra de las tallas de madera desfigurando las imágenes como la cera de una vela. Minutos después, una columna de humo comenzó a verse desde las afueras de Laredo y varios vecinos alertaron a los bomberos y a la policía.
Pasado un tiempo, muchos de los voluntarios que fueron a intentar apagar las llamas contaron que todas las puertas y ventanas estaban selladas por dentro y que lo que más impresión les causó de aquella atrocidad (que pudieron ver desde los barrotes de la puerta de entrada) no fueron los gritos ni los alaridos…

…sino la ausencia de ellos. Se estaban quemando vivos sin mostrar ningún indicio de dolor mientras el fuego les calcinaba. Ver eso, causó tanta tensión y miedo a los testigos, que, con el paso de los años, todos acabaron yéndose por fin de allí. Se fueron lo más lejos posible de un paraje endemoniado que no les había dejado seguir con sus vidas con normalidad después de esa maldita pesadilla que cambió la tranquilidad y la belleza del pueblo para siempre.

La noticia del incendio llegó a oídos del capitán Rafael Salgado a la mañana siguiente nada más entrar en la oficina. Todos estaban arremolinados alrededor del pequeño monitor de televisión de la sala de reuniones en completo silencio y parecían estar muy afectados por lo que estaban viendo. Impresionados, en realidad.

En la pantalla se iban sucediendo las imágenes de una iglesia cercana a Laredo completamente calcinada y de varios grupos de bomberos yendo de un lugar a otro transportando los cuerpos carbonizados de docenas de personas adultas y niños.
En el fondo (muy en el fondo), Rafael supo quién era la responsable de aquella salvajada. Una iglesia llena de personas que se habían congregado desde distintos pueblos y regiones, un incendio que a todas luces había sido provocado…y, además, según lo que narraba algún testigo en estado de shock, todas las puertas y ventanas se habían sellado desde dentro.

"Sí, intentamos entrar, pero todo estaba bloqueado. Les gritamos a los de dentro para que nos ayudaran a tirar la puerta abajo, pero…(sollozos).
Perdone. Dentro había muchos niños: cantaban y eso jamás se me

olvidará. Mientras las llamas carbonizaban vivos a los de la primera fila, ellos cantaban. Todos los demás estaban en silencio y…discúlpeme, pero no puedo seguir”.

- Ha sido esa zorra, me apuesto el cuello - el bocazas del sargento siempre era un inoportuno y, aunque Rafael se quedó con las ganas de darle un puñetazo, pensó que si un zoquete como Márquez era capaz de sospechar de la autoría de la Anjana… entonces la cosa estaba bastante clara.

Intentó llamar un par de veces a la inspectora Marina Bolaños, pero no cogía el teléfono. Rezó porque estuviera bien; últimamente esa mujer testaruda no dejaba de ir (sola) de pueblo en pueblo buscando pistas del caso y sólo esperaba que no hubiera ido esa vez a esa parte de Cantabria. Era una mujer autosuficiente y fuerte pero la Anjana era mucho más peligrosa y letal que su compañera.

Con el que sí consiguió hablar al fin fue con el antiguo compañero de ella. Roberto estaba en algún lugar con muy poca cobertura y apenas era capaz de entender lo que decía por las interferencias. Había dicho algo acerca de un archivo, una nueva pista y un ¿orfanato? Seguramente esa última parte no la había escuchado bien y consiguió al final de la conversación fallida quedar para hacer otra llamada esa tarde y poner cosas en común.
No había podido contarle lo de la iglesia, pero supuso que saldría en las noticias nacionales y siendo un agente rápido de mente e inteligente pronto acabaría atando cabos sobre la autoría de tamaña atrocidad.
Se les estaba acabando el tiempo.

-8-

Cuando acabó de ver las noticias, Marina se quedó un rato pensativa recapitulando sobre su situación.
Primero había sido el presunto suicidio de Jeremías con su cinturón y ahora ese maldito incendio televisado en el que se había inmolado un montón de gente en una iglesia. Sabía perfectamente quién manejaba en realidad todas las fichas de ese gigantesco tablero de ajedrez donde todos eran peones y tan sólo había una única Reina. Una… ¿cómo la había llamado ese tipo? ¿Una Dama Blanca? Sí, la había llamado así.

La llamaran como la llamaran, sabía qué tipo de mujer era esa bruja: egocéntrica, megalómana, manipuladora y tremendamente inteligente.

Por la conversación que había mantenido con ella durante su secuestro parecía disfrutar demostrando quién estaba al mando y se regodeaba de ello: en ningún momento la permitió mirarla directamente a la cara ni levantarse de la silla donde la había atado. Al contrario que a Roberto, a ella no le había hecho ninguna pregunta: tan sólo buscaba su atención. (quizás, veladamente, su comprensión). Pero esa asesina no le causaba ningún tipo de empatía o cercanía sino más bien lo contrario: justamente representaba las cualidades que detestaba en una persona. Era la personificación de la maldad, el egoísmo y la soberbia. La maldad en carne vida.

- Daré contigo, zorra. Esta vez te has pasado de la raya y no voy a tener piedad cuando de contigo. Reza para que cuando te encuentre no estemos solas - las imágenes de las pequeñas bolsas negras de cremalleras no dejaban de repetirse una y otra vez en su cabeza. Cada una de ellas representaba la vida de un niño inocente y las de mayor tamaño, la de un adulto crédulo y voluble que había cometido el error de confiar su vida a una persona malvada. Algo así, aunque en menor escala es lo que ella misma había hecho en su anterior relación, ¿no? Al parecer, era demasiado fácil confiarle la vida a alguien sin ningún tipo de garantías.

Metió el libro y los colgantes en su mochila envolviéndolos con un montón de calcetines y ropa interior para esconderlos y, de paso, protegerlos del roce del nylon. Necesitaba que le diera el aire y pensó que el mejor lugar para dar un paseo y despejar su mente era la playa.

El sonido del mar era relajante.
No le dejaba pensar en nada más que en el simple sonido de las olas atacando con violencia y retirándose con cobardía de la orilla como un descomunal ejército de gotas de agua disputándose el terreno con la fina arena blanca. Alguien lo había catalogado como “ruido blanco” pero para ella significaba todo lo contrario: ni era ruido ni carecía de color, sino que era la materia prima de la que estaban hechos los recuerdos más vívidos y silenciosos.
Evitaba recordar a sus padres, a su pareja y sus experiencias anteriores a su carrera como policía porque había sido una vida plana, gris y llena de tópicos si uno lo pensaba bien. Padre policía, hija policía y expareja con antecedentes con la policía. La verdad es que si hubieran hecho una serie de televisión biográfica no llegaría ni al uno de puntación en la puta página de Filmaffinity. Toda ella un tópico…y eso le molestaba enormemente porque incluso esa bruja asquerosa había luchado por causas que ella consideraba trascendentales.

Equivocadamente, pero con suficiente ruido mediático y social como para hacer de ella un ser único.

"Si ambas muriéramos después de esta mierda de caso, lo más triste de todo es que esa Anjana pasaría a la posteridad por las cosas horribles que hizo…y yo me pudriría en el ostracismo de una tumba de nombre desconocido para un mundo que yo intenté proteger de sus atrocidades. No, el bien y el mal no es relativo pero la grandeza de las acciones sí que lo es…así que me pregunto si la Eternidad de la que hablan esos pirados que matan gente va de ésto, de generar Eternidad a golpe de machete o a punta de pistola…".

- Disculpe, señorita, se le ha caído ésto - un joven musculoso que corría por la orilla se había agachado para darle un papel que parecía habérsele escapado de uno de los bolsillos de la mochila que tenía atada a los hombros. Le sonrió afablemente y prosiguió el recto camino de un sendero roto por unas tímidas olas salpicadas de espuma.

No recordaba haber metido ningún papel. Y menos uno lacrado con un pegote de cera en ambos extremos. Instintivamente lo olió y le llegaron varios recuerdos desordenados llenos de oscuridad, miedo y el picante aroma a algo parecido al incienso. Se dio cuenta alarmada de que…

- ¿Dónde te has metido, hija de puta? ¿Me estás viendo ahora? - gritó, pero el viento acallaba todas y cada una de las sílabas que salían de su boca.

Aparte del deportista de la orilla, sólo un padre con su hijo intentaba hacer volar una cometa a cientos de metros de donde ella estaba paseando. No había un alma más en esa playa a pesar de hacer una preciosa tarde de finales de verano…y eso la inquietó bastante más. Todo empezaba a ser irreal: notas, personas, incendios, suicidios, lagunas de memoria, sexo con compañeros y secuestros en sótanos, ¿qué cojones estaba pasando? Esa puerca estaba convirtiendo su vida en un lienzo gótico, en una comedia tragicómica y en una puñetera parodia de "Canción Triste de Hill Street" mezclada sin gusto alguno con escenas de la primera temporada de "Bones".

Le costó contener las ganas de abrirlo, pero no lo hizo hasta salir de la playa y sentarse en uno de los muchos bancos de madera que estaban vacíos. El olor de las plantas de los jardines era embriagador y la cálida brisa que acariciaba su melena era muy agradable y relajante…

pero Marina no estaba atenta a lo que la rodeaba. En ese momento todo su cuerpo y mente estaban concentrados al doscientos por cien en los dedos que estaban abriendo la misma nota que esa bruja había sobado con los suyos.
Tuvo que leerla varias veces para intentar averiguar qué quería decir. Esa mujer cuidaba minuciosamente la caligrafía y por el curso de peritaje al que Marina había asistido dedujo que era la letra de una persona con fuertes convicciones y muy segura de lo que hacía: trazos gruesos en las letras mayúsculas y finos en las minúsculas. Era como si intentara clavar la punta de la estilográfica en la carne del folio para que sangrara con intensidad ideas. Sus ideas.

"Nos volvemos a ver, amiga mía:
Ya queda poco para que todo esto acabe y dejemos que esta historia termine durante un tiempo. La verdad es que estoy cansada de luchar yo sola contra toda la mezquindad humana y que encima me tengáis miedo. Simplemente hago el trabajo que no os atrevéis a hacer y aunque te cueste reconocerlo ahora, somos más parecidas de lo que crees: en mis circunstancias harías lo mismo que yo si tuvieras la oportunidad de hacer las cosas como se deben de hacer. Sin jueces, sin hombres que nos den órdenes, sin prejuicios equivocados y sin tanto fango burocrático en el que morir ahogadas.
Me dirijo a ti para decirte que ya tienes todo lo que necesitas para encontrarme. Te dejé un par de cosas en el coche cuando fuiste a buscar a nuestro amigo Jeremías a Bareyo…ya tenías el otro objeto en tu poder metido en una triste bolsa.
Abre el libro encima de la mesa de tu cuarto cuando caiga la media noche y todo esté en penumbra.
Lo que tienes que buscar es lo que sirve para encontrar,
Lo que tienes que encontrar está en tus manos.
Usa las tres y podrás localizar mi casa, que también puedes considerarla como tuya.
ATTME, "La Dama Blanca".
PD. La puerta estará abierta. En el establo tengo una pequeña sorpresa preparada que…bueno, eso ya lo verás cuando llegues".

Dedujo que las tres cosas que decía que necesitaba eran el libro y los dos colgantes: el de tres brazos y el de cuatro, también conocidos como triskel y tetrasquel. En el resto de la lectura se había perdido: había pasado de un lenguaje directo a otro más enigmático y oculto: libro, medianoche, encontrar, manos… ¿qué coño significaban esas cuatro líneas?
Sintió ansiedad de repente. El tiempo seguía corriendo y la arena estaba bajando por el reloj a toda velocidad. Y cada grano que caía,

era una oportunidad que perdía. Ella misma lo advertía al principio de la misiva: “dejemos que la historia termine durante un tiempo”.

No cenó.
Subió a su habitación y estudió detenidamente el libro de arriba abajo sin dar con una respuesta. No sabía en qué página buscar. Ni siquiera sabía qué estaba intentando averiguar ni dónde.
La Anjana hablaba de “su casa” y si no era en lenguaje figurado, le estaba dando pistas de cómo dar con su escondite. Un lugar que decía tener la puerta abierta para ella y una sorpresa en un ¿establo?
Abrió Google Maps en el ordenador y buscó “establos de Cantabria” pero los resultados eran apabullantes. Así no podría dar con ella, joder.
Había incidido en que esas tres cosas la ayudarían a encontrarla. No había otra forma, así que siguió pasando hojas y hojas del grueso volumen plagado de leyendas y fotos de seres.
Al pasar una página vio por unos instantes algo que le llamó la atención y volvió atrás: era una especie de mapa antiguo trazado a carboncillo cuyo encabezamiento informaba de que eran los lugares de Cantabria donde habitaban los seres más peligrosos y malignos. Encima del carboncillo, Marina vio unos minúsculos puntos rojos hechos a rotulador.

Apuntó los nombres de esos municipios en una libreta cotejándolos con los domicilios de las víctimas: coincidían todos excepto uno. Buscando el municipio de ese mapa que no figuraba entre la lista de víctimas, la Base de Datos de la Policía Nacional le llevó a un pueblo donde había una alerta de persona desaparecida. Era un municipio de las afueras de Santander, Santa Cruz de Bezama, donde se alertaba de la desaparición de un conocido psiquiatra que fue visto por última vez con una detenida. Se llamaba Antonio Méndez y la detenida era una tal Miriam Verdaguer.
Imprimió la página web y la guardó en la carpeta.

- Me suena el nombre de ese psiquiatra, creo que le he visto alguna vez por nuestras oficinas ayudando a hacer perfiles de la asesina - pensó en alto intentando recordar ese detalle para comentárselo a Rafael. Seguramente había coincidido con él en alguna reunión de esas que hacían para intentar hacer una especie de retrato robot de la Anjana.

Mirando el reloj, se dio cuenta de que faltaban dos minutos para las doce y si quería seguir las instrucciones de esa loca, era la hora. Se lo pensó unos instantes y al final, accedió sentándose delante del

escritorio que daba a la ventana sin ningún convencimiento de conseguir algo.
Abrió el libro por una página al azar y a continuación, apagó la luz de la mesita. La luz lunar iluminaba las cortinas y el radiador ubicado debajo del ventanal.

Encendiendo un cigarrillo sin ninguna esperanza, echó un vistazo a la pantalla de su ordenador portátil para comprobar que justamente en ese instante eran las 0:00…y al volver la vista al libro, vio algo muy curioso: la luz de la luna se había desplazado ligeramente e iluminaba la parte superior de las páginas. Ahí precisamente estaba el rótulo con el título del libro y el número de la edición.

- Novena Edición, ya, ¿y qué? Puede ser el número de la página o el capítulo… - así que probó sucesivamente uno y otro.

Al llegar a la portada del capítulo noveno, se fijó en que toda la página estaba compuesta por un mapa de esa zona de la Comunidad de Cantabria. Se trataba de una elaborada ampliación donde se podían ver más detalladamente desde las aldeas más remotas hasta los ríos y bosques más insignificantes. Tenía mil y un detalles: senderos, desvíos, pistas de tierra e incluso cortafuegos.

"Si tiene que haber algo que me ayude a encontrarla, qué mejor que un mapa, ¿no? En la nota decía además literalmente: lo que tienes para buscar es lo que sirve para encontrar…". Sí, definitivamente había dado con el mapa e irremediablemente se preguntó cómo buscar en ese mapa con la ayuda de dos colgantes…sacó el triskel de la bolsa y lo posó junto al tetrasquel que le había dejado en el coche.

"Tres brazos, cuatro brazos…" murmuraba compulsivamente colocando uno encima del otro y viceversa encima del mapa, pero no tuvo éxito. De repente recordó algo de esos amuletos, así que abrió el buscador de Google en el portátil y buscó las palabras "tetrasquel" y "triskel".
Comenzó con el de tres brazos. En la web se decía que los brazos representaban, entre otras cosas el pasado, el presente y el futuro, así que probó a poner uno de los brazos en el punto del mapa donde había comenzado todo: el pasado. Giró el triskel y colocó otro en la ubicación del hotel donde estaba en ese momento: el presente…y viendo que encajaban las coordenadas se fijó en dónde apuntaba el extremo que quedaba (el del futuro). Se trataba de un antiguo castro donde antiguamente se hacían sacrificios paganos y se celebraban ritos prohibidos por la Iglesia.

“Supongo que ese punto que señala el Futuro es donde tengo que colocar el otro amuleto de cuatro brazos” se maravilló de lo enrevesada que era la mente de esa maldita Anjana mientras con la punta de su bolígrafo marcaba esa coordenada del mapa. A continuación, dispuso el tetrasquel de manera que la señal del bolígrafo estuviera justamente en el centro…

- Ahora queda lo más complicado: hacia dónde girar los brazos del tetrasquel - rezó para que se le ocurriera algo porque lo que había conseguido hasta ese momento fue gracias a una inspiración que no estaba segura de poder tener más adelante. Volvió a la web donde hablaban de los amuletos célticos e intentar descifrar el significado de las partes del tetrasquel le llevó algo más de tiempo.

En la página se decía que representaba desde las “edades del hombre” hasta “la Vida y la Muerte”. No había nada más preciso que le diera alguna pista más concreta…
Con desesperación, comenzó a girar el tetrasquel manteniendo fijo el centro geométrico en la señal que había trazado y se fijó en los puntos perimetrales que marcaban los brazos del amuleto.

- Joder, ¡eso es un Cementerio! - la Vida y la Muerte, así que dejó fijo el brazo justamente ahí y echó un vistazo a los otros tres. En sus extremos señalaban un río (que casualmente encajaba a la perfección con el perfil del brazo del amuleto), un antiguo asilo de un pueblo grande…y una cabaña en mitad del Parque Natural de Saja Besaya - Y aquí la tenemos: el río es la Vida, el cementerio es la Muerte, el asilo es la Vejez de las edades del hombre…y la cabaña es el Nacimiento del ser humano. Es ahí, ¡la tengo, joder, está ahí!

Estaba tan excitada por la posibilidad de haber dado con ella que llamó por teléfono a Roberto para contárselo…y no dio señal. Debía de estar en algún maldito sitio sin cobertura. Se maldijo por su suerte y le maldijo por no estar. También pensó en llamar a Rafael…pero cambió de idea: si había hecho las paces con su prometida y le llamaba a esas horas de la noche, le buscaría otro problema. Y, además, ¿qué le iba a decir? ¿Que se había puesto a jugar a las adivinanzas con las pruebas materiales de la investigación? ¿Que dos de ellas se las había dejado la propia Anjana en el coche para que la encontrara? No, todo eso sonaría demasiado extraño.

Así que se guardó la pistola en la mochila, metió dos cajas de balas y

dudando un poco, se colocó el chaleco antibalas por debajo de la sudadera. Hacía mucho calor para esas fechas del año, pero mejor era sentir calor a dejar de sentir algo para siempre si te atravesaban el cuerpo de un balazo, ¿no?
Bajó por las escaleras (no podía estarse quieta y ejercitar las piernas mientras corría le vendría bien). Iba a llevarle un buen rato conducir hasta allí en plena noche…

…pero si daba con la Anjana, habría merecido la pena. Rezó porque Roberto viera la llamada y se la devolviera antes de que esta vez ella fuera la que se quedara sin cobertura: en los Parques Naturales no había antenas ni repetidores.

-9-

- Le repito que no le puedo dar esa información, inspector Mateo - la recepcionista del orfanato no dejaba de mascar chicle con la boca abierta y eso le estaba poniendo aún más nervioso a Roberto. No dejaba de mirar la pantalla del ordenador donde estaba teniendo seguramente una conversación privada con un hombre que también masticaba cosas con la boca abierta y la bragueta a juego - Usted sabrá que…

- Ya, ya le he oído, señorita, la puñetera Ley de Protección de Datos y la Ley de Menores. Eso lo sé, pero le estoy diciendo que no tengo tiempo de pedir una orden judicial para que me deje ver el informe de Miriam Verdaguer, la niña que estuvo aquí hace más de dos décadas - se acercó más a ella e intentó poner la mejor cara de perro abandonado que pudo pero ella estaba más pendiente de la pantalla que de su trabajo -. Entienda que si cerramos este caso usted habrá contribuido a salvar muchas vidas, ¿lo comprende?

- Si, y ahora entiéndame usted a mí, inspector - pulsó una tecla y cerró el chat (o lo que diablos que estuviera haciendo en el PC de sobremesa de su desordenado escritorio atestado de adornos horteras) y le susurró con frialdad -. No sé qué consecuencias puede tener que usted cierre o no cierre su caso, pero yo sí sé las que tendría para mí: despido, multa y un montón de juicios administrativos por saltarme la Ley, ¿ahora me entiende bien? Haga el favor de irse, se lo ruego: no le voy a contar nada y menos de una antigua residente de este orfanato. Que tenga un buen día.

La señora que estaba en el otro extremo de la Sala de Espera no le había quitado ojo de encima desde que entró y escuchó el nombre de esa cría. Tenía una mirada mezquina y unas facciones enjutas y angulosas y por su indumentaria supuso que debía de trabajar en ese orfanato, pero no se había dirigido a él al entrar por algún motivo. Pero cuando Roberto salió por la puerta, la cosa cambió:

- ¿Qué quiere saber de Miriam, poli? - la nariz aguileña apuntaba directamente a él como el pico de un carroñero buscando de sangre y carne. A pesar de las profundas arrugas que surcaban ese rostro magro y lleno de manchas, sus ojos brillaban como los de una persona más joven y llena de energía. No le gustaba un ápice esa señora pero en esos momentos era su única oportunidad de o haber hecho el viaje en balde.

- ¿La llegó a conocer usted, señora…?

- Rosa. Rosa Dols, inspector. Sí, vaya que si la conocí…esa pequeña bastarda era el diablo personificado y me quedo corta. La llegué a castigar muchas veces pero ella nunca aprendía, ¿sabe usted? Era una niña muy mala: mataba animales, robaba cosas y tenía al resto de niñas aterrorizadas - le hizo un gesto para que le acompañara lejos de la oficina de recepción -. No quiero que me vean contándole nada acerca de esta institución donde levo trabajando toda mi vida, pero si esa niña (una mujer ya, claro) ha cometido algún delito, me gustaría ayudarle en lo que pueda para que la encierren de por vida, inspector…cuando salió de aquí intenté convencer a las Hermanas (e incluso al Juez de Menores) para que la pusieran bajo tutela, pero nadie me hizo caso. Además, su amigo el policía siempre daba la cara por ella y, entiéndame, ese señor no era mal hombre pero no la conocía tanto como yo, inspector.

"En aquellos años supe que cuando saliera de aquí esa niña iba a ocasionar muchos problemas ahí fuera porque aparte de esa necesidad de matar que tenía, era muy manipuladora…pero había algo en ella todavía más extraño: hablaba con una especie de amiga imaginaria que sólo ella podía ver. La teníamos bastante controlada pero las cosas se salieron de madre cuando la intentaron quitar ese puñetero libro del que jamás se separaba".

- ¿Ha dicho que tenía un libro?

- Sí. No me acuerdo del título, pero era uno de esos volúmenes de nuestra biblioteca que Sor Natividad se olvidó de quemar. Recuerdo que era un tipo de literatura infame y llena de temas que rayaban la herejía…no sabemos cómo pudo alguien enviar esa aberración a esta honrada biblioteca - los ojos de Rosa Dols surcaban las aguas de un mar que se había secado hacía mucho tiempo, pero aún así, sus recuerdos seguían navegando a toda vela con la intensidad del viento de la frustración - Sea lo que fuere, la mocosa se hizo con ese libro del demonio y no se separó de él hasta que…intentó quitárselo la Madre Matilde, el mismo día que la expulsaron del orfanato.

- Algo había leído en una ficha acerca de ese lamentable episodio, una agresión, ¿verdad?

- ¿Agresión? - su expresión torva se volvió inexpresiva de repente, como si su rostro se hubiera quedado lívido -. Peor que eso: la niña le lanzó una maldición en un idioma que jamás habíamos oído pero que más tarde nos informó el cura que era un dialecto celta extinto. Él lo sabía bien porque aparte de Teología tenía acabadas las licenciaturas en Filología e Historia. Dijo que esa lengua muerta la usaban las…

- …brujas, ¿me equivoco? O quizás dijo Anjanas.

- ¡Eso es! Las llamó exactamente así, Anjanas. Nunca había oído ese nombre, pero al parecer el resto de las Hermanas y el sacerdote sí.

- Permítame una pregunta más, señora Dols. He intentado buscar más acerca de Miriam para saber qué fue de ella después de salir de este orfanato, pero está todo borrado o clasificado, ¿sabe usted dónde fue o qué hizo después de salir de aquí?

- Sólo sé que ese policía la estaba protegiendo y que incluso le pagó un ejército de abogados en el juicio que tuvo años después - le miró como si estuviera retándole a juzgarla por su exceso de celo -. Reconozco que me lo tomé como algo personal durante muchos años, inspector, pero lo dejé después de ver que no podía hacer nada más…hasta que ha aparecido usted aquí preguntado por ella. Si me espera le daré un cuaderno donde yo misma hacía anotaciones y pegaba recortes de periódico: si de niña tuvo problemas de disciplina, de joven los tuvo muy gordos con la Ley.

- Se lo agradezco enormemente, señora, pero antes de que me preste su cuaderno, ¿se le ocurre algún rasgo físico característico que me…nos ayude a identificarla? - ahí iba su última bala.

Estaba seguro de que en ese cuaderno no encontraría una mierda: esas noticias ya estaban en la ficha policial de los primeros años desde que salió del orfanato. Él necesitaba algo más actual porque era demasiado extraño que después de su última detención hubiera desaparecido del mapa como por arte de magia. No existía ninguna Miriam Verdaguer desde mil novecientos noventa: ni fichas, ni multas de tráfico, ni siquiera en la Seguridad Social era capaz de encontrarla…se la había tragado la tierra.

- No me haga demasiado caso porque de eso hace muchos años… pero juraría que vi una mujer en el funeral de ese policía que la protegía - se quedó pensando largo rato sin dejar de mirar al otro lado de la cristalera por si algún empleado la estaba observando hablar con el inspector - Esa mujer recuerdo que también iba uniformada y me llamó la atención porque tenía varias gasas pegadas en muchas partes de la cara, sobre todo en la nariz y en la frente. Yo no estaba cerca de ella, ni mucho menos, pero cuando todos los policías salieron del Cementerio vi desde mi coche que tenía muchos puntos de sutura en el cuello y en las manos. En ese momento creí que estaba herida pero luego me di cuenta de que se había hecho una…

- ¿Operación de cirugía? - eso encajaba, pero resultaba bastante extraño. ¿Para qué querría haberse cambiado la cara una mujer tan joven? Y entonces lo comprendió -. Una nueva identidad…

- ¿Quiere el cuaderno?

- Le doy las gracias por su valiosa información, señora Dols, pero voy a contrarreloj y esto último que me ha contado me ha ayudado mucho - le dio su tarjeta - Si se acuerda de algo más, aquí tiene el número de mi teléfono móvil. Puede llamarme a la hora que quiera porque estoy…estamos en un momento bastante delicado de la investigación y cualquier pista es poca, señora. Muchas gracias y a su servicio.

Se pasó la tarde estudiando cada detalle de las fichas que había sacado de la Comisaría e intentó trazar un plan de acción. A Roberto escribir le ayudaba a centrarse, así que nada más comer había encendido su ordenador portátil y se había puesto a redactar todas las ideas que se

le pasaban por la cabeza: desde la teoría más cabal hasta la línea de investigación más ridícula. En todas y cada una de ellas siempre había un denominador común: la identidad actual de Miriam Verdaguer y su paradero, porque si daba con ella…todo habría acabado. Que ella y la Anjana eran la misma persona era algo que no dudaba a esas alturas y el hecho de que ella fuera también una policía iba a poner las cosas muy difíciles: sospechosa o no, era una compañera y Roberto conocía demasiado bien el corporativismo tan arraigado al Cuerpo. O tenía pruebas fehacientes de su teoría, o acusar a una compañera en falso le acarrearía aún más problemas. Aún así, primero tenía que encontrarla, ¿verdad?
Echando un vistazo al reloj calculó que le daría tiempo antes de irse de visitar una vez más a la única persona de Valencia que estaría dispuesta a colaborar con él.

Pidió un taxi y llegó a la Jefatura Superior de Policía en diez minutos escasos. No tardó en dar con el teniente Gutiérrez que estaba en esos momentos sacándose un café de la máquina de la entrada y le saludó con la cabeza mientras sostenía el vaso y el dinero del cambio:

- Buenas noches, inspector Mateo. No esperaba para nada esta agradable visita - de camino a su oficina saludó a los pocos compañeros que aún estaban trabajando a esas horas en los despachos de la Jefatura -. Ya veo que a los compañeros del norte tampoco os gusta iros pronto a la cama, ¿eh? ¿Ha descubierto algo?

- Poca cosa - no supo si le mentía o le decía la verdad, pero eso no importaba demasiado: no iba a darle datos confidenciales de una investigación en curso, aunque él oficialmente ya no estuviera en ella. Mucho menos después de haber confirmado que había un topo dentro de la policía -. Sólo quería preguntarle si estuvo en el funeral del agente Alejandro López.

- Ya veo que ha hablado con esa vieja cotilla, la señora Rosa, la conozco bien porque por desgracia tuvimos que denunciarla por acoso en su momento y tiene una orden de alejamiento pendiente - su rostro se ensombreció de repente -. Sí, estuve allí, tanto en el Tanatorio como en el entierro, y sé lo que me va a preguntar, Mateo…pero no puedo decir una palabra de quién era ni dónde está la mujer que nos acompañó al Cementerio.

- ¿Y si le digo que puede ser nuestra asesina? ¿Tampoco me dirá nada?

- Esa mujer está en protección de testigos por haber denunciado algo muy gordo que vio en aquellos años, y además es una compañera, joder. Sólo puedo decirle que legalmente ni yo ni nadie de esta Jefatura (incluso si me apura, ningún policía o guardia civil de este país) puede delatarla: todos firmamos un contrato de confidencialidad con su abogado y no podemos decir ni una puñetera palabra, así que si quiere dar con ella no será por esta vía, inspector. Le creo, en serio, conocí a esa mujer y es una tía muy jodida…me ponía los pelos de punta, en serio, pero hay alguien allí arriba, muy muy arriba que no quiere que le toquen las narices.

Se acercó a él. Junto con el aliento a café había un olor más dulzón, pero Roberto no le juzgó por ello: puestos a joderla, él ya había jodido muchas cosas en su vida y tenía aún demasiados años por delante como para adelantar por la izquierda al teniente Gutiérrez.

- Extraoficialmente le puedo decir sólo dos cosas, Mateo. Si me preguntan en un juicio por ésto que le voy a contar, le juro por Dios que además de negarlo, le joderé la vida por muy inspector que sea. Ahora deme su palabra de que mantendrá la boca cerrada sobre quién se lo ha dicho y que no usará esta información contra mí.

- Además de mi respeto, tiene mi palabra, teniente Gutiérrez.

- Bien, entonces apague ese puto teléfono ahora mismo. Sé que esos cacharros pueden grabar a escondidas - Roberto se alarmó por el grado de miedo que tenía ese hombre como para pedirle algo así. Le hizo caso y como muestra de confianza, se lo entregó a él mientras hablaba.

Cuando terminó de contarle todo, las sospechas del inspector se confirmaron definitivamente. Tenía que localizar inmediatamente al capitán porque su avión no salía para Santander hasta dentro de un par de horas y por entonces, cuando llegara, ya sería demasiado tarde.

- Rafael, he descubierto algo aquí que no te puedo contar por teléfono. Es importante que alertes a todos los agentes que puedas y busques a Marina porque no sabemos qué le puede pasar a partir de ahora - su corazón latía en ese momento a más de ciento y pico pulsaciones como la batería de un grupo de metal en pleno éxtasis -. Búscala, no me coge el teléfono y nadie

la ha visto en su oficina desde ayer por la mañana. Sospecho que algo malo va a pasar, Rafa.

- Salgo para allá. Ya he llamado a la Brigada Forestal para dar aviso y nos mandan un par de helicópteros en media hora. Iré con ellos a buscarla, te lo prometo.

- Mi vuelo sale a las doce y media de la noche, la hora prevista de llegada es a la una y media de la mañana. Según llegue, déjame contratado un coche por Avis y que me lo tengan preparado. Pide el más rápido que tengan, ¿vale? Iré avisando a las patrullas de carreteras cuando me confirmes la matrícula para evitar paradas innecesarias. Suerte, capitán, la vamos a necesitar si lo que he leído es cierto.

Cuando colgó el teléfono, salió pitando a su hotel y metió como pudo todas sus pertenencias en el pequeño trolley. El tiempo se estaba acabando y él estaba demasiado lejos. Era como tener un abono de temporada y perderse el puñetero partido de la Final porque después de tanto esfuerzo, esa puta bruja se les podía escapar a golpe de bisturí e injertos de piel y grasa.

En el aeropuerto le llegó un mensaje de WhatsApp.
Era Marina y, antes de leerlo, la llamó por teléfono en el enésimo intento infructuoso de contactar con ella: seguramente había pasado por algún sitio con alguna antena cercana y se había vuelto a ir la cobertura. El mensaje era escueto:
“La he encontrado. Parque Natural Saja-Besaya. Voy sola. Pedid refuerzos”.

Anotó la hora de recepción del mensaje y de su llamada para ver si eso ayudaba a triangular su posición. Para ganar tiempo, le envió esos datos a Rafael reenviándole a continuación el mensaje de la inspectora. Esperaba que eso fuera suficiente como para poder dar con su paradero.

En la cafetería del aeropuerto no había demasiada gente a esas horas y ayudado por el relativo silencio intentó recordar algo que se le hubiera podido pasar por alto…porque la sensación de que se le escapaba algún detalle crítico se estaba acrecentando a medida que pasaban los minutos. Apurando el café rápidamente salió corriendo a la terminal arrastrando la maleta de ruedas detrás de él.
El avión salía en media hora.

-10-

Después de una hora larga conduciendo, la inspectora de la Guardia Civil Marina Bolaños llegó a un cruce que la llevó directamente a una zona boscosa donde la poca visibilidad que proporcionaba la luna quedó al fin eclipsada por la densidad de las copas de las hayas.
La temperatura en el bosque había descendido varios grados y a pesar de la agradable fragancia de la Naturaleza, tuvo que cerrar las ventanillas.

A la izquierda de la cada vez más estrecha carretera vio moverse algo y levantando el pie del acelerador, dejó pasar a un ciervo que sólo pretendía cruzar ese camino artificial de grava para buscar su cena o simplemente buscar cobijo. La radio dejó de funcionar y sólo se escuchaba la estática a través de los altavoces del coche, así que la apagó.
El silencio unido a la poca luz la hizo entrar en una especie de trance hipnótico donde era inevitable cuestionarse si todo aquello era real: brujas, ciervos, hayas, lunas que se escondían entre las ramas…e incluso un río que aparecía y desaparecía en algunos tramos del camino.

Un cartel torcido y herrumbroso estaba clavado a un árbol y pretendía señalar en sus buenos tiempos la dirección a la reserva natural de Monte Quemado pero ese camino hacia donde señalaba ya no existía y en su lugar había un sendero lleno de ramas caídas y rocas del tamaño de una rueda.

A punto estuvo de pasar de largo cuando vio un destello casi imperceptible detrás de una barrera natural de madera y piedra. Frenando en seco, dio marcha atrás e intentó atravesar ese muro conduciendo peligrosamente por el arcén…porque lo que creyó ver podría tratarse del vehículo de esa bruja aparcado. O quizás el de unos cazadores furtivos en el mejor de los casos. Con unos u otros tendría serios problemas, pero la primera opción era más aterradora: unos se defendían con escopetas y la asesina, aparte de haber demostrado el dominio en el uso de las armas, poseía otra más letal: la inteligencia.
"Lo peor de todo es que esta vez ella juega en casa: el bosque. En caso de empate, ella gana el partido…así que sólo me va a valer jugármelo a un dos en la Quiniela".

Al llegar cerca del foco de donde procedía ese reflejo, apagó el motor y bajó del coche caminando en cuclillas. Tenía el arma sujeta tal y

como le habían enseñado en la Academia: asida con ambas manos, una sujetando firmemente la muñeca y la otra apretando con fuerza la culata mientras acariciaba con suavidad el gatillo. Al acercarse más, distinguió las líneas inconfundibles de una vieja furgoneta.
Trató de agacharse lo máximo que pudo caminando casi a rastras y deteniéndose detrás de un matorral desde donde pudo tener una visión panorámica de la zona: en efecto, era una furgoneta roja con una pegatina de Bugs Bunny en uno de sus laterales. Estaba matriculada en Alicante y de la placa oxidada caían docenas y docenas de gusanos. Al lado de las ruedas un montón de ellos se retorcían y algunos reptaban por los tapacubos de los neumáticos.
Marina intentó reprimir un grito ahogado.
¿Qué mierda era aquello? Una de las ventanillas de la furgoneta estaba rota y le pareció ver un diminuto aro de luz anaranjada en el interior. Alguien estaba sentado en el asiento del conductor fumando, se dijo.
La adrenalina activó las piernas de Marina que se pusieron rápidamente en acción y en cuestión de pocos segundos estaba apuntando al aro naranja sin ver qué o quién estaba fumando:

- Le aconsejo que ponga las manos en el volante ya mismo y se identifique, caballero - de dentro emanaba un olor asqueroso a alcantarilla y a colonia barata. Sólo tuvo por respuesta un crujido que hizo que se pusiera en guardia abriendo la puerta de golpe y preparándose para disparar. Pero dentro tan sólo había un montón de huesos humanos en el asiento y algo que se balanceaba en el espejo retrovisor del interior. Parecía un triskel.

“Estoy soñando, estoy soñando…esto no puede estar pasando” se repitió, pero esas palabras sonaban huecas porque por supuesto que no estaba soñando: ni las pesadillas olían a hierba mojada ni los músculos dolían por haber estado en cuclillas. Además de estar despierta, enfrente tenía el cadáver de un hombre (o mujer) que llevaba mucho tiempo muerto y seguramente ese objeto que se bamboleaba en el espejo no era un triskel. A veces las situaciones de tensión te hacían ver cosas que no existían.

Sacó la linterna a riesgo de delatar su posición y apuntó a los árboles más cercanos a ese claro del bosque, pero no había nadie más allí. Las estrellas en ese claro iluminaron parte del perímetro y sólo fue capaz de distinguir un pequeño riachuelo lleno de piedras y unos bancos de madera hechos trizas por el paso del tiempo. Nada ni nadie más.
Tiró varias fotos con el móvil ayudada por la linterna y el flash e intentó memorizar el lugar para dar parte cuando pudiera

comunicarse con alguien del Cuerpo. Maldijo la suerte de estar incomunicada precisamente en los dominios de esa Anjana porque no podría pedir refuerzos ni alertar a nadie si las cosas se ponían realmente chungas. Tan sólo rogaba que sus compañeros hubieran leído los mensajes de WhatsApp que había enviado.

Al llegar al camino principal continuó su rumbo y si sus ojos no la estaban engañando el cartel de madera que tenía a su derecha indicaba claramente que se estaba acercando a ¿una *"zona de Trasgos"*?

Debía de tratarse de una broma de algún grupo de senderistas, por supuesto, pero dada su situación no tenía ni puñetera gracia. Fuera lo que fuera, ella estaba segura de que iba por el buen camino y si el GPS no fallaba, se estaba acercando a las coordenadas que le habían sido reveladas por el mapa del libro que, por cierto, llevaba consigo en la mochila sin saber muy bien la razón de ello.

"Trasgos, serán hijos de puta…" en el fondo ella también había sido joven. Y rotular carteles falsos no era lo peor que había hecho. Sonrió y poco a poco, se fue relajando. Encendió el CD y puso por enésima vez el LP "Forever FM Can You Feel the Force" donde cantaba Katrina and the Waves:

"I'm walking on sunshine, woooah
and don't it feel good!"

Pero eso fue antes de que comenzaran a lloverle piedras al coche.

CAPÍTULO FINAL
“Ojos Amarillos”

Principios de Otoño de 2016

“Su corazón es negro y la sangre del mismo color que el aceite que chupan las lechuzas en las lámparas de las iglesias.
En las patas tiene unas uñas muy largas. Todas las personas que le encuentran cuando suena la primera campanada de las oraciones, se mueren a las cuatro horas de encontrarle si antes de llegar a casa no pasa alguna golondrina por encima de él”

-1-

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Rafael cuando sonó el teléfono es que lo estaba oyendo en sueños. Marta seguía profundamente dormida a su lado: desde que habían puesto fecha a la boda estaba demasiado nerviosa y, además, aunque no lo reconociera, no le hacía demasiada gracia tener cerca a Marina de ellos. Ella había estado a punto de cargarse la relación.

Miró el número y se levantó rápidamente para poder conversar en la cocina del nuevo apartahotel donde se habían mudado hasta que acabara la investigación. La habitación de un hotel era demasiado opresiva para una persona que se llevaba el trabajo a casa después de su jornada laboral y, además, Marta estaba teletrabajando desde que se mudó con él. Era poco espacio para poder llevar una convivencia tranquila que, sumada a los últimos acontecimientos, se había tornado algo tensa.

Al cerrar la ventana de la cocina se dio cuenta de que había llovido y entrado algo de agua en el suelo y, mientras descolgaba, pasó la fregona maldiciendo su despiste. Ahí afuera, las aguas del mar estaban alborotadas y lo asumió como un presagio de lo que tenía que contarle el inspector. La conversación fue breve y al instante recibió el mensaje de WhatsApp de Marina que le había reenviado Roberto, así como los datos que necesitaba para hacer una triangulación.
Llamó a los capitanes Álvarez y Ordás para que fueran organizando una operación de búsqueda con helicópteros y jeeps y pusieran en alerta a las Brigadas Forestales y a la Guardia Civil de la zona sur de Santander. Les mandó por fax la foto de la ficha de la inspectora Marina Bolaños y la matrícula de su vehículo para ir agilizando la distribución de la identidad de la persona en búsqueda: si ella había abierto una investigación por su cuenta a espaldas de la Policía y de la Guardia Civil, se iba a meter en un buen lío pero no la juzgó porque Roberto y él estaban haciendo prácticamente lo mismo. Eso sí, no estaban tan locos como para dirigirse en plena madrugada solos a la caza de una asesina en serie (y encima derecha a su madriguera,

joder).

- Tengo que salir, Marta. Me han llamado de la Central: hay un compañero desaparecido que tenemos que encontrar - ella parpadeó para ajustar la vista. Estaba medio dormida.

- Es ella, ¿verdad? - preguntó con la voz pastosa de alguien que apenas ha pegado ojo. Rafael se había quedado de piedra.

- ¿Cómo lo sabes, Marta?

- Porque lo soñé…ella estaba corriendo entre los árboles y unos bichos extraños le estaban lanzando piedras al coche. Ten cuidado, ¿vale? - se dio la vuelta otra vez y antes de quedarse otra vez dormida, añadió -. Las cosas dentro del bosque no son lo que parecen, ten mucho cuidado.

Eso le inquietó en extremo porque, ¿cómo podía saber su prometida que Marina estaba en un Parque Natural? En ese momento sólo tenían esa información el inspector, los dos capitanes y él. Era imposible que tuviera la menor idea de algo. Mientras se ajustaba la corbata y sacaba la pistola del armero, se dijo que árboles había por toda Cantabria y que seguramente había deducido que la agente desaparecida era Marina por la obsesión que tenía con ella. No en vano casi dinamita su relación con él. Pero…

“Pero las casualidades no existen, ¿verdad, Rafa? Tragarse a estas alturas esa patraña es exponerse a que te mate esa cabrona despiadada. No sé si el sueño de Marta habrá sido algo casual o no, pero en algo tiene razón: las cosas no son lo que parecen. Y menos lo que se nos va a venir encima a partir de ahora. Sigo teniendo una sensación muy rara”.

Media hora más tarde estaba sentado en un helicóptero al lado del capitán Ordás, un hombre recio y curtido como militar en la última Guerra del Golfo al lado de los Cascos Azules. No dejaba de masticar chicle y regaliz mientras daba instrucciones a los vehículos de tierra:

- Ha saltado la alerta de la matrícula del objetivo en una gasolinera de la N-611 cerca de Santa Cruz de Iguña. Van de camino más unidades desde Reinosa. Cambio. - señaló con un dedo el punto en el mapa que tenía apoyado en su regazo -. Sospechamos que ha entrado en el Parque desde el Este usando una pista forestal. Intenten rastrear la intersección de la carretera nacional con la ruta al bosque con las unidades caninas. Corto.

Se le quedó mirando con rostro complaciente ofreciéndole un chicle, que educadamente declinó. En esos momentos le hubiera venido mejor un buen trago de vodka a palo seco porque los nervios le tenían destrozado: el cuello era una tabla de cortar carne y los hombros le quemaban.

- No se preocupe, capitán, si ha entrado por ahí, los perros nos lo dirán. Están entrenados y por la rapidez con que den con el rastro de las huellas de los neumáticos podremos saber si Bolaños nos lleva mucha ventaja - se quedó pensativo observando ausente el mapa -. Si es cierto la mitad de lo que me han contado de esa hija de puta mataniños, no le voy a engañar: las cosas se van a poner muy complicadas allá abajo. Seguramente conoce esa zona mejor que usted su casa, capitán…y si me permite serle sincero, esto me huele a emboscada.

- Pase lo que pase, la prioridad es la inspectora, capitán. No quiero que ese bosque se convierta en un puñetero infierno de disparos y gases lacrimógenos que pongan en peligro a nuestra compañera. Además…

- Lo sé, capitán, lo sé…es su amiga - le guiñó un ojo. Y si Ordás vio el gesto de incomodidad, lo obvió. Tenía razón, joder: era su amiga - La encontraremos y la sacaremos de allí antes de que nos pongamos a jugar al tiro al blanco con esa asesina, le doy mi palabra.

El resto del viaje transcurrió en absoluto silencio. Tan sólo se oía el ruido del motor y los chasquidos de Ordás masticando chicle. Rafael no dejaba de mirar por la ventanilla con la esperanza que, allá abajo, en la oscuridad de la noche, Marina hubiera cambiado de idea y se hubiera dado la vuelta pero sabía que eso no era cierto: estaba atrapada entre esos árboles que la luna iluminaba desde el horizonte a merced de la voluntad de la Anjana. En esa arboleda ella era la que partía el bacalao. Y si quería matarla, ninguno de los casi doscientos agentes que estaban en esa operación, podrían hacer absolutamente nada para evitarlo. A pesar de los nervios, se quedó unos minutos dormido ayudado por el constante ronroneo del motor y de la calefacción del helicóptero.
Y soñó.

“Era la noche más extraña que había visto en su vida. La oscuridad no era

negra sino de un tono granate y la poca luz que iluminaba el bosque era de un tono rojizo intenso.
De las ramas de los árboles no colgaban hojas sino fotografías en blanco y negro. En muchas de ellas salía él y en otras aparecían retratadas brujas y seres extraños que no había visto jamás.
A lo lejos, entre la frondosidad de la arboleda, se escuchaba una preciosa melodía entonada por la voz de una mujer.
No sabía por qué, pero sus pies le llevaban de forma automática en esa dirección a pesar de que sabía que acercarse demasiado a esa cantante anónima era tan peligroso que corría el riesgo de convertirse en sal (o peor aún, en uno de esos animales que corrían entre sus pies por el bosque y que no tenían conciencia ni pensamiento racional).

Miró atrás y vio un ciervo que no dejaba de observarle con curiosidad y, con horror se dio cuenta de que la cara del animal era la del inspector Mateo y que de su cuello pendía una señal de Stop atada con una cuerda.
Corrió y corrió, pero sus pies, lejos de hacerle caso, le llevaban más y más cerca de la mujer que cantaba. Casi podía oler la fragancia a menta y especias que emanaba de su cuerpo y el color rojizo se iba intensificando a medida que se acercaba al claro del bosque.

En el centro geométrico del calvero divisó una cabaña de madera adosada a lo que parecía ser una especie de establo o de almacén para el grano. Al pisar el camino de tierra que conducía a la vivienda algo se activó bajo sus pies a modo de cinta transportadora e hizo que llegara en cuestión de segundos a la puerta de la cabaña donde le esperaba la mujer: un bello ser cuya melena estaba hecha de hierba y hojas verdes y cuyos ojos eran dos piedras ambarinas que no dejaban de titilar al ritmo de su respiración profunda.
A medida que cambiaba de estrofa en la canción, el amarillo pasaba al verde, luego al azul y volvía al amarillo de nuevo. Sus mejillas eran de arena blanca y fina y de ellas manaban agua.

Súbitamente fue consciente de que conocía la melodía de la canción que estaba cantando porque era la misma que había escuchado en la habitación de su hotel y durante la pelea en la piscina con Roberto…era la Balada de la Anjana. Al mirarla bien, advirtió que la belleza de la mujer de hierba y arena iba desapareciendo sutilmente a la vez que la oscuridad rojiza iba languideciendo hasta transformarse en una negrura familiar.

Su cara se transmutó en la de una bruja de rostro agrietado de cuya boca sobresalían unos colmillos afilados y amarillentos. Los ojos ahora eran dos cuencas vacías de las que asomaban sendos nidos de gusanos y, lo peor de todo era que iban cayendo a sus pies formando montones.

Gritaba, pero ella acallaba sus alaridos subiendo el tono de la melodía mientras los gusanos le hacían cosquillas en sus pies desnudos siendo incapaz de quitárselos de encima.
Se dio cuenta de que las facciones de la Anjana se estaban transformando otra vez. En esa ocasión era la cara de Marta, su prometida y ya no cantaba. En su lugar no dejaba de repetir una y otra vez: "Escóndete de la Bruja".

Acercándose a él, abrió la boca para besarle. Era el rostro que había visto cientos de veces despertándose al lado suyo en la cama…pero los ojos seguían teniendo el tono amarillento que recordaban al pus de una herida infectada. Intentó zafarse de ella, pero sus piernas se negaban a hacerle caso. Se había acercado tanto a su cara que podía oler un aliento a azufre, cables quemados y fuego eléctrico. Sólo quería gritar…".

- ¿Se encuentra bien, capitán Salgado? Se ha quedado dormido y no ha dejado de murmurar algo todo el tiempo - esa vez sí que aceptó el chicle. Se secó la frente y se disculpó.

- Llevo varios días durmiendo mal y cuando consigo pegar ojo sólo tengo pesadillas.

- No se preocupe porque le entiendo perfectamente, Salgado. Eso que me cuenta me lleva pasando desde la que volví de ese infierno de Irak - Salgado pudo oír el crepitar de la radio en los auriculares de Ordás -. Bien, hablando de pesadillas…vamos a bajar a buscar una. Sujétese bien el cinturón porque tenemos mucho viento y el aterrizaje será duro.

Ordás no exageraba: por dos veces el helicóptero se tambaleó tanto, que a punto estuvieron de estrellarse contra el suelo, aunque afortunadamente consiguieron aterrizaron en la parte sudeste del Parque Natural. Estaban cerca de un ancho e irregular camino de tierra donde les esperaba un todoterreno y dos guardas forestales a lomos de sendas motos. Sin cruzar una sola palabra, los dos capitanes entraron a toda prisa en el vehículo y el conductor los llevó a toda velocidad por una senda flanqueada por una muralla natural de abedules y robles.

"Escóndete de la bruja" era otra vez la voz de Marta que no dejaba de retumbar en su cabeza. Había algo que no le terminaba de encajar en ese caso…era como si lo hubiera tenido desde el principio en la punta de la lengua.
Por desgracia, cuando Rafael encajó todas piezas del puzzle estaba

tirado como un perro en el frío suelo de una cabaña desangrándose a causa de un disparo. Por entonces, tan sólo era capaz de oír las sirenas de las ambulancias a lo lejos mientras el calor del estómago desaparecía lentamente a la vez que no dejaba de preguntarse cómo no lo había visto venir antes.
Había estado tan claro…

-2-

El coche que le había reservado el capitán era un Audi A3 de 180 CV y en esos momentos el inspector Roberto Mateo estaba pasando por Torrelavega a una media de ciento treinta kilómetros por hora aprovechando que no había tráfico y que los de Control de Carreteras ya estaban al tanto.
El GPS indicaba que estaba a poco más de veinte minutos de llegar a una de las entradas Este del Parque Natural.
Rafa le había llamado antes de adentrarse en el bosque porque ya le habían advertido que ahí dentro sólo dispondrían de cobertura en muy pocas zonas razón por la que le había dejado al encargado de la empresa de alquiler un walkie-talkie para que se lo diera. Y ahí lo tenía al lado a la espera de usarlo en cuanto saliera del vehículo.

Rezó por que la inspectora no se hubiera topado aún con la Anjana.
Eran ya las dos y pico de la mañana y todavía conservaba la esperanza de que esa maldita bruja asesina alargara el juego del “Ratón y el Gato”, porque eso era para ella esa emboscada que le había tendido a Marina: un simple juego para demostrar quién mandaba el terreno de juego.
Mientras su coche rebasaba a toda velocidad los pequeños pueblos de ambos lados de la autovía, Roberto no podía dejar de pensar en aquella noche con Marina. En cómo se había sentido cuando la había besado, en cómo era al calor de su cuerpo en el coche, en cómo respiraba cuando estaba dormida en la cama del hotel… ¿se había enamorado de ella?
La respuesta quería que fuera compleja pero no lo era en absoluto: estaba jodidamente pillado por su compañera e incluso se estaba planteando dar un paso más. En realidad, se trataría de algo así como una especie de simbiosis: él podría ayudarla a tener una visión del mundo algo menos frívola y ella podría ayudarle a él a ser un poco más espontáneo en su día a día. *“El Ying y el Yang de la Benemérita”* y soltó una carcajada. Sí, quizás, esa inspectora le había pegado ya la enfermedad del cinismo.

Estaba llegando ya la salida de la A-67.
Encendió el walkie-talkie sin dejar de mirar a la carretera y el coche pegó un brinco al entrar en una vieja pista empedrada. Esperaba que Rafael hubiera contratado el pack con seguro del Audi porque el viaje desde ahí hasta el Parque iba a ser bastante movidito.
Y no pensaba frenar.

-3-

- ¿Pero qué coño…? - una de las piedras rebotó en la luna del parabrisas y astilló la mitad del cristal. Aceleró para esquivar la lluvia de piedras que no dejaban de impactar en la carrocería y, justamente cuando dejaron de apedrearla, la última piedra arrancó de cuajo el espejo retrovisor del copiloto.

Irracionalmente pensó en el cartel que acababa de pasar: *"Está Ud. en una Zona de Trasgos: PELIGRO"*. Si se trataba de la broma de una pandilla de paletos haciéndose los graciosos se habían metido en un problema: cuando acabara con el asunto de la Anjana pondría una denuncia ella misma en el Cuartel de la Guardia Civil de Reinosa por agresión a una agente de la Ley en el desempeño de su trabajo (en realidad no tenía autorización para buscar a la Anjana ella sola y menos de esa manera, pero bueno).

Lo bueno de ese incidente es que al menos había conseguido que por unos instantes olvidara el esqueleto (*"y los gusanos, dilo"*) de esa extraña furgoneta. *"Era roja y tenía un dibujo de Bugs Bunny en uno de los laterales, os lo juro"* se veía a sí misma contándoselo a sus compañeros con una enorme jarra de cerveza y ellos al fondo de la barra del bar riéndose a carcajadas de la historia. *"No sé si contarles también esta mierda de episodio con los Trasgos lanzadores de piedras porque no me ha hecho ninguna gracia"*. Sobre todo, cuando tuviera que rendir cuentas de los desperfectos del coche, se dijo malhumorada.

Paró el coche y echó un vistazo otra vez al mapa dibujado en el libro: estaba ya muy cerca de la cabaña. Tan sólo le quedaba avanzar con el coche unos metros más por el camino y recorrer el resto a pie: no convenía anunciar su llegaba si esa mujer le había tendido una emboscada. No dudaba de que así era, pero el factor sorpresa era la única baza que tenía: la estaba esperando sí, pero la Anjana no sabía cuándo ni por dónde aparecería ella.
Se ajustó las cintas de velcro del chaleco y comprobó que el seguro del arma estaba quitado. Se metió dos cargadores en los bolsillos y se

colocó bien la mochila.
Allá iba…

-4-

- ¡Pare el todoterreno! - tronó Ordás. Detrás de ellos iban dos vehículos más flanqueados por otras dos motos. El conductor de atrás soltó una maldición por el susto del frenazo que había pegado el coche que comandaba la operación.

- ¿Pasa algo, Ordás? - Rafael estaba empezando a alarmarse ante el silencio de su colega. Había estado callado como una momia todo el viaje.

- Hay algo allí a la derecha entre los matorrales. Parece una furgoneta - ordenó al conductor que apagara el motor y los demás hicieron lo mismo - Voy a acercarme para ver qué coño es lo que tenemos ahí, Salgado. Permanezca alerta y si ve moverse algo que no sea yo arrastrándome a esa posición, dispare, ¿estamos?

Antes de que Rafael contestara, el capitán ya estaba saltando por encima de las ramas que cortaban el camino del que hablaba. Tenía razón, si uno se fijaba bien, se divisaba algo brillante al otro lado que parecía ser el reflejo de la luna en una chapa metálica. No tardó ni dos minutos antes de dar órdenes de reanudar la marcha nada más volver de nuevo al jeep.

- No es más que un antiguo colector de agua. La chapa roja es lo que me ha confundido: creí que se trataba de la pintura de un coche grande o de un furgón. Esos viejos colectores hace años que dejaron de fabricarse, ahora todo va por tuberías - gruñó avergonzado.

- ¿Ha mirado bien si hace poco ha estado ahí alguien más, Ordás? - si Ordás había visto ese colector, ¿por qué no iba

a haberlo hecho Marina?

- ¿Se refiere a la inspectora? ¿Y por qué demonios iba a mirar un colector hecho puré y lleno de óxido, capitán? Ella busca a una mujer, no es una chatarrera - se burló de él y añadió -. Si ha pasado por aquí es casi imposible que lo haya visto si iba conduciendo porque yo me he fijado por casualidad y eso que no iba al volante.

Ordás no conocía a Marina, pero él sí.
Si alguien podía hacer algo improbable, era ella y, además, su intuición le aseguraba que ella también había visto lo mismo que ellos y que se había acercado a comprobar qué era. Desde ese instante, Rafael fue consciente de que ese agente procedente de los Cascos Azules subestimaba tanto a la inspectora como a la Anjana. Era de los que creían firmemente que a las moscas se las mata a cañonazos y estaba confundido: ni esa bruja era una mosca ni su muerte sería por un cañonazo. No debían olvidar que conocía al dedillo todas las tácticas policiales y subestimarla sería un gran error si querían salir de ese bosque con vida.

-5-

Burlar el control que había montado la Guardia Civil de Tráfico en los accesos al Parque fue pan comido para Roberto, pero lo que ya no había sido tan fácil era hacerse con una de las motos de trial. Ni su placa le había valido para pedir prestada una. Con ese coche no podría llegar muy lejos por esas pistas de tierra y piedras del interior del bosque: la orografía no estaba hecha para un coche de carretera por muchos caballos de potencia que tuviera.
Así que en el último momento se la jugó a sabiendas de que cuando todo eso terminase, se la iba cargar: una suspensión de empleo y sueldo iba a ser un castigo de niños al lado de la sanción que suponía sustraer una motocicleta a uno de los Forestales e inmiscuirse en una operación policial a sabiendas de que no había sido invitado.

Pero la alternativa era quedarse allí de brazos cruzados esperando a que mataran a alguien y eso no podría habérselo perdonado jamás… esa fue la razón por la que arrancó la moto que estaba apoyada en uno de los árboles que estaban plantados al final de la carretera de asfalto y pisó el acelerador a fondo.

Estaba seguro de que en el tablero imaginario que tenía organizado en su cabeza la Anjana, no contaba con otro caballo: él.

Roberto tomó una de las veredas paralelas por donde habían pasado tanto Marina como el grupo de jeeps que la seguían, a riesgo de encontrarse con algunos tramos peligrosos (había demasiados baches y socavones ocultos por la oscuridad del bosque), pero era un atajo para llegar adonde sospechaba que querían llegar: el viejo refugio que aparecía sólo en algunos mapas ubicado cerca del Este del Parque Natural.
En el viaje en avión había tenido tiempo de ojear varios mapas de los años 70 y 80 en la Base de Datos que se había descargado en su portátil. Se trataba de la vieja cabaña de un estrafalario pastor que la alquilaba a forasteros ávidos de emociones fuertes en los tiempos en los que se permitía la caza de osos o corzos en la zona.

Uno de esos corzos pasó a pocos metros de él cuando su moto pegó un brinco al saltar por encima de un trampolín de tierra. No podía permitirse el lujo de aflojar la velocidad, así que pisó a fondo el acelerador rezando para que no se estrellara contra un animal del Parque. Si los cálculos no le fallaban, el convoy de la Guardia Civil ya debía de estar muy cerca de la cabaña del pastor…si es que Marina no se había topado antes con la Anjana, claro.

-6-

Tal y como la bruja le había adelantado en la misiva a Marina, la puerta principal estaba entreabierta. Una delgada línea de luz se filtraba por la rendija iluminando el suelo del porche.
El corazón de la inspectora latía tan deprisa y tan fuerte que tuvo miedo de que los latidos no la dejaran escuchar cualquier otro sonido que proviniera del interior de la casa. Al asomarse por la abertura llegó hasta ella un olor que le resultó tremendamente familiar: no tenía ni la menor idea de dónde había olido antes esa mezcla de hierbas aromáticas pero el olfato era el de los pocos sentidos que no engañaban. O conocías un olor o no lo conocías, no había más matices. Y ella sí que lo conocía porque ya había olido antes ese aroma.

Al fondo de la estancia alcanzó a ver el respaldo de un enorme sillón de cuero y un espejo de pie justamente enfrente, imagen que le pareció muy extraña y bastante siniestra. Era el paradigma de alguien

extremadamente narcisista porque estar sentado observándose a uno mismo era como mínimo enfermizo. Sacó el arma de la pistolera comprobando por enésima vez que no tuviera puesto el seguro y empujó la puerta. Hincó una rodilla en el suelo y apuntó al sillón:

- Levántate muy despacio y pon las manos por encima de los hombros donde pueda verlas, bruja - el graznido de su voz delataba lo nerviosa que estaba. Se alegró de que la Anjana estuviera de espaldas a ella y no pudiera advertir cómo le temblaba la mano con la que empuñaba la pistola.

Nada.
Sólo obtuvo un silencio incómodo por respuesta en el que se podía oír el crepitar de la leña en la chimenea y el líquido que portaba una enorme olla suspendida sobre el fuego. Tenía que tratarse de un truco de la bruja para que se acercara al sillón, pensó, así que lejos de caminar en esa dirección, lo hizo a un lado para buscar un ángulo de tiro…pero fue inútil: a menos que alguien se acercara más, no podía verse al ocupante de esa aparatosa butaca. Ni siquiera el reflejo en el espejo.

- ¡He dicho que te levantes, zorra asesina! - esta vez su voz sonó más ronca y convincente. Respiró hondo y añadió - Si te pego un tiro por la espalda ahora mismo, nadie me culpará por ello, ¿sabes? Es más, les ahorraré un montón de pasta a las familias de los que has matado. Te lo repito por última vez: o te levantas o te pego un tiro.

Ese olor la estaba mareando. Sí, lo había aspirado antes en algún otro lugar, de eso estaba segura…pero su cerebro empezaba a estar confuso. ¿Era una droga? Porque si era así, la Anjana también debería de tener los mismos síntomas…o no, no podía pensar con claridad, joder.
Escuchó una voz lejana como el ruido áspero de una radio lejana con interferencias escondida debajo de un montón de mantas:

- No me tengas miedo, acércate. Bienvenida a casa, querida - sólo era capaz de percibir una sombra a contraluz del fuego de la chimenea. Vio algo detrás de ella: un borrón oscuro más pequeño -. Te estábamos esperando desde hace un buen rato. Saluda, Simone, no seas maleducada.

- Vaya, mira a quien tenemos aquí - oyó una risita a miles de kilómetros de distancia -. Ponte cómoda, mujer, ya tenemos la

cena casi preparada: sólo hay que ir al Avispero a por la carne y te podemos asegurar que te vas a chupar los dedos.

- ¿Qui…quién eres tú?

- Está bastante sorda aparte de algo mareada, Dama Blanca, será la edad. Habrá que refrescarle la memoria, ¿no te parece? - su voz se transformó en una muy similar a la suya - ¡Ha dicho que te acerques, joder!

- Perdónala. Simone es así de brusca cuando está nerviosa pero es una amiga muy fiel. Confía en lo que te dice y siéntate con nosotras dos. En breve estará lista la cena que te hemos preparado: la carne de Mengue está deliciosa cuando está recién hecha - se escuchó un rugido lejano que la Anjana también pareció advertir -. Te ha seguido el capitán Rafael Salgado tal y como habíamos planeado.

- ¿Sabías que te íbamos a acorralar y aún así estás aquí tan tranquila esperando a…cenar conmigo? Estás chalada - mierda, no conseguía verle la cara. Las dos eran aún dos sombras parlantes al contraluz del fuego de la chimenea.

- Considéralo el punto final de la carta que te envié y que tan inteligentemente supiste interpretar, ¿de verdad aún no sabes como fuiste capaz de descifrar un enigma imposible? ¿No te has preguntado cómo supiste qué hacer en cada momento para que mi plan siguiera adelante?

- ¡Díselo de una puta vez ya, Anjana! Si no lo haces tú, lo haré yo - la voz de la niña era ahora la de una anciana. Se parecía a la voz de su abuela. La droga que emanaba de ese caldero debía de ser fuerte.

- Niña mía, paciencia. Aún tenemos…diez minutos aproximadamente antes de que esos homínidos henchidos de testosterona den con el viejo camino. Otra de las cosas que debes preguntarte es… - por increíble que pareciera, Marina escuchaba la terminación de las frases de la Anjana antes de que ella lo hiciera.

- …por la furgoneta roja con el dibujo animado y el hombre muerto.

- ¿Lo ves, Simone? Sólo es cuestión de tener un poquito de paciencia y nuestra amiga del alma llegará sola a la respuesta final - ahora al rugido cada vez más cercano de los motores de los coches, se unió otro más machacón -. Sí, eso que oyes son helicópteros pero no van a poder aterrizar aquí, así que sólo intentan ver lo que los árboles no les dejan ver. Más o menos como tú, Marina: intentas ver a través de arces y chopos que tú misma has plantado para negar lo evidente.

- No sé de qué coño estás… - esta vez rieron a la vez Anjana y niña. Era horrible escuchar a coro esas perturbadoras carcajadas de las dos lunáticas pero más extraño aún era que ella estuviera reprimiendo también unas irrefrenables ganas de reír. Tenía ganas de hacerlo porque de algún modo sabía de qué estaba hablando la bruja y tenía su punto de gracia si lo pensaba bien.

- Gracias, Simone. Mientras estábamos charlando, nuestra hermosa niña ya ha echado algo de carne de Mengue a la olla - la sombra se movió hacia la chimenea. Lo extraño era que Marina era capaz de ver con claridad el resto de la casa: sofás, chimenea, cacharros, ventanas e incluso la puerta por la que había entrado hacía unos minutos de la que estaba varios metros alejada…pero a ellas dos era incapaz de verlas, ¿por qué? Tuvo mucho miedo de la respuesta, así que del mismo modo que vino la pregunta, se fue.

La sombra más pequeña le acercó un plato de metal y un tenedor. Sin saber muy bien por qué, enfundó de nuevo el arma en su pistolera y sujetó con ansia lo que la cría le estaba ofreciendo. La curiosidad por probar esa carne aparentemente tan tierna y jugosa era extrema. Además, hacía varias horas que no había probado bocado y en el hotel la calidad y cantidad de comida destacaban por su ausencia.
Se llevó un trozo de carne a la boca saboreando cada hebra de carne, cada tendón…y cada nervio. Estaba realmente delicioso, así que apuró el plato en un santiamén y bebió de la copa de vino que Simone le había llenado hasta los topes. Poco a poco, el mareo se fue convirtiendo en una euforia primitiva donde se sentía pletórica y llena de energía sin saber muy bien por…

- Te sientes así porque presientes que esta historia está llegando a su fin, o como diría Simone: "el Círculo se está cerrando", ¿verdad, enana? - alzó la voz sobresaltando a Marina tanto que casi se le cae el plato y la copa -. Ahora que tienes el estómago lleno y el corazón feliz, ya es hora de que hagas caso a nuestra

amiga y te sientes en el sofá. Cuando abras los ojos nos podrás ver por fin a ambas, te lo prometo. Hazlo. Nos queda poco tiempo ya, Marina.

Aún desconfiaba de esa asesina, así que sacó el arma mientras se aproximaba a la butaca apuntando alternativamente a ambas sombras. Finalmente se sentó haciendo caso a la bruja. En ese momento era consciente de que era muy vulnerable y de que estaba a merced de cualquiera de las dos, pero tenía que saber el final de la historia.
Averiguar cómo se cerraban los círculos y qué verdad escondían las cuatro paredes de esa casa y las dos mentes de sus anfitrionas…por lo que, dejándose llevar por su instinto, se reclinó en el sillón y cerró los ojos.

-7-

Se perdieron dos veces antes de dar con el acceso que conducía a la cabaña.
Ordás no dejaba de maldecir su suerte y de darles gritos a sus hombres para que espabilaran como si la culpa de no haber dado a la primera con el camino hubiera sido ajena a los dos capitanes que dirigían la operación (¿de rescate? Rafael ya empezaba a dudarlo. El capitán que tenía al lado parecía dar prioridad a la caza de la bruja que al rescate de la inspectora).

Echando un vistazo al estrecho camino que daba al calvero donde estaba el antiguo refugio de un pastor, no le extrañó que no lo hubieran visto a la primera: se encontraba protegido por ramas de árboles a modo de cancilla y flanqueado por unas enormes rocas que no dejaban pasar vehículos pesados, así que se apearon todos de los vehículos con el mayor sigilo que le era posible a un grupo de casi veinte hombres.
Los dos capitanes avanzaron los primeros con las linternas apagadas y los demás agentes hicieron lo mismo. Rafael contó varios fusiles automáticos además de pistolas y granadas de humo. Por armas que no quedara, pensó.
En el plan que tenía en su cabeza no estaba el uso de armas de fuego más que con fines intimidatorios porque sabía que cuando había rehenes de por medio, hostigar a un captor disparando a discreción siempre acababa mal.

Aunque no lo había hablado con sus superiores ni con el capitán que le acompañaba, él solamente esperaba la oportunidad de entrar en la

cabaña como mediador porque sabía que a esa Anjana sólo se la podía ganar jugando con la cabeza, no a tiro limpio.
Además, si ella conocía los procedimientos estándar de los Grupos Especiales de Operaciones de la Policía Nacional (dos de los hombres que iban con ellos, lo eran) o de los de la Unidad Especial de Intervención de la propia Guardia Civil, seguir las pautas sería darle a la Anjana una ventaja. *"Tenemos que improvisar si queremos sacar a Marina con vida de esa caseta y pillar luego a la bruja. En ese orden"*.

Saltando por encima de unos matorrales, dieron con un grupo pequeño de cuatro robles situados sobre una loma desde la que podían tener una visión amplia de la cabaña y los alrededores, así que Ordás hizo un gesto a dos hombres para que vigilaran desde ahí cualquier movimiento que vieran y montó dos grupos: uno entraría por el establo y el más numeroso iría con ellos dos a la vivienda principal.
En cuestión de un par de minutos, todos estaban ya en los puestos que les habían asignado. Rafael se las había ingeniado para estar cerca de la puerta mientras Ordás con el lenguaje de gestos iba ordenando a sus hombres que permanecieran apostados debajo de las ventanas o en el camino apuntando con sus armas a su señal en esa dirección.
"Calculo que me queda menos de un minuto antes de que usen los botes de gas lacrimógeno y entren ahí dentro a saco. Tengo que darme prisa porque si hacen eso matarán a las dos y eso si antes no se llevan a dos o a tres agentes por delante, mierda".

Así que cuando Ordás se distrajo preparando el operativo del camino (los que estaban armados con armas automáticas), Rafael se levantó y llamó a la puerta antes de anunciar a la Anjana que iba a entrar desarmado:

- Soy yo, Bruja, el que llamas Caballuco del Diablo. Voy a entrar sin armas para hablar como dos buenos amigos, no me hagas daño y ellos no te lo harán a ti - ignoró el gesto de contrariedad y enfado de Ordás y entró en la casa sin mirar atrás. Sólo esperaba que los agentes no fueran de gatillo fácil…

-8-

Roberto Mateo desde lo alto del monte, pudo ver que estaban todos allí como una puñetera familia feliz el día de Nochebuena, pero en vez de estar sentados alrededor de una mesa, toda la familia de Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado rodeaban una chabola adosada a un extraño establo fuera de lugar en esa zona de Cantabria.

Pudo ver a lo lejos el brillo de las armas de los agentes de la loma y abajo una docena más o menos de sombras que iban pululando por los alrededores de la vivienda como luciérnagas letales.
Si el Rafael estaba allí, seguramente intentaría algo antes que dejar que ese grupo de buldóceres arrasaran con todo a su paso. Conocía al capitán y, a su vez, él conocía perfectamente el procedimiento de operaciones especiales, así que apostaba el cuello a que intentaría algo, pero no podía arriesgar todo a esa carta: el capitán Salgado dispondría de pocos minutos. Y después…bueno, después los buldóceres harían su trabajo. Entonces a Roberto se le ocurrió algo que podría darle algo de tiempo suplementario a su compañero…

Pisó a fondo el acelerador de la motocicleta y condujo cuesta abajo por el montículo ciego que daba al establo. El sonido del motor seguramente alertaría a los hombres de abajo y pedirían instrucciones al capitán al cargo (uno de esos dos capitanes de los que habló Rafa por teléfono antes de embarcar en el avión). El inspector, al contrario que Rafael, era un hombre de acción que ya había participado en varias operaciones de ese estilo con narcotraficantes de la costa Cantábrica y sabía todos los pasos que se iban a dar desde el momento en el que llegara allí abajo.
Poco después, se presentó ante el malhumorado capitán y le hizo perder el tiempo llamando por radio a la Central para confirmar su identidad con el número de placa. "Ahí van otros cinco minutos, Salgado. Date prisa y sácala de ahí con vida…ya no puedo darte más tiempo", se dijo esperanzado.

-9-

Los golpes en la puerta sobresaltaron a Marina.
Se levantó del sillón y se giró hacia la puerta alarmada porque no conseguía recordar cómo había llegado a esa casa que olía a hierbas, resina de pino y madera. Estaba sola y la única luz encendida era la de una pequeña lámpara de petróleo que reposaba encima de la repisa de chimenea.

Nada más abrirse la puerta pegó un alarido.
Era una de ellas, una de esas libélulas gigantes de cuatro colores prácticamente indestructibles conocidas como Caballucos del Diablo. Ésta era la negra: la que representaba al ermitaño que engañaba a las gentes reencarnado en libélula. No podía dejarle entrar en la casa de la Anjana o la mataría…y ella se quedaría sin su respuesta. Sin el círculo que se cierra.

Recordó que para matar a una de ellas necesitaba una Rama de San Juan, justamente como la que pendía de la repisa de la chimenea junto a la lámpara. Así que lentamente caminó hacia atrás sin desviar un ápice la mirada del monstruo de la puerta y se hizo de espaldas con ella.
Antes de levantar la rama, escuchó unos sonidos ininteligibles que manaban de la boca del Caballuco. Parecía el sonido del agua de un grifo a presión o el de un motor estropeado…le estaba diciendo algo, pero no le podía entender.
Seguramente lo que le estaba contando no era nada bueno: un maleficio, posiblemente, se dijo...
…así que blandió la Rama de San Juan mostrándosela al Caballuco y recitó una Oración que no había escuchado en su vida:

"A quín coja la yerbuca
la mañana de San Juan,
no li dañarán culebras
ni caballucos del mal".

A continuación, oyó el escalofriante sonido que hacen los Caballucos cuando acaban con ellos. Sonaba demasiado… ¿humano? Su imaginación le estaba jugando una mala pasada porque todo el mundo sabía que esos seres no tenían nada de humanos. Probablemente esos agónicos estertores trataban de emular a los de un hombre a modo de engaño final. Y sonrió satisfecha: había salvado la vida e la Anjana y de la cría. Ellas le dedicaron una sonrisa de gratitud desde el sillón donde la bruja estaba sentada y la niña lo hacía en el reposabrazos.

Ahora les tocaba a ellas como señal de agradecimiento darle a Marina toda la verdad que escondía esa historia.
Ese Juego de la Anjana.

-10-

- Marina, ¿estás bien? -miró alrededor pero no había apenas luz en la estancia. A Rafael eso no le gustó nada…y menos la mirada de ella: no le había reconocido, joder - Te han drogado, ¿no sabes quién soy? Soy yo, Rafael Salgado, tu compañero…tu amigo, mujer.

Ella se alejó de él como si hubiera visto al mismo diablo. Estaba aterrada y Rafael tenía que averiguar qué producía en ella ese terror

porque seguramente el olor que emanaba de la chimenea tenía algo que ver: una droga.
La cuestión es que a él no le estaba afectando, así que entonces, ¿qué demonios le estaba pasando a la inspectora como para huir de él y mirarle de esa manera tan extraña?

El sofá no lo ocupaba nadie, eso lo comprobó nada más entrar. El espejo *("¿qué coño hace un espejo de pie delante de un sillón?")* no reflejaba más que un respaldo vacío lleno de lamparones y medio rajado. Cuando volvió la vista hacia ella, empuñaba un arma. No era la reglamentaria que llevaban los Guardias Civiles sino una pistola de la época de la Guerra Civil.

- Marina, calma. Baja esa arma, soy yo, ¿acaso no me reconoces, compañera? - aunque ella pareció entenderle durante unos breves instantes, sabía que no lo iba a hacer: iba a disparar. Lo vio en sus ojos antes de que saliera la bala por el cañón.

Primero sintió un pinchazo agudo encima del estómago y luego un tremendo dolor sordo que le recorrió todo el cuerpo. Intentó gritar, pero de su boca sólo rezumaba sangre y un calor húmedo que le bajaba por la tripa resbalándole por las ingles.
Ahí tirado en el suelo, pudo ver un plato de metal y un vaso de vino derramado…y antes de morir, supo la verdad de que es lo que había pasado en esa casa antes de que la tormenta de muertes y cadáveres se desencadenara en Cantabria.
Supo el qué, el quién y el porqué de esa extraña historia antes de que todo dejara de tener importancia y el telón cayera sobre su vida dando paso al segundo acto, el acto más injusto: el de su muerte.
Su último pensamiento fue el día que Marta y él se conocieron en aquel aburrido cumpleaños y la besó en el jardín.
Luego todo se volvió negro y sintió mucho, mucho frío...

-11-

- ¡Mierda! ¿Eso ha sido un disparo? - el capitán Ordás cortó bruscamente la llamada e inmediatamente miró al conductor del otro vehículo (que era el segundo al mando de la operación. Al menos oficialmente) esperando su confirmación.

Roberto también había oído la detonación que se había producido en el interior de la casa y dedujo que no se trataba del disparo de un arma moderna. Parecía un modelo antiguo: del tipo Astra 300 o

Beretta tal vez.
Fuera lo que fuera, el que había disparado no lo había hecho un arma reglamentaria. *"Si no ha disparado Rafael ni Marina, sólo nos queda una opción: la Anjana".*

Se le aceleró el corazón al presentir lo que iba a suceder a continuación porque las caras de tensión de los agentes que tenía más cerca de él hablaban por sí solas: se iba a desatar la tormenta. Una tempestad que acabaría con los dos agentes del interior de la casa muertos y otro montón de heridos…porque no se tragaba que la bruja no hubiese previsto nada de eso.

Para confirmar sus sospechas, vio con sus propios ojos cómo volaban por los aires las dos piernas del cabo que se había acercado a la puerta trasera de la cabaña. Esa mujer había colocado trampas por el perímetro de la cabaña y quizás por todo el establo anexo. Un trozo de cable quemado saltó posándose al lado de su zapato.
"Si dejó la entrada principal libre era porque contaba con que entrara primero Marina y luego el capitán Salgado: ha trazado una estrategia tan compleja que nosotros mismos estamos siendo unos dóciles peones a merced de una reina psicópata".
Aprovechando la confusión, se coló por la puerta de atrás y entró.

Lo primero que vio fue el cuerpo sin vida de Rafael Salgado tirado en el suelo al lado de un charco de sangre. Tenía los ojos abiertos como platos como si hubiera recordado de repente algo urgente y de su boca manaban hilos de sangre y saliva. Sus ojos estaban posados en el plato y el vaso del suelo como si la respuesta a todas sus preguntas estuviera justamente allí mismo.

- ¡Tú eres el otro! El Caballuco rojo - Marina le apuntaba con una Beretta lo que le llevó a deducir que ella había matado al capitán.

Roberto en vez de intentar razonar con ella (seguramente fue lo que mató a Rafael porque la mirada ida de Marina le decía que estaba en un trance tan profundo que ni siquiera era capaz de escuchar o razonar), cogió con rapidez el plato y se lo lanzó a la cara con todas sus fuerzas. Le impactó de lleno en la nariz haciendo que soltara el arma por la sorpresa y el punzante dolor del golpe.
Corrió hacia ella y le quitó el arma.

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí Roberto? - miró alrededor desorientada y tuvo que taparle la boca cuando vio el cuerpo sin vida de Rafael.

- ¡Cálmate! ¿Dónde está la Anjana, Marina?

- En la butaca, ¿no la ves? - señaló con el dedo el sillón vacío - Tiene una niña en el regazo que parece mayor de lo que en realidad es, Roberto. No es mala, pero tiene mal genio a veces.

Se acercó y tocó el respaldo. Luego acercándose a Marina comprobó sus pupilas y se dio cuenta alarmado de que no estaba bajo los efectos de ninguna droga. Ella estaba viendo algo que no existía…y una señal de alarma sonó a todo volumen en su cabeza de repente.

- ¿Cómo sabes lo que es un Caballuco, Marina? Rafa y yo nunca te lo hemos contado… - en la escasa claridad de la cabaña, Roberto fue testigo del cambio de color de unas pupilas que pasaban del azul más claro al rojo más intenso…hasta que se quedaron de un color ambarino brillante. Casi fluorescente en esa oscuridad.

- Veo que al final has venido, poli. Tooooodo ha salido como lo había planeado, Roberto, pero la verdad es que pensé que el primero en entrar aquí ibas a ser tú… - apuntando con la barbilla con absoluto desprecio al capitán, prosiguió -. Ese desgraciado ha caído por entrometido, pero no tenía que haber sido él sino tú.

Literalmente ya no quedaba tiempo a tenor de los ruidos de pasos metálicos que escuchaba en el porche: pronto lanzarían gases dentro de la cabaña y ahí se acabaría todo porque la Anjana tendría un plan B que no contemplaba salir con vida de allí. Eso estaba claro.

Lo que iba a decir, seguramente no le iba a gustar a la Bruja. *“Es ella, Marina, joder, ¿ahora qué hago? No puedo matarla…”*. No podía mostrarse conmocionado o ella lo olería de la misma manera que un sabueso huele la carne descompuesta bajo tierra a pesar de que mil aromas intenten camuflarlo. Se le ocurrió una idea bastante arriesgada, pero tenía que jugársela:

- ¿Qué has hecho con Marina? - esa pregunta pareció desconcertarla durante unos segundos.

- Buen intento, madero, pero tú y yo sabemos que está en esa butaca maniatada, la estás viendo ahora mismo - lo que se imaginaba: tenía tal desdoblamiento de la personalidad que no era capaz de aceptar que la inspectora y ella eran la misma

persona.

- Ahí no hay nadie, ¿sabes por qué? Porque TÚ eres Marina - esta vez la conmoción de sus palabras le afectó mucho más - Si no me crees, siéntate ahí y mírate en ese espejo. Vamos, ¿tienes miedo?

- Yo no…soy una Anjana y no tememos a nada ni a nadie, impertinente - a regañadientes le hizo caso porque por delante de todo estaba su reputación y su orgullo, lo que Roberto sospechaba.

Lo que pasó a continuación transcurrió en el lapso en unos pocos segundos. Un tiempo más que suficiente como para que Roberto Mateo no lo olvidara durante el resto de su vida. Muchas de esas noches, al despertar sobresaltado, se preguntaría también en cómo serían esos momentos de vigilia en las vidas de las limpiadoras de la Comisaría, las dos únicas supervivientes de esa psicópata. Él al menos tenía lengua y extremidades como para contarlo…pero jamás lo hizo. El episodio de su vida en esa cabaña se lo llevó a la tumba porque desenterrarlo habría supuesto poner en duda los cimientos de todas sus creencias, de todas sus ideas más básicas y elementales del mundo…y nunca deseó que su vida se desmoronase de la misma manera en que lo hizo esa asesina al mirarse en el espejo.

Al verse reflejada en el espejo, la Bruja (Roberto prefería verla así en vez de a la mujer con la que hasta hace unas horas planeaba un futuro) reprimió un grito de furia y se llevó las manos a la cabeza. El reflejo que veía de ella en el espejo era el de una anciana de casi cien años. Tenía los cabellos largos y plateados y sus manos se asemejaban a dos garras con largas uñas amarillentas. Sus ojos eran aterradores: no sólo eran amarillos y profundos, sino que su iris parecía tener vida propia cambiando la intensidad del brillo a medida que hablaba. Era la voz de un ser que tenía que haber muerto hace cientos de años pero que se encontraba allí de pie observando aterrorizado y confuso su propia imagen reflejada.

- La carne del Mengue no ha funcionado... ¡aún sigue vivo! Tengo que matarlo o la zorra en la que vivo, volverá a tomar el control - de repente se agachó como una comadreja y sujetó el plato del suelo con ambas manos. Su lengua se deslizaba como un gusano por los bordes en busca de algún resto de carne...pero ese “resto” era un trozo de dedo que Roberto tenía justamente delante.

- Dámelo, Caballuco, dame esa car...esa caaarne - el cuerpo de la

Anjana se estaba descomponiendo por momentos. Le latía la cabeza como un globo a punto de reventar y sus ojos se le salían de las cuencas. Roberto adivinó al instante que ese trozo de dedo era lo único que se interponía entre ella y Marina, así que lo aplastó con su zapato. Marina tenía el rostro congestionado. Amoratado.

- ¿Qué has hechooo? Eres un malnacido, poli de mierda, hijo de puta, cabrón - Marina vio cómo se le caían las uñas de las garras y su cuerpo se iba disolviendo como la carne en lejía. Lo vio todo en el espejo como si fuera una película de sus últimos momentos de su vida...pero Roberto no. Él no podía ver lo mismo que ella. El espejo sólo estaba hecho para que ella viera la Verdad. Su verdad. Y el cerebro del policía no estaba preparado para verla.

Antes de "derretirse" como una bruja de esos cuentos infantiles que su madre le leía por las noches ("la Bruja del Este murió, Miri. Se convirtió en agua...y colorín, colorado, este cuento se ha acabado. Ahora duérmete, niña mía".), vio su propia mirada en el reflejo: esta vez eran los ojos de la Anjana, de Marina y de Simone a la vez...y le estaban sonriendo con melancolía. Cuando sólo quedó de ella un charco, se dio cuenta de que le estaba diciendo a Roberto que le amaba.

Al volar los botes de gas lacrimógeno por los aires rompiendo los cristales de las ventanas, el inspector no se movió de su sitio. Se quedó ahí mismo inmóvil como Lot después de desobedecer al mismísimo Yahveh; sólo que Lot se convirtió en sal por su maldita curiosidad y él en el hombre que sería a partir de entonces por el amor que sentía por esa mujer.

Los agentes entraron como elefantes en una cacharrería y Roberto sólo fue capaz de recordar parte de lo que había sido testigo. Las nubes de humo y sus ojos irritados no fueron impedimento para que viese cómo una mancha de humedad en el suelo iba desapareciendo lentamente hasta filtrarse por los tablones de madera. Pero eso seguramente se lo había imaginado. Más tarde pensaría que los corolarios, reglas y bases sobre la que estaba erigida su visión de la vida se fue por esas rendijas como agua filtrándose por un colador de irrealidades...

Nunca supo qué es lo que Marina vio realmente en el espejo, fuera lo que fuese, la había hecho enloquecer de tal forma que se había clavado repetidamente las uñas en las mejillas hasta sangrar como si hubiera querido quitarse una careta imaginaria. Incluso se había

arrancado un par de mechones de pelo.

Al disiparse los gases de la cabaña sólo estaba él en la casa.
No quedaba ni rastro de la Anjana y lo primero que le preguntó Ordás nada más entrar fue por el paradero de la asesina...pero Roberto no supo qué contestar porque en realidad nunca llegó a saber qué parte de lo que vio era real y qué parte se la había imaginado.
Poco después los resultados del análisis de drogas habían dado positivo por inhalación, así que su testimonio dejó de ser relevante y le dejaron en paz por un tiempo...

Cuando acabó al fin toda esa locura, llegaron meses de interrogatorios llenos a rebosar de preguntas sin respuesta, entrevistas, psicólogos y charlas. Roberto jamás dijo una sola palabra. Estaba bloqueado.
Quizás estaba muerta. O quizás desaparecida para siempre; nunca se pudo comprobar qué había pasado con ella, por lo que la operación policial se prolongó varias semanas en el tiempo hasta que vieron por fin que esa mujer había dejado de matar personas.

Un año después de todo aquello, los periódicos fueron sustituyendo los titulares del caso por otros igual de sensacionalistas y la Anjana dejó de existir para siempre más que en alguna hemeroteca perdida o en el recuerdo de alguna familia. Esa investigación pasó a un segundo plano y más tarde a las profundidades del ostracismo periodístico. Las personas que la habían conocido estaban todas muertas, quemadas, con las extremidades amputadas...o en el caso del inspector Roberto, mudas.

El último artículo que se publicó acerca de la Anjana y de su “sed justiciera” (así lo había llamado un periodista conocido por las noticias falsas que cocinaba y por sus artículos de casquería barata y rastrillo) fue una entrevista al que se suponía que era el único superviviente de la bruja. Uno al que había amputado el dedo meñique, un tal Antonio Méndez, un psiquiatra de mala reputación.
El hombre contó con todo lujo de detalles cómo le había untado con un “adobo” de hierbas aromáticas, atado y amordazado en un establo. *“Me cortó el dedo y lo cocinó”*. Así había titulado el artículo el carnicero de noticias...y Roberto no pudo más que leer dos líneas contando la del titular. Sólo se quedó con que, aparte de las limpiadoras y él, aún quedaba otro superviviente al que la Anjana había denominado “el Mengue”.

Pasaron las semanas, los meses, su terapia, su “problema transitorio con la bebida” (a su psicólogo le gustaban los putos eufemismos) y su

período de suspensión de empleo y sueldo. Transcurrieron los casos y las horas sin dormir bien. También se sucedieron los buenos momentos y se alargaron los malos...y el tiempo pasó tan deprisa que el caso quedó a año y medio de distancia.

Ya casi lo había enterrado todo en el alcohol y en el olvido...hasta que una mañana lluviosa de abril, sonó el teléfono cuando hacía estiramientos en el jardín de su nueva casa. Era Marta y quería quedar con él para cenar y charlar porque le urgía hablar con el único amigo de Rafa al que tanto aprecio le tenía. A decir verdad, él también necesitaba conversar...esa mujer era lo único que le quedaba de todo aquello.
Así que dijo que sí.

Antes de colgar el teléfono regresó otra vez esa vieja y desconcertante pregunta:
"¿Se había disuelto como la cera de una vela? ¿O le había drogado para poder escapar por algún escondite secreto de la cabaña?
Una vez más, esa pregunta quedó sin respuesta...

EPÍLOGO

“Las Sirenas”

Abril de 2019

“*Las sirenas son seres adorables. Se enfadan cuando ven que algún marinero canta o*

silba pues consideran que es una mofa de sus delicados cantos, y en este caso se juntan muchas de ellas y nadan dando vueltas formando remolinos alrededor del barco, para asustar a la tripulación".

-I-

A pesar de la humedad de mediados de primavera, la temperatura a esas horas de la noche era muy agradable. Laredo estaba precioso a la

luz de la luna y la brisa del mar además de que el olor a sal era relajante. A esas horas sólo estaban ellos dos sentados en la terraza del restaurante y el murmullo de las olas era perfectamente audible y agradable.

Marta había pedido una ensalada de marisco y media ración de mejillones y él un combinado de marisco y un generoso plato de pulpo con pimentón.
La cena y el vino blanco habían obrado el milagro de generar en ambos una burbuja de fantasía dentro de una triste realidad de habitaciones solitarias, ilusiones rotas y sueños interrumpidos. Los dos habían perdido a alguien importante el mismo día en el que sus vidas se convirtieron en dos puntos de inflexión. Un “antes de” y un “después de”.

- Gracias por venir hasta aquí, Rober, te lo agradezco enormemente - al mirarla a los ojos se dio cuenta de que estaba llorando en silencio e intentó consolarla. Ya había consumido demasiadas dosis de tristeza esos meses y no quería que ella probara una en ese momento. La noche estaba yendo demasiado bien.

- Si me das las gracias por venir aquí y que encima me invites a cenar, entonces únicamente te pediré que seas siempre así de agradecida - eso arrancó una tímida sonrisa a la que había sido la prometida de su amigo y enseguida entendió por qué se había enamorado Rafael de ella. Era una mujer bella y de facciones muy delicadas. Algo pálida para su gusto, pero con suficiente energía en su expresividad

- He quedado aquí contigo porque mañana cojo un vuelo y me voy de España a trabajar y acabar mis estudios. Me han dado una beca de en la Universidad de Princeton para terminar mi doctorado y….no quería irme sin antes darte las gracias por haber intentado proteger a Rafa hasta el último momento- su cara de tristeza pasó a una expresión más decidida y después de beber de un trago la copa que les habían servido, añadió -. Quiero que me lo cuentes todo, Rober. Por muy extraño que fuera aquello que viviste en esa cabaña, quiero la verdad. Te lo suplico.

Le sorprendió la facilidad con la que fluyeron las palabras de su boca. Todo era todo, así que el inspector no omitió ningún detalle. Cuando acabó, le tocó a él el turno de beberse el bourbon de otro trago. Ella se quedó pensativa un rato y el inspector ya empezaba a dudar si ella le

había creído o si se levantaría de la mesa indignada tirándole la copa a la cara...

- Deduzco que la infancia de Miriam (ese era su verdadero nombre, ¿no?) la trastornó. Tiene que ser muy duro ver cómo matan a tu familia delante de ti...y luego la vida en esos orfanatos tuvo que ser muy dura para una niña totalmente inadaptada - pidieron otra copa -. Tengo una pregunta más. Si dices que estuvo en protección de testigos y que le cambiaron la identidad (y todo su cuerpo), ¿quién fue la persona que dirigió toda esa operación de "blanqueo" de su expediente? Dices que ha desaparecido todo acerca de ella.

- Me temo que nunca llegaremos a saber eso, Marta, y sospecho que es lo mejor que nos puede ocurrir: ignorar esa parte. Hay alguien muy poderoso en las altas esferas que no quiere que se sepa algo que ella descubrió en algún momento de su vida. Supongo que es algo que está muy por encima de nuestro alcance, así que será mejor olvidar ese tema.

Tal y como Marta esperaba, el otro hombre que buscaba apareció a su hora.
Paseaba por la playa solo y llevaba puesta una camisa de vestir y unas bermudas que le llegaban por los tobillos. Las sandalias las llevaba sujetas en una mano que tenía solo cuatro dedos. Caminaba por la arena y pretendía meter los pies en el agua del mar en una zona alejada de la gente. Le observó ir hacia allí.

- ¿Estás bien, Marta?

- Sí, perdona, Roberto...necesito ir un momento al cuarto de baño. Tantos recuerdos de repente y el alcohol... - hizo un gesto al camarero para que les sirviera "la última". Más bourbon y más gin tonic.

Roberto había apurado la copa cuando Marta volvió.
Ella tenía una sonrisa genuina en su rostro como si en esos diez minutos hubiera dejado atrás la inquietud de tener un montón de preguntas sin respuesta. Bebieron y luego estuvieron dando un largo paseo hasta las dos de la mañana.

Habían llegado al Puerto de Laredo y podían otear varios grupos de pescadores preparando las redes en sus pequeños barcos a lo lejos. No había más luz que la de la plata brillante de una luna reflejándose en

un mar muerto.

Fue la mezcla del alcohol, la tensión y el alivio lo que hizo que pasara. O al menos eso es lo que se dijo Roberto a la mañana siguiente, tumbado en la cama de su habitación. No recordaba quién empezó besando a quién. Ni siquiera por qué se quitaron la ropa. Y mucho menos por qué estuvieron casi una hora follando como dos animales sin conciencia y haciéndose el amor como dos enamorados escondidos entre los matorrales del mirador.

Tan sólo sabía que cuando se despidieron, se había quedado con un sabor familiar en su boca. Con un perfume que le recordaba a alguien con quien había vivido eternamente durante unos minutos dentro de un coche y había muerto con ella entre los tablones de madera de una cabaña para toda la siempre.
Antes de quedarse dormido, se preguntó en si en vez de Marta, había sido Marina a la que había hecho el amor esa noche.

No era descabellado, pensó: las canciones ya advertían de que en las noches más oscuras y bajo las estrellas más intensas, las Anjanas solían aparecerse a los humanos más desconsolados, ¿no era así? Quizás no.
Y se durmió.

-II-

- Hola, Mengue - el hombre de las bermudas horteras y la camisa a juego se dio la vuelta. No le veía los ojos, pero adivinó su temor por el olor a miedo que llegaba hasta ella.

- ¿Qui...quién es usted? Si es una broma por lo que he contado en los periódicos, no tiene ninguna gracia. Váyase de aquí ahora mismo o llamo a la policía - el gritito de mujer asustada le pareció gracioso a Marta y se rio de él.

- Veo que el adobo de hierbas te ha dejado más blandito, Mengue. No vas a llamar a nadie porque vengo a acabar lo que la Dama Blanca no pudo hacer contigo así que intenta correr y me lo pondrás aún más fácil, gordo de mierda - Méndez se dio cuenta de repente de que esa voz ya la había oído antes. Era otra vez esa zorra psicópata...pero no podía ser. Se había ido para siempre de Cantabria, joder -. Sólo quiero que hagas una cosa por mí, doctor Méndez.

- ¿Qué quiere que haga? Haré lo que sea, pero por favor, no me haga daño, ya me hizo suficiente. Me ha jodido la vida, señora.

- Te doy mi palabra de que no te haré daño. Sólo quiero que me hagas una última pregunta, monstruo abominable.

- ¿Qué pregunta?

- Pregunta a Miriam si tenía amigas. Sólo eso, venga, adelante.

- ¿Te...tenías amigas, Miriam?

- Sí. Una amiga. Se llamaba Marta y fuimos juntas al orfanato, doctor Méndez. Ella era la más débil allí y se tiró meses encerrada en la "Habitación Roja" - se emocionó ligeramente al recordarlo y prosiguió - Un día le dejé mi Libro de Mitos en esa habitación donde nos torturaban y provoqué adrede su castigo. Un castigo tan brutal que se quedó recluida dos meses allí abajo...pero ¿sabe qué? Esa vez fue la primera que no estuvo sola porque tenía el libro...y en esas putas ocho semanas aprendió algo muy grande. Ande, pregúnteme qué aprendió Marta, doctor.

- ¿Qué aprendió esa cría en esos dos meses?

- Una buena lección, ¿qué si no? Marta aprendió que la amistad, sólo la amistad y nada más que la amistad es lo más sagrado en un mundo hostil donde todo lo demás es únicamente attrezzo, abominación e insidia. Esos adornos son el engaño de este sistema para proteger a psicólogos violadores de niñas y a políticos o banqueros proxenetas - el doctor sintió un sonido sordo y metálico al lado de él -. Y tal y como te prometí, Mengue...colorín, colorado, este juego de Anjanas se ha acabado.

Le clavó en la frente el cuchillo que llevaba en el interior de su bolso de Armani y el hombre cayó seco en la orilla mientras las olas arrastraban un reguero de sangre mar adentro. A continuación, Marta sintió una corriente de energía que provenía de todas partes y que se detuvo en el interior de su cuerpo.
Era tal y como le había descrito su amada Miriam antes del primer intento de escapada juntas de esa institución corrupta llamada orfanato: el Mengue era el mejor alimento de las Anjanas.

Y cuando su cuerpo procesó esa cantidad de energía y consiguió al

final calmarse, respiró lo más hondo que pudo y fue corriendo al baño del restaurante…tenía una cita pendiente con Roberto y quería celebrarlo a lo grande antes de marcharse de la Tierra Sagrada de las Anjanas rumbo al otro lado del Atlántico.
Y quién sabe, quizás allí…

¿El círculo se había cerrado?

FIN